

OBRAS

DE

VÍCTOR BALAGUER

LOS TROVADORES

SEGUNDA EDICIÓN

TOMO III



MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1883

8555



LOS TROVADORES



VÍCTOR BALAGUER

---

# LOS TROVADORES

SEGUNDA EDICIÓN



—  
TOMO TERCERO  
—



MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1883



## GUILLERMO DE BEZIERS.

Sólo dos poesías existen de este trovador, que debió florecer á principios del siglo XIII, según se desprende de su canto á la muerte del vizconde de Beziens, fallecido en 1209.

Nada más se sabe de él, aunque bien puede suponerse por el espíritu y letra de la poesía citada, que perteneció á aquella falange ilustre de trovadores que sostuvo hasta el último momento la noble causa de la dinastía tolosana, hundiéndose y desapareciendo con ella.

Era de Beziens, y se llamaba, según parece, Guillermo Mogier, debiéndose á errores de copia en los manuscritos, el que se pudiera equivocar su nombre y dar sus obras como de otro poeta. Efectivamente, en un manuscrito se lee *G. Augier*, y de aquí que se atribuyera su canto sobre la muerte del vizconde de Beziens al Augier de Saint Donat, poeta del siglo XII. En otro manuscrito donde dice *Guillermo Moger de Beziens*, Millot hubo de leer *monje*, y por esto habla de un monje de Beziens llamado Guillermo, al cual hace autor de dos poesías, precisamente las de Guillermo Mogier.

A mi respetable amigo Mr. Gabriel Azais se deben estas aclaraciones.

La poesía más notable de Guillermo es la que está consagrada á deplorar la muerte trágica del vizconde de Beziens. Hubo dos vizcondes de esta casa que murieron de muerte violenta: Ramón ó Raimundo Trencavelo, y Ramón Roger.

El primero fué asesinado el 15 de Octubre de 1167, un domingo, en la iglesia de la Magdalena de Beziens, y ocu-



rió, según las memorias de esta casa y las crónicas de Provenza, de la manera siguiente:

La dinastía de los Trencavello ó Trencavelo, vizcondes de Beziers, comenzó con Bernardo Attón á tener el dominio de Carcasona. Se titulaban vizcondes de Aide, Beziers y Albi, y condes de Carcasona.

Ramón ó Raimundo Trencavelo I, señor de aquellos dominios desde 1150 á 1167, murió desastradamente, á manos de sus propios súbditos, que, según Guillermo de Neubridge, quisieron vengar en él la ofensa hecha á un ciudadano.

Acudía Trencavelo en auxilio de un sobrino suyo con numerosa y brillante hueste que le habían proporcionado las ciudades de Beziers y Carcasona, cuando en el camino ocurrió una reyerta entre un caballero y un ciudadano de Beziers. El primero se quejó á Trencavelo, y éste, para no disgustar á los caballeros que amenazaban con abandonarle, les entregó el ciudadano para que le castigaran, lo cual hicieron con pena ligera á la verdad, pero afrentosa. Los de Beziers concibieron de esto un profundo resentimiento y resolvieron vengarse.

Cuando hubo terminado la campaña y estuvo Trencavelo de regreso en su ciudad de Beziers, presentósele una embajada de ciudadanos á pedir que reparase, haciéndoles justicia, la deshonor que contra ellos todos había recaído por el castigo aplicado á su compatriota. El vizconde, que era de natural bueno, les contestó con dulzura que tomaría consejo de los principales ciudadanos, y repararía, como mejor procediese, lo hecho por la necesidad en que se viera de no descontentar á los caballeros de su hueste. Fijó un día para esta reparación, y los embajadores parecieron quedar satisfechos.

Llegado el día, el vizconde se dirigió á la iglesia de la Magdalena, seguido de su corte. Allí esperaba, con el obispo, la llegada de los ciudadanos, cuando éstos aparecieron armados y encorazados. El que pretendía estar ofendido se adelantó el primero y dijo á Trencavelo:

—Aquí tenéis á un infeliz que está cansado de vivir, por-

que no puede hacerlo con honra. Decidnos, pues, monseñor, si os place reparar el mal que se me ha causado.

El vizconde, al decir del cronista, respondió muy honestamente y aún más de lo que su dignidad requería.

—Estoy pronto á hacer lo que se acuerde con el consejo de los señores aquí presentes y el arbitraje de los ciudadanos, según lo prometí.

—Estaría esto en su lugar, dijo el ofendido, si nuestra honra pudiese ser reparada; pero como es imposible, sólo puede lavarse con vuestra sangre.

En seguida los conjurados se arrojaron sobre su señor sin que lograran evitarlo los esfuerzos del obispo, y asesinaronle cruelmente ante el altar mayor.

Si se admitiera este suceso, tal como el cronista lo cuenta, no haría ciertamente mucho favor á los ciudadanos de Beziers; pero, sin pretender excusar el asesinato, es de suponer que habría una causa política en el fondo de un acontecimiento que sólo entre oscuras nieblas ha llegado hasta nosotros.

No es á este vizconde á quien se refiere la poesía de Guillermo, según de ella misma se deduce.

El otro vizconde, que pudo ser objeto de esta composición, es Ramón Roger, muerto el 10 de Noviembre de 1209, siendo prisionero de Simón de Montfort, «no sin sospecha de haberse atentado á sus días,» según dicen los autores de la *Historia del Languedoc*, y según en este libro mismo se refiere al hablar del poema de Guillermo de Tudela.

A la muerte de dicho vizconde, sostenedor de la causa nacional apoyada por los trovadores, joven, gallardo, querido de sus súbditos, debe estar necesariamente dedicada la siguiente composición de Guillermo:

«Todos lloran y deploran su muerte, su desdicha y su dolor; pero yo ¡ay de mí! siento en mi corazón tan gran pesar y tan gran tristeza, que nunca acabaré de lamentar y llorar la pérdida del vizconde de Beziers, el valiente, el cortés, el más gallardo, recto y bueno, el mejor caballero del mundo.

»Le han asesinado, y jamás se vió mayor ultraje ni se

cometió mayor crimen, ni pudo ofenderse más á Dios de lo que han hecho esos *perros renegados de la traidora raza de Pilatos* que lo asesinaron. Así como Dios recibió la muerte para salvarnos, nuestro señor se ha parecido á él, puesto que ha pasado por las mismas amarguras para salvar á los suyos.

»Mil caballeros de noble alcurnia y mil damas de gran mérito se entregaron con su muerte á la desesperación, así como mil ciudadanos y mil servidores que todos hubieran sido dotados, á vivir él, teniendo riquezas y honores. Por desgracia ha muerto ¡oh Dios! ¡qué gran daño! Mirad lo que sois y cómo os ha sido arrebatado, y quiénes son los que lo han muerto y de dónde son, ya que ahora ni os protege ni os responde...

»Noble caballero, noble por su linaje, noble por su valor, noble por su ingenio, noble en dar, y buen servidor, lleno de dignidad y humildad, rico de buen sentido, gallardo y bueno, lleno de buenas cualidades, jamás existió un hombre que valiera lo que vos, y en vos hemos perdido la fuente de donde sacábamos nuestra alegría.

»Ruego á ese Dios que hizo la Trinidad de sí mismo en divinidad, que dé cabida á su alma en el cielo, donde está el supremo goce, así como ruego á todos los santos que le valgan y le ayuden.»

Una observación se me ocurre hacer á propósito de esta poesía, que puede hacerse también sobre otras de la misma época.

Llenas están en su mayor parte las composiciones de los trovadores de unción religiosa, de sentimiento moral, de espíritu católico. Sin embargo, aquellos hombres eran perseguidos como herejes y exterminados por los agentes de la Iglesia de Roma con una saña de que acaso no hay otro ejemplo en la historia.

En cambio, como se ve en la anterior composición, Guillermo de Beziens no reparaba en llamar á los cruzados *perros renegados de la traidora raza de Pilatos*. Véase, pues, cómo en el fondo de todo hervía, viva y latente, la pasión política.

Su segunda poesía es una declaración de amor á una dama, á quien el poeta estima más que á ninguna otra persona del mundo, áun cuando no la haya visto nunca, si bien ha oído hablar de ella.

Esta composición, aunque de poco mérito, es original porque no se parece á ninguna de las poesías de otros trovadores, ni sigue más regla ni más ley que las del capricho de su autor, variando de metro cómo y cuando le acomoda, y aconsonantando los versos como bien le parece.

Tiene treinta y tres versos y una sola estancia.

Dice así:

Erransa  
pezansa  
me destren e 'm balansa;  
res no sai on me lansa  
esmansa:  
semblansa  
me tolh ira e m' enansa;  
e 'm dona alegransa  
un messatgier que me venc l' autre dia,  
tot en velhan, mon verai cort emblar;  
et anc de pueys no fui ses gelozia,  
e res no sai vas on lo m' an sercar.  
Cum fis amaire  
murai ses cor vaire,  
ab sol qu' el sieu laire  
hon sia fals ni var;  
qu' aissi o deu faire  
tot drut de bon aire;  
perque m' es vejaire  
que ben o deia far.  
Per merce 'us prec, bella dousseta aymia,  
si cum ieu 's am vos me vullhatz amar,  
quar ieu 's am mais que nulha res que sia  
et anc no 'us vi, mas auzit n' ai parlar.  
Als no sai dire,  
mas dat m' avetz cossire  
tal don planc e sospire;  
no puec esser jauzire  
tro veyá rire  
vos don ieu say servire;  
aculhetz me, no 'us tire;  
quar troq sai del dezire  
que cre que 'm vol auzire.

No se conocen más composiciones de este autor.

## GUILLERMO DE CABESTANY.

## I.

Guillermo de Cabestany, Cabestanh, Cabestaing ó Cabestán, pues con todos estos nombres se le halla inscrito, figura entre los más célebres trovadores, pero su celebridad, más que á las pocas poesías suyas que han llegado hasta nosotros, se debe á su peregrina y trágica historia.

Modernamente esta historia se ha puesto en duda, y críticos eminentes como Puigari y Camboliu la han tachado de fabulosa, apoyándose en ciertos documentos históricos. No, sin embargo, para todos ha quedado desvanecida la duda, y existen vivas todavía la tradición y las leyendas que refieren con especial colorido y con los más minuciosos detalles el trágico suceso.

Si nos atenemos á la biografía provenzal, que relata la historia en breves párrafos, Guillermo de Cabestany, que vivía en la época de Alfonso II de Aragón, era un castellano del condado de Rosellón, hombre de gallarda presencia, muy nombrado en hechos de armas, complaciente, cortés y buen trovador.

En la comarca por él habitada vivía una dama que se llamaba Sermonda ó Saurimonda, mujer de Raymundo de Castel-Rosellón, barón tan noble y rico como soberbio y de perversos instintos.

Guillermo amó durante mucho tiempo á esa dama, y compuso en su obsequio y loa peregrinas canciones, y la dama le correspondió haciéndole su caballero; pero habiendo llegado á oídos del marido lo que pasaba, mandó encerrar á su mujer en una torre, donde la tuvo presa y es-



trechamente guardada. Gran pena sintió de ello Guillermo de Cabestany, y es fama que entonces, y por esta causa, compuso aquella su tristísima canción:

Lo dous cossire  
 que 'm don amors soven,  
 domna, 'm fai dire  
 de vos mainch vers plazen,  
 Pessan remire  
 vostre cors covinen  
 qu' am é dezire  
 mais qu' ieu no fas parven;  
 é sitot me desley,  
 ges per so no 'us abney,  
 qu' ades vas vos so pley  
 ab franca benvolensa.  
 Domna, cui beutatz gensa,  
 maint has vetz oblit mey  
 que laus vos, é mercey.  
 Tos temps m' azire  
 amors que 'us mi defen,  
 s' ieu ja 'l cor vire  
 ves outra, ni 'm desmen  
 telt m' avetz rire  
 é donat pessamen;  
 pus greu martire  
 de mi nulhs hom no sen  
 quar vos qu' ieu plus envey  
 d' outra qu' el mon estey,  
 desampar é mescrey,  
 é dezam en parvensa:  
 tot quan fas per temensa  
 devetz en bona fey  
 penre, neis quan no 'us vey...

\* \* \* \* \*

Según la biografía provenzal, algunos versos de esta canción hicieron creer á Raymundo que se trataba de su mujer. Ciego de celos, envió á buscar á Guillermo con una excusa, llevósele lejos de su castillo y le cortó la cabeza á traición. En seguida le arrancó el corazón, y corazón y cabeza fueron llevados á su castillo. Una vez allí, mandó freir el corazón de Guillermo, y en la comida se lo hizo servir á su mujer, diciéndole que era de venado. Comió de él la dama, y su marido entonces le reveló cuál era el manjar de que había gustado. Sermonda se entregó, al saberlo, á los ma-

yores extremos de dolor, y Raymundo sacando la espada iba á atravesarla con ella, cuando su mujer desesperada se arrojó por una ventana, quedando muerta en el acto.

Esta catástrofe tuvo gran eco en Cataluña y en todas las tierras del rey de Aragón. Los parientes de Guillermo, los de la dama y muchos caballeros de la comarca se reunieron en son de guerra para vengar la muerte de los desgraciados amantes, y entraron á sangre y á fuego las tierras de Raymundo de Castel-Rosellón. El mismo rey D. Alfonso se presentó en el teatro de la lucha cuando supo el suceso, prendió á Raymundo, hizo derribar sus castillos, destruyó sus tierras y mandó enterrar los cuerpos de Guillermo de Cabestany y de su dama en un sepulcro mismo, delante de la puerta principal de San Juan, en Perpiñán.

Por espacio de mucho tiempo todos los caballeros galantes y nobles damas de Cataluña, Rosellón, Cerdaña, Conflens y Narbona, iban cada año á celebrar el aniversario de la muerte de los dos amantes.

Por lo que toca á Raymundo, murió en la cárcel donde le hiciera encerrar el rey, el cual dió todos sus bienes á los deudos de Guillermo y de la dama que murió por él.

Tal es la historia, según la refiere la biografía provenzal; pero hay otra versión que, áun cuando es en el fondo la misma, es curiosa por los detalles y los episodios, mereciendo ser conocida.

Héla aquí, según la he extractado y traducido de un manuscrito de la Biblioteca laurenziana, el cual varía el nombre de la dama, pues que, según este manuscrito, la mujer de Raymundo se llamaba Margarita y no Sermonda.

«Raymundo de Rosellón, comienza diciendo el manuscrito, era un barón noble y valeroso, como ya sabéis, y tuvo por mujer á Margarita, la más bella dama que se conoció en su tiempo, y también la más estimada por sus buenas cualidades, por su mérito y por su cortesía.

Sucedió que Guillermo de Cabestany, hijo de un pobre caballero del castillo de este nombre, se fué al de Raymundo á pedirle que, si era de su agrado, le tomase por uno de sus sirvientes. Accedió Raymundo, y supo Guillermo

conducirse tan gentilmente, que logró hacerse amar de todos, grandes y pequeños, de tal manera, que Raymundo quiso que fuese paje de su esposa.

Guillermo, en su nueva posición, se esforzó todavía más en ser fiel y complaciente; pero como sucede de ordinario en amor, acaeció que Margarita acabó por prendarse del paje. La conducta de Guillermo, sus maneras, su conversación, su gentileza le placían tanto, que no pudo un día resistir al deseo de decirle:

—Dime, Guillén, si una dama te demostrase su amor, ¿te atreverías á amarla?

Guillermo, que se había apercibido ya de lo que pasaba en el corazón de la dama, le contestó francamente:

—Sí, señora; como me convenciese de ser reales las apariencias.

—Por San Juan, dijo la dama, que has contestado como podía un caballero. No tardaré en convencerme de si eres capaz de distinguir en las apariencias lo verdadero de lo falso.

Cuando Guillermo hubo oído estas palabras, contestó:

—Señora, sea todo según os plazca.

Y comenzó á meditar, y en seguida el amor le hirió con su dardo, é hizo penetrar en lo profundo de su corazón los pensamientos que el amor comunica á sus vasallos. Desde entonces fué uno de los servidores del amor, y comenzó á trovar y á componer canciones y coplas muy sentidas, y cantares llenos de gracia, sobre todo para aquella á quien iban dedicados. Y el amor, que recompensa á sus servidores cuando le place, quiso darle el premio de sus servicios.

Sucedió un día que la dama llamó á Guillermo aparte y le dijo:

—Guillén, dime ahora: ¿te has apercibido ya de si mis apariencias son verdaderas ó falsas?

Guillermo respondió:

—Que Dios me niegue su gracia si desde la hora en que entré á servirlos he dejado de pensar un solo instante que sois la dama mejor que haya jamás nacido y la más sin-

cera en palabras y en apariencias. Lo creo así y lo creeré toda mi vida.

La dama contestó:

—Guillén, te lo juro, así Dios me salve. No seré yo jamás quien te engañe y no es un vano pensamiento el tuyo.

Y así comenzaron sus amores.

No duraron mucho tiempo sin que los habladores, que Dios confunda, comenzaran á murmurar, creyendo adivinar, por las canciones de Guillermo, que éste se entendía con dama Margarita. Y tanto hablaron, á tontas y á locas, que la cosa hubo de llegar á oídos de monseñor Raymundo, el cual, irritado por los celos, juró vengarse.

Sucedió, pues, que un día, habiendo ido Guillermo á la caza del gavilán con un escudero tan sólo, Raymundo preguntó por él, y le dijeron á dónde había ido y en qué punto del bosque estaba cazando. Al saberlo el señor de Castel-Rosellón tomó sus armas, montó en su corcel, y sin acompañamiento alguno, se fué hacia el sitio en que Guillermo estaba cazando, no deteniéndose hasta encontrarle.

Cuando Guillermo le vió llegar, se maravilló mucho y le ocurrió la idea de alguna desgracia.

—Señor, le dijo, sed bien venido. ¿Cómo venís aquí solo?

Monseñor Raymundo le contestó:

—Es que os buscaba, Guillermo, para divertirnos juntos. ¿Habéis cazado algo?

—Casi nada, monseñor, porque he hallado poca cosa y como ya sabéis, el proverbio dice: «Quien halla poco, poco coge.»

—Dejemos á un lado esta conversación, dijo Raymundo, y por la fé que me debéis, decidme la verdad sobre lo que voy á preguntaros.

—Por Dios os juro, monseñor, contestó Guillermo, que como ella pueda decirse yo os lo diré.

—No quiero que me ocultéis nada, replicó Raymundo; decidme la verdad sobre todo lo que os preguntaré.

—Señor, dijo Guillermo, puesto que así os place, interrogadme y os diré la verdad.

Monseñor Raymundo le preguntó entonces:

—Guillermo, en nombre de Dios y de vuestra fé, decidme: ¿tenéis una dama por quien trováis y de quien estáis enamorado?

Guillermo respondió:

—¡Y cómo trovaría yo, monseñor, si no estuviese enamorado! Es verdad esto, y os confieso que el amor se ha apoderado de mí por completo.

Raymundo respondió:

—Quiero creerlo, porque de otro modo no podríais cantar tan agradablemente, pero quisiera saber, si os place, quién es vuestra dama.

—¡Ah! señor, Dios mío, ¿qué me pedís? contestó Guillermo. ¿Hay algo que pueda obligar á un hombre de honor á revelar el nombre de su dama? Respondedme, vos que sabéis lo que dice Bernardo de Ventadorn.

D' una ren m' aonda mos senz  
e' anc nulz hom mon joi non enquis r.

—Yo os ofrezco, respondió Raymundo, ayudaros en vuestros amores con todo mi poder.

Y habló con tal persuasión, que Guillermo le dijo:

—Pues bien, sabed, monseñor, que amo á la hermana de vuestra esposa, y creo que me corresponde. Y ahora que ya lo sabéis, os ruego que me ayudéis y no queráis hacerme daño.

—Tomad mi mano y mi fé, contestó Raymundo, que yo os juro y protesto que he de ayudaros con todo mi poder.

Cuando así le hubo inspirado confianza, Raymundo le dijo:

—Quiero que vayamos ahora mismo á su castillo, puesto que está cerca de aquí.

—Sea como gustéis, exclamó Guillermo.

Y tomaron entonces el camino del castillo de Liet. Y al

1 Versos de una trova de Bernardo de Ventadorn, que pueden traducirse así:

«Si hay algo de que yo esté convencido, es de que nunca hombre alguno debe conocer mis goces.»



llegar allí, fueron bien acogidos por Roberto de Tarascom, que era el marido de dama Saes, hermana de dama Margarita, y por la misma dama Inés.

Monseñor Raymundo tomó á dama Inés por la mano, la condujo á su cámara y le dijo estando solos:

—Decidme ahora, cuñada, por la fé que me debéis: ¿jamás vos á alguien?

—Sí, monseñor, dijo ella.

—¿Y á quién? le preguntó él.

—Esto sí que no os lo diré. Y á más, ¿qué os importa?

Tanto la rogó Raymundo, que ella al fin se dió por vencida y dijo que amaba á Guillermo de Cabestany.

Y lo dijo así porque veía á Guillermo sombrío y pensativo, y como sabía que amaba á su hermana, temía que Raymundo sospechase la verdad.

Raymundo se puso muy alegre al oír esto.

La dama contó esta conversación á su marido, y el marido le dijo que había obrado bien y le dió permiso para decir y hacer todo cuanto pudiese convenir á salvar á Guillermo y á Margarita.

Y la dama lo hizo perfectamente, porque llamó á Guillermo sólo á su cámara, permaneciendo en conversación con él largo tiempo, de manera que Raymundo creyó en sus amores y empezó á convencerse de que no era verdad lo que de Guillermo le dijeran.

Aquella noche cenaron y durmieron en el castillo, y al día siguiente, después de almorzar, regresaron á Rosellón, despidiéndose de sus huéspedes.

Al llegar allí, monseñor Raymundo fué á encontrar á su mujer y le contó lo que sabía y había visto sobre Guillermo y su hermana Inés.

La dama sintió de ello gran dolor y tristeza toda aquella noche, y al siguiente día buscó á Guillermo, y le llamó falso y traidor. Y Guillermo le dijo que era inocente de cuanto se le acusaba, y le contó, palabra por palabra, todo cuanto había sucedido y habían hecho para disipar las sospechas de su marido.

La dama entonces envió á buscar á su hermana, y supo

por ella que Guillermo no era culpable. Convencida ya, Margarita pidió á su amante que compusiese una canción en la cual demostrara que no amaba á más dama que á ella, y Guillermo hizo esta canción que dice:

Lo dous cossire  
que 'm dons amors soven...

Y cuando Raymundo de Rosellón oyó la canción que Guillermo había hecho en honor de su mujer, le llamó á un lugar retirado fuera del castillo, le cortó la cabeza y en seguida le arrancó el corazón. Se fué después al castillo, mandó freir el corazón y servirlo á la mesa en un plato destinado á su mujer é hizo que ésta comiera de él. Cuando lo hubo comido, Raymundo se levantó y dijo á su esposa que lo que acababa de comer era el corazón de Guillermo de Cabestany, y en seguida, enseñándole la cabeza, le preguntó si lo había hallado sabroso.

—Tan sabroso lo hallé y tan bueno, dijo dama Margarita, que nunca otro manjar ni otra bebida quitarán de mi boca el sabor que en ella ha dejado el corazón de Guillermo de Cabestany.

Y al oír esto Raymundo, desnudó su espada y quiso atravesar á su mujer, pero ésta se precipitó de un balcón y quedó muerta.»

Tal es la historia que cuenta el manuscrito provenzal de la Biblioteca Laurenziana, y aun cuando en su género y forma parece una novela, en el fondo, en el hecho, en los detalles más culminantes y en los personajes, está conforme con la tradición y con la crónica de los trovadores. También pudiera ser el manuscrito una ampliación romanesca de la tradición y la crónica.

De todos modos, esto es cuanto se cuenta de Guillermo de Cabestany.

## II.

Cambouliu, en su *Ensayo de la literatura catalana*, rechaza toda la parte legendaria de la historia que se acaba de contar.

«Gracias al descubrimiento de ciertos títulos originales conservados en los archivos de Perpiñán, dice, ya sabemos á qué atenernos sobre este lúgubre drama de que Guillermo de Cabestany fué el héroe. Esta imitación de la horrible historia del castellano de Coucy no fué nunca más que un cuento de juglar. Alfonso II no hizo expiar al castellano de Rosellón su pretendido atentado á las leyes de la Caballería, puesto que este señor vivía aún en 1205, mientras que Alfonso murió en 1196. Saurimonda no pereció víctima de los bárbaros celos de su marido, puesto que ésta le sobrevivió figurando como viuda en un acta de 1210. Por fin, el mismo Cabestany, según algunos autores españoles, había asistido en 1212 á la batalla de las Navas.

»Ahora, en cuanto á que Cabestany siendo joven hubiese sido paje de Saurimonda, que hubiese sido amado de esta dama con un amor extra-caballeresco, y que el señor de Rosellón hubiese concebido algunas inquietudes, esto lo dejan entrever claramente las canciones mismas que los manuscritos atribuyen al trovador. Quizá también existe en el fondo de la sombría relación de los biógrafos la exageración de alguna escena un poco violenta de celos conyugales, á la que se hubiese dejado arrastrar el señor de Rosellón.»

Tal es la opinión de Cambouliu.

Véase ahora la de Milá:

«Si es fabulosa la catástrofe, dice este autor en sus *Trovadores de España*, no lo son los personajes ni la culpable pasión que al trovador se atribuye. La historia menciona un Ramón de Roselló que vivía aún en 1205, y existe todavía, ó existía hace poco, una torre de Castel Roselhó. Saurimonda figura como viuda de Raymundo en un acta en 1210. Guillermo, que firma ya en 1162 en un tratado de paz entre el señor de Montpellier y el de Piquén, se halló en 1212 en las Navas de Tolosa.»

Con estos datos desmienten la leyenda los dos autores citados, y también Puigari y Henry. Este último, en su *Guía del Rosellón*, y al hablar de la villa de Cabestany de

que fué señor el poeta Guillermo, dice que la trágica leyenda de los amores de Saurimonda y Guillermo, fué invención del trovador Ramón de Miraval; y si esto fuese cierto, siendo el autor contemporáneo de los personajes, es posible que á alguno le pueda ocurrir la duda de si el testimonio del contemporáneo puede tener más fuerza que los datos aducidos por los citados escritores.

Hay que considerar á Cabestany entre los buenos trovadores, y entre éstos le colocarán de seguro aquellos que no buscan meramente vanas curiosidades prosódicas ó combinaciones métricas, más ó menos ingeniosas, sino mérito real de forma y de fondo. Este se encuentra en Cabestany, y basta sólo para conocerlo así la composición que más arriba se inserta. Es un poeta de verdadera pasión, profundo, algo sensual; pero de exquisito y delicado sentimiento.

Las poesías que de él nos quedan son todas de amores, y todas dirigidas á loar la belleza y el amor de una dama, que debe ser Saurimonda, pero que nunca llega á nombrar. «Si queréis que os diga su nombre, dice en una de sus canciones, escrito lo hallaréis en las alas de todas las palomas.»

E si voletz qu' eu vos diga son nom,  
ja no trobaretz alas de colom  
on no 'l trobetz escrit sensa falensa.

En otra canción dice que aquella de quien está enamorado es la más bella que existe desde el Puy hasta Lérida:

que del mielhs m' a enamoret  
qu' es del Pueg tro á Lérida.

En otra se muestra quejoso y mal pagado de su amada, á quien acusa de hacerle sufrir los más crueles dolores:

En pensament faime estar amors  
com pogués far una gaia cansó  
per la bella á cui m' autrei 'm do  
que 'm fet causir mes totes las gensors  
e vol qu' eu l' am leialment, sens engan,  
ab verai cor et ab tota ma cura  
l' amors qu' ill port e dóblan mei talan...

«Dulce amiga, vos que sois la más amable entre las mujeres, dice en uno de sus más tiernos cantares, ¿no ha de llegar nunca el día en que me otorguéis merced, cuando de día y de noche, de pié y de rodillas, no me canso jamás de pedir á la Virgen que os inspire un poco de ternura para mí? Desde niño fuí educado junto á vos y á vos me destinaron y á vuestro mandato me pusieron. Que Dios me niegue su gracia si otra suerte ambiciono. ¡Oh dama sin par! Dejadme que imprima un beso en el guante que oculta vuestra hermosa mano. No me atrevo á pedir más.»

De otras varias canciones y coplas que á Cabestany han sobrevivido, y andan esparcidas en varias obras y manuscritos, traduzco como muestra, para terminar, las siguientes ideas:

«En mi imaginación contemplo vuestro cuerpo querido y gracioso, vuestro cuerpo que amo y deseo más de lo que nadie puede adivinar. ¡Sea yo odiado del amor si mi corazón llegara á abrirse á otro sentimiento! Por vos he perdido la alegría, por vos estoy pensativo y triste...

»Las dulces ideas que amor me da, alegran mis cantares. ¡Oh vos, cuya belleza me trasporta, que sea yo maldito si llego á amar á otra! Como la fé me hiciera tan fiel á Dios como lo soy á mi amada, iría en línea recta al paraíso.

»No tengo armas para defenderme de vuestros atractivos. Que el honor y la cortesía os obliguen, pues, á tener piedad de mí. Permitidme sólo que bese vuestro guante, que más insignes favores no me atrevo á pretender.

. . . . .

»Entre muchas flores de un hermoso jardín he escogido á la más bella. Dios mismo, sin duda, la hizo á semejanza de su propia belleza. La dulzura de sus miradas me ha hecho el más tierno y el más dichoso de sus amantes. Lloro de alegría.

»Mi amor, que á declarar no me atrevía, puede ya aparecer en mis versos, desde el momento en que la mujer á quien amo sólo me ha distinguido á mí entre sus adoradores.



»Yo no canto supuestas bellezas, como hacen otros trovadores. De sus ojos parten rayos, contra los cuales no hay poder bastante; pero á nadie, como á mí, han herido. Su mérito la eleva á la más alta región de los honores. Nunca se vieron ni más virtudes, ni más gracias reunidas. Sobresale en el arte del buen hablar; su virtud inspira respeto á los amantes más presuntuosos, y su reputación está al abrigo de todos los ataques.»

## GUILLERMO DE CERVERA.

Milá es quien nos da cuenta de este trovador catalán, que no figura ni en las *Vidas de los Trovadores*, ni en Millot, ni en otros autores que de este punto se ocupan, áun cuando lo citan escritores alemanes.

Supone Milá que es de la noble casa de Cervera, y entre los cinco Guillemos de este apellido que menciona, se decide por razones muy fundadas en favor del llamado Guillermo *el Gordo* que vivía en la segunda mitad del siglo XII.

Sólo una poesía de este trovador traslada Milá que no tiene por cierto gran mérito, y dice:

«¿A cuál de los cinco Guillemos de Cervera nombrados pertenece la obra?

»Difícil es la resolución, si bien algunas expresiones de la misma poesía pueden darnos alguna luz. Dice su autor:

En volgra passar  
ab los tres reys guarnitz de tot arnés la mar.

»No hay duda de que se habla de una cruzada, y de una cruzada contemporánea. Si ésta se entendiese ser la tercera emprendida en 1179 por Barbaroja y seguida por Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León en 1191, se debería atribuir la poesía al Guillermo de 1149, en edad ya de dar consejos y de querer sustituir versos proverbiales á los ligeros que antes había compuesto. Pero no consta que viviese en esta época aquel personaje, y además, por ser la composición de un género más usado al fin que al principio de la época trovadoresca, por la ortografía catalanizada (e por a, il por lh, etc.), y áun por estar aque-

lla unida á un fragmento de Serverí de Gerona (aunque estas dos últimas circunstancias pudieron ser obra del copista de últimos del siglo XIII), nos parece que se trata de la última cruzada de 1269 en que debían tomar parte San Luis, Teobaldo, rey de Navarra y D. Jaime, rey de Aragón, si bien el último cejó de propósito, después de haberse embarcado y áun haber llegado parte de su armada á San Juan de Acre. Esta expedición, á la cual conviene exactamente lo de los *tres reyes*, es más natural que excítase la emulación de un señor catalán. La poesía será, pues, de Guillermo *el Gordo*, hijo segundo ó más bien nieto del consejero de D. Jaime, que en uno y otro caso podía hallarse ya en edad avanzada en 1269.»

## GUILLERMO Y RAMÓN DE DURFORT.

Poco se sabe de estos dos poetas, que parecen haber pertenecido entrambos, aunque en épocas distintas, á la ilustre casa de Durfort.

De Guillermo sólo quedan dos composiciones, una de ellas muy oscura por lo forzado de las rimas y por la corrupción del texto, dirigida á un Guido Cap de Porc, señor desconocido.

El poeta le elogia por estimar el honor y ser fuerte contra los vicios, y dice de él que no tiene necesidad de adornos exteriores, pues que brilla por sus virtudes.

«Así todos nos pareciésemos á él, dice; pues el mundo marcharía mejor y cada uno hallaría su felicidad, así el pobre como el rico.

»Lo que me duele es que no tenga mucho oro, pues de este modo doraría lo que los otros estañan.»

Estas ideas anuncian un noble escritor, superior á las preocupaciones y á los vicios de su siglo.

Al hablar de Guillermo de Durfort, el abate Millot y otros autores, sólo citan como suya la anterior poesía. Dicen, al menos, que es la única que de él ha sobrevivido. Continuada como de este trovador tuve yo ocasión de hallar otra á mi paso por Arlés, en un manuscrito venerable que conservaba el cónsul de España en aquella población.

Es una canción, especie de *balada*, cuyos dos primeros versos se repiten como un estribillo al final de cada copla que consiste en otros dos versos:

«Diéronme muerte los encantos de mi amiga y sus bellos ojos amorosos y alegres. No hallo remedio alguno para mi mal, como no sea que de ella misma proceda.

»Me acercaré á ella con las manos cruzadas y le rogaré humildemente, cuando pueda hacerlo, que me favorezca con un dulce beso. *Diéronme muerte*, etc.

»Su lindo cuerpo es blanco como la nieve sobre el hielo; y su color el de una rosa de Mayo. *Diéronme muerte*, etc.

»Rubios son sus cabellos como el oro, y es cortés y sensible como no puedo explicar. *Diéronme muerte*, etc.

»Nunca hizo Dios otra tan bella, pero no puedo conseguir que me ame. *Diéronme muerte*, etc.

»Yo la amaré mientras viva y aún después de mi muerte, si puedo; que mi amada al lado de las otras es un rico rubí comparado á un vidrio de color. *Diéronme muerte*, etc.»

En cuanto á Ramón de Durfort, sólo existen de él dos *serventesios*, difíciles de comprender por la falta de versos y de palabras.

## GUILLERMO FIGUERA <sup>1</sup>.

Era hijo de un sastre de Tolosa y ejerció al principio la profesión de su padre; pero habiendo tomado parte en los sucesos de su época, sosteniendo la causa del país y del conde de Tolosa contra la Iglesia y los franceses, hubo de abandonar su patria, retirándose á Lombardía.

Una vez allí, ejerció el oficio de juglar, pero enemigo de los grandes y de los nobles, de quienes se apartaba por odio á la tiranía, no quiso nunca frecuentar más sociedad que la de baja clase, visitando sólo garitos y tabernas, y escribiendo siempre versos y sátiras contra los personajes de la corte. Habían quizá contribuido á formar su carácter sombrío y su rudeza constante, como también á excitar su indignación, los horrores que hubo de presenciar en su patria, Tolosa, con motivo de la cruzada contra los albigenses.

Efecto de la singularidad de su vida, de su carácter sombrío, de sus relaciones con gente de mal vivir, de sus sátiras virulentas, de su indomable rudeza, Guillermo Figuera ha sido pintado con los colores más sombríos y se han apurado en contra de él los más denigrantes epítetos. Acreedor pudo ser á reproches y á cargos; pero no merecía su memoria tanto ensañamiento. Se ha exagerado algo con respecto á Figuera, como él exageró con respecto á la

<sup>1</sup> Guillem Figueira le llaman los libros y manuscritos provenzales.

Publicada ya la primera edición de esta obra, el autor ha tenido ocasión de leer un interesante estudio que sobre Guillermo Figuera ha escrito en alemán Emil Levy, que es un escritor que en esta obra da relevantes muestras de conocer á fondo la literatura provenzal. (*Guilhem Figueira ein provenzalischer troubadour, von Emil Levy. Berlin, 1880.*)

Por datos verdaderamente incontestables que proporcionan las mismas poesías de Figuera, Levy fija el nacimiento de este poeta en 1195 y su carrera literaria entre 1215 y 1249.

nobleza y á la Iglesia. Debiera haberse tenido en cuenta, en primer lugar, que su familia y él fueron víctimas de la cruzada, que hubo de abandonar su patria para ir á mendigar en tierra extraña el pan que en la suya se le negaba, y que todo lo perdió, medios de subsistencia, recursos, familia, hogar y patria en la catástrofe que, empujada por la Iglesia, cayó sobre su ciudad natal; y en segundo lugar, su indisputable talento, su genio varonil y su inspiración vigorosa, que le señalarán siempre un lugar distinguido entre los trovadores. Merecen también tenerse en cuenta su fidelidad y su lealtad constantes al conde de Tolosa y á la causa por él personificada.

Lo cierto es que las injusticias del clero, sobre todo de la corte de Roma, exasperaron al trovador inspirándole un odio verdaderamente feroz, vivo é implacable, que se traduce en un *serventesio* célebre, donde las imprecaciones de Camilo contra la Roma pagana nada significan, por lo débiles, al lado de las que el iracundo trovador fulmina sobre la Roma de los papas.

He aquí algunas de las principales ideas de este *serventesio*, que es una de las obras más notables, y de fama más merecida en la literatura provenzal.

«Quiero hacer sin tardanza un *serventesio* contra la falsa Roma, llena de errores, cabeza de toda la decadencia y sepulcro de todos los bienes. No me maravilla que el mundo esté en el error, pues la engañadora Roma es la que siembra por todas partes el tumulto, la destrucción y la guerra.

»Si el Espíritu Santo, que tomó carne humana, oyera mis votos, destruiría á esa Roma, en la que está reunida toda la perfidia de los griegos. Roma, tú arrastras en pos de tí á los ciegos hacia el precipicio; tú traspasas los límites que Dios te ha impuesto; tú absuelves los pecados á precio de dinero y llevas á costas una carga con la cual no puedes. Tu indigno tráfico y tu locura nos hicieron ya perder á Damietta.

»Roma, Dios te confunda, pues que reinas con tanta malignidad. Roma, la de malas costumbres y de mala fé, yo

sé bien que con el cebo de tus falsas absoluciones arruinas á la nobleza de Francia; tú has alejado de París al buen rey Luis VIII y has sido causa de su muerte.

»Roma, poco daño haces á los sarracenos, pero haces mucho entre los griegos y los latinos. Has establecido tu sede en el fondo del abismo y de la perdición. Que nunca te perdone Dios la cruzada que emprendiste contra Aviñón, donde, sin culpa, diste muerte á un pueblo numeroso. Tomas caminos tortuosos, y bien errado va el que se proponga seguir tus huellas. ¡Que los demonios te lleven al fondo del infierno!

»Roma, tú te complaces en enviar al martirio á los cristianos. Yo quisiera saber en qué libro leiste que hayas de exterminar á los cristianos. Como una bestia feroz, has devorado á los grandes y á los pequeños. Que el noble conde Ramón viva sólo dos años, y hará arrepentir á Francia de haberse entregado á tus imposturas. Tus crímenes han llegado ya á tanto, que desprecias á Dios y á los santos. Tu tiranía se demuestra por la injusticia con que persigues al conde Ramón.

»Roma, que Dios venga en ayuda del conde y le dé poder y fuerza para torcer el cuello y despellejar á todos los franceses. ¡Ojalá los cuelgue á todos y se haga con sus cadáveres un puente para pasar! Yo seré feliz, oh Roma, si Dios recuerda tus grandes injusticias y si le place que el conde nos arranque de tus manos y de la muerte.

»Roma, yo me consuelo con la esperanza de que, dentro de poco, has de tener un mal fin. Si el leal emperador (Federico II) se porta bien y hace lo que debe, yo respondo de que pronto hemos de ver derrumbarse tu poder. Si tu poder no se destruye, el mundo está perdido.

»Roma, á tus cardenales deben imputarse tus crímenes, pues que sólo piensan en vender á Dios y á los suyos. La falsedad, el oprobio y la infamia reinan en tu seno. Tus pastores son falsos y engañadores, y sus sectarios están locos.

»Roma, mal empleas tus trabajos disputando al emperador los derechos de su corona, fulminando anatemas



contra él, y concediendo absoluciones á sus enemigos. Estas absoluciones contra la equidad son inútiles y deshonrosas.

«Roma, cuentan que muchas veces se queda tu cabeza sin pelo por lo muy á menudo que te la haces rapar. Asi es que yo creo, Roma, que tienes necesidad de un poco de seso, que bastante falta te hace á tí y á la órden del Cister, los que tan horrible matanza hicistéis en Beziers.»

Este *serventesio*, una de las poesías más extensas del parnaso provenzal, tiene veinte y tres estancias de siete ó de once versos cada una, según como se escriban estos, siendo ésta una de las varias singularidades que tiene esta composición por tantos títulos notable.

Véase, por ejemplo, con esta primera estancia:

Siventes vuelh far en est son que m' agensa  
 non vuelh plus tarzar ni far longa bistenssa,  
 e sai ses doptar que 'n aurai malvolenssa,  
 can fach sirventes  
 dels fals d' enjans ples  
 de Roma, que es caps de la dechasenssa,  
 on dechai tot bes.

Siete versos tiene la estancia escrita de esta manera, que es como la publican los alemanes, y once escrita de este otro modo:

Sirventes vuelh far  
 en est son que m' agenssa,  
 no vuelh plus tarzar  
 ni far longa bistenssa  
 e sai des doptar  
 que 'n aurai malvolensa  
 car fach sirventés  
 dels fals d' enjans ples  
 de Roma, que es  
 cap de la dechasenssa,  
 on deihai tot bes.

La composición está artísticamente escrita con una trabazón y encadenamiento de consonantes, que admira y sorprende. El primer verso de cada estrofa, ó el primer

hemistiquio, según se escriba, está aconsonantado con el último verso de la anterior, de manera que vienen á resultar siete consonantes agudos. La distribución de rimas, masculinas y femeninas, está admirablemente entendida, y la poesía superior por el arte lo es también por la naturalidad de la frase, por la valentía del lenguaje y por la riqueza de la rima. Es en verdad una de las obras más notables del arte provenzal.

Una dama, Germonda de Montpellier, que sólo por esto es conocida, contestó al *serventesio* del trovador tomando la defensa de Roma con tanto calor como acrimonia pone en atacar al poeta gibelino.

Germonda de Montpellier, la defensora á *oltranza* de Roma, compuso para contestar á Guillermo Figuera, un *serventesio* como el suyo, siguiendo el mismo orden de ideas, con el mismo número de estrofas y con igual forma métrica, hasta el punto de emplear los mismos consonantes y á veces las mismas palabras, y citando también á Roma en cada copla.

«No puedo sufrir que se digan tantas falsedades, y quiero exhalar el dolor que siente mi corazón...

»No se asombre nadie de verme declarar la guerra á ese malhadado impostor que osa atacar, envilecer y despreciar lo que es digno de honra y alabanza. Ha sido bien osado en hablar mal de Roma, que es cabeza y guía de cuantos en la tierra tienen vivo el entendimiento...

»Dios oirá mis ruegos. Confundidos sean aquellos, jóvenes y viejos, que tienen mala lengua y pretendan atentar á la ley de Roma...

»Roma, me aflige verte siendo objeto de ataques y calumnias... Es la perversidad de los locos lo que causó la pérdida de Damietta...

»Peores son y de peor corazón que los sarracenos los miserables herejes que hacen votos para que los de Aviñón vayan al cielo en lugar del infierno. Roma ha hecho bien en arruinar sus esperanzas. En invierno y en estío, Roma, debe leerse tu ley y no separarse nunca de ella.

»Roma, ese impostor hace ver bien con sus discursos in-

juriosos é insensatos que la fé sospechosa está en Tolosa; pero si el noble conde abandona esta sospechosa fé, todo el mal quedará reparado.

»Roma, que el gran rey, señor de justicia, dé merecido castigo á los tolosanos, puesto que faltan á todos los mandamientos. Si el conde Ramón continúa protegiéndoles, entonces castigado sea.

»Roma, yo me consuelo con que el conde de Tolosa y el emperador no valgan ya nada desde que abandonaron la causa de Dios, que hace fracasar sus malos designios y sus torpes manejos.

»Roma, yo espero que tu poder y el de la Francia, enemiga de toda iniquidad, derriben el orgullo y la heregía. ¡Malditos sean los falsos herejes, que no retroceden ante ningún vicio, y no creen en ninguno de los misterios santos!

»Roma, tú sabes que difícilmente deja uno de contagiarse, si se les oye; tan diestros son en tender sus redes donde caen los incautos. Tantos como son merecen ser colgados ó quemados por su mala vida. En ellos no hay ni virtud ni religión.

»El que quiera salvarse debe en el acto tomar la cruz para destruirles. El Dios del cielo va á extender su brazo contra ellos, y puesto que Dios les es contrario, es preciso que uno sea enemigo de sí propio para oírles por más tiempo.

»Roma, inútil es de todo punto el trabajo del que lucha contra tí, y yo declaro que si el emperador no se pone pronto de tu lado, deshonrará su corona. Afortunadamente, en tí encuentran indulgencia los que se arrepienten y confiesan sus culpas.

»Roma, que el Excelso que perdonó á la Magdalena, y en quien tenemos nuestra confianza, haga morir en el suplicio de los herejes al loco furioso, de corazón malvado, que esparce tales iniquidades!»

Nunca debieran hallarse semejantes votos y semejantes maldiciones en boca de una mujer, que se aparta de su naturaleza y de su misión desde el instante que deja de ser

todo amor, todo caridad y todo dulzura. Germonda de Montpellier no tuvo por fortuna muchas imitadoras entre sus compatriotas. De seguro, cuando así se expresaba, de seguro que no había sido testigo de los horrores de la cruzada y de la matanza de Beziers: de seguro también que en su corazón no vibraba la cuerda sublime del amor á la patria.

Otro notable *serventesio* tiene Figuera contra los falsos clérigos y los falsos predicadores, contra aquellos sacerdotes que iban predicando virtudes que no tenían, y escandalizando con sus costumbres impuras y con sus deshonestas maneras.

Este *serventesio*, escrito con dureza, es verdad, tal vez con odio, de seguro con demasiado realismo, es, sin embargo, la prueba más fehaciente, la demostración más palpable de que aquel trovador, víctima de los cruzados y testigo de sus horrores, no era lo que se suponía y lo que muchos han supuesto después, condenando su memoria sin piedad y sin conciencia. Truhán, predicador de taberna, falsario, impostor, malvado, hereje, todos los epítetos, hasta los más denigrantes, se han empleado contra Guillermo Figuera, y no obstante, de sus obras mismas resulta que era católico ferviente, amante entusiasta de su patria, leal á su señor el conde de Tolosa, de elevado criterio, de nobles ideas, de moral indiscutible. Esto no hubiera impedido que se le quemara vivo en las hogueras de la Inquisición, como deseaba piadosamente su competidora Germonda de Montpellier, si no se hubiese refugiado en Lombardía, donde la vida que llevó y que con tan negros colores le ha hecho pasar á la posteridad, fué sin duda hija de su humor sombrío, de la ruina de la patria, de las esperanzas defraudadas, de los terribles espectáculos de horror, de crimen, de injusticia, de tiranía y de inmoralidad pasados á su vista.

Sólo un autor que yo sepa, el abate Millot, ha tratado de sincerar la memoria del trovador que nos ocupa. «Un albigense, dice, no hubiera ciertamente invocado la santa Virgen ni reconocido el misterio de la Eucaristía. El tro-

vador era, pues, uno de esos católicos, ya numerosos en diversos países, que veían con horror los excesos de un clero corrompido y las odiosas empresas de la corte de Roma; que hablaban de ellas con el calor de partido y de pasión, y que se exponían mucho por su audacia á ser quemados como herejes.»

Y así es. Guillermo Figuera era católico. Y basta para demostrar esto fijarse en lo que dice en su *serventesio* contra el clero. Fulmina sus anatemas contra la gente de iglesia falsa y menguada, que predica lo que no siente ni practica, que cuanto más poder y fuerza tiene más daño causa y más desgracias, y añade:

«Todos esos falsos predicadores inducen á error al siglo. Ellos son los que cometen los pecados mortales que anatematizan en sus sermones, imitándoles todos en su conducta. Aquí todos han errado el camino. El ciego que pretende guiar á otro ciego, no consigue sino que ambos tropiecen y rueden al abismo.

«Otro deshonor cometen aún con el siglo, y mayor con Dios todavía. Si van á pasar la noche con una mujer perdida, al día siguiente van con impuras manos á tocar *el cuerpo de Nuestro Señor*. Y se tiene por hereje al que diga que un sacerdote no debe mancharse con su concubina la vispera del día que debe tener en sus manos *el cuerpo de Dios*.

«Si clamáis contra esos desórdenes, ellos mismos serán vuestros delatores y os harán excomulgar, y de seguro que no os dejarán en paz como no les déis dinero. *Virgen Santa María*, permitidme ver, si os place, el día en que sean humillados y no haya que temérseles.

«Serventesio, ve á decir al falso clero que está muerto el que á su dominación se somete. Tolosa sabe bien á qué atenerse en este punto.»

Pois fan autre desonor.  
al segle, et á Dieu maior,  
que si un d' els ab femna jatz,  
lendam tot orrejatz  
tenrà 'l cors Nostre Seignor:

et es mortals eretgia  
 que nuls preire non deuria  
 ab sa putan' orrejar aquel ser  
 que landeman deia 'l cors Dieu tener.

E si vos en faitz clamor,  
 seran vos encusador,  
 e seretzne escumeniatz;  
 ni, s' aver non lor donatz,  
 ab els non auret amor  
 ni amistat ni paria.

Vergena Sancta Maria  
 dompna, si us platz, laissatzme 'l jorn vezer  
 qu' els puosca pauc doptar e mens temer.

Vai, sirventés, ten ta via,  
 e dim' a falsa clerzia  
 qu' aicel es mortz qu i's met en son poder  
 qu' a Toloza en sab hom ben lo ver.

Y no es sólo en esta composición, sino en otras, donde Guillermo Figuera deja traslucir sus sentimientos, hijos de la fé del cristiano y del creyente.

En el mismo ya citado *serventesio* contra Roma, invoca á menudo el nombre de Jesucristo, al que llama luz del mundo, verdadera vida y verdadera salud, el glorioso que sufrió por nosotros la muerte y el suplicio de la cruz:

....El gloriós  
 que sufrí mort é pena  
 en la crotz per nos.

En un *serventesio* sobre las cruzadas hace gala del sentimiento religioso más ardiente, cuando dice:

«Jesucristo, Señor verdadero que adoro, luz que brilla con pura claridad, oh Cristo salvador, dad fuerza, valor y buen consejo á vuestros peregrinos; defendedles de enfermedades y vientos contrarios, á fin de que puedan ir sin temor á recobrar con vuestra asistencia la verdadera cruz y libertar el Santo Sepulcro.»

Pero basta leer el *serventesio* que voy á transcribir para hacerse cargo de los sentimientos de Guillermo Figuera.

Desea que se haga la paz entre el Papa y el emperador por ser este el medio de llegar á la ruina de los turcos y de los árabes; dice que uno y otro se obstinan demasiado

en sostener sus pretensiones; levanta su espíritu á Dios y manifiesta sus deseos de ir á su vez á Ultramar, lo cual no ejecuta por falta de recursos; pide al Señor que le sean perdonados sus pecados, dispuesto á honrar y servir siempre á Dios; exhorta á los guerreros á tomar parte en la cruzada y á ir á rescatar el sepulcro de Cristo; y termina dirigiéndose al conde de Tolosa:

«Ve, serventesio, ve á decir al noble conde de Tolosa que, pues Dios le honra más que á nadie, debe ir á servirle donde nació.»

Este era el hereje.

También tiene Guillermo Figuera una poesía en que elogia á Federico II, de quien se manifiesta ardiente partidario, aplaudiendo su expedición á Italia para sostener los derechos á su corona.

Y he aquí, por fin, de género bien distinto ciertamente, una *pastorela* tan llena de gracia é ingenuidad, como de hiel y odio lo está su *serventesio* contra Roma:

«El otro día, mientras iba cabalgando, ginete en mi palafrén, bajo un cielo claro y sereno, encontré á una pastora, joven y fresca, que agradablemente cantaba y decía: «¡ay de mí! aquella que perdió la alegría, arrastra una vida bien infeliz.»

»En seguida me dirigí hacia ella. Al verme se levantó, mostrándome su belleza, su gracia y su desenvoltura. Adelantóse á mi encuentro y yo me apresuré á apearme para saludar á la que tan buena acogida me hacía.

—»Gentil pastora, le dije, ¿os sería grato repetirme la canción que cantábais hace un momento? Os juro que nunca oí á pastora alguna cantar mejor.

—»Señor, hace poco tiempo que era mío aquel que hoy me aflige, pero se ha enamorado de otra y me olvida. De esto me lamento, y cantaba para calmar el dolor que me mata.

—»Pastora, os confesaré francamente que yo soy víctima de la misma traición. Una ingrata, á quien amé, me ha vendido, y hoy me olvida por otro, á quien quisiera matar.

—»De vos depende, señor, el vengaros de vuestra ingrata dama, y yo de mi villano galán. Si queréis, yo os amaré toda mi vida, y trocaremos por la alegría y por los placeres las penas que pasamos.

—»Franca y amable pastora, si consentís en esto, tengo cuanto desear podría. Me libráis de todos mis naufragios y me conducís alegremente á buen puerto.

—»Señor, la verdad es que vuestro amor me ha curado tan por completo, que no me acuerdo ya de ninguno de mis males. Vos habéis hecho desaparecer mis penas.»

La *pastorela* podrá no ser de una moral perfecta, pero es una linda poesía, escrita con facilidad y con gracia, y con verdadera originalidad dentro del género.

Es todo cuanto existe y todo cuanto se sabe de Guillermo Figuera.



## GUILLERMO DE LA TOUR.

Con Guillermo de la Tour se recuerda otra de esas originales y curiosas historias de trovadores.

Era del castillo de La Tour, en Perigord, pero pasó la mayor parte de su vida en Lombardía, siendo á esta circunstancia á la que se debe que algunos le crean italiano. Dice su biógrafo provenzal que era más bien juglar que trovador, que sabía muchas y muy buenas canciones, las cuales cantaba con donaire y gracia, y que compuso también algunas muy notables y que alcanzaron gran éxito; pero tenía un defecto, añade, y era el de hacer preceder sus canciones de un discurso, explicando su objeto, más largo que la misma canción, y pesado y enojoso para los oyentes.

Hallándose en Milán se enamoró perdidamente de la mujer de un barbero, joven y bella, la robó á su casa y á su marido, y llevósela á Como, donde vivía en perpétua adoración del objeto de sus amores, «prefiriéndola á todo lo demás del mundo.» Pero no tardó su dama en morir, y fueron tan grandes el pesar de Guillermo y su dolor, que perdió por completo la razón.

Se imaginó al principio que su dama se fingía muerta para desprenderse de él «y la dejó diez días y diez noches en su ataud, y cada noche abría la caja y sacaba el cadáver, y dábala besos y la abrazaba pidiéndole que le hablara y le dijera si estaba muerta ó viva, volviéndose con él si estaba viva y, si muerta, diciéndole qué penas sufría á fin de librarla de ellas con misas y con limosnas.»

Cuando ya empezó á convencerse de que estaba muerta, mandó hacer un ataud para dos cuerpos, y quería que le enterrasen vivo con la que había sido el supremo amor de

su vida; pero los habitantes de Como, al ver aquella locura, lo arrojaron de su villa y del país.

Anduvo errante y perdido de un lado para otro, buscando adivinos y hechiceras para consultarles si su amada podía volver á la vida. Alguno le hizo creer que leyendo cada día el libro de los salmos, rezando ciento cincuenta padrenuestros y haciendo diariamente, antes de comer, limosna á siete pobres, pero todo esto un año seguido sin faltar un solo día, conseguiría que su amada volviese á la vida, aún cuando le sería imposible beber, comer y hablar. Púsose muy contento Guillermo al saber esto y comenzó en el acto á ponerlo por obra; mas cuando, pasado el año, vió que no le daba el resultado apetecido, se entristeció mucho y acabó por morir de pena.

Tal es la relación del biógrafo provenzal.

Es muy de notar, como cosa curiosa, que en una *tensión* de Guillermo con Sordel, su contemporáneo por consiguiente, aquél sostuvo lo contrario de lo que después realizó con su desastrada muerte. Es una *tensión* original entre las que más, muy digna de mencionarse, y no parece sino que en ella, y al plantear el tema de debate, Guillermo preveía su propia suerte.

He aquí la cuestión, como la propone Guillermo:

«Si un amigo, amando tiernamente á su amiga, la viera morir ante sus ojos, ¿qué partido podría tomar, el de morir á su vez, ó el de sobrevivirla?»

Sordel contesta:

«Si la muerte separa al amigo de aquella que llena por completo su corazón, mejor es para él seguirla al sepulcro, que pasar la vida entregado á un dolor eterno.

»*Guillermo*.—Nada ganaría la dama con que su amante muriese por ella, y nada debe hacerse de que pueda resultar algún mal sin ningún bien.

»*Sordel*.—La suerte de un amigo separado de su amada es tan terrible, que si la muerte no viniera á terminar sus días, debiera dársela á sí mismo á fin de terminar su carrera de suspiros y dolores.»

Es verdaderamente curioso ver á estos dos trovadores

sostener en esta *tensión* un juicio opuesto á su carácter y tendencias. Cada uno de ellos hizo luego lo contrario de lo que sostuvieron en esta polémica.

Existe otra *tensión* de Guillermo con Imbert.

Aqué pregunta á éste: «¿A quién preferiría entre una dama que por medio de repetidas pruebas quisiera asegurarse de la sinceridad de sus sentimientos, y otra, de mérito igual, que se lo concediera todo en seguida, sin hacerse mucho de rogar?»

Imbert se declara por la segunda; pero Guillermo le contesta que considera muy imprudente á una dama que lo concede todo, antes de estar segura de la fidelidad de su amante. Compromete su reputación, dice, y un amante no debe encontrar extraño que su dama sea reservada al principio; por el contrario, debe desearlo así, pues pudiera temer que entregándose tan fácilmente á él se entregara á otro con la misma facilidad.»

Imbert, á quien no convencen las sensatas ideas de Guillermo, insiste en su opinión, considerando que lo primero de todo es el placer.

Son en escaso número las poesías que han quedado de Guillermo de la Tour, y todas también de escaso mérito. Una de las mejores es aquella que comienza así:

Qui sap sufrent esperar  
 son bon seignor, molt greu es  
 c' un temps no ill en veigna bes,  
 s' el li sap sirven mostrar  
     son affar,  
 quar servirs tot ben atraí;  
 perqu' eu mon leial cor ai  
     et aurai  
 totz temps en amar servir,  
 e ja no m' en voill partir.  
 E si ieu tot m'ho volgues far,  
 eu no m' en poiria ges  
 partir, enaissi m' á pres  
 ses joi, que no 'm vol donar;  
     mas clamar  
 no 'm en dei, ni non farai.  
 ¿Que farai donc? atendrai  
     e veirai  
 l' amors me volrá querir  
 del mal don soven sospir.

## GUILLERMO MAGRET.

La biografía provenzal le consagra muy pocas líneas. Dice de él que era un juglar del Vienesado, concurrente asíduo á las tabernas y jugador desenfrenado. «Hizo, dice, buenas canciones, buenos serventesios y buenas coplas, y fué querido y regalado; pero jamás tuvo una posición, porque todo cuanto ganaba ó le debían, iba á jugárselo ó á gastarlo en las tabernas. Retiróse más tarde á un hospital de España en tierras de Ruy Pedro de Gambiros.»

Esto último debe entenderse por una encomienda ó casa de hospitalarios en tierras de D. Ruiz Pedro de los Cameros.

Las antecedentes líneas no son por cierto muy favorables á la buena memoria del trovador de que voy á ocuparme, puesto que le presentan bajo un aspecto bien poco lisonjero, y sin embargo debe hacerse constar que en las cuatro únicas poesías que de Magret conocemos hay ciertos rasgos y ciertos preceptos de buena moral que, por lo menos, revelan en él cualidades dignas de tenerse en cuenta para juzgarle. La única de sus obras que puede dar motivo á suposiciones poco favorables, es una *tensión* con Guillermo Raynols de Apt, que consiste en un tejido de injurias que uno y otro de estos trovadores se lanzan mutuamente en rostro. Raynols reprocha á Magret su poco aseo, su vida disipada y crapulosa, y Magret le contesta en el mismo tono y sentido; pero ya sabemos que no fueron estos solos los trovadores que se complacieron en injuriarse. Hay ejemplos de ello en otros más principales y de más elevada esfera.

De todos modos, como esta *tensión* es curiosa para estudio de género y de costumbres, la traslado original:

—Magret, pujat m' es al cap  
so qu'ins al ventre no 'm cap  
bons es perlistr' e per drap,  
mas qui be us quier ni us esterna  
trobar vos pot, si no us sap,  
pres del raissel ab l' enap,  
qu' adez tendetz vostre trap  
lai on sintetz la taverna.

—Guillem Ranols á mescap  
mefrai mos motz qu' ieu arap  
de tal loc, e trop non gap,  
on non voill lum ni lanterna;  
e s' ieu á vilans escap  
si que neguns no m' atrap,  
don tenc lor parlar per gap,  
en talan ai que us esquerna.

—Apenas i trop que i lim  
mercé l' En Bernart Razim,  
Magret, qu' us ten sec e prim  
en estiu e quant iverna;  
e us ai vist un tal noirim,  
los vairons qu' avetz el cim,  
que us fan plus lag de caym,  
e us reveson la lucerna.

—Guillems, de la claustra us vim  
issir enceint ab un vim;  
e s' ieu de vos no 'm escrim,  
non voill mais beure á Maerna,  
qu' anc, pois nos enjoglarim,  
vos n' ieu non sai auzim  
tan bos motz ni que meils rim  
com vos don l' arma s' enferma...

Las otras composiciones de Magret merecen más particular atención.

Guillermo Magret, que vivía á principios y mediados del siglo XIII, hubo de alcanzar la guerra de los albigenses, y, como todos los trovadores, excepción hecha de alguna individualidad, debió ponerse, por lo que se ve, del lado de aquellos que con la causa del conde de Tolosa sostenían la de la patria y la de la libertad.

En una canción, donde el trovador se muestra prisionero de su dama, *según la costumbre de España*, dice, hace un singular elogio del rey D. Pedró de Aragón, muerto en la batalla de Muret.

«Rey aragonés, exclama, legado de Romaña, y duque y marqués y conde de Cerdaña, muy acertadamente evitásteis el escollo y limpiásteis el trigo. Hoy os halláis junto á San Pedro siendo rey con derecho coronado, y pues que Dios os puso allá arriba, acordaos de nosotros que estamos aquí abajo.»

Madona 'm te pres  
al costum d' Espanha  
car ma bona fes  
vol qu' ab liés romanha.

Reis aragonés  
legats de Romanha,  
e duq e marqués  
e coms de Serdanha,  
gen avetz esclarzit l' escuelh  
e del froment triat lo suelh:  
qu' el luec de San Peire est pauzatz  
e drechurier seis coronatz  
e pus Dieus vos a mes lay sus,  
membre 'us de nos qu' em sa jus.

Hay que observar en estos oscuros versos que el poeta llama á D. Pedro *legado de Romanha*, lo cual puede aludir al título de gonfaloniero de la Iglesia que el Papa dió al monarca aragonés, como acaso lo del escollo, del trigo y de San Pedro puede hacer alusión á lo de la corona de pan que cuentan mandó hacer D. Pedro, cuando fué á coronarse en Roma, para obligar al Papa á que se la pusiera con las manos y no con los piés, según era costumbre.

D. Pedro murió en la batalla de Muret en lucha con las armas de la Iglesia y combatiendo contra los cruzados, y se ve bien que el trovador pertenecía á la causa por la cual murió el monarca, cuando, á pesar de esto, le coloca en el cielo y le implora como un santo.

En un *serventesio* escrito con cierta rudeza, el poeta declara contra los grandes señores llenos de falsedad y de soberbia que saquean á sus súbditos, así como critica á los villanos que se han enriquecido y que se dan una importancia ridícula, diciendo que debiera despojárseles de sus bienes. Hay en esta composición un realismo llevado al extremo.

En otra se lamenta de la indiferencia con que son mirados los versos, del poco caso que se hace de las canciones y de los serventesios, del desdén con que se trata á los trovadores.

«Con mis dos sueldos en el bolsillo, dice, sería mejor recibido en cualquier parte que con cien *versos* y doscientas canciones, porque con doce dineros tendría de qué comer y beber, con los otros ocho fuego y cama para acostarme, y con los cuatro restantes conseguiría la benevolencia de mi huésped mejor que si le ofreciera los más bellos versos.»

En una poesía galante se hallan estos rasgos de verdadera originalidad:

«El amor me vuelve tan distraído, que unas veces estando sentado no me levanto para saludar á los que entran y otras busco lo que tengo en la mano: de lo cual resulta que todos se burlan de mí...»

»Juro por Dios que nació en Navidad que nunca cometí la menor falta contra la mujer á quien amo, como no sea haber apagado á menudo las teas (es decir, las luces) para ocultar mi confusión y para que no se vieran las lágrimas que brotan de mis ojos al contemplarla...»

»Yo soy como un pescador que no se atreve ni á vender ni á comer su pescado, sin antes haberlo presentado á su señor: por esto no hago ni canción, ni serventesio, ni cosa alguna que no envíe en seguida á la dama de mi corazón, para que se guarde lo que quiera, quedándome yo tan sólo con lo que ella deja.»

Según el manuscrito que tuve ocasión de ver en Avignón, y á que ya otras veces me he referido, Guillermo Margret fué uno de los defensores de aquella ciudad al ser atacada por los franceses.

Perdida la causa provenzal, se retiró á España, donde ya había estado durante los sucesos varios de la guerra que asoló á la Provenza; también estuvo en la defensa de Montsegur, último baluarte de los albigenses, según hallo escrito en una historia de éstos, y por fin acabó su vida entrando en la orden de los Templarios.

## GUILLERMO DE MONTAGNAGOUT.

## I.

Ha dado lugar á confusión el nombre de este poeta, por llamársele en unos manuscritos Montanhagol, ó Monteyagol, y en otros Montagnaçot. Nostradamus le llama Guillermo de Agout.

Era un caballero de Provenza, de noble alcurnia, galán y trovador famoso. Floreció á mediados del siglo XIII; y de las varias notas que tuve ocasión de tomar, registrando archivos y hojeando crónicas y manuscritos, durante mis viajes por el Mediodía de Francia, deduzco que tomó una parte muy principal y activa en la política de su tiempo, lo cual no creo que haya observado ninguno de los autores que han tratado de este trovador y he tenido ocasión de ver.

Era, por lo que parece, Guillermo de Montagnagout hombre completamente adicto y entregado á la causa de la independencia de Provenza y á la del conde de Tolosa, Ramón *el Joven*, de quien encontré en un manuscrito de Arlés que era consejero en 1240.

Por los datos de este manuscrito recogidos, y por otros, que no sin pena y laborioso trabajo pude recoger, páreceme poder asegurar que el poeta, cuyo nombre figura al frente de este estudio, fué el alma de los grandes acontecimientos que tuvieron lugar en 1241, acontecimientos que fueron el último esfuerzo de Provenza, Tolosa y Aragón, en pro de la nacionalidad del Mediodía.

Guillermo de Montagnagout, con gran patriotismo, con altas miras, con elevado criterio, consagró toda su vida á la realización de un proyecto, que por desgracia no pudo



llevar á cabo. Se desprende de sus propias poesías, que luego examinaré, de sus políticos *serventesios*, y de sus actos como consejero del conde de Tolosa, que se ocupaba principalmente en destruir el tratado de Meaux de 1228, en arrojar la Inquisición de Provenza, y en levantar el espíritu del país para empujarle á recobrar su nacionalidad é independencia.

Mucho se ha hablado de los trovadores bajo el aspecto literario, y hora es ya de que se les juzgue también bajo el aspecto político, como hombres de gobierno y estado, y pues que las noticias, hasta hoy ignoradas, que sobre Guillermo de Montagnagout he tenido la suerte de adquirir me facilitan la ocasión, creo cumplir un deber aprovechándola.

Los lectores que hayan tenido la benevolencia de leer las páginas que anteceden de esta obra, saben ya lo que fué el tratado de Meaux; pero importa dar aquí una ligera noticia.

El joven conde de Tolosa no estaba, al principio, dispuesto á dejarse despojar de sus estados. Combatió valientemente contra las armas de Francia, pero la suerte de la guerra le fué fatal. En 1228 se avino á entrar en pactos y á salvar lo que le fuera posible de sus dominios, comenzando sus negociaciones de paz con la Iglesia y con el rey de Francia, en las cuales intervino, como embajador del conde de Tolosa, otro trovador también, Guido de Cavallón, de quien se ha hablado en su lugar respectivo.

En 12 de Abril de 1229 se concluyó la paz entre el rey Luis IX y el conde Ramón, ratificándose en París el tratado convenido en Meaux el año anterior. El conde de Tolosa juró, delante de la puerta principal de Nuestra Señora de París, cumplir dicho tratado, después de lo cual fué conducido en camisa y descalzo al altar en donde el cardenal San Angelo le dió la absolución. Por este tratado perdió el joven conde la mayor parte de sus dominios, habiendo abandonado á la Iglesia romana todo cuanto le pertenecía al otro lado del Ródano, y al rey de Francia todos sus derechos á los países situados desde la diócesis de To-

losa y el río Tarn, hasta el Ródano. Su hija Juana debía casarse con un hermano del monarca francés, y caso de morir sin hijos, el condado de Tolosa pasaba á la corona.

Para asegurar la sinceridad de su juramento, el conde fué á constituirse voluntariamente prisionero en el Louvre hasta la ejecución de los artículos preliminares á que se había obligado, el de recibir el perdón de la Iglesia, el de tomar la cruz de manos del legado del Papa para ir á combatir á los turcos por espacio de cinco años, el de hacer derribar los muros y fortalezas de treinta ciudades y castillos, el de entregar á su hija Juana, etc.

Ramón *el Joven* permaneció prisionero en el Louvre por espacio de seis semanas, y al salir fué armado caballero por el rey Luis IX el 3 de Junio, día de Pentecostés. En este mismo mes, Juana, hija de Ramón, á quien éste había entregado á los oficiales del rey, según lo convenido, se desposó con Alfonso, hermano del monarca, pero como no contaban más que nueve años, habiendo nacido ambos en 1220, el matrimonio no se efectuó hasta pasados ocho años.

Tal fué aquel tratado por el cual, según los mismos historiadores franceses, se dió á conocer que los infelices albigenses sólo habían sido un pretexto, y que aquel drama terrible que se representaba hacía veinte años á través de la sangre y del fuego sobre cuatrocientos mil cadáveres, no tenía otro objeto que el de dar Aviñón al Papa y Tolosa al rey de Francia. Tal fué aquel tratado infame, dice el *Indígena* de Tolosa, que los mayores reveses no debieran haber arrancado á Ramón *el Joven*.

Ramón volvió á Tolosa á fines de Setiembre de 1229, y en presencia del legado del Papa renovó sus juramentos. Aquel mismo año un concilio convocado en Tolosa estableció la Inquisición, que fué confiada á los dominicos y que llenó de horrores y de víctimas á Provenza. Según lo acordado en aquel concilio y según las disposiciones tomadas por el que luego se llamó *santo* tribunal, quedaron nombradas comisiones, en cada parroquia, de denunciadores públicos para señalar á la justicia del tribunal los

herejes, los poco celosos y los indiferentes, disponiéndose asimismo que los convertidos llevasen por distintivos unas cruces de colores; que todo hereje que pareciera haberse convertido á la fuerza fuese arrestado; que los habitantes de sitios infectados por la herejía debiesen pagar un marco de plata por cada hereje cogido en su territorio; que la casa en donde fuese preso el hereje y aquella en que hubiese habitado fuesen arrasadas hasta en sus cimientos y confiscados los demás bienes de sus dueños; que fuesen confiscados también los bienes de aquellos que opusieran dificultades á los inquisidores ó no les apoyaran, y lo propio los de los herejes convertidos.

Armados con tan terrible autoridad, los monjes blancos comenzaron su obra, y vióse entonces lo que de memoria humana no se había visto jamás, lo que ni en sueños se podía imaginar. Levantáronse hogueras en todas partes, donde eran quemados vivos los llamados herejes ó los acusados de serlo, y violándose los cementerios, se desenterraban los cadáveres de aquellos que habían muerto en sospecha de herejía, para arrojar al fuego sus restos medio podridos ó sus esqueletos descarnados. En cuanto á los bienes de los quemados, pasaban á ser propiedad de los obispos ó de los inquisidores.

El país, ante aquellos despojos y aquellos horrores, tuvo un momento de virilidad, ofreciendo una resistencia desesperada á la Inquisición, que á todo atentaba, para la cual nada había sagrado. Los inquisidores fueron arrojados de varios puntos, pero á todos volvieron haciéndose preceder de las censuras y de los anatemas, haciéndose acompañar de las hogueras que cada vez devoraban más víctimas. En sólo un día, al pié del castillo de Montsegur, fueron quemados vivos trescientos, entre hombres y mujeres.

Levantóse un clamor general de horror, siendo eco y expresión de aquel sentimiento los terribles *serventesios* lanzados por algunos trovadores de alma varonil y de arraigado patriotismo. Entre los más decididos anatematizadores de la Inquisición, entre los más activos propagan-

distas de las ideas favorables á la nacionalidad y al levantamiento del país contra sus invasores, figuraba Guillermo de Montagnagout, que era generalmente muy querido y que gozaba de una reputación envidiable de valor, hidalguía y talento, cada día aumentada por actos que le conquistaban las simpatías y el amor de sus contemporáneos. Guillermo de Montagnagout fué excomulgado y perseguido por la Inquisición; pero esto le dió nuevos títulos de gloria á los ojos del país oprimido, y sus patrióticos *serventesios* circulaban por todas partes y eran recitados ó cantados en el seno de las familias ó en la intimidad secreta de las reuniones, sonando como un toque de alarma que llamaba á los vencidos y á los perseguidos á levantarse contra los tiranos y opresores.

Se han perdido por desgracia las poesías que escribió Guillermo por aquel tiempo y que, por lo atentas á levantar los ánimos, tanta popularidad hubieron de darle, como se han perdido muchas de otros trovadores de aquella época misma, debido esto en gran parte á los trabajos de la Inquisición que públicamente hacía quemar cuantas obras de trovadores llegaban á sus manos, creyendo poder reducir á cenizas el pensamiento como á cenizas reducía el cuerpo. Algunas quedan, sin embargo, de Guillermo, que, áun cuando de tiempos posteriores, pueden dar idea de las desaparecidas, y algún *serventesio* también, milagrosamente escapado al naufragio, que es visiblemente del tiempo á que me refiero.

No cabe duda, por ejemplo, del siguiente, en que Guillermo, con elevado espíritu, lamenta los males caídos sobre la sociedad, dice que el siglo es enemigo de todo bien, que sólo imperan la codicia y el oro, que todo se falsea y vende, que el clero cumple mal con su misión, y que los predicadores yerran clamando contra el amor de gloria. «Mal inspirado está, dice con levantada mira, aquel que hace poco caso de la gloria. Dios quiere la gloria y la prez, y el hombre, hecho por él á su imagen, debe abrigar el mismo deseo.»

Entra luego á hablar de la Inquisición, y he aquí de qué

prudente manera combate su intención política y con qué delicado tacto se expresa.

«Las gentes de Iglesia se hacen ahora inquisidores y juzgan las cosas á su manera. No repruebo el que se metan á inquirir, pero debiera ser sólo para enmendar errores, para volver al camino de la fé á los que de él se apartan y para admitirlos caritativamente en el tribunal de la penitencia...

»Dicen que el tisú de oro no conviene á las mujeres. ¡Si este fuese todo el daño que hicieran! Bien se pueden llevar buenos trages sin faltar á Dios. No por llevar hábitos negros ó blancos se adquiere el amor divino, si á esto no acompañan los merecimientos. Que las gentes de Iglesia renuncien á las vanidades mundanas, para pensar únicamente en su salvación; que se despojen de toda soberbia y de toda codicia; que no usurpen los bienes de otro, y se les creerá. Si se les oye, no quieren nada; pero si se les ve, lo toman todo.»

Ar se son faitz enqueredor  
 e jutjon aissi com lur play;  
 pero l' enquerre no 'm desplay,  
 ans me play que casson error,  
 e que ab belhs digz plazentiers ses gror  
 torno 'ls erratz desviatz en la fe,  
 e qui 's penet que truep bona mercé;  
 et en aissi menong derg lo gazan  
 que tont ni dreg no 's perdan so que i an.  
 Enquers dizon mais de folhor,  
 que aufres á dompnas ron s' eschay,  
 pero si dompna piegz no fay  
 ni'n leva erguelh ni ricor,  
 per gen tener no pert Dieu ni s'amor  
 ni ja nulhs homs, si 'lh estiers be 's capté,  
 per gen tener ab Dieu no 's dezavé;  
 ne ilh perd draps negres ni per floc blan  
 no conquerran ja Dieu s' al re no i fan...  
 Tug liaison per nostre Senhor,  
 nostre clerics lo segle savay,  
 e no pesan mas quan de lay  
 aissi 'ls quart Dieus de dezonor,  
 aun elhs non an ni erguelh ni ricors,  
 ni cobeytatz no 'ls enguana ni 'ls te,  
 ni volon re de so belh que hom ve;  
 res no volon, pero ab tot s'en van;  
 puey' prezón paue qui que s'i aia dan.

El *serventesio* va dirigido al conde de Tolosa, recordándole el daño que le han hecho los hombres de Iglesia, y recomendándole que se guarde en adelante.

Sirventés, vai al pros compte desé  
de Tolosa, membre 'l que fag lian  
e quartse d' elhs di esta hor enan.

Por los años de 1237 á 1240, cuando más encendidos estaban los ánimos, cuando eran más vivas las quejas contra la Inquisición, el conde de Tolosa llamó á su consejo á Guillermo de Montagnagout y á otros de sus mismas ideas, como si quisiera dar una satisfacción al país por aquellos horrores que éste se veía obligado á soportar y él á permitir.

El conde fué excomulgado entonces por el arzobispo de Narbona, los inquisidores y los legados del Papa, acusándole de que favorecía á los enemigos de la Inquisición, como lo demostraba el haber dado á Guillermo un puesto en su palacio y en su consejo.

Ya entonces, en este terreno las cosas y los ánimos, Guillermo llevó adelante su idea y demostró altas cualidades de hombre de Estado. El poeta fué el alma de la política que se decidió por fin á emprender el conde de Tolosa, y el inspirador y organizador de una liga, por medio de la cual tuvo la habilidad de unir la causa de Ramón *el Joven* con los intereses de algunos barones franceses para el logro de sus pretensiones feudales, del rey de Inglaterra para el recobro de los dominios de sus antecesores en el continente, y del rey de Aragón resuelto por el momento á seguir en Provenza la política iniciada por su padre don Pedro, el de Muret. Todos estos elementos supo mover Guillermo de Montagnagout, poniéndolos en lucha con la Francia.

D. Jaime *el Conquistador*, con quien parece que hubo de entenderse Guillermo principalmente, pasó á Montpellier donde se avistó con los condes de Tolosa y Provenza, y asociado con éstos y otros barones, determinó por vía de sentencia que el conde de Provenza hiciera que la reina

Doña Sancha, mujer del de Tolosa (llamada así por ser hija de Alfonso y tía por consiguiente de D. Jaime), solicitase de los jueces delegados de la Santa Sede el divorcio, de que ya se trataba. Doña Sancha, separada ya á la sazón del conde de Tolosa, vivía en los Estados del de Provenza. Todo esto se concertaba y se hacía, según lógicamente se presume, primero para facilitar á Ramón *el Joven* un nuevo enlace que le permitiera contraer alianzas por el momento y para sus planes necesarias, y segundo, para excluir de su Estado á su hija Juana, casada, según lo convenido en los tratados de Meaux y París, con el conde de Poitiers. Consiguiendo la exclusión de Juana, quedaba excluida de la sucesión la casa de Francia.

Al propio tiempo el conde Hugo de Lusiñán, á quien su esposa Isabel, viuda de Juan *Sin Tierra*, excitaba con ardor á sublevarse contra Francia, se ligaba con Enrique III de Inglaterra, deseoso de recobrar antiguos Estados de su casa en Francia. El de Lusiñán, como lazo de unión, prometía al monarca inglés el auxilio del conde de Tolosa y de los reyes de Aragón, Navarra y Castilla.

Todo esto, según parece, fué obra de Guillermo de Montagnagout, ó tuvo al menos en ello parte muy principal.

Las cosas llegaron á sazón, y á fines de 1241 rompió las hostilidades el conde de Tolosa, aliándose con el conde de la Marca, Hugo de Lusiñán, contra el rey de Francia. Acudió inmediatamente á unirse con ellos Enrique III de Inglaterra, pero en los primeros encuentros fué vencido y derrotado por el rey de Francia, teniendo que retirarse á Burdeos.

Hugo de Lusiñán, el conde de Rhodéz y otros depusieron las armas y pactaron con el vencedor, mientras que las armas del conde de Tolosa alcanzaban visible progreso apoderándose de varias plazas, entre ellas de Narbona, de donde fué arrojado el arzobispo. Ramón de Tolosa, vencedor por el momento, recobró sus antiguos títulos y pasó á Burdeos para avistarse con el rey de Inglaterra, su aliado.



En estos momentos críticos, cuando faltaban á los combatientes el conde de Lusiñán y otros, cuando comenzaba á recelarse que D. Jaime *el Conquistador* no cumpliera la palabra que parece había empeñado de sostener con sus armas la causa del conde de Tolosa, Guillermo de Montagnagout, á más de ayudar á su señor el conde con su espada en el campo de batalla y con su palabra en el consejo, escribió el siguiente *serventesio* con el doble objeto de mantener vivo y levantado el espíritu del país y hacer que no decayese el ánimo de Ramón de Tolosa y del rey de Inglaterra.

«Nada para mí más bello que ver tropel de gente armada y oír resonar los clarines en medio del fragor de la batalla, mientras que los arqueros de uno y otro lado cruzan sus tiros y se confunden las banderas. Entonces es cuando late el corazón del caballero y se siente animado para el combate.

»Conde de Tolosa, allí donde se acrisolan los nobles, allí es donde os veo en la cumbre del honor; y así me otorgue Dios su gracia, como os miro caminar hacia el triunfo y alcanzar honra y prez, que no han de faltáros si luego no acogéis al que hoy os falta y os vende.

»Vimos á los condes de La Marca, de Foix y de Rodés cómo os abandonaban traidoramente, y yo les denuncié por esto en nombre del honor y del valor de que todos ellos se despojan. Su acción ha sido tal que no pueden esperar prez.

»Jamás podrán borrar su crimen, pues mayor le cometieron que el de Caín; quien en tales momentos se aparta del amor del noble conde de Tolosa, quien así desfallece y falta á su señor, no será difícil que pague su culpa.

»Si el rey Jaime, á quien no hemos faltado hnbiese ya cumplido lo que él y nosotros tratamos, en gran consternación y duelo estarían hoy los franceses, y así estarán, opóngase quien quiera, si aquél sale al campo, mientras que si deja de salir todo el mundo ha de censurarle...»

Bel m' es quant d' armatz vei refrim  
de trompas lai on hom s' escrim,



e trazon prim  
 l' arquier melhor  
 nostri e lor,  
 e vei de senhas bruelha:  
 adones trassal  
 cor de vassalh  
 tro que sos cors s' orguelha.  
 Coms de Tolós, on plus esprim  
 lo rics, vos vei de pretz al cim:  
 e vuelh quaiSSI-m  
 don Dieus s' amor,  
 cum part lauzor  
 vostre ric pretz capduelha;  
 sol qu' a un talh,  
 qui ara-us falh,  
 mai ab vos no s' acuelha.  
 La Marcha, Fois e Rodés vim  
 falhir adés als ops de prim:  
 per qu' ie 'ls escrim  
 de part honor  
 e de valor,  
 don quascús si despuelha,  
 qu' en tal sonalh,  
 an mes batalh  
 don non tanh pretz los vuelha.  
 Jamais no cug que-s desencriu,  
 quar trop s' a levat peyor crim  
 qu' el de Caim,  
 hom qui l' amor  
 del ric senhor  
 de Tolos' era-s tuelha;  
 quar qui defalh  
 ni à senhor falh  
 greu er que no s' en duelha.  
 Si' l rei Jacme, cui no mentim,  
 complis so qu' el enos plevim,  
 segon qu' auzim;  
 en gran dolor  
 fóran ab plor  
 francés, qui qu' o desvuelha:  
 e quar defalh,  
 qu' adés no salh,  
 tot lo mons lo 'n reiruelha.  
 Englés de flor  
 faitz capel de fuelha.  
 No-us detz trebalh,  
 neis qui-us assalh,  
 tro qu' om tot vos o tuelha.

El conde de Tolosa estaba bajo el peso de la fatalidad y su causa destinada á la ruina. Los acontecimientos no le

favorecieron, la suerte le fué contraria, y el rey D. Jaime, que hubiera podido decidir la cuestión echando su espada en la balanza, permaneció tranquilo. Así, pues, Ramón *el Joven*, viendo los progresos de San Luis, entabló nuevas negociaciones para la paz y la obtuvo en Enero de 1243 en Lorris por mediación de Blanca de Castilla, madre del rey francés. Depuso el conde de Tolosa las armas, se avino á todo, y en seguida, pasando los Alpes, fué á ver al emperador Federico II en la Pulla, y se trasladó á la corte de Roma á fin de proseguir su apelación contra los inquisidores.

El tratado de Lorris trajo la desgracia de Guillermo de Montagnagout, que hubo de abandonar su puesto junto al conde de Tolosa, pero no por esto abandonó la causa de su señor, ni la idea que perseguía con constancia, ni la bandera bajo la cual se cobijara. Desde su retiro, con más decisión que nunca, continuó escribiendo intencionados *serventesios* que iban á conmover los ánimos y á reavivar los sentimientos del país. Guillermo de Montagnagout era la voz de la patria oprimida, el eco de la nacionalidad que se perdía.

En un *serventesio* con motivo del matrimonio de la heredera de Provenza con Carlos de Anjou, en 1245, manifiesta su aversión cada vez más pronunciada á los franceses, y su dolor arranca de su lira acentos verdaderamente conmovedores y rasgos de primer orden.

Se queja de que la Provenza haya perdido su noble y antiguo nombre. «¡Ay! dice, ya de hoy no se llamará *Provenza* sino *Fallenza* (país de debilidad ó de cobardía en lugar de país de pro ó de bravura), pues que sufre resignada una dominación extranjera y dura, en lugar de su antiguo gobierno, dechado de cortesía y de dulzura.»

Á renglón seguido vuelve los ojos al rey de Aragón don Jaime y manifiesta su deseo de que quien ha sabido dominear á los sarracenos, se decida á combatir á los franceses, no dudando de que habiendo vencido á los vencedores de éstos, les venza fácilmente. (Alusión á las victorias de los sarracenos sobre San Luis en su primera cruzada.)

Manifiesta, en fin, sus temores de que si el rey de Aragón no acude pronto en auxilio del conde de Tolosa, los franceses acaben por hacerse dueños del país, y declara que aquellos dos príncipes han de quedar deshonrados á los ojos del mundo, si no vengan las injurias que han recibido.

Con esta virilidad de alma, con esta nobleza de sentimientos, con este levantado patriotismo y con este superior ingenio se dirigía Guillermo de Montagnagout al país, tratando de excitar por todos los medios las nobles pasiones de aquellos que sufrían por fuerza el yugo extranjero, de aquellos que podían acudir en su auxilio para cambiar sus destinos.

Es también notable, y merece citarse, otro *serventesio* de este trovador. Deplora las enemistades entre los clérigos y los seglares y entre los pueblos y señores con grande y severa imparcialidad; acusa principalmente al clero como causante de todo por su soberbia, su intolerancia y sus costumbres; culpa también á los nobles y manifiesta un vivo deseo de que Dios inspire al Papa el medio de concordar los ánimos. Hay en esta composición un gran fondo de doctrina moral, obedece á un elevado criterio y revela los nobles y honrados sentimientos que movían al autor, que es, en mi juicio, una de las más altas y distinguidas personalidades de aquella brillante pléyada de trovadores provenzales.

«Los clérigos y los seglares, comienza diciendo, van por el mundo quejándose los unos de los otros. Los pueblos se quejan de la injusticia de sus señores, y éstos se muestran descontentos de sus súbditos. Así es como el mundo está lleno de odios. Pero de Oriente llega una nube de *Tartarinos* que, si Dios no les detiene, reducirán á todos á un mismo estado. (Parece como que el autor quiere indicar una invasión de musulmanes bajo el nombre de *Tartarinos*, que era el que se daba á una de las varias sectas que pululaban en Provenza, comprendidas luego todas bajo el nombre general de *Albigenses*.)

»Esta desgracia sobrevendrá á los cristianos por tantos

delitos como han cometido igualmente unos y otros, clérigos y seglares. Sobrevenirá infaliblemente, si Dios no tiene piedad de todos y no hace que el Papa les concilie, único medio de salvar el infortunio que amenaza.

«¡Ay! ¿Por qué ha de querer vivir el clero en la opulencia, vistiendo ricos trages, usando gallardos palafrenes, cuando sabe que Dios quiso vestir pobremente? ¿Y por qué quiere apoderarse de los bienes de otros, cuando sabe que todo cuanto gaste á más del comer y vestir sencillamente, se lo roba á los pobres, si no miente la Escritura?»

¡Aí! ¿perqué vol clerics belha vestidura,  
ni perqué vol viure tan ricamen,  
ni perqué volh tan belha cabalgadura,  
qu' el sap que Dieus volc viure pobramen?  
¿Ni perqué vol tan l' autrui ni enten  
qu' el sap que tot quan met ni quan despen,  
part son manjar e son vestir vilmen,  
tolh als paubres, si no men l' Escritura?

«¿Por qué los grandes señores, continúa diciendo, no cuidan de hacer todo el bien posible á sus súbditos, violentándoles por el contrario? Hacer violencia á los suyos es tan criminal como usurpar los bienes de otros. Más aún, es doble crimen el maltratarles estando obligado á defenderles. Así es como se pierden los derechos sobre ellos.

»Los súbditos también, por su parte, son bien culpables cuando faltan á sus señores, pues que amar deben á éstos y servirles lealmente, así como el señor debe amar de buena fé á sus súbditos. Lealtad obliga á los unos y á los otros á amarse cordialmente, y á que no haya entre ellos falsedad alguna.»

La composición termina por este envío ó endereza al rey de Castilla, Alfonso X:

Rei Castelhas, l' emperi vos aten,  
mas sai dizon, senher que atendem  
fai de Bretó perqu' es mon gran rancura;  
quar d' aut reis tanh quan gran fac empen,  
que 'l traga a cap o 'n sega sa ventura.

«Rey castellano, el imperio os aguarda, pero por aquí

se dice que es una esperanza de bretones. Cuando un gran rey proyecta una gran empresa, es necesario que la arrostre de frente y exponga su cabeza.»

Alude esto á la elección de D. Alfonso como emperador, por los años de 1257, elección que no fué confirmada por el Pontífice, ni el monarca castellano logró de ella más que un vano título, á pesar de todos sus esfuerzos y de prodigar tesoros sin cuento por Italia y Alemania para sostener á sus partidarios.

En cuanto á lo de la esperanza de los bretones, era frase muy usada por los trovadores, como muy común entonces entre el pueblo. Ya en otro lugar de este libro he dicho que los bretones alimentaban la esperanza de ver llegar un día á su fabuloso rey Arturo.

El trovador Aymeric de Peguilhá termina un canto dedicado á la muerte del rey Manfredo por una alusión al soñado rey de los bretones.

«Quiero que mi serventesio vaya á recorrer todas las montañas y á cruzar todos los mares, para ver si por fin se encuentra á un hombre que sepa nuevas del rey Arturo ó nos diga cuándo llegará.»

Per tolz los montz voilh qu' an mon sirventés  
e par totas las mars, si ja pogués  
home trobar qu' il saubés novas dir  
del reis Artur, e quan deu revenir.

## II.

A más de sus composiciones políticas, quedan de este trovador algunas amorosas, pero unas y otras en corto número por desgracia, habiéndose perdido la mayoría de ellas, tal vez las mejores, según todo induce á creer.

Guillermo de Montagnagout ofrecía sus homenajes y celebraba como dama de sus pensamientos á Joseranda, señora del castillo de Lunel, discreta y hermosa dama, al decir de las crónicas del tiempo.

En una de sus poesías á Joseranda dice:

«Aun cuando los primeros trovadores hayan dicho mu-

chas cosas sobre el amor, muchas y más nuevas se pueden decir todavía, pues no es buen trovador el que no tiene invención y novedad para sus obras. Uno de los primeros ha dicho que se ha hablado ya tanto del amor, que sería difícil decir nada más. Pero no es así. Lo que yo digo, nunca lo oí decir; y díome amor tanto saber, que si los versos no fueran conocidos, yo sería el inventor.»

Pocos poetas de aquella época mostraron más honestidad de sentimientos que Guillermo Montagnagout, según observó ya Millot al hablar de él, lo cual puede juzgarse con leer sólo la siguiente poesía, donde pinta con ingenuidad aquel amor antiguo y puro, cuya teoría estaba ya muy borrada.

«No debe uno ser estimado sino en cuanto se esfuerza en ser tan bueno como posible sea, pues lo que da valor es el mérito. Vosotros los que deseáis adquirir mérito, poned vuestro corazón y vuestra esperanza en el amor, que amor es quien conduce á las más bellas acciones, quien dicta una conducta honrada, quien disipa el pesar é inspira la alegría.

»Proceder fraudulentamente en amor, es no estar enamorado. Ni aman ni deben ser amados aquellos que piden á su dama cosas condenadas por la virtud. Por ardiente que sea el deseo que os atormente, nunca debéis querer nada que menoscabar pueda el honor de vuestra dama. Amor no es más que una voluntad misma con el objeto amado para todo lo que pueda aumentar su gloria. Quien otra cosa busque, desmiente el nombre de amor.

»El amante leal ama razonablemente, sin apasionarse demasiado, que la razón lo mismo se aparta de lo que es demasiado que de lo que es demasiado poco. Este es el camino que seguimos los que somos verdaderos amantes y sabemos amar: y quien por esta senda marche, recibirá al cabo su recompensa, pues que Dios le colmará de beneficios, mientras que será siempre un engañador y un falsario quien de ella se aparte.

»Nunca tuve deseos de hacer nada que pudiera ofender en lo más mínimo á la bella á quien entregué mi corazón.

Ningún goce puede satisfacerme si de ello se ha de seguir la más ligera mancha en su honra. El amante leal y sincero desea cien veces más el honor de su dama que el suyo propio.

»Los amantes de tiempos pasados no buscaban más que la gloria de amar bien, y aquellas damas jamás hubieran consentido en cosa alguna deshonesta. Hoy decae la virtud, porque, sin tener en cuenta el honor, sólo se busca y desea el placer.

»Esta lección, bien lo sé, me atraerá los reproches de una multitud de malos amantes y falsas damas; pero dejar de censurarles, sería hacerme cómplice de sus desórdenes. El deber del cuerdo es apartar al loco de sus extravíos. Si por esto se me critica, me tiene sin cuidado.»

Esta composición termina por una dedicatoria en elogio del rey de Castilla D. Alfonso X, al que desea toda clase de honores y glorias por ser rey que mejora la prez, por ser joven en edad y viejo en juicio, y porque siente más placer en dar que otro en recibir dones.

También en otra poesía dice del mismo monarca que el mérito decaería si no lo sostuviera el rey castellano, cuyos hechos son tan gentiles que no cabe en ellos mejora.

Lo prez deschairia  
si no l' sostenia  
que fai sos faitz tan gen  
qu' en ren no vol que om s' esmen.

Como se ha visto, así en sus serventesios políticos como en sus canciones amorosas, se halla á este poeta siempre en el camino del honor y del deber. Sus miras son elevadas, su convicción profunda, su moralidad intachable. En mi sentir, debe figurar entre los primeros trovadores y los de más nombre, áun cuando sea menos rico que otros en forma y en imaginación. Es un poeta que merece ser considerado y estudiado, y es verdaderamente sensible que los críticos se hayan fijado poco en él, relegándole muchos al olvido sin ni siquiera citarle, y otros mencionándole muy á la ligera.

No se sabe cómo ni cuándo murió, y queda ya dicho

que sólo le han sobrevivido doce ó catorce poesías, perdiéndose sus demás obras.

Existe una elegía de Pons Saurel de Tolosa, trovador desconocido, consagrada á la muerte de Guillermo de Montagnagout, á quien alaba como modelo de santidad y á quien llama cabeza y padre de los trovadores. La dedicatoria es á la Santa Virgen, á la cual implora en favor de aquél que tanto bien dijo de ella.



## GUILLERMO DE MUR.

Sólo se sabe de este trovador que pertenecía á la noble casa catalana de Mur y que vivía en tiempo de D. Jaime I de Aragón.

Existen de él cuatro composiciones: un *serventesio* dirigido á D. Jaime estimulándole para tomar parte en la cruzada, y tres *tensiones* con Giraldo Riquier. De ellas voy á dar una idea en extracto para que puedan comprenderlas los lectores poco versados en la poesía provenzal.

I.<sup>a</sup>

*Serventesio* en loor de la cruzada. El poeta aplaude la resolución de ir á rescatar el sepulcro de Cristo. «Cualquiera que esto emprenda, dice, y pase con este deseo el mar, tiene seguro un puesto en el paraiso. Es preciso, sin embargo, que la empresa se acometa con ánimo levantado, por amor á Dios y sin otra mira terrena. No será acogido por Dios aquél que se embarque con haberes ajenos ni el que injustamente ha ultrajado á los suyos ni el que se aproveche de esta ocasión para robar. Si va con pecados, añade, trabajará en vano, porque Dios quiere corazón fino con limpia voluntad del hombre que se embarca más por amor suyo que para lograr ganancias.»

El poeta termina rogando al arzobispo de Toledo que influya con el buen rey de Aragón para que se haga á la mar, al objeto de cumplir su voto y mantener su prez y fama.

2.<sup>a</sup>

*Tensión* con Giraldo Riquier. Este pregunta á Guillermo de Mur qué piensa hacer con respecto á ellos dos el rey de Aragón. Á Riquier le maravilla que, habiendo visto á D. Jaime en Montpellier, nada le haya dado, sabiendo lo mucho que lo necesita.

Guillermo contesta que el valiente rey quiere llevarlos á entrambos á la conquista de Murcia y quiere que le ayuden como buenos soldados, de lo cual les resultará gran bien cuando lo hayan merecido.

Giraldo replica á esto que el rey hace que le acompañen los que están deseosos de pelear, y que los hechos de armas no son propios para ellos.

Guillermo insiste en que deben ir, añadiendo que si el rey retarda tanto sus dones es para obligarles á trabajar más que los otros obteniendo también doble recompensa, mientras con valor y decisión combatan por la causa de la fé.

Giraldo le dice á Guillermo: «Vos deseáis adquirir de los sarracenos un trotón, riquezas y bienes, y el rey bien os lo dará, mas yo me quedaré, pues para nada los necesito.

»Pues si el rey, dice Guillermo, me da caballo y arnés, como conviene á mi clase, me voy con él para mantener la fé.»

3.<sup>a</sup>

Otra *tensión* con Giraldo. Se trata de cuál es más de apreciar entre dos barones, el que emplea sus intereses en enriquecer á los suyos y á sus compañeros de guerra, excluyendo á los extraños, ó el que, por lo contrario, todo lo da á los extraños, no haciendo nada por los suyos. La cuestión es propuesta por Guillermo de Mur y dirigida á Giraldo Riquier.

«Ningún elogio merece, responde éste, el que sólo en-

riquece á los extraños, mientras que el favorecer á los suyos, al contrario, es acción digna de loa.»

Guillermo dice que favoreciendo á los extranjeros se extiende más la reputación y se adquiere más gloria.

«La mayor gloria para su señor, replica Giraldo, es la de cumplir con su deber, y el deber más esencial es el de tratar bien á sus servidores.»

«Los contendientes eligen como juez al joven conde Enrique de Rhodéz, y he aquí su sentencia:

«Guillermo y Giraldo me invitan á juzgar su controversia, en la cual uno y otro han defendido con ingenio su parecer. Guillermo con poderosas razones ha sostenido la preferencia que da á quien favorece á los extraños, y Giraldo la que da al barón que recompensa á los suyos. Así, tomado parecer de nuestro consejo, diremos: que hay mucho honor de una y de otra parte, pero que el que favorece á los suyos merece la preferencia.»

4.<sup>a</sup>

Otra *tensión* entre los mismos. Riquier es quien la propone, preguntando, en el supuesto de ir los dos siguiendo las cortes y habiendo de crecer el uno en dones y el otro en buena acogida, qué es lo que prefiere. Guillermo contesta que lo segundo.

También se propone en esta *tensión* al conde Enrique como juez, pero falta su sentencia <sup>1</sup>.

Milá no traslada de Guillermo de Mur más que las anteriores poesías, pero Millot da cuenta de otra *tensión* entre Guillermo y Giraldo.

En esta otra poesía, el primero propone al segundo quién debe hacer más esfuerzos para merecer la estimación, si el amante afortunado, ó el que no tiene aún más que esperanzas.

Giraldo se decide por el primero.

<sup>1</sup> Estas cuatro poesías se insertaron íntegras, y en su original, en la primera edición de esta obra.

A esto observa Guillermo que se hacen menos esfuerzos para complacer cuanto menos hay que desear y pedir, citando el ejemplo del ruiseñor que encanta con sus gorjeos mientras solicita á la que quiere obtener, pero cuyo canto se trueca en rudo y áspero luego de haberla obtenido.

Giraldo responde que la recompensa no debe amenguar el deseo de merecer. «El ejemplo del ruiseñor, dice, nada significa, porque un pájaro es incapaz de conocimiento y de sentimiento reflexivo. Por lo que á mí toca, añade, nunca valgo más que cuando se me trata bien.»

## GUILLERMO DE SAN DIDIER.

Guillermo de San Leidier le llaman las *Vidas de los trovadores*, pero su verdadero nombre es de San Didier, castillo que existía en el Velay, al Norte del Puy de Santa María.

Los biógrafos provenzales dicen que era un noble y valiente caballero, muy estimado por sus prendas y dotes personales, cortés, dadivoso, leal, experto en amor y maestro en aventuras galantes.

La biografía que de él contienen las *Vidas de los trovadores* consiste sólo en el relato de una de sus aventuras amorosas, perteneciente al género de las que tanto abundan en la historia de aquellos poetas y que tan singulares y características son como estudio de época y cuadro de costumbres. No la contaré de la manera agradable y deliciosa que la cuenta el biógrafo provenzal, pues hay que hacer supresiones y cambios de estilo, pero daré una idea de ella.

Guillermo amaba *de amor* á Adelaida de Claustra, hermana del Delfín de Auvernia y esposa del vizconde de Polignac, á la cual llamaban ordinariamente la marquesa de Polignac. En sus relaciones, y para llevar su intriga más misteriosa y secreta, á usanza de lo que practicaban los trovadores, Guillermo y su dama se daban mutuamente el nombre de *Beltrán*, nombre que usaban en común con Hugo Marechal, que era su amigo y confidente, que sabía todo el misterio de sus relaciones, y á quien hacían partícipe de este nombre sin duda para engañar más á los curiosos por las dificultades de aplicación.

Tiempo hacía ya que Guillermo obsequiaba y servía á la marquesa, cada vez más enamorado, sin que ella acce-

diera á complacerle en derecho de amor. Para contestar á sus reiteradas instancias, la dama le dijo por fin, un día:

—Guillermo, si el vizconde mi marido no me lo ruega y manda, es inútil que insistáis en que os tome por caballero y por servidor.

La pretensión de la dama parecerá algún tanto extraña á los lectores del día, pero tales eran aquellos tiempos, y tales aquellas costumbres.

Guillermo no se acobardó por la respuesta, y comenzó desde entonces á cavilar la manera cómo debería hacerlo para hacerse recibir por caballero de la marquesa con la intervención del marido; ocurriósele al efecto un medio ingenioso, y fué el de componer una canción en que hacía hablar á un marido intercediendo cerca de su mujer en favor de su amante.

Hízola así, y cuando la tuvo compuesta fué á presentársela al vizconde, que era gran admirador de las canciones de Guillermo y gustaba de aprenderlas y cantarlas.

La poesía comenzaba con el verso

*Dona, ieu vos soy messatgiers...*

y decía de esta manera:

«Señora, soy para vos un mensajero, y vengo á saluda-ros de parte de aquél que sólo en vos piensa y que todo lo hace para complaceros... De tal manera se ocupa de vos, que huye toda distracción y toda alegría. En su alma sólo vive el amor que en ella habéis encendido, y morirá de languidez si no acudís en su auxilio.

»Yo no conozco á ese galán, pero os pido por mi amor que dejéis de ser severa con él... Nada tenéis que temer, pues yo respondo de todo, os prohibo amar á cualquier otro que no sea el caballero de que os hablo. Es rico en mérito y bien nacido... Y nada indigno hay en él que pueda hacerle desmerecer á los ojos de una dama...

»Señora, dadle á conocer lo que de él pensáis hacer, y ojalá que vuestra respuesta le haga más adicto á vuestro amor.»

Al presentar esta canción al vizconde, Guillermo le contó el motivo por lo cual la hiciera, á saber, que una dama le había dicho que no le amaría como su marido no se lo rogase. El vizconde de Polignac, muy satisfecho de la canción y más todavía de conocer el motivo, la aprendió de memoria, y cuando la supo bien, fué á cantársela á su esposa.

Adelaida lo comprendió todo, se acordó de lo que había dicho á Guillermo, y dijo para sus adentros: «ya no hay medio de resistirme.» (*E dis á si mateyssa: Veïmais no 'm puesc defendre.*)

En efecto, no tardó Guillermo en presentarse para participarle cómo había ejecutado sus órdenes y cómo venía á exigirle el cumplimiento de su promesa; y la marquesa le recibió entonces por su caballero y servidor. Sus amores duraron largo tiempo, «conduciendo su intriga muy convenientemente, dice la biografía provenzal, sin dar lugar á murmuración ni escándalo.»

Fué entonces cuando medió como su confidente Hugo Marechal, y cuándo, para mayor misterio, se convino en darse mutuamente el nombre de Beltrán. «Así permanecieron largo tiempo muy satisfechos los tres Beltranes, hasta que Guillermo cayó en gran tristeza y dolor cuando los otros dos le hicieron la grande felonía y la grande villanía que vais á oír.»

Brillaba en aquel tiempo en el Vienesado una dama muy bella y muy distinguida, á la que llamaban la condesa de Rosellón, á quien honraban y obsequiaban mucho los más nobles caballeros y barones, y Guillermo más que todos, pues que la enalzaba mucho, haciéndola objeto de alguno de sus cantos, hasta el punto de que muchos creían que era su caballero.

Complaciase tanto Guillermo en su sociedad, que descuidaba por ella la de la marquesa, quien, ardiendo en celos, llegó á figurarse que el trovador era el amante de la condesa. Esto hizo que tomara una resolución desesperada, que el biógrafo provenzal cuenta con la siguiente ingenuidad:

*La markeza mandet per En Vc Marescal, e se clamet á lui d' En Guillem, e dis que vengarse volia d' En Guillem per sen d' En Vc:*

—*Et en aissi, que ieu vuell far mon cavallier de vos, per so car sais qui es; e car non trobaria cavallier que 'm convengués mais de vos; ni de cui En Guillem degues essar tan irat com de vos; e vuell anar en pelerinatge ab vos á San Antoni en Vianés, e anarai a San Didier á maisó d' En Guillem jazer en sa cambra et el seu leit, e Vuell que vos jazats ab mi.*

*E can En Vc o auzi, meravilhetse mot fort, e dei:*

—*Dona, trop me dizés d' amor, e veusme a tot vostre mandamen.*

*La markeza i apavelhet gent e be, e messe en la via ab sas donzelas e sos cavalliers, e vense'n á San Didier, e i descavalquet. Mais Guillem non era el castel, pero la markeza fo gent aculhida á sa voluntat, e can ven la nueg colquet ab si En Vc el liet d' En Guillem.*

»Y la nueva de lo pasado aquella noche, prosigue diciendo el biógrafo provenzal, se esparció por toda la comarca, y cuando llegó á oídos de Guillermo se sintió de ello muy pesaroso y afligido, pero no quiso darlo á entender á Hugo y á la marquesa; al contrario, hacía como que no lo sabía.

»Desde aquel momento, sin embargo, se esforzó en ser más asiduo junto á la condesa de Rosellón, y cerró su corazón al amor de la marquesa, siendo entonces cuando compuso aquella canción que dice:

Pus tan mi fors' amors que mi fai entremetre...

A esto se reduce todo lo que de Guillermo de San Didier cuentan las biografías provenzales.

Nos quedan de este trovador diez y siete composiciones, sin que ellas nos den el menor indicio relativamente á sus destinos. Son en su mayor parte de amores, sin hablar de la dama á quien van dedicadas más que bajo nombres convenientes y sin relatar ningún incidente particular. Algunas son insignificantes, pero otras cautivan por el sentimiento y la espontaneidad.



Entre estas composiciones hay un canto religioso sobre los efectos del poder de Dios, y un diálogo por demás libre entre un marido y su mujer.

He aquí dos de las mejores y más sentidas poesías de Guillermo, que forman parte de las dirigidas á su dama, con el seudónimo de Beltrán:

«Como aquella que cantó es hermosa, y como lo son también su nombre, su tierra y su castillo; como su conducta, su lenguaje, sus maneras, todo es bello, quiero que mis cantos sean bellos también. Si valiera mi canción lo que la beldad por quien la escribo, sería la mejor canción que habría en el mundo.

»Aquella de quien soy vasallo acabará por hacerme morir, aún cuando con un hilo de su guante ó uno de los pelos que caen de su pelisa, pudiera salvarme la vida. Con sólo una promesa, siquier fuese falsa, me haría feliz, que cuando más me humilla y me confunde, más la amo y con amor más puro.

»Bella dama, la de gentil talle, sois la dueña de mi corazón. ¡Qué buena serfais y qué humana, si al acercarme á vos de rodillas y cruzadas las manos para pedir os vuestro anillo, os dignárais dar vida por este favor á un infeliz que es vuestro esclavo y que nunca conoció la dicha, pues sin vos no la hay para él!

»Encantadora y cortés dama, puesto que á ninguna otra hago mi corte y que no hay ninguna, ni en realidad ni en apariencia, á quien yo estime por el valor de un clavo en comparación vuestra, no queráis que muera sin conocer la dicha. Amor me lo prohíbe. ¡Ay de mí! Me hundí sin comprenderlo en este abismo, y no hallo hoy ni puente ni vado para salir de él.

»Una sola esperanza me sostiene, y es la de que Amor, noble y gentil, no dejará de apoyar á su fiel servidor que á cada momento le implora. Que el falso amante se retire desesperanzado: el leal no debe desesperar nunca, que si las nobles damas son extremadas en sus reservas sobre elecciones de tiempo y de personas, más pronto ó más tarde acaban por corresponder á los tiernos votos que se les dirige.

»Los lugares que ella habita me placen y me parecen resplandecientes. Los bosques más salvajes son para mí praderas, vergeles y jardines ornados de rosas. Cada día me parece hallar en ella una nueva belleza, y tiene tantas gracias, que los peor educados se convierten en cortesés al verla y al hablarla.»

Bella es esta poesía, una de las que lo son más sin duda entre las de aquellos maestros de la lira, pero no lo es menos por su naturalidad y elegancia, aunque compuesta con rimas más difíciles, la siguiente:

«No hay criatura humana en el mundo que no halle su pan. Sólo á mí me falta esta fortuna. Amo á aquella que me persigue, y la amo con más fidelidad y constancia de las que aparenta cualquier amante por una querida que se le haya entregado. Mi amor aumenta por los tormentos que ella me causa, y cuanto menos me ame, más profundo es mi amor.

»No, nada ganaría ella con otra conducta, pues ahora que me desdeña, llevo yo sólo todo el peso del amor que me embriaga. Y sin embargo, conozco que la esperanza que me diese, me inflamaría más aún. Pero esta esperanza, sin efecto, no se realizará nunca para mí. Debiera romper los lazos que me aprisionan, lo intento, y no me es posible.

»Me aborrecería á mí mismo si hubiese cometido con ella la menor falta, si algo hubiese podido decir de ella injurioso ú ofensivo. ¡Ay de mí! Paso los días exaltando su mérito, cantando sus alabanzas, y si la miro, ella hace como que no me ve. Amable y complaciente con todos, es sólo altiva y desdeñosa para mí.

»Así son todas ellas: tratan con orgullo y dureza al que se humilla. ¡Ay, hermosa dama! ¿es posible que sólo para mí en el mundo seáis descortés? ¿Es posible que sólo á mí me queráis mal? ¿Que sólo á mí deis pesares? ¿Y por qué? Porque os amo más que nadie. Podréis arrancarme los ojos, pero ni vos ni yo podremos impedir que así sean las cosas.

»De día en día va acreciendo y fortificándose el amor

que por ella tengo. Y sin embargo, en lugar de avanzar, retrocedo, y voy viendo que al fin todo será perdido para mí. No sé qué hacer. Si me irrito, perjudico mi causa: si sufro con resignación, no gano nada. Debiera retirarme, y me quedo. ¿Puede uno estar hechizado hasta este punto?»

He aquí ahora otra poesía de Guillermo de San Didier, que merece insertarse original é íntegra por lo singular y rara. Pertenece al género, poco común, de las canciones que se escribían en coplas irregulares. Concuerdan y riman de una parte la primera estrofa, la tercera y la quinta, y de otra la segunda, la cuarta y la sexta. Obsérvese también que las rimas femeninas de las estrofas impares se reproducen en masculino, y con mucho arte, en las estrofas pares.

Bel m' es oimais qu' eu retraia  
 ab leugiera razon plana  
 tal chanson, que cil entenda  
 vas totz cui mos cors s' aclina;  
 que la soa desmezura  
 mi part d' ella y em desloigna,  
 tan es de mercé estraigna,  
 que no 'l platz que jois m' en reigna.  
 Non sai s' ieu muer o viu ó veign  
 o vau, c' a mal seiguer estraing  
 sero, e no i met neis terme loing,  
 que ja jorn vas mi s' amezur,  
 et en on plus l' estau col clin,  
 nengun de mos precis no enten,  
 anz cre, que m' ausirà de plan  
 lo bes, c' om d' ellei mi retrai.

Trop si feing vas mi veraia,  
 car una promessa vana  
 no 'm dis tal, don ren non prenda;  
 non volgra, que fos tan fina,  
 coitós fa 'm e lonc' endura  
 ai per lei, on met sua poigna;  
 entró que vas mi sufraigna,  
 non er jon, que ja 'm reveigna.  
 Pero per un respieg reveing,  
 can pes, que gentils cors s' afraing,  
 qu' il quer merce, perqu' ieu i poing  
 et aten lo joi, don endur.  
 Mans jointas li 'm ren ab cor fin,  
 e sapcha ben aitan, si 'm pren,  
 qu' anc mieller amics ses cor van  
 non ac domna, ni plus verai.

Sol aitan de mercé n' aia,

car es de pretz sobeirana,  
 qu' il cug, ieu cugies, mi venda;  
 e car il non o devina  
 metraime 'n en aventura  
 e gartme 'n Dieus de vergoigna  
 qu' en cor ai, que li 'm complaigna  
 can pel sieu lige mi teigna.

Dieus voilla, pois aillors non teing,  
 ni vas nuill' outra no 'm complaing,  
 se ill que mercé, que no 'm vergoing,  
 e que tant de joi m' aventur,  
 c' als enveiós, que 's fon devin,  
 fassa cuiar, qu' ella mi ren  
 lo ric joi valen sobeiran,  
 don ren mas lo desir non ai.

Mortz vauc vies, si no 'm meillura,  
 si c' al lial joi mi joigna,  
 que non ai poder romaigna  
 ab outra, sitot no 'm deigna.

Bertrans, ges per aissó no' 'm deing  
 nuill' outra c' ab mi dons romaing,  
 on ric pretz e beutat si joing  
 e non es jorns, que no i meillur.

Se atribuye á este poeta un *serventesio* que evidentemente no le pertenece. Se lamenta de que sean abandonados Jerusalén y los Lugares Santos; quisiera que los clérigos y los predicadores pasaran á Ultramar; que el rey de Inglaterra y su hermano Ricardo, y los reyes de Aragón y Francia fuesen á combatir á los infieles, y añade:

«Que aquellos que quieran adquirir valor, vayan á Castilla junto al rey Alfonso, ocupado constantemente en combatir á los paganos.»

Por estas citas se ve que este *serventesio* pertenece á la segunda mitad del siglo XIII. No puede ser, por consiguiente, de Guillermo, que floreció en la segunda mitad del siglo XII.

Hubo confusión de nombre, y hay que atribuir esta composición á Galcerán de San Didier, hijo ó nieto de Guillermo, que fué, como éste, trovador, y que igualó en nombradía á los más célebres de su tiempo.

## GUILLERMO DE SAN GREGORI.

Nada se sabe de la vida de este trovador, y escasas son, y en muy limitado número, las poesías que de él nos quedan; pero una sola de ellas revela á un poeta.

Júzguese si no:

«Pláceme la primavera cuando llega acompañada de sus hojas y de sus flores; pláceme ver cómo revolotean los pájaros y oír resonar por el bosque sus gorjeos y sus cantos, pero más me place todavía ver levantarse en las praderas tiendas y pabellones y extenderse por los campos huestes de guerreros armados en batalla.

»Mi corazón late conmovido al ver cómo huyen los unos, cómo avanzan los otros, cómo abandonan sus pueblos los fugitivos llevándose sus bienes y les persiguen de cerca sus enemigos; cómo son sitiados los castillos, resistiendo los unos con ánimo esforzado, atacando los otros con valor resuelto, erizándose los muros de defensas y los fosos de empalizadas.

»Pláceme ver al capitán armado de todas armas, ginete en su caballo, ser el primero en el combate y enardecer con la palabra y el ejemplo á los suyos para moverles á nobles proezas. Cuando los escuadrones se confunden, y se dan y reciben golpes, todos deben seguir valerosamente á su capitán, siendo entonces el más considerado el que mejor se porta.

»Comienza la pelea, y todo es ruido, confusión y gritos. Los cascos se hienden, las espadas arrojan chispas, las armaduras resuenan al choque, las masas caen á plomo, los escudos se quiebran, los caballos corren despavoridos sin sus ginetes muertos ó heridos, y unos avanzan y otros re-

troceden, y todos se portan como cumple á su honra. ¡Sus! ¡Que nadie flaquee, que todos estén atentos á herir al contrario! Vale más ser muerto que vencido.

»No me place tanto el comer, el beber, el dormir, como oír gritar á los combatientes, relinchar los caballos y escuchar las voces de los que luchan lanzando al aire sus gritos de guerra; como ver á los infantes rodar revueltos por las fosos, á los ginetes en desbocada carrera por los campos y á los muertos atravesados en el pecho por las lanzas.

»*Endereza.*—Noble condesa, se os considera como la más bella que se ha visto en el mundo. Beatriz de alta alcurnia, dama en ingenio y en talento superior, fuente de donde brotan las virtudes, bella sobre toda otra belleza, vuestro noble mérito os ha elevado tanto que lo sobrepujáis todo.

»Barones, antes que dejar de ir á la guerra, empeñad vuestros castillos, vuestros pueblos y comarcas.»

La noble condesa á quien va dedicada esta composición es aquella Beatriz de Saboya, de que tantas veces se habla en esta obra, esposa de Ramón Berenguer el de Provenza. El *serventesio*, en el que hay alguna reminiscencia y hasta algún plagio de Beltrán de Born, debió escribirse con motivo de alguna de aquellas frecuentes luchas á que hubo de entregarse el conde de Provenza para sostener sus derechos.

Guillermo de San Gregori, que pudiera ser catalán, perteneció sin duda á la corte del conde de Provenza, centro entonces de civilización y de cultura, punto de cita y de reunión de los más célebres trovadores del tiempo, y vivía por consiguiente á mediados del siglo XIII.

Sus demás poesías son de poco interés, exceptuando una *tensión* con Blacás, más notable, en que se trata de decidir quién es preferible entre una gran dama que conceda á su amante todos los placeres del amor, excepto uno que se reserve, ó una hermosa de más baja alcurnia que no ponga restricción alguna á sus favores.

## GUILLERMO PEDRO DE CASALS.

Hay indicios fundados para creer que este trovador era catalán, de la parte de Cerdaña, según hallo en mis apuntes. Nadie, sin embargo, que yo sepa, lo da como tal, y aventuro con recelo esta opinión que no puedo fundar por otra parte en prueba alguna, desde el momento en que el extravió de algunos papeles, por un lado, y los años que me separan de la época en que tomé mis apuntes, por otro, me impiden recordar en qué apoyé mi creencia para darle como catalán cuando iba recogiendo en 1867 las notas y copias que luego debían procurarme materiales para esta obra.

Lo continuo entre los catalanes ínterin no se demuestre lo contrario. Nadie, por otra parte, de los pocos que de él se ocupan, dice de dónde fuese, excepto Millot que, sólo por conjetura, supone que pudo pertenecer á la misma familia noble de un Berenguer de Casals, que asistió como testigo en 1209 á un acto de homenaje al vizconde de Narbona por parte del señor de Fenouillet.

Por lo demás, se ignora todo lo que tiene relación con su vida, y es sólo conocido por algunas composiciones trascritas con su nombre, las cuales son ciertamente de escaso mérito, perteneciendo en gran parte al género de trivial galantería, con afectado estilo y expresando en términos algo libres el buen éxito de sus amores.

En un *serventesio* que merece llamar la atención, declama contra la corrupción del siglo, y, quejándose de las costumbres públicas, dice:

«A cada paso se ven nobles persuadidos de que, para adquirir honor, basta con elevar soberbios edificios, hablar alto y despreciarlo todo. Todo esto no es más que

moneda falsa. Yo no puedo sufrir á un noble que no sea cortés, á una dama que no sea afable, á un doncel que no sea galante, á una damisela que sea orgullosa, á un rico que sea avaro, á un jugador que sea pendenciero, á un perdona-vidas que vaya insultando á todo el mundo, á un hombre cualquiera que vaya por todas partes haciendo gala de sus títulos y cualidades.»

Merece también citarse una *tensión* de Casals con Bernardo de la Bartanea, á quien aquél propone esta cuestión:

«¿Qué preferiríais entre recibir de todos hermosos y ricos regalos que os fueran dados de buena gracia y de buen grado, ó hallaros en estado de dar, áun cuando os pagaran con ingratitud los que de vos recibieran favores?»

Bernardo prefiere lo primero porque, según él, es una triste cosa el favorecer á ingratos. Casals prefiere lo segundo, á causa del honor que con la generosidad se adquiere. «Si yo fuese rico, dice, daría á manos llenas para que todos pudieran decir: «He aquí á un hombre tan liberal que á nadie niega.» Y si aquellos á quienes favoreciera no fuesen reconocidos, conseguiría al menos la estimación y el aprecio de los que serían testigos de mi generosidad.»



## GUILLERMO RAINOLS DE 'APT.

Era, según parece, un caballero de la villa ó castillo de Apt en el condado de Forcalquier. Floreció á últimos del siglo XII y principios del XIII, y se dice que compuso muy buenos *serventesios* sobre los sucesos políticos de su tiempo y sobre lo que ocurría principalmente entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa. Estas composiciones, sin embargo, se han perdido, desapareciendo como tantos otros monumentos de las letras de aquel tiempo reducidos á cenizas por las hogueras de la Inquisición.

Cuentan de Guillermo Rainols que era hombre de gran ingenio, y que componía aires y tonadas nuevas para sus *serventesios*, siendo tan diestro en ello que sus obras se hacían muy populares, más ciertamente por la música que por la letra, y llegando á alcanzar por esto una gran celebridad.

En estos nuestros tiempos tenemos un ejemplo muy parecido.

Sus *serventesios* eran esencialmente políticos, y como también eran muy intencionados y satíricos, el autor era temido de los grandes y de los barones por su causticidad y por su osadía.

Debió pertenecer, por lo que parece, al partido del conde de Tolosa, tomando parte en las luchas de la independencia provenzal contra los cruzados, á quienes ataca sin piedad en algunas de las poquísimas composiciones suyas que nos quedan.

He aquí cómo se expresa contra aquel clero injusto, fanático y apasionado, que en aquellos tiempos obró con tanta violencia, persiguiendo con el fuego y con el hierro

á todos los que sentían vibrar en su pecho la cuerda sagrada del amor patrio:

«Un débil y vil populacho, armado con sobrepellices, que jamás avanzó un paso para combatir, arrebató á los nobles sus castillos y palacios, y tan formidable se presenta que ha establecido sobre su autoridad un nuevo tribunal (la Inquisición) para destruirles del todo y acabar con ellos. Así es que se ve á la maldad subir muy alto, mientras que decaen el honor y el mérito. Por culpa de estos villanos veo el mundo trastornado. El macho cabrío ataca osadamente al lobo, la perdiz al halcón, y el cordero guarda al pastor. Veo al débil mantenerse firme y al fuerte humillarse y caer, como veo los bueyes arrastrados por el arado, y Navidad después de Año Nuevo.»

Tiene también Rainols una *tensión* con Guillermo Margret, que puede leerse en el artículo á este trovador referente, y algunas poesías amorosas de escaso mérito.

## GUILLERMO DE TUDELA.

## I.

Guillermo de Tudela ha pasado y pasa por ser el autor del poema ó, como él lo titula, *Canción de la cruzada contra los herejes albigenses*. (*Cansós de la cruzada contra 'ls erejes d' Albegés*.)

Mucho han dado que hablar este autor y este poema.

Para Raynouard no cabe duda alguna por lo tocante al nombre del autor. El mismo poema lo dice, y no hay más que leer su comienzo:

«En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, comienza la canción que hizo maese Guillermo, clérigo que se educó en Tudela de Navarra, y que vino después á Montalbán, como la historia dice. Permaneció allí once años, y al duodécimo se fué á causa de la destrucción que adivinó y vió por la geomancia, que había estudiado largo tiempo. Y conoció que el país sería incendiado y destruido á causa de la loca creencia que había abrigado, y que los ricos ciudadanos llegarían á pobres perdiendo sus riquezas, y que los caballeros se verían proscritos, teniendo que ir á buscar en medio de grandes duelos, hospitalidad en extranjeras tierras...

»Entonces hizo este libro y lo escribió él mismo desde el principio hasta el fin...»

El non del Payre e del Filh e del Sant Esperit  
comensa la cansós que maestre Guilhem fit,  
un clerc que fo en Navarra, á Tudela, noirit,  
pois vint á Montalbá, si cum l' hestoria dit.  
S' i estet onze ans, al dotze s' en issit  
per la destrutió qu' el conog e vit  
en la geomancia, el ac lonc temps legit...

A pesar de esto y de que todavía se repite el nombre otra vez más adelante, Fauriel, al trasladar y traducir la *Canción de la cruzada*, pone en duda la persona y la patria del poeta con argumentos que no dejan de tener alguna fuerza, y concluye por asegurar que el autor no fué español, sino de la parte del Mediodía comprendida entre los Pirineos y el Ródano, que fué después el Languedoc.

D. Toribio del Campillo, en un erudito apéndice á su *Ensayo sobre los poemas provenzales*, reivindica para España la gloria de haber sido patria de este poeta, y refuta con ingenio los argumentos de Fauriel.

D. Manuel Milá, en sus *Trovadores de España*, vacila, y pesando el pro y el contra, se entrega á ciertas atinadas observaciones. Por lo que toca á la persona y á la cualidad del autor, encuentra en el poema mismo versos y frases que parecen convenir, más bien que á un clérigo, á un juglar ó trovador ambulante; y por lo que respecta á la patria, halla poderosos motivos que abogan en favor de España. Sin embargo de todo, Milá termina por proponer una hipótesis: la de que Guillermo pudiese ser un trovador ambulante, de familia originaria de Gascuña, pero establecido en un barrio franco de una de las ciudades de Navarra, seguramente Tudela.

La última palabra sobre esta cuestión la ha pronunciado Pablo Meyer.

En un excelente trabajo publicado en la *Bibliothèque de l'École des Chartres*, vi serie, tomo 1, M. Pablo Meyer se entrega á minuciosas pesquisas para averiguar quién fué el autor de la *Cruzada contra los albigenses*, y de una manera concluyente prueba que es obra, no de uno, sino de dos autores.

La primera parte de la obra, que termina en la cxxx1, serie ó grupo de versos, ha sido compuesta por Guillermo de Tudela que se da á sí mismo por autor del poema en dos distintos lugares, al principio y en el verso 207. Pablo Meyer ha descubierto también que Guillermo de Tudela era un familiar del conde Balduino, hermano de Ramón VI de Tolosa, que se declaró enemigo de su herma-

no poniéndose del lado de los cruzados, lo cual explica el entusiasmo de aquel escritor por la cruzada.

En cuanto á la segunda parte, que está escrita bajo un punto de vista muy diverso, Meyer la atribuye á un trovador tolosano, cuyo nombre ha permanecido ignorado.

Aclarado este punto, vamos al poema, que es á la vez un monumento histórico y un monumento literario, pudiendo ser objeto de un doble examen, como acertadamente observó Raynouard.

Es la historia en verso de aquella célebre y terrible cruzada contra los albigenses que dió por fruto y triste resultado la ruina de la casa de Tolosa, la muerte de D. Pedro I, el rey caballero de Aragón, el fracaso de la nacionalidad meridional, la destrucción de la Provenza, el triunfo de la lengua de *oïl* sobre la de *oc*, el dominio de la nación francesa en todo el Mediodía, la pérdida de la literatura de los trovadores, y el establecimiento de aquel tremendo tribunal de la Inquisición, nacido en Francia, sostenido por los franceses para ahogar el espíritu libre é independiente de las comarcas meridionales, y que en ninguna parte, por más que luego se haya dicho todo cuanto se quiera con referencia á España, en ninguna parte ha cometido más horrores ni más crímenes que en Francia.

La *Canción de la cruzada* es la verídica historia de aquel triste Calvario á que hubieron de subir las provincias meridionales de la que hoy es Francia, por el crimen de haberse adelantado á su siglo, admitiendo en su seno la libertad política y religiosa, en plena Edad media, cuando la mayor parte de la Europa estaba sumida en la ignorancia y sometida al más grosero despotismo.

La *Canción de la cruzada* traza con vivos colores el singular y funesto destino de aquella nación romana que después de haber encendido, la primera en Europa, la antorcha de una civilización pacífica é inteligente, fué violentamente disuelta, hundida de nuevo en las tinieblas de la barbarie, y atada por la Iglesia al carro triunfante de una nación, cuyos instintos eran contrarios á los que despertó en aquel rico suelo la libre y admirable poesía de los trovadores.

No en vano, pues, ha dicho uno de los autores de este poema, sintetizando su elevado pensamiento en dos notables versos puestos en boca del conde de Tolosa:—«Ningún hombre en el mundo, por gran señor que fuera, hubiera podido arrojarme de mi tierra, á no ser la Iglesia.»

No hi há home sur terra per gran senhor que fós  
que 'm gités de ma terra, si la Gleysa no fós.

Si hubiesen de tenerse en cuenta los preceptos del arte y el rigorismo de doctrina, el monumento histórico que nos ocupa no debiera ser calificado de poema; pero no parece justo negar este honroso título á un cuadro en que está descrita toda una época y pintada toda una sociedad, á una obra en que, con el colorido de la poesía y la alteza del pensamiento, se narra uno de los más trascendentales acontecimientos de la Edad media, el de una civilización que se impone por la inteligencia, por la paz y por el amor, y que se destruye por el hierro, por el fuego y por la sangre.

La *Canción de la cruzada* es una verdadera epopeya carlovingia, no sólo por el ritmo, si que también por la forma narrativa y descriptiva: contiene largos discursos é interminables deliberaciones, como sucede en los poemas caballerescos; pero hay el color de la verdad histórica, la fidelidad de los hechos, delicadezas de ingenio, pasajes de originalísima belleza, creaciones robustas de caracteres.

Componen la obra 9.578 versos divididos por grupos ó séries de número indeterminado de versos monorrimos, terminados por hemistiquio. Comienza con la cruzada y concluye en el año 1219, cuando Luis de Francia, hijo de Felipe Augusto, después de la rendición de Marmanda, se presenta á poner sitio á Tolosa al frente de formidable hueste.

Después de comenzar con los versos citados más arriba, entra en materia y cuenta de qué manera se había extendido la herejía por las comarcas de Albi, Tolosa, Carcasona, Beziers, etc.

Siguen las primeras predicaciones del abad del Cister; la misión del legado del Papa Pedro de Castelnau, muerto á manos de las gentes del conde de Tolosa; la irritación del Papa por esta muerte y las censuras de la Iglesia; la asamblea presidida por el Sumo Pontífice en que se resuelve la cruzada; la predicación que hace de ella el abad del Cister, nombrado para dirigirla; la reconciliación del conde de Tolosa con la Iglesia, lo cual no impide que el ejército de los cruzados siga en la persecución de los herejes, presentándose ante Beziers.

La horrible catástrofe de Beziers está descrita con vivos colores, sin embargo de que Guillermo de Tudela es tan poco favorable á los herejes en la primera parte, como el autor anónimo de la segunda lo es á Simón de Montfort y á los cruzados.

La matanza de Beziers ha dejado memoria en toda aquella comarca. Perecieron á centenares pasados á cuchillo, los habitantes de la ciudad, hombres, ancianos, mujeres, niños. Una gran multitud se había refugiado en la iglesia, mezclados y en confusión, herejes y católicos: se pidió gracia para estos últimos al abad del Cister, pero éste contestó:

—Matadles á todos, que Dios ya reconocerá á los suyos.

Según la *Canción de la Cruzada*, fué el día de la fiesta de la Magdalena cuando el abad del Cister llegó al pié de los muros de Beziers, acampando con su hueste, más numerosa que el ejército de Menelao, cuando el rapto de Elena.

So fo á una festa qu' on ditz la Magdalena,  
que l' abas de Cistel sa granda ots amena:  
trastota, entorn Bezers, alberga sus l' arena;  
c' anc la ost Menelau, cui Paris tolc Elena,  
no figueron tan trap els ports dessotz Miscena..

Matan los habitantes de Beziers á un cruzado francés, y en seguida la ciudad es invadida por 15.000 perdidos y descamisados, que con un jefe llamado *lo rey dels arlots* (el rey de la canalla) precedían al ejército regular de los

cruzados. Los infelices habitantes, llevándose á sus mujeres é hijos se refugiaron en la iglesia como única esperanza de salvación. Los sacerdotes se revisten y hacen sonar las campanas, como si quisieran celebrar un oficio de difuntos.

Al moster (iglesia catedral) general van il plus tots fugir;  
li prestre e li clerc s' anero revestir  
e fan sonar los senhs cums si volguessan dir  
messa de mortuorum per cors morts sebelir.

La santidad del sitio no detiene el furor de la canalla, que ha entrado salvando fosos y muros, siguiendo al rey *dels arlots*, y esparciéndose por la ciudad. Las iglesias no son ni siquiera un hogar de asilo para los sacerdotes mismos. Nada puede garantir á los infelices habitantes, ni cruz, ni altar, ni crucifijo. La canalla pasa á degüello á todos, clérigos, mujeres, niños. «¡Que Dios, si así le place, reciba sus almas en el Paraiso! No creo que nunca, desde el tiempo de los sarracenos, haya tenido lugar ó haya sido consentida tal carnicería.»

Que no ls' pot gaudir crotz, antar ni crucifis:  
e los clerc auzizian li fol ribautz mendics,  
e femnas e efans, c' anc no cug us n' ichis.  
¡Dieu recepia sas armas, s' il platz, en Paradis!  
c' ancmals tant fera mort del temps sarracinis  
no cuge que fos faïta, ni c' om la cossentis!

Después de esta reflexión, muy de notar en el autor de la primera parte favorable á los cruzados, cuenta que *el rey* y su canalla creyeron haberse hecho ricos ya para siempre con lo que robaron, y gritando entonces ¡á fuego! ¡á fuego! entregan la ciudad á las llamas, que se esparcen en seguida, invadiéndola de un extremo á otro.

Le Reys e li arlot cuieren estre gais  
dels avers qu' an pres e ric per tost temps mais.  
Quant sels lor o an tolt, tug escrian á fais,  
à foc! à foc!...  
La ciutatz s' en espren e leva se l' esglais;  
la vida ars trastota de lonc e de biais.'

A los tres días los cruzados se dirigen sobre Carcasona,



donde se hallaba el vizconde de Beziers, el cual se dispone á resistirse, y reúne á los suyos á quienes dice que tomen las armas y monten en sus caballos:

E le vescoms estet pels murs e pels ambans...  
 —\*Senhors, ditz lo vescoms, totz vos aparelhatz.  
 Anatz pendre las armas, en los cavals montatz.\*

Entra el poema en minuciosos detalles sobre los aprestos del sitio, las asambleas entre los sitiados y los sitiadores, la llegada al campo del rey de Aragón con cien caballeros para poner paz, las conferencias de D. Pedro con el vizconde de Beziers, las tentativas y esfuerzos del monarca aragonés para evitar la lucha, y la convicción que adquiere de ser inútil todo, cuya convicción lleva al rey, dice el poema, á exclamar entre dientes:—«Esto no terminará hasta que se vea á un ásno volar bajo el cielo.»

Lo reis ditz entre dens: \*Aissó s' acabarà  
 aissí tost co us azes sus el cel volará.\*

El rey, airado de no haber podido llevar á los cruzados á un arreglo, se retira, y el vizconde de Beziers, con ánimo varonil, se dispone á una tenaz defensa, pero comete la imprudencia de salir á parlamentar en persona, cayendo en manos de los cruzados. Los defensores de la ciudad, entonces, sin jefe ni guía, se amotinan, abandonan los puestos, huyen, y Carcasona cae en poder de los sitiadores.

Sigue la asamblea en que el abad del Cister, después de haber celebrado la misa del Espíritu Santo, ofrece el vizcondado y dominio de Beziers y Carcasona á los señores que le acompañan, al conde de Nevers, que, noble y pundonoroso, no lo quiere, al conde de San Pol, que también lo rechaza, á Simón, señor de Montfort, por fin, que lo acepta.

El abad del Cister hace reconocer entonces al de Montfort como señor y dueño de aquellos dominios, y le da á guardar el prisionero vizconde de Beziers.

Al llegar aquí el poema, con un laconismo admirable, que lo da á entender todo, y valiéndose de solo tres ver-

sos para describir un carácter y contar un crimen, dice:

«Y el conde de Montfort, que tiene corazón de león, se queda con Carcasona y guarda en prisión al vizconde, que murió en ella de disentería.»

E lo coms de Monfort, qui à cor de leon  
remàs à Carcasona e gardàs en prison  
lo vescoms, que mori après de menazon.

Cuenta luego el poema cómo el conde Ramón de Tolosa se decide á hacer un viaje á Roma, á pesar de la oposición del abad del Cister, y va narrando con escrupulosa exactitud todos los sucesos que se siguieron.

La vuelta del conde Ramón de Roma, sin haber conseguido nada; la confianza con que éste entregó el castillo Narbonés al legado del Papa y al obispo de Tolosa, que lo era ya á la sazón aquel trovador Folquet que desertó la causa de la patria y de los trovadores para hacerse monje del Cister y obispo de Tolosa; la nueva mediación del rey D. Pedro y sus conferencias con el legado y con Montfort, jefe ya de los cruzados, sin conseguir nada en definitiva; el sitio y asalto de Minerva por Montfort, donde éste hizo *quemar á muchos herejes*; los varios hechos de armas de aquel periodo; las asambleas y concilios de Arlés y Narbona, á que asistieron el conde de Tolosa y el rey de Aragón; la resolución al fin tomada por el conde de Tolosa de defender sus Estados; el sitio de Lavaur por los cruzados; las victorias del conde de Foix sobre éstos; la venganza tomada por Montfort y sus triunfos; la traición de Balduino, hermano del conde de Tolosa, y otros sucesos, narrados todos con histórica fidelidad, hasta llegar al momento en que D. Pedro de Aragón, aunque tarde, se decide á desenvainar su espada y á acudir con sus catalanes y aragoneses en auxilio de su cuñado el conde de Tolosa, tan humillado por la Iglesia, tan maltratado por los cruzados, y tan digno de mejor suerte.

El episodio de la batalla de Muret es uno de las más interesantes del poema. Comienza describiendo la llegada de D. Pedro al campo de Muret, donde plantó su orifla-

ma, con la flor de sus caballeros catalanes y aragoneses, decidido á no dejar cruzado desde Montpellier hasta Rocamador á quien no hiciera morir entre duelos y tristeza.

Elbon reis d' Aragó, desus son milsoldor 1,  
 es vengutz á Murel, e pauza il' auriflor...  
 ac cels de Catalonha i amenet la flor  
 e de lai, d' Aragó, trop ric combatedor...  
 No laissará crozat en castel ni en tor  
 de lai Montpeler entró á Rocamador  
 que no' ls fassa morir á dol e á tristor...

Cuenta la asamblea de los capitanes; los preparativos del sitio de Muret; la llegada de los hombres de Tolosa; la reunión de todas las huestes; el auxilio que á los sitiados se dispuso á prestar el conde de Montfort, acudiendo personalmente. «Eran tantos los hombres de armas que allí se congregaron, dice, que la llanura resplandecía como si fuese de cristal, por los yelmos y las espadas.»

La ribeira respian com si fos de cristalh  
 dels elmes e dels brans.

D. Pedro da la señal de la batalla y exhorta á los suyos con levantadas frases, después de unas palabras cruzadas entre él, D. Miguel de Luzziá y el conde de Tolosa. Por su parte, Simón de Montfort arenga á los barones de Francia, desplega su bandera, y recibida la bendición del trovador Folquet, obispo de Tolosa, avanza la hueste contra el campo del rey de Aragón.

Trábase el combate, que es fatal para la causa de Tolosa. Muere de los primeros el monarca aragonés, peleando como bueno, y gritando á sus enemigos en medio de la lucha: «¡A mí! ¡Yo soy el rey!» Todos se desbandan al caer D. Pedro: unos perecen á los filos de la espada del vencedor, otros huyen y se ahogan al cruzar el río. Todo es destrucción y muerte.

«Grande fué la ruina, el dolor y la pérdida cuando el rey de Aragón quedó muerto y ensangrentado con muchos

1 «Ginete en sus mil sueldos de oro;» es decir, un caballo de este precio.

otros varones: grande fué también la vergüenza para toda la cristiandad y para todas sus gentes.»

Mot fo grans lo dampnatges e'l doís e'l perdementz,  
cant lo reis d' Aragó remás mort e sagnens,  
e mot d' autres baròs; don fo grans l' aunimens  
á tot crestianisme e a trastotas gens.

## II.

La rota de Muret dió por de pronto, y por completo, el triunfo á los cruzados. El conde de Tolosa y su hijo abandonaron el país, saliendo proscritos de su patria, y Simón de Montfort entró triunfante en Tolosa.

Cuenta el poema cómo los condes proscritos fueron á Roma, á través de grandes peligros, llegando en el momento de ir á celebrarse el concilio de Letrán de 1215.

El episodio más bello y más importante de la *Canción de la cruzada* es aquel en que describe la gran asamblea presidida por el Papa. La pintura está hecha de mano maestra y el cuadro es acabado.

Allí, en aquel concilio, había cardenales y obispos y otras dignidades de la Iglesia, y condes y vizcondes de diversas partes del mundo. Ante él comparecieron el conde de Tolosa y su hijo «gallardo y bueno, y también el conde de Foix, gentil y de pró.»

Lai fo 'l coms de Tolosa e sos fils belhs e bos...  
E fo i'l coms de Foih qu' es avinens e pros.

Arrojáronse á los piés del Papa para pedirle justicia contra el usurpador de las tierras que habían sido de sus abuelos, y el Papa se affigió, suspiró y lloró al oír la narración de tantas desgracias, «pero no les valieron á los condes ni derecho, ni fé, ni razón.»

Mas lai no val als comptes dreitz ni fes ni razós.

Habló el primero el valiente conde de Foix para defender su derecho, y he aquí el levantado discurso que en sus labios pone el autor del poema:

—Señor Santo Padre, á quien todo el mundo venera, así como á la cátedra de San Pedro y á su autoridad, en donde todos los pecadores deben hallar protección y donde debe haber rectitud, paz y justicia, porque en ella estas tú colocado para salud de todos: señor, escucha mis razones y devuélveme mis derechos, puesto que asegurar puedo, y afirmarlo con juramento, que nunca favorecí á herejes ni á malvado alguno, ni busqué su sociedad, ni aprobé su conducta. Sometido estoy á la Santa Iglesia, y á tu tribunal vine para ser juzgado lealmente, yo, y el poderoso conde mi señor, y su hijo también, que es gentil y bueno y juicioso y de tierna juventud, sin que jamás haya cometido ni maldad ni falsía. Y pues que ni el derecho le acusa, ni la razón le reprueba, ni ha cometido error ni falta contra nadie ni contra nada, grandemente me sorprende que haya quien pueda permitir su exheredación. El poderoso conde mi señor se puso, él y su tierra, á tu discreción, entregando la Provenza y Tolosa y Montalván, y sin embargo se le desposeyó de todo, dándoselo al peor enemigo y de peores intenciones, el Sr. Simón de Montfort, que tortura á aquellos habitantes, y los ahorca y los martiriza y los destruye y los humilla, sin que entre un rayo de piedad en su alma. Así es que después de haberse puesto bajo tu salvaguardia, han venido á caer en el peligro y en la muerte. Y yo mismo, poderoso señor, por tu orden entregué el castillo de Foix, con sus soberbias torres y murallas, siendo castillo tan fuerte que se defiende él mismo, habiendo en él pan y vino en abundancia, carne y otros víveres, y agua dulce y clara bajo la roca inclinada, y estando guarnecido por bien armadas y valerosas gentes, de tal modo, que nunca lo hubiera yo perdido por combate. El cardenal, si quiere decirlo, sabe cómo lo entregué, y si no se me devuelve lo mismo, confieso que jamás hombre alguno puede tener fé en ninguna honrada palabra.»

E ieu meteís, ric senher, per lo tieu mandament,  
rendei 'l castel de Foih, ab lo ric bastiment;  
e 'l castel es tant fortz, qu' el mezeís se defent;

et i avia pa e vi pro e carn e froment,  
 e aiga clara e doussa sus la rocha pendent,  
 e ma gentil companha e mot clar garniment;  
 e no 'l temia perdre per nulh afortiment..

El cardenal, que estaba presente, se levantó entonces á decir que era verdad cuanto había hablado el conde, y que éste había fielmente obedecido á Dios y al Papa.

Pero allí estaba también *el traidor* Folquet, como llama otra crónica en prosa al obispo de Tolosa, y al ver que las cosas podían tomar mal sesgo, se levantó en seguida para hacer severos cargos al conde de Foix diciendo que en sus tierras era donde habían echado más raíces los herejes, que con su amparo y protección habían crecido y progresado, que la hermana del conde era también hereje y encubridora de éstos, y que el cielo y la tierra clamaban contra el conde de Foix.

Hablaron también Arnaldo de Vilamur y otros, y volvió á tomar la palabra el conde de Foix para defenderse, haciéndolo noble, franca y honradamente, y he ahí por lo referente á su contestación al obispo, las palabras que pronunció, según el autor del poema:

—«En cuanto al obispo, os diré, señor, que tanto se ha endurecido, que por sus sentimientos Dios y nosotros hemos sido vendidos con sus canciones mentirosas y de falaces palabras, por las cuales se condena todo aquél que las canta y las recita, y con sus proverbios maliciosos, y con nuestros dones cuando era juglar, y con su doctrina perversa, ha subido tan alto en poder, que nadie se atreve á contradecir lo que dice. Sin embargo, cuando fué abad y monje con hábito, la luz se apagó de tal modo en su abadía, que allí no hubo bienestar ni reposo hasta que salió. Y cuando fué elegido obispo de Tolosa, por todo el país esparcióse tal fuego que nunca habrá agua suficiente para apagarlo, pues que á más de diez mil, entre grandes y pequeños, hizo perder la vida, el cuerpo y el alma. Por la fé que os debo, señor, os digo que por sus obras, por sus palabras y por su conducta, más parece el Antecristo que el representante de Roma.»

Según parece desprenderse del poema que estamos examinando, el antiguo trovador y amante de la vizcondesa de Marsella, contestó sólo con el silencio á los durísimos ataques del conde de Foix.

Terminó éste su discurso repitiendo que lealmente había entregado su castillo y lealmente debía devolversele, añadiendo que consideraría como felón á quien retuviese, sin razón, ni derecho, lo que honradamente se le confiara.

—«Conde, replicó entonces el Papa, tú has expuesto bien tu derecho, pero olvidas un poco el nuestro.»

Y continuó diciendo que se haría justicia, terminando con pedir á Dios el auxilio de la luz para todos los que debían entender en aquel proceso.

Antes de que el concilio terminara, Ramón de Rocafull se adelantó hacia el Papa y le pidió compasión y justicia para un pobre huérfano, el hijo infeliz de aquel honrado vizconde de Beziers, á quien habían hecho perecer los cruzados y Simón de Montfort.

Fil del onat vescomte que an mort li crozatz  
e 'N Simós de Montfort..

El poema sigue narrando cómo terminó el concilio, cómo el Papa se retiró á sus jardines para meditar, cómo los prelados de la Iglesia fueron á su encuentro para inducirle á que no devolviera sus bienes á los condes proscritos, sino que, por el contrario, confirmara la donación que de ellos se hiciera á Simón de Montfort.

Las idas y venidas de los prelados, la impaciencia de unos y los temores de otros, las intrigas, los manejos, los cabildeos de todos, las instancias al Santo Padre, todo está admirablemente descrito en el poema, y tocado todo con gran maestría.

Con dos palabras traza el autor el retrato de Folquet, alma de todas aquellas intrigas.

«Folquet, nuestro obispo, dice, está allí, delante de todos, y habla al Papa, todo lo que puede, humildemente.»

Folquet, lo nostre evesque, es denant tots prezens  
e parla ab l' Apostoli, tan com pot, umialmens..



Le pide que no proteja á los herejes, y que entregue todo el país, sin reserva, á Simón de Montfort.

El arzobispo de Auch se expresa en el mismo sentido que Folquet.

Cardenales, arzobispos y obispos, en número de trescientos, dice el poema, hablan así al Papa:

—«Señor, nos desmientes á todos si devuelves sus bienes á los condes. Acuérdate que hemos predicado y referido á todo el mundo que el conde Ramón es un malvado por su conducta, y que no debía ser obedecido.»

En vano el archidiácono de Lyon, con gran entereza de carácter, trata de oponerse á aquella iniquidad y exclama:

—«Señores, no puede ser grata á Dios esta acusación, puesto que el conde Ramón tomó la cruz primero y defendió á la Iglesia, cumpliendo con cuanto le fué ordenado. Y si ahora la Iglesia, que debiera serle favorable, le condena, sobre ella caerá la culpa y todos nos resentiremos.»

Senhors, no platz á Dieu aquest encuzamens,  
car lo coms R. pres la croz primeiramens,  
e defendec la Glieiza, e fetz sos madamens.  
E si Glieiza l' encuza, que 'lh degra esser guirens,  
ela n' er colpada, e nos valdremne mens.

El Papa, asediado por los cardenales y obispos, desembarazándose de todo aquel cúmulo de manejos é intrigas que hierven en torno suyo, pronuncia al fin su fallo, singular por cierto:

—«Formado está el juicio, dice. El conde de Tolosa es católico y se ha portado lealmente; pero Simón de Montfort poseerá la tierra.»

La decisión del Sumo Pontífice da todavía lugar á murmuraciones y á nuevas instancias; pero por fin todos bajan la cabeza y acatan el fallo.

No así el conde de Tolosa. El autor de esta segunda parte pone en su boca un parlamento digno y enérgico dirigido al Papa, al cual hace por conclusión este grave cargo:



—«Ni sé qué va á ser de mí ni á dónde dirigir mis pasos. Se ha contestado á mi lealtad con la perfidia. No tengo un solo palmo de tierra donde poner mi planta, y mi pobre hijo, sin culpa alguna, queda desheredado de la hacienda de sus padres. Y tú, que debes ser dirigido en los juicios por el honor y la piedad, acuérdate de Dios y del honor, y no me dejes pecar, porque tuya será la culpa si yo me pierdo.»

El Papa contesta que no hay que desesperar.

—«Si hoy te desheredé, le dice, Dios puede darte herencia: si hoy sufres, Dios puede consolarte.»

La última parte del poema está consagrada á narrar los hechos que tuvieron lugar al presentarse de nuevo los dos condes, padre é hijo, en su país al frente de una hueste de nobles caballeros para recobrar su herencia.

Cuenta su llegada á Marsella y el entusiasmo que se apodera del país al saber el regreso de sus señores. El castillo de Beaucaire les abre sus puertas; Aviñón les recibe con alborozo á los gritos repetidos de «¡Tolosa por el padre y por el hijo!» Simón de Montfort siente temblar el suelo bajo sus plantas, y ve que su ambicionada Tolosa se le escapa de las manos. Los habitantes de la ciudad pugnan por arrojar al usurpador, y aún cuando el obispo Folquet, con sus perfidias y malas artes, consigue impedir la sublevación de los ciudadanos, Tolosa, aprovechando una ausencia de Simón de Montfort, se entrega al conde Ramón, que no encuentra en ella ni muros, ni torres, ni medios de defensa.

Lo coms receub Tolosa, car n' a gran dezirier;  
mas no i a tor ni sala, ni amban, ni soler,  
ni aut mur, ni bertresca, ni dentelh batalhier,  
ni portal, ni clauzura, ni gaita, ni portier,  
ausberc, ni armadura, ni garniment entier.

Con la reacción operada en Tolosa, los cruzados han tenido que huir replegándose al castillo Narbonés con el obispo Folquet y la condesa de Montfort, y envían un mensaje á Simón para enterarle de lo que pasa. Simón marcha sobre Tolosa, pero ya entonces

li barós de la vila son ben aparelhat  
de ferir e d' atendre al ferma voluntat.

Todas las tentativas de Montfort para apoderarse de la ciudad fracasan una tras otra. Llegan refuerzos de los tolosanos, que nada descuidan para resistir al enemigo,

e parec ben á l' obra e als autres mestiers,  
que dedins e defora ac aítans dels obriers  
que garniron la vila e 'ls portals e 'ls ferriers,  
e 'ls murs, e las bertrecas, e 'ls cadafalcs doblers,  
e 'ls fossatz, e las lissas, e 'ls pous e 'ls escaliers.

Los combates son continuos, con empeño por parte de sitiadores y sitiados. Nubes de saetas y de piedras cubren la luz del sol; los gritos de los combatientes pueblan los aires. «¡Montfort, Montfort!» dicen unos. «¡Tolosa, Tolosa!» contestan otros. Todo es ruina y estrago, desolación y muerte.

Simón de Montfort, cansado de tanta resistencia, se decide á dar el asalto y dice suspirando:

—«Jesucristo justo, que venza hoy ó que sea hoy el día de mi muerte.»

Jhesuchrist dreiturers,  
huei me datz mort en terra, o que sia sobrers.

En lo más recio del combate, Guido de Montfort, hermano del conde, ve caer muerto su caballo, al que una piedra ha deshecho la cabeza, y rueda con él por el polvo; pero al ir á levantarse, el agudo dardo de un arquero va á clavársele en el costado, haciéndole caer otra vez, sangriento y moribundo. El conde, á quien su hermano era muy querido, vuela á él y lo levanta en sus brazos, á tiempo que otra piedra, llegando de repente, da de lleno contra la cabeza de Simón de Montfort, destrozándosela toda y haciéndole caer en tierra muerto, ensangrentado y negro.

«La piedra, dice con sangriento laconismo el poema, fué rectamente á dar donde era menester.»

E venc tot dreit la peira lai on era mestiers,  
e feric si lo comte sobre l' elm, qu' es d' acers,

qu' els olhs e las cervelas e 'ls caixals estremiers  
 e 'l front e las maichelas li partic á cartiers;  
 e 'l com cazec en terra mortz é sagnens e niers.

Este acontecimiento, que al principio se trató de ocultar, arroja la alarma entre los cruzados, que se retiran en seguida de la batalla.

Tratan de continuar el sitio, y Amaury de Montfort, hijo del difunto, es proclamado conde; pero la discordia se introduce en el campo, y por fin el ejército emprende su retirada á Carcasona, donde es sepultado el cadáver de Simón de Montfort, á quien el clero pretende canonizar.

Al llegar á este pasaje, es cuando el autor anónimo de esta segunda parte del poema tiene un admirable aunque sangriento rasgo de ironía.

«Vía recta á Carcasona se lo llevan á enterrar con gran pompa y funerales en la catedral de San Nazario. Y dice el epitafio, para aquellos que saben leer bien, que *es santo y mártir, y que debe resucitar, y heredar, y florecer en la gloria eterna, y ceñir corona, y subir al reino de los cielos.* Y yo he oido decir que así debe ser. Si por matar gente y verter sangre, y por autorizar matanzas, y por perder almas, y por creer malos consejos, y por atizar incendios, y por destruir barones, y por deshorrar á la nobleza, y por robar haciendas, y por tener soberbia, y por encender males, y por extinguir bienes, y por asesinar mujeres, y por ahogar niños, se puede en este mundo conquistar á Jesucristo, él debe ceñir corona y brillar en el cielo.»

Tot dreit á Carcassona l' emportan sebelhir  
 e 'l moster S. Nazari celebrar e ufrir.

E ditz el epictafi, cel qui 'l sab ben legir,  
 que *el es sans é es martirs, e que deu resperir,*  
*e dins el gaug mirable beretar e florir,*  
*e portar la corona e el regne sevir.*

E ieu ai auzit dire c' aisi 's deu avenir:  
 si per homes auzire, ni per sanc expandir,  
 ni per esperits perdre, ni per morts cosentir,  
 e per malhs cosselhs creire, e per foc obrandir,  
 e per barós destrure, e per paratge aunar,  
 e per las terras toltre, e per orgolh suffrir,  
 e per los mals escendre, e pels bes escantir,  
 e per donas aucire, e per efans delir,

pot hom, en aquest segle, Jhesu Chrits conquerir,  
el deu portar corona e el cel resplandir.

Refiere la *Canción de la cruzada* cómo poco tiempo después, en una asamblea general de cruzados, Amaury de Montfort reclama el auxilio de éstos para vengar la muerte de su padre.

La guerra vuelve á encenderse al comenzar la primavera siguiente, y la mayor parte de la campaña se pasa en expediciones parciales sin resultado importante, áun cuando los cruzados son batidos en casi todos los encuentros.

Aprés venc á Toloza lo valens coms jovés  
per defendre la terra e per cobrar l' evés;  
e le coms N' Amaldrics s' en vai en Agenés...

Sigue la reseña del sitio puesto á Marmanda por Amaury, donde éste sabe por un mensajero que el joven conde Ramón, habiéndose unido al conde de Foix en el Lauragais, ha derrotado un cuerpo de ejército de los cruzados al mando de Foucault de Brezi. Amaury, irritado, fuerza el sitio de la plaza.

Al seti de Marmanda es messatgiers vengutz,  
que lo valens coms joves á los Francés vengutz,  
e' N Folcaus e' N Joans e' N Thibaut retengutz  
e los autres son mortz, e dapnatz, e destrutz;  
e lo coms N' Amaldrics s' en es tant irascutz,  
que, per aiga e per terra, los a ben combatutz;  
e' lh baró de la vila son aisi defendutz..

La resistencia de Marmanda, á pesar de este recrudescimiento de sitio, se hubiera visto coronada por el mejor éxito si no hubiesen recibido los sitiadores grandes refuerzos, traídos al campo por el hijo mismo del rey de Francia.

Aprés no tardetz gaire qu' es lo temps avengutz  
e' ardimens e folatges los a totz deceubutz;  
qu' el filhs del rei de Fransa lor es aparegutz;  
et a eu sa compaha. xxv. milia escutz...

La llegada de este príncipe hace decaer el ánimo de los sitiados que no tardan en capitular, sin que la sumisión

los salve de la cólera de los cruzados, pues que todos son pasados á cuchillo.

No i remás hom, ni femma, ni joves, ni canutz  
ni nulha creatura, si no s' es rescodutz.  
La vila n' es destructa, e lo focs escendutz;  
apres no tarzet gaire que lo reis es mogutz  
per venir á Tolosa...

Al recibir la noticia de que el príncipe francés se dispone á caer sobre ellos con gran golpe de gente, los tolosanos se disponen á la lucha.

El poema, cuyo autor de esta segunda parte debía ser seguramente uno de los defensores de la ciudad, termina su obra al llegar á este punto, después de haber dicho que todos se preparan para la defensa, que se disponen á ofrecer una terrible resistencia, y que confían en la Santa Virgen, en San Cernín, patrón de la ciudad, en la bondad de su causa y en el valor del joven conde de Tolosa.

He aquí la conclusión del poema:

«Los cónsules de la ciudad, activos y prontos, se apresuran á enviar apremiantes mensajes á los barones de la tierra y á todos los guerreros, para que nadie quede que no venga á defender la ciudad. Mil caballeros han llegado ya para auxiliarla. La ciudad está convenientemente preparada, pronta á resistir con su guarnición, sus murallas y sus máquinas de guerra. El hijo de la Virgen, que brilla y resplandece en el cielo y que ama la razón, el derecho y la justicia, será su amparo.

»El hijo del rey de Francia viene orgulloso con treinta y cuatro condes y con tan numerosa hueste, que no hay ningún hombre, por sabio que sea, que pueda contar su número. Con ellos viene el cardenal de Roma que va predicándoles y diciéndoles que han de llevar por delante el acero y la muerte; que en Tolosa no ha de quedar nadie con vida, ni hombre, ni matrona, ni doncella, ni mujer en cinta, ni niño de pecho, ni criatura alguna viviente; que todos han de perecer en el martirio por el acero ó por las llamas ardientes. Pero la Virgen María que quiere la rectitud y la justicia, será su protectora, y San Cernín les

guardará. No teman, pues, que Dios y el derecho y el valor del joven conde están con ellos, y defenderán á Tolosa. Amén.»

El cardenals de Roma prezicans e ligens  
 que la mort e lo glacis an tot primeiram ens;  
 aissi que dius Tolosa ni 'ls apertenemens  
 negús hom no ó romanga, ni nulha res vivens,  
 ni dona, ni donzela, ni nulha femma prens,  
 ni altra creatura, ni nulh cfans latens;  
 que tuig prengan martiri en las flamas ardens.  
 Mas la Vérges Maria lor en sirá guirens,  
 que, segons la dreitura, repren los falhimens,  
 car San Cernís los guida. Que non sian te mens,  
 que Dieus e dreitz e forsa e 'l coms joves e sens  
 lor deffendra Tolosa. Amén.

Y así fué, en efecto. Los tolosanos obligaron al hijo de Felipe Augusto á levantar el sitio de la ciudad.

Aquí concluye, pues, con los versos citados, no aquella guerra que debía acabar funestamente, sino el poema comenzado por Guillermo de Tudela y continuado por el autor anónimo.

La ligera idea que he dado de él bastará para hacer comprender que es una obra importante, y merecería por cierto más extenso análisis y más serio estudio, si pudiera yo consagrar más tiempo á este trabajo, ó mejor, si tuviera, para poder emprenderlo, las dotes que me faltan. En la imposibilidad, pues, en que me hallo, me limito á llamar la atención sobre esta obra, que con tanta verdad, con tanto tacto, con tan buen sentido y con tan admirable sobriedad, refleja los acontecimientos é impresiones de aquella guerra incalificable en que la Iglesia, preocupada en aquellos momentos y olvidando su misión de paz y fraternidad, armándose con el hierro y con el fuego, con la ira y con la soberbia, con la pasión y con la venganza, destruyó hasta en sus raíces la casa y la dinastía de Tolosa; ahogó en flor las esperanzas legítimas que podían fundarse en una nacionalidad meridional con la monarquía noble y poderosa de Aragón; acabó con toda una raza varonil é inteligente, entregándola á las hogueras de la Inquisición que allí quemaba sus víctimas sin contarlas; mató

una literatura y una civilización llamadas á abrir grandes horizontes á la inteligencia humana, que hubiera quizá adelantado en cinco siglos la causa bendita del progreso moral de las naciones; y volvió á hundir en las tinieblas de la ignorancia y de la barbarie á una sociedad que de entre ellas había brotado y de ellas se había redimido á los acordes melodiosos de la lira provenzal de aquellos trovadores, aún hoy tan mal conocidos como indiscretamente juzgados.

## TROVADORES

DE QUIENES SE TIENEN ESCASAS NOTICIAS Y POCAS OBRAS.

### GARIN LEBRÚN.

Era, á lo que parece, un caballero de la diócesis del Puig de Santa María, buen trovador, pero que sólo compuso *tensiones*, siendo muy diestro en proponer asuntos ingeniosos y adecuados para la lid poética. Sus obras no han llegado hasta nosotros. Se sabe sólo que era duro con las damas, á las que daba siempre reglas de conducta y norma para conducirse bien.

### GANCELMO ESTUGA.

Existe de él una sola canción, pobre en valor literario.

### GIRALDO DE ESPAÑA.

Parece que era de Tolosa de España.

Tiene tres insignificantes canciones de amor; una de ellas dedicada á Carlos conde de Anjou y de Provenza.

### GIRALDO DE LUC.

Por los dos únicos *serventesios* que de él quedan, incompletos y en gran parte ininteligibles, se comprende que era un trovador político.

Vivió en la época de Alfonso II de Aragón, I de Cataluña, y debió ser catalán.

Como Beltrán de Born, escribió sangrientas sátiras





versos suyos citados en el *Breviario de amor* de Matfre Ermengaud. Se le llama también de Busignac.

#### GUIDO DE CABANAS.

Otro autor, que debe suponerse catalán, y del que no queda más que algún fragmento.

#### GUILLERMO.

Una *tensión* con un trovador anónimo sobre este tema: «¿Qué vale más, la ciencia ó la riqueza?»

Guillermo se pronuncia por la ciencia, como bien más sólido y duradero. El otro interlocutor prefiere la riqueza, porque con ella se disfruta de todo y se dispone hasta de los mismos sabios.

Terminan los contendientes por tomar como juez al señor Romieu, que bien pudo ser, según Millot, el Romeu ó Romeo de Vilanova, de quien se habla en el artículo referente al conde de Provenza.

#### GUILLERMO BOYER.

Era de Niza, y estuvo al servicio del rey de Sicilia Carlos II conde de Provenza, y después de la muerte de Carlos, al de su hijo Roberto.

Fué podestá de Niza, donde era muy estimado, y recibió del rey el encargo de reducir á los rebeldes de Vintimille, pero pudo desprenderse de esta misión, para su carácter odiosa.

Dícese que su reputación era tal, que muchos poetas le imitaban, llegando algunos á tomar su nombre para dar celebridad á sus obras.

Dedicó muchas poesías al rey Roberto y á su hijo Carlos, duque de Calabria, dirigiendo á la esposa de éste, María de Francia, una sentida canción.

Se cuenta que era un gran matemático y que escribió un tratado de historia natural, pero ninguna de sus obras ni de sus poesías ha llegado hasta nosotros.

## GUILLERMO DE ANDUZA.

Tiene una poesía, no despreciable por cierto, en que el autor, combatido por la razón que le aconseja no amar, y por la locura que le hostiga para proseguir sus amores, se abandona á la última á pesar de los rigores de su dama.

## GUILLERMO DE AVEPOL Ô DE AUPOL.

Quedan de él dos composiciones, una, que es una larga oración en forma de letanía dirigida á la Virgen y que tiene la forma de *albada*. Consta de seis estrofas, cada una de once versos, terminadas todas por la palabra *alba*. El estribillo es éste:

De paradis lumz e clardatz e alba.

La otra composición es una *pastorela* que se reduce á dirigir unos requiebros á cierta pastora, á quien encuentra en el valle, y que accediendo á tomarle por amante, se niega, como una gran dama, á otorgarle ningún favor.

## GUILLERMO DE BRIARS.

Vivió á principios del siglo XIII y quedan de él dos canciones de amôres, que revelan un alma de poeta. Una de ellas está dedicada á una dama que no nombra, de la corte del noble rey D. Pedro, de Aragón seguramente.

## GUILLERMO FABRE.

Se habló ya de este trovador en el estudio biográfico de Bernardo de Auriac, el cual le dedica una poesía.

Era un rico ciudadano de Narbona, muy generoso según parece y protector de las letras, pero como poeta ofrece poco interés.

Tiene sólo dos composiciones, la una contra la depravación del siglo, la otra contra las divisiones de los príncipes que impedían el éxito de la cruzada.

## GUILLERMO GODI.

Tiene una canción de amores.

## GUILLERMO DE ALBI.

Conocido también sólo por una poesía galante.

## GUILLERMO DE LIMOGE.

Un serventesio contra la depravación del siglo.

## GUILLERMO DE HIERES.

Una poesía religiosa y moral.

## GUILLERMO RAMÓN.

Quedan de él algunas composiciones poco interesantes, entre ellas una *tensión* con Poucet, en que se trata de decidir quién es el galán más amado de su dama, aquél á quien ella regala ó aquél que la regala á ella.

## GUILLERMO DE SALONIA.

Una sola poesía, de escaso mérito.

## HUGO BRUNET.

Hugo Brunet nació en la ciudad de Rodez, que era de la señoría del conde de Tolosa, y aun cuando parece que en sus primeros años se le destinaba para el estado religioso é hizo para esto sus estudios, la viveza de su ingenio le impulsó á moverse en mayor teatro haciéndose trovador y componiendo muy buenas canciones, de las que era más celebrada la letra que la música, por lo cual se tuvo que decidir á dar sus poesías á otro para que les pusiera el canto.

Fuéronle abiertas las cortes, donde su talento era muy apreciado, y vióse protegido por Alfonso de Aragón, los condes de Tolosa y de Rodez, el Delfin de Auvernia, Bernardo de Andusa y otros elevados personajes de su tiempo.

Según parece, se enamoró de una dama de Aurillac, llamada Galiana; pero ella, como dice la crónica provenzal, *non lo volc amar ni retener, ni far nengún plazer en dreg d' amor*. En efecto, si esa dama pudo alentar en algo la pasión de Hugo Brunet, fué sólo por la vanagloria de ser objeto de sus poesías, puesto que guardaba su amor para el conde de Rodez.

Ya asimismo lo da á entender el trovador, quien, al quejarse amargamente de la crueldad y rigores usados con él por aquella, dice, «que tiene el privilegio de complacer á todo el mundo diciendo locuras á los locos, sim-plezas á los simples y cosas ingeniosas á los hombres de ingenio.

«Un día, añade, me dijo como en burla que nada se alcanzaba sin audacia, y desde aquel momento no he cesado de amarla y de sufrir.»

He aquí una de sus más bellas composiciones.

«Navego por un mar de dudas. No puedo sustraerme al

imperio del amor, que me promete siempre placeres y que, sin embargo, solo me da tormentos. Amor nos hiere fácilmente con su dardo. No se revela más que por la imaginación, se insinúa por conducto de un ojo, de éste salta al otro, de los ojos pasa al corazón y de éste á nuestros sentimientos. Así persigue y domina á todos, áun á los más rebeldes. Y áun cuando impone un cruel martirio, pretende que se sea agradecido á sus sufrimientos, exige que el hombre se dé por contento con la herida y se humille ante su orgullo vencedor. El amor no quiere amenazas ni desdenes, sino buena fe y leales y sumisos servidores.

»La mujer que idolatro me ve sufrir sin consolarme. ¡Ay de mí! Si fuera compasiva, me entregaría su corazón sin vacilar. ¿Cómo es posible que pueda rehusárselo á un fiel y leal amante, que sólo piensa en obedecerle por completo? Mis labios no son capaces de expresar todo el amor que por ella tengo. La entregué mi corazón que he cerrado para todas las demás. ¡Si quisiera al menos guardarme un sitio en su recuerdo! Bien merecen esta débil recompensa los tormentos de amor que estoy pasando...

»Con sólo que alguna vez se ocupe de mí, con sólo que alguna vez me aliente con una de sus tiernas miradas, yo seré siempre complaciente y sumiso para ella. De esto se alimentan los amantes, porque amor vive únicamente de los goces y de los bienes que procura.

»¿Sería acaso que se retuviera por el amor de los maldicientes? Yo he tenido buen cuidado de poner la hermosa á quien adoro á cubierto de toda malicia. Al verla, bajo los ojos y no la miro más que con el corazón: oculto mi pensamiento á todo el mundo y nadie sabe cuál es el objeto de mi amor. Cuando me preguntan á quién dirijo mis cantos, lo reservo hasta para mi mejor amigo, y si me veo obligado á citar un nombre, indico el de cualquiera dama que no sea ella.»

A pesar de esta reserva, á pesar de que, según su bella frase, el trovador «bajaba los ojos al ver á su dama, mirándola sólo con el corazón,» la historia ha sabido el nom-

bre de su amada, como ha sabido también que los celos del conde de Rodez impusieron á Galiana de Aurillac el despido de su leal y sumiso amante. El poeta fue sacrificado al gran señor, su amada le despidió para complacer á aquel á quien siempre había preferido; y Hugo Brunet, triste, desesperado, perdida toda ilusión y toda esperanza, se despidió para siempre del mundo y de sus amores, entrando en la rígida orden de los Cartujos.

Escaso número de poesías quedan de Hugo de Brunet. Se reducen todas á cinco ó seis, pero bastan para juzgar al hombre y al poeta. No fué un ingenio superior, no tiene esos arranque brillantes que distinguen á otros de sus compañeros, no tiende como ellos su vuelo, pero sus sentimientos son verdad y los expresa con un candor y una sencillez que les dan gran realce. Sus versos son los de un poeta correcto y de un hombre honrado.

En una poesía moral, declamando contra la depravación del siglo, dice que todos aprenden lo que debieran olvidar, olvidan lo que debieran saber, ensalzan lo que debieran rebajar y menosprecian lo que debieran honrar.

«Yo sabía, dice, que los goces, las sonrisas, los versos, los lazos, los guantes, los regalos eran fruto y premio de años de amor, y ahora veo que exige en el acto lo que debiera ser sólo recompensa de largos y probados servicios. Hubo un tiempo en que se prefería esperar á obtener los favores supremos del amor. Y es que se sabía que los deseos, cuyo aguijón es tan dulce, se extinguen al verse satisfechos. Sí, vale más en amor esperar un bien, que verlo concedido atropellada y ligeramente. Los tormentos son queridos, las penas agradables, los suspiros mismos tienen sus dulzuras. Pero cuando el amor llega al punto donde no hay más allá, cae en la languidez y en la indiferencia, y entonces el amante, sin objeto para sus esperanzas, desprecia lo que antes excitaba sus deseos.»

No se puede decir esto mejor ni más discretamente.

Este pasaje, traducido por Millot, es uno de los que, en el libro que tengo á la vista, señaló el insigne Jovellanos como para llamar sobre él la atención.

## HUGO DE L' ESCURE.

Ni su nombre figura en las *Vidas de los trovadores*, ni de él se tiene otra noticia que la que puede suministrar la única poesía suya que le ha sobrevivido.

Por ella se ve que estaba en Castilla, al servicio del rey D. Alfonso *el Sabio*, probablemente, y que escribió varios serventesios dirigidos á este monarca.

La poesía que de él existe es curiosa ciertamente, y no peca en verdad de modesta. Si la opinión que tiene de sí el autor, es la misma que de él se tenía en su época y en la corte del rey de Castilla, famoso poeta debía de ser Hugo de l' Escure.

«Yo no cedo, empieza á decir lisa y llanamente como cosa universalmente sabida, yo no cedo á Pedro Vidal en riqueza de palabras, ni á Albertet de Saboya en bien decir, ni á Perdigón en acompañar con buen canto la letra, ni á Peguilhá en el ingenio, ni á Arnaldo Romieu en lo alegre de sus cantares, ni á Fonsalada en elevación, ni á Pel-ardit en remedar á todos, ni á Galaubert en tañer gentilmente la bandola.»

De mots recós non tem Peire Vidal,  
ni 'n Albertet de Savoia beu dir,  
ni 'n Perdigós de greu sonet bastir,  
ni Peguielhan de chanson metr' en sal,  
ni de gabar sos chants 'N Arnau Romieu,  
ni de lanzar Fonsalada son feu,  
ni Pel Ardít de contrafar la gen,  
ni Galauber de viular coindamen.

«Hago todo cuanto ellos pueden hacer, añade, y no les temo, ni por ellos me he de ocultar; pero de lo que ahora trato es de hacer un serventesio á fin de hablar de otras



cosas y demostrar que Dios me ha dado tan buen criterio que puedo dar lecciones al más entendido.»

Donc mas tan sai, que delh temer no 'm cal  
d' aquels mestiers don m' auzetz descubrir  
ben es razós, segons lo mieu albir,  
un sirventés, e pueis que parlam d' al,  
comens adés que 'l faisa tots e lieu  
ab qu' els mostre si tot lar será grieu  
que Dieus m' a dat tan d' albir e de sen  
qu' ensenhar pueisc tot lo plus sapien.

«Así como puede decirse, sin exageración, del rey imperial de Castilla que es el mejor rey que hubo nunca en el mundo, así los serventesios que expresamente para él compongo, mejor fundados en la verdad ¡por Dios! que los de otro trovador cualquiera, se purificarán como el oro en el fuego á medida que vayan oyéndolos las gentes de buen criterio.

»Yo no puedo menos de emprenderla contra los malos barones, y aún cuando ya por esta causa me he hecho enemigos á centenares, no temo á ninguno de ellos y juro por San Andrés que nunca seré de sus amigos...»

Hugo termina por lanzar duras invectivas contra la codicia y la rapacidad de los malos señores, á quienes reprocha el alimentar hijos que no son suyos.

Es todo cuanto se sabe y puede decirse de Hugo de 1º Escore.

## HUGO DE MATAPLANA.

## I.

No se ha dicho aún la última palabra, ni se dirá quizá en mucho tiempo, sobre las llamadas *Cortes de Amor* de la Edad media.

Son algunos y muy importantes autores los que han negado su existencia, pero son más, y de no menor importancia, los que por el contrario la afirman.

La verdad es que hay documentos bastantes para demostrar que las *Cortes de Amor* no fueron una ficción, sino una realidad.

En aquella vida llena de color de la Edad media, todo era pasión.

El amor divino llegaba hasta el fanatismo; el amor á las damas hasta la idolatría. El discreteo de damas y galanes, la galantería, como decimos en lenguaje moderno, provocaba cuestiones sutiles, dudas y escrúpulos que sólo por las damas podían decidirse, pues nadie mejor que ellas para comprender la delicadeza de los sentimientos. En esto es en lo que debe buscarse el origen de las *Cortes de Amor*, las cuales existieron, sin duda de ninguna clase, aún cuando desposeídas de ese carácter de tribunal supremo que se les ha querido dar por algunos, exagerando sus decisiones y su alcance.

Verdad es, sin embargo, que en la colección Baluzio existe un libro manuscrito consagrado por completo á este asunto, libro por demás curioso é interesante, que tiene por título *Arte amatoria et reprobatione amoris*, por Andrés, capellán de Inocencio III. A este libro se deben los más importantes detalles de las *Cortes de Amor*.

Cuatro fueron las más célebres de Provenza, las de Pierrefeu, Avignón, Romani y Signe; pero las hubo también en Narbona, en la Reole, en Tolosa, en Valencia, en otros puntos. Por mejor decir, según mi creencia, las hubo en todos aquellos castillos donde una noble castellana recibía en corte y abría sus salones, como se diría hoy, para acoger á la flor de las damas y de los galanes que acudían solícitos á oír los cantos de los poetas y de los juglares.

El castillo de Romani fué uno de los más célebres por las galantes reuniones y las veladas literarias que en él tuvieron lugar, y cuentan las crónicas que allí acudía lo más selecto de la sociedad de aquel tiempo, siendo punto de cita de los más renombrados trovadores. *El castillo del Amor* es llamado por las crónicas, y allí se dice que tuvieron su origen las primeras *Cortes de Amor*, brillando en ellas por su ingenio y por su belleza Estefanía de Gantelme, tía de la Laura cantada por el Petrarca, la cual, según dicen, fué instruida por aquella en las *buenas letras y sentencias de amor*.

La corte del castillo de Signe fué no menos célebre, y las damas que á ella concurrían fueron Estefanía de Bauccio, Adelaida de Avignón, Ermesinda de Porquiere, Matilde de Hyeres, Laura de Orgón, Rosenda de Pierrefeu, á más de la bella y gentil dama de Signe, la cual es famosa en los anales galantes de la época, pues que extendió por todas partes la nombradía de su código de amor, peregrino resumen de sentencias cortas y sintéticas, á fin de que pudieran guardárselas en su memoria las damas y los galanes.

He aquí algunas máximas de este código de amor:

- » Quien no sabe callar, no sabe amar.
- » Nadie puede tener dos amores verdaderos á un mismo tiempo.
- » Los dones y placeres de amor deben ser voluntarios.
- » Nunca se hospedó Amor en la casa de la Avaricia.
- » El amor no puede permanecer estacionario. Debe aumentar ó disminuir.

»La facilidad de poseer mata al amor: los obstáculos lo aumentan.

»Cuando el amor mengua, ya no existe.»

Estas sentencias, aplicadas á cada proceso y caso de amor, fueron aprobadas por la corte suprema de Romani, que estaba compuesta al parecer de Estefanía de Gantelme, la marquesa de Malaspina, Clara de Baucio, Laura de San Lorenzo, Cecilia de Rascás, Hugoneta de Sabrán, Elena de Montpaset, Isabel de Aix, Ursina de Montpellier, Elisa de Manleón y Laura de Sade.

Cuéntase de esas damas que algunas veces dejaban de celebrar sus asambleas en los aparatosos salones del castillo para trasladarlas á hermosos vergeles llenos de árboles y de flores, siendo allí discutidas con la seriedad de las leyes de honor, todas aquellas cuestiones de amores ó galantería sometidas á la decisión del tribunal.

He aquí una de las cuestiones resueltas en *Cortes de Amor*:

«¿Puede una dama casada guardar legítimamente en el fondo de su corazón el culto de su primer amor, sin faltar á los deberes del matrimonio?»

La corte de la vizcondesa de Narbona decidió: «Ser esto conforme con las tiernas leyes del amor, puesto que una dama no puede olvidar nunca al caballero á quien amó, ya que la fé dada es inviolable.»

Otra cuestión se discutió y resolvió en la corte que tenía en La Reole aquella célebre Leonor de Aquitania que sólo cayó del tálamo real de Francia para subir al trono de Inglaterra, uniendo á estas dos coronas la de su belleza, que era singular, y la de su talento, que era privilegiado al decir de las crónicas.

«Si un amante feliz y lealmente correspondido abandona á su dama para rendir sus homenajes á otra, y después de cierto tiempo de ausencia vuelve á sus primeros amores, ¿debe la primera dama perdonarle, ó por el contrario despedirle sin misericordia?»

La corte de damas presidida por la reina Leonor declaró:

«Tal es la naturaleza del amor; á veces sucede que los amantes fingen otros lazos para asegurarse mejor de la fidelidad y constancia de la persona amada; sería, pues, una verdadera ofensa á los derechos de amor el rehusar, bajo semejante pretexto, los homenajes del amante que vuelve á sus primeros amores, como no fuese que se tuvieran pruebas de la traición.»

No hay duda ninguna de que era por demás indulgente y dulce esa moral de amor; pero el código, por otra parte, se mostraba severo é inflexible con la deslealtad y la falta de delicadeza, áun para las mismas damas:

«Si un caballero envía á la dama de sus pensamientos en regalo joyas, galas, trages, halcones ó lebreles de caza, y esto se acepta sin dar nada en cambio, ¿corresponderá la dama á lo que prescriben las leyes del amor?»

La corte dió este severo fallo:

«Es preciso rehusar los dones de amor ó conceder algo en cambio. Ninguna dama, á menos de quererse confundir con las cortesanas de cinturón dorado, puede aceptar gajes de afecto sin devolverlos con prendas de amor.»

Un caballero había divulgado los secretos, los misterios y los favores de su dama. La corte le declaró privado de toda esperanza para lo sucesivo, condenándole á vivir sin amor, y estableciendo que aquella dama que tuviese la audacia de violar esta sentencia, fuese expulsada del seno de las damas de Provenza.

Por lo que toca á nuestra tierra de España, no tengo noticia más que de un castillo donde es fama que hubieron de celebrarse esas poéticas asambleas de damas. Me refiero al de Mataplana en Cataluña, y á los tiempos en que era de él castellana la bella y galante Guillermina de Sales, esposa de Hugo de Mataplana, á quien se debe señalar un puesto de honor entre los poetas y trovadores de comienzos del siglo XII.

La nobilísima familia de los Mataplana figura en todas las páginas de gloria de Cataluña.

La tradición poética, ya que no la verdad histórica, cita al primer Hugo de Mataplana como uno de aquellos

nueve varones ó *barones de la fama* que con el legendario Otjer emprendieron la reconquista de Cataluña, arrancando palmo á palmo á los sarracenos la tierra de que éstos se habían posesionado. La tradición, por espacio de siglos aceptada como buena, prueba por lo menos la fama y antigüedad de la familia, que es de aquellas familias señoriales, de antiguo abolengo y noble raza, en cuya genealogía se tropieza á cada paso con personajes ilustres que ocupan un lugar distinguido en la historia, con héroes tradicionales para la leyenda y para el drama.

El castillo de Mataplana, que en su época primitiva perteneció al condado de Cerdaña, se halla situado no lejos de Nuestra Señora de Montgrony, en las montañas inmediatas á Ripoll, y fué mansión de aquel famoso conde Arnaldo tan célebre en las leyendas y canciones populares de Cataluña. Todavía los montañeses enseñan la boca de la mina por donde la tradición supone que el *compte l'Arnau* penetraba en la galería subterránea que cada noche le conducía al monasterio de San Juan de las Abadesas y á la celda y á los brazos de una religiosa olvidada de sus deberes por un amor sacrílego. Todavía, cuando el cielo se ennegrece y retumba á lo lejos el trueno y el viento silba desatado por entre las espesas selvas que rodean el castillo, las ancianas de la comarca se santiguan devotamente, y al oír el bramido de la tempestad exclaman: «El conde Arnaldo está de caza.» Todavía vive, y vivirá eternamente, aquella popular y tradicional canción catalana en que se cuenta cómo el conde Arnaldo, abrasado por las llamas del infierno, se presenta á su viuda á pedirle rezos y oraciones.

Cuando por los años últimos del siglo XII y principios del XIII vivía Hugo de Mataplana el trovador, el castillo catalán era una de las cortes de aquel tiempo, centro de damas y caballeros, punto de cita de trovadores y juglares. Gustaba el conde Hugo, como caballero cortés é inteligente, de esas reuniones y fiestas en que brillaban el ingenio y el talento, y con su trato afable y con su suntuosa hospitalidad atraía á su castillo á los que más brillaban

y se distinguían entonces en las cortes de Provenza y Cataluña.

En una *nova* ó novela de su contemporáneo Ramón Vidal de Besalú, que parece fué muy su amigo y protegido, se da cuenta de la suntuosidad y esplendor con que tenía su corte Hugo de Mataplana, y se narra cómo «en aquellos tiempos en que reinaba la alegría,» Hugo daba ricas fiestas en su castillo y era, por su inteligencia y respetabilidad, escogido como juez en materias galantes por personas de lejanas comarcas.

De esta novela de Vidal, que es un interesante cuadro de costumbres de aquella época, voy á dar cuenta en este artículo.

Las fiestas y la corte del castillo de Mataplana tuvieron un brusco desenlace, y se interrumpieron tan de repente como las demás de Provenza y Cataluña, cuando se encendió la antorcha de la destructora guerra llamada de los albigenses.

Hugo de Mataplana fué de los que acompañaron al rey D. Pedro de Aragón en su expedición á Tolosa y uno de los que á su lado, y junto con él, cayeron en la jornada de Muret.

Hugo murió de resultas de las heridas recibidas en aquella batalla desastrosa, y la bandera negra tremolando por espacio de un año en su torre señorial de Mataplana, anunció á todo el mundo que habían acabado para siempre las fiestas en aquel castillo, donde ya sólo moraba, arrastrando luengas vestiduras de luto y entregada á sus recuerdos y á su llanto, su desconsolada viuda Guillermina de Sales, la que un día, complaciente con los gustos de su esposo y de su época, había brillado con todo el esplendor de su belleza y las galas de su ingenio en las *Cortes de Amor* por ella presididas.

## II.

Y vamos ahora á la *nova* ó novela de Ramón Vidal de Besalú, en la que se habla extensamente de Hugo de Ma-



taplana y de su corte, interesante cuadro de costumbres de aquel siglo, que voy á extractar y traducir del idioma original en que fué escrita y del manuscrito en que la encuentro continuada.

La novela de Ramón Vidal no tiene título, pero bien pudiera dársele el de

#### EL FALLO DE HUGO DE MATAPLANA.

«En aquel tiempo feliz, en que reinaba el verdadero amor, había en Limosin un cortés caballero, de quien no diré el nombre porque lo ignoro. No era ni un conde ni un rey, y sí sólo el señor de un pequeño castillo. También vivía por aquel mismo tiempo en Limosin una dama tan distinguida por sus sentimientos como por su cuna, mujer de un noble y poderoso señor. El buen caballero estaba enamorado de ella, y ella, á su vez, aceptó sus homenajes y le tomó por servidor, sin cuidarse de si era rico ó pobre.

»La cuna y la posición del caballero no estaban á la altura de su dama, pero en lugar de mantenerse retraído, como un monje egoísta que sólo piensa en sí, hizo al contrario toda clase de esfuerzos para remediar este mal, y trató de hacerse digno de ella por varios hechos de guerra y hazañas, en servicio de sus vecinos. La dama, por su parte, á fin de imponer á los maldicientes, le acordó toda clase de preferencias, no queriendo que se le pudiera sospechar otro amante menos honrado, ya que es imposible no atribuir alguno á una bella dama. Quiso, pues, ponerse á cubierto de la malicia permitiendo, por espacio de siete años, que aquel gentil caballero fuese su galán, y recibiendo de su mano sortijas y brazaletes, que llevaba por amor suyo.

»Un día el caballero se sentó junto á ella y tuvo la osadía de hacerle una pregunta de que hubo de ofenderse su virtud.

—»Sois indigno, le dijo ella entonces, del amor honrado de que os dí tantas pruebas. Por vos he rehusado á una multitud de señores. ¿Podía, pues, esperar vuestra ingrati-



tud? Ya que tenéis la audacia de pedirme que pase la noche con vos, id en busca de otras mujeres que cedan á vuestros deseos, y no esperéis jamás que yo os perdone el atentado que acabáis de cometer.

»Y la dama se levantó dicho esto, como para ir á hacer los honores de la casa á otros caballeros, dejando al amante temerario entregado al dolor más profundo, viendo perdido el fruto de siete años de servicios por un instante de imprudencia.

»En el salón donde pasó esta escena había una cortés damisela, sobrina del señor á quien pertenecía el castillo, hermosa, apuesta, gentil y que sólo contaba quince años, la cual se apercibió de la riña de los dos amantes, así por la precipitación con que la dama se partió del caballero como por la tristeza que vió reflejarse en el semblante de éste. Acercóse á él, y entre preguntas y reticencias, consiguió descubrir la verdad de lo pasado. El caballero acabó por contárselo todo y por manifestarle su profundo sentimiento al verse tan cruelmente despedido por su dama.

—»¡Cómo! le dijo entonces la damisela: ¿porque vuestra dama no os ha aceptado á la primera palabra, creéis ya que no os quiere? En verdad sea dicho que os descorazonáis muy pronto.

»La damisela se ofreció á servirle en sus pretensiones, advirtiéndole, sin embargo, que no podría rendirle ningún servicio antes del mediodía ó de la hora de nona.

—»Pero, añadióle, no dejéis de aprovechar todas las ocasiones para hacer nuevas tentativas como debe hacer todo amante, sin acobardarse. Vuestra hora no era llegada aún, y de seguro hallaréis otra más propicia. Tomad, pues, vuestro mal con paciencia y no vayáis á perder en una noche el mérito de tan larga perseverancia.

»Así fué como la damisela, que Dios bendiga, le hizo quedar hasta la noche. Habiendo estudiado bien su lección, no faltó, al llegar la hora de retirarse, en acercarse de nuevo á su dama para entrar en conversación con ella. Pero la dama, en lugar de contestarle, levantó su mano y le dió una bofetada, diciéndole:

—»Vete de aquí, loco incorregible. ¿Cómo te atreves á hablarme, cuando yo te lo había prohibido?

»Así quedaron las cosas hasta la mañana siguiente, en que el caballero volvió de nuevo á sentarse junto á su dama. Cuando comenzó á hablarle de lo mismo, prohibióle ella desplegar los labios sobre semejante asunto. Quiso replicar, pero entonces le prohibió volverse á presentar ante ella.

»Con el pesar que semejante conducta causó al caballero y á la damisela, tuvieron no poco que decirse cuando se encontraron juntos. El caballero dijo que estaba dispuesto á alejarse para siempre de su dama.

—»No haréis tal, le dijo la damisela. Me es muy sensible el desaire de vuestros amores, pero es preciso no amilanarse, puesto que á más de la honra que hay en servir al amor, un buen servidor no se queda nunca sin dama que le recompense. Si no es una, será otra.

»Así trataba ella, por estos medios, de atraerle á su servicio.

»Apercibido el caballero de su buena voluntad, se atrevió á suplicarla humildemente que le aceptara por su servidor, jurándole que lo sería toda su vida y que no olvidaría jamás en qué circunstancias se dignaba acogerle. Aceptó ella y se unieron con él lazo de una mútua amistad. La damisela prometió darle un beso *pasado un año, cuando estuviese casada*, y en el ínterin se comprometieron á llevar sortijas y brazaletes uno del otro. Este afortunado compromiso fué bien pronto seguido de nobles acciones que llevó á cabo el caballero para ser digno de la damisela.

»Al año, me acuerdo perfectamente, se casó ella con uno de los más poderosos barones de la comarca, y si puede haber memoria de una buena dama, por confesión de todos, fué de ella, pues que más valió aún como dama, que como damisela. El caballero entonces entró á su servicio.

»Sucedió en aquella época que la dama que había rechazado á ese digno caballero cambió de sentimientos, movida por los elogios que de él oía, y envióle á buscar. Era él demasiado cortés para desairar á una dama, pero

no se apresuró en ir á visitar. La dama, para entrar en explicaciones, comenzó por reprocharle su tardanza, y al justificarse él de su larga ausencia por el despido que recibiera,

—»Tomásteis al pié de la letra, le dijo ella, lo que sólo os dije para probar vuestro amor.

»El caballero contestó que sus largos servicios merecían al menos que se le retuviera por alguna dulce palabra, y añadió que la desesperación le había llevado á amar á otra dama, de la cual ya no se separaría nunca, indicándole que ella, por su parte, podía dirigirse á otro amante, que no la conociera tanto como él.

»Todos los reproches que la dama dirigió al caballero, no quebrantaron su resolución de permanecer adicto á su nueva querida, y furiosa entonces de verse abandonada de tal modo, la dama hizo venir á aquella que le había robado el amor del caballero. Al principio disimuló sus sentimientos y la acarició más que de costumbre.

—»Mi amiga querida, le dijo al verla, al hablaros siento nacer en mi alma una alegría que disipa todas mis penas pasadas. Me felicito de ser yo la que os he educado, porque no es posible que el corazón deje de responder á vuestra encantadora fisonomía. Y sin embargo, si hubiese yo de creer lo que dicen, debiera pensar que me hacéis un ultraje.

»Y en seguida entró en materia, quejándose del perjuicio causado á su gloria, ya que para una dama no había otro medio de adquirir honra y consideración más que teniendo por su servidor á un buen caballero que proclamase su mérito ante todo el mundo.

—»Por espacio de siete años, dijo, yo había tenido arte para conciliar el interés de mi virtud con el amor de ese caballero; pero vos, al primer ruego que os hizo, le aceptásteis, y al aceptarlo os perdisteis, porque nunca damisela sin marido cometió un crimen tan atroz como el de corromper á tan leal amante. A más del dolor que me causáis, habéis arrojado una nube sobre mi reputación que fué siempre sin mancha.

»Aquella á quien semejante discurso se dirigía estaba turbada y permaneció largo tiempo sin saber qué contestar; pero después de haberse repuesto y de haber dado gracias á la dama por la educación que de ella recibiera, le dijo estas palabras:

—»Recordad los servicios asíduos del caballero por espacio de siete años. Os daba guantes, sortijas y brazaletes que vos aceptábais, y le dejásteis sin recompensa. Pues bien, después de tan largo término y aún solamente después de dos años, una dama no puede, sin mala fé, dispensarse de complacer á su caballero. Permitidme, pues, deciros que vuestra conducta con él merece la suerte de que os quejáis, y de nadie es la culpa sino vuestra. Lo que yo hice fué en vuestro favor para que, en su desesperación, no fuera por todas partes diciendo mal de vos, aún cuando no lo niego, me halagaba el honor que reportarme debía la adhesión de tan digno caballero. No esperéis, pues, que le despida nunca, pero si vos lo queréis, y él quiere, podéis recobrarlo.»

Insistió la dama sobre la restitución de su amante, y su rival sostuvo que las leyes de amor no le obligaban á ello. Su contienda hubiera sido interminable, si por fin no hubiesen convenido en someterse al juicio y sentencia de Hugo de Mataplana, noble, experto y sensato barón de Cataluña.

Era en la sazón en que renacía el verano, en que el tiempo era dulce y apacible, frondosos los árboles, verdes las hojas y llenas de perfumes las flores. El señor Hugo de Mataplana se hallaba tranquilamente en su castillo, y como allí tenía muchos y muy distinguidos huéspedes, ocupábase él en hacer los honores de la casa. Unos jugaban á los dados, otros al ajedrez sobre cojines y tapices verdes, encarnados, azules y de color de india; otros paseaban por las estancias ó por las galerías disfrutando todos de agradable hospitalidad, con gozo, alegría y ostentación. Había allí también galantes y bellas damas, solazándose en pláticas corteses y gentiles, y recuerdo que me hallaba yo presente cuando acertó á entrar un joven

juglar, airoso, despejado y bien vestido, de finos modales y que no parecía ciertamente de escasa inteligencia. Acercóse al señor Hugo, y le cantó varias y bellas canciones, que gustaron á todo el mundo, volviendo todos después á sus recreos y solaces.

Cuando el pequeño juglar se quedó á solas con el señor Hugo, se expresó así con jovial aspecto y como conviene á los de su clase:

—«Señor Hugo, tened á bien oír las nuevas que os traigo. Vuestra gran reputación se ha extendido de tal manera en nuestro país, que á vos me envían dos damas, las cuales, al ofreceros para siempre sus buenas gracias, os ruegan que decidáis en una cuestión surgida entre ellas. Voy, pues, á exponeros el hecho y el caso, palabra por palabra, y con llaneza á deciros qué especie de juicio demandan, callando sólo sus nombres para que nadie las descubra.

»En seguida el juglar contó el suceso con todos sus detalles, y esperó el juicio de Hugo de Mataplana.

»Pero Hugo, que jamás quiso caer en falta ni hacer caer á nadie en error, permaneció un momento pensativo, no por falta de razones, sino porque es propio de tales señores guardar actitud tranquila y reposada. Así, pues, después de un instante de meditación, se expresó de esta manera:

—»Aun cuando engo confianza en sus razones, duéleme no ver á esas dos damas, que me parecen ciertamente muy discretas; pero cumpliré como debo y como corresponde al concepto que tienen formado de mí. Vos os quedaréis esta noche y yo mañana temprano meditaré y tomaré mi partido, con lo cual os despediré brevemente.

»Tantos fueron los halagos al pequeño juglar y las diversiones y solaces en que tomó parte aquella noche, que si os prometía contároslo os engañaría de seguro.

»Al día siguiente, muy de mañanita, después de oír misa y cuando ya el sol resplandecía claro, monseñor Hugo, deseando ser puntual, pasó á una hermosa pradera, tal como la ofrece naturaleza cuando se acerca alegre y bella



la Pascua. No había lugar más apacible y él no quiso otro asiento que el de la verde yerba, ni hubo con él padre ni hijo, ni otro testigo sino yo y el juglarcito, sentados en su presencia así como estamos ahora en la vuestra. El tiempo era claro y alegre, el aire templado y el cielo azul y sereno.

»Y el señor Hugo, como noble y cortés, cuando quiso hablar dijo al juglarcito:

—»Amigo, vos vinísteis á mí porque este encargo os han dado, para cumplir vuestro mensaje; pero yo me veo turbado al tener que pronunciar la sentencia, porque los fallos no acostumbran á gustar á todos. Sin embargo, ya que tal manera de enseñanza ha adquirido valimiento entre las personas de mérito, daré mi parecer acerca del caso que me habéis expuesto. Dijísteisme que un noble, franco y perfecto caballero, queriendo distinguirse, amó á una distinguida dama que aceptó sus servicios en consideración al mérito que reconoció en él, pero que el amante, al querer pedir la recompensa de todo lo que había hecho, recibió poco cortes desdenes. Añadísteis que favorecido por una damisela, no quiso más tarde ceder á las instancias que hubo de hacerle la dama para volverle á sus primitivos amores, por lo cual ésta le trata hoy de pérfido y voltario, y acusa de la más negra ingratitud á la nueva amiga por haberle robado su amante.

»Al llegar á este punto de su discurso, Hugo entra en largas y difusas consideraciones. Discurre sobre las razones de las partes adversas, condena la máxima de que «un amante leal no debe hacer más que su voluntad;» dice que los amantes, entregándose á la inpetuosidad de sus deseos, pierden en un día el mérito de muchos años. Toda esta parte del discurso va entrelazada con citas, acertadamente escogidas, de diversos trovadores como Perdigón, Bernardo de Ventadorn, Arnaldo Marveil, Giraldo de Borneil, Ramón Miraval, Folquet de Marsella y el mismo autor de la *nova* Ramón Vidal; y por fin, Hugo termina así:

—»Es posible que muchos condenen la prueba indiscreta

que la primera dama quiso hacer con su amante, diciendo que llevó las cosas demasiado lejos. Tuvo en efecto alguna culpa, pero el daño no es irreparable. Condeno, pues, al caballero á perdonar sinceramente á la dama que le ofendió, puesto que ella se arrepiente y quiere darle satisfacción, tanto más aceptable cuanto que no ha amado á otro alguno después de él. Por lo que toca á la damisela que tan honestamente le favoreció, su conducta en aquellas circunstancias es loable, pero se haría culpable si continuara, porque es gran crimen en una dama robar el amante de otra. Le ruego, pues, le aconsejo y le ordeno que deje en plena libertad al caballero, levantándole los compromisos contraídos, y si él anda remiso en volver á sus primeros amores, ella debe despedirle irremisiblemente, puesto que con esto demostraría él que no vale nada en amor. En caso de que la damisela hiciera lo contrario, me daría muy pobre opinión de ella empeñándose en hacer que su amigo faltara de tan indigna manera á una dama que quiere satisfacerle y reparar sus agravios.

»Tal fué la sentencia de monseñor Hugo, y por mi fé os aseguro que jamás ví tan cumplido caballero ni más cortés juglar, ni que más cortesmente supiese llevar á cabo su mensaje.

»En cuanto á la sentencia, he oído decir que se cumplió sin oposición por ninguna de las partes, habiendo resultado de esto que muchos amantes han sido más pacientes en sus amores.»

### III.

Sólo cuatro poesías quedan de Hugo de Mataplana, y aún de una se duda que le pertenezca, pero hay fundados motivos para atribuírsela.

Empecemos por ella, pues es también la más importante de las cuatro.

Es una *tensión* entre el trovador y una golondrina. El texto se halla muy alterado; en algunos puntos está trunco el sentido por falta de palabras y aún de versos; las

copias que de ella se han hecho inducen á confusión y á error por sus variantes, pero aún así, se puede hacer una traducción todo lo más fielmente aproximada. Es una bella poesía, original y sentida, en la cual parece percibirse cierto fondo político, aunque parezca y sea de amor. Si es en efecto suya, debió escribirse indudablemente cuando Hugo se preparaba á emprender con el rey su expedición á Tolosa, que tan fatal debía ser para entrambos y para la noble causa que defendían.

Dice así:

—«Golondrina, tu canto me enoja. ¿Qué quieres? ¿Qué buscas? No me dejas descansar. Desde que salí de Monda no he podido hacerlo, y pues no me traes ni saludos ni mensajé de Buena Esperanza, no comprendo tu lenguaje.

—»Señor amigo, vine porque mi señora me encargó que os visitase, y si ella fuese, como yo, golondrina, hace ya dos meses que estaría á vuestro lado: pero como no conoce ni el país ni el camino, me envía á mí para saber de vuestro viaje.

—»Golondrina, mejor debiera haberte acogido, honrándote y amándote como mereces. Aquel Dios te salve que domina todo el mundo, que formó cielo, tierra y mar profunda, y si contra tí he proferido alguna palabra villana, por merced te pido que no se torne en mi daño... Golondrina, no puedo separarme del rey á quien debo seguir á Tolosa. En los campos que riega el agua del Garona, á muchos hará morder la tierra mi brazo, y no creo que sea esto en mí pretensión vana.

—»Señor amigo, Dios os cumpla vuestros deseos y á mí no me falte. Yo me iré para que no me quemén ni me persigan...»

Arondeja, de ton chantar m' aér.  
 ¿Qué vols? ¿qué quier? que no 'm laissas dormir,  
 qu' eu non fei ço d' aqui passei de Monda:  
 e car no 'm ditz e salud e messatge  
 del Bon Esper, non enten ton lenguatge..

La segunda de sus composiciones es una *tensión* con Blacasset. Está incompleta y no se comprende bien, aún



cuando parece tratarse de alguna beldad á quien los dos rendían homenaje, viéndose turbado Hugo en la posesión de sus amores por las pretensiones de Blacasset.

«Blacasset, dice el primero, vengo de noche para obligarte á olvidar el amor y la belleza de aquella que amo, ó para que luches conmigo cuerpo á cuerpo; y entiende que el infierno me ayuda, pues soy el diablo más cruel y peligroso que hay en él.»

En Blacasseet' eu soi de noit  
vengutz á vós per combatre adés,  
e vos de tot oblidaretz  
l' amor e beutat de cella  
que vostre cor en corp chap d' ella  
et metterezla a non m' en cal.  
L' un prenetz ch' al men vos desplaï  
breumen ch' eu non voïll deslai  
perque l' enfern sens mi mens val;  
e voi sachàs qu' eu soi el diable  
lo plus cruel e 'l plus dapnable.

«Señor diablo, contesta Blacasset, aún cuando hayas venido en medio de tan negra noche, ni te temo á tí ni me importan tus amenazas. Pronto estoy á luchar contigo, que aquella á quien amo me dará fuerzas para resistirte.»

Su tercera composición es un *serventesio* contra el trovador Ramón de Miraval que, con la contestación de éste, se puede ver en el artículo que le está consagrado; y, por fin, su cuarta poesía es una *tensión* de asunto poco interesante con el juglar Reculaire, á quien reprende por su poco aseo y su manera de vestir.

## HUGO DE PENA.

Si ha de darse crédito á las pocas líneas que á este trovador consagran las *Vidas de los trovadores*, Hugo de Pena era hijo de un mercader de Messat en el Agenais. Hízose juglar, y cantaba bien las canciones de otros, llegando él también á componer algunas. Era gran conocedor de la heráldica y sabía perfectamente la genealogía de todos los personajes del país. Andaba siempre por las tabernas, y era gran jugador; así es que fué siempre pobre y anduvo siempre errante.

Esto es todo cuanto dice de él su biógrafo provenzal, pero no concuerda ciertamente con lo que escribe Nostradamus; verdad es que las biografías de Nostradamus raras veces están en armonía con las noticias que de los trovadores se tienen por más fidedignos conductos.

De todas maneras, y por lo que valga, bueno será decir aquí que para Nostradamus Hugo de Pena fué un caballero de Moustiers en Provenza, reducido cuando joven por sus desgracias á una extrema miseria, de la cual salió gracias á sus talentos. Un astrólogo le había dicho que llegaría á la fortuna, y así fué en efecto; pues llegó á ser poderoso y rico.

Carlos I, conde de Provenza y rey de Sicilia, le nombró secretario del Consejo de Provenza, á instancias de su esposa Beatriz, y le confió la administración de sus rentas. Beatriz le miraba como el primer trovador de su siglo, y le hizo el honor de coronarle poeta en pública ceremonia. Por gratitud, Hugo de Pena escribió unos versos en loor de Beatriz diciendo:

«Quiero celebrar en tantas obras la memoria de tus per-

fecciones, que, al ser conocidos tus altos hechos, se elevará una admiración universal.»

Nostradamus añade que Hugo de Pena se casó con Mabília de Simiane, y murió poco tiempo después en 1280.

De estas dos noticias biográficas, el lector podrá escoger la que mejor le agrade; pero la primera es la que tiene todo el sello de la legitimidad.

Los manuscritos continúan sólo tres poesías como de Hugo de Pena. Las tres valen poco y consisten en lugares comunes de la galantería.

Nada más hallo que decir de él.

## HUGO DE SAN CYR.

Nació en un burgo de Quercy llamado Tegra ó Montegra, y era hijo de un pobre valvasor que se llamaba Arnaldo de San Cyr ó San Circ, del nombre de un castillo situado al pié de Santa María de Rocamor y que fué destruido y arrasado en una de aquellas guerras entonces tan frecuentes.

Los hermanos mayores de Hugo, que pensaban consagrarle á la carrera eclesiástica, le enviaron á la escuela de Montpellier, pero mientras le creían consagrado al estudio de las letras, él no se ocupaba más que de versos y canciones, de coplas y serventesios, y de los hechos y dichos de los hombres y mujeres célebres, cosa de gran necesidad para la vida social de aquellos tiempos. Estas aficiones dieron un nuevo curso á sus ideas, y el mejor día colgando sus hábitos de estudiante, amaneció juglar, yéndose á buscar fortuna por las cortes.

Al principio la suerte le fué adversa. Anduvo largo tiempo errante por la Gascuña, tan pronto á pié como á caballo, según dice su biógrafo provenzal, pero siempre pobre, hasta llegar un día en que su buena estrella le llevó al castillo de Benauges. Abrióronsele de par en par las puertas de este castillo y con ellas las de su porvenir.

La condesa de Benauges, que gustaba de sus cantos, comenzó á favorecerle y le procuró la amistad de aquel hidalgo y rumboso Savarico de Mauleón, de quien se habla detenidamente en otro lugar de esta obra. Savarico le protegió, dióle medios y recursos para figurar dignamente en la sociedad (*lo mes en arnés e en roba*) y le hizo entrar en relaciones con los señores más principales de su tiempo.

Hugo de San Cyr, residiendo principalmente en el Poi-

tú con su protector, recorrió entonces las cortes y comarcas vecinas, siendo muy favorecido del conde de Rodez, del vizconde de Turena, del delfín de Auvernia y de otros poderosos barones, con algunos de los cuales contendió en aquellas lides poéticas que estaban entonces tan en uso, siendo como el de las *tensiones* el género quizá más cultivado de la literatura provenzal.

Nos queda, precisamente de aquella época, una *tensión* entre este trovador y el conde de Rodez, *tensión* que merece ser citada, pues sobre ser importante como estudio de costumbres, es un nuevo dato para demostrar que las letras no establecían diferencia alguna entre los más humildes poetas y los más poderosos barones cuando éstos eran también trovadores, surgiendo entre ellos vivas y animadas querellas en que se trataban de igual á igual, combatiéndose sin piedad y sin ninguna clase de miramiento.

Hugo de San Cyr le dice al conde:

—«No os asustéis. No fuí á vuestra casa para pedir os nada, pues tengo todo cuanto necesito. Veo que carecéis de dinero y creo que sería obra de misericordia el dároslo.

—«Os ví llegar desnudo y miserable, contesta el conde, y yo sé lo que me cuesta el que os vayáis opulento. Me habéis costado más que dos arqueros y dos ginetes; sin embargo, si os daba aún un palafren, de lo cual me guarde Dios, seríais hombre todavía para aceptarlo.»

En otra estancia el conde amenaza con hacer la guerra á un señor llamado Arnaldo, en cuyo castillo se hallaba retirado Hugo de San Cyr. Este responde:

—«No se os teme. Cuando dos jugadores comienzan su juego, nadie sabe quién ha de reír ó ha de llorar hasta que dejan el tablero. Por lo mismo nadie puede felicitarse de su jornada mientras no llegue la noche; que á veces los días que tienen mejor mañana tienen una tarde funesta.»

Hugo de San Cyr viajó por Cataluña, Aragón y Castilla, habiendo ido á estos puntos formando parte del séquito de su protector Savarico de Mauleón, siendo muy honrado, según parece, por Alfonso VIII de Castilla *el de las Navas*.

Hay indicios para creer que donde permaneció más tiempo fué en la corte de D. Pedro II de Aragón, y los hay también para sospechar que anduvo mezclado en los negocios políticos que á la sazón preocupaban al monarca aragonés. No parece que Hugo de San Cyr participara de las ideas, entonces generales, á favor de la nacionalidad provenzal, en apoyo de la que se demandaba el concurso de Pedro II. Al contrario, el trovador que nos ocupa era güelfo, partidario decidido de la Iglesia, y por consiguiente, su misión, si alguna tuvo en la corte de D. Pedro, debió de ser contraria á las aspiraciones de sus compatriotas y de sus hermanos los trovadores, adictos todos en general á la casa de Tolosa, deseosos todos de que el monarca aragonés fuera á ponerse al frente del movimiento nacional que se iniciaba en Provenza. Hugo de San Cyr pertenecía al opuesto bando, y al verle en la corte de D. Pedro precisamente cuando más se agitaban los partidos y mayores eran las intrigas políticas en torno de este monarca, hay motivos fundados para suponer que su misión era la de influir en el ánimo del rey para que no abandonara la causa de la Iglesia.

Dicho queda, en distintos pasajes de esta obra, cómo D. Pedro se puso hidalgamente de parte del conde de Tolosa. Por lo que toca á Hugo de San Cyr, y hay que hacerle esta justicia, al verse entre su patria y su partido, no se decidió en favor de su patria, pero al menos no se puso en contra. Hubiesen hecho lo que él algunos trovadores de su misma idea, Perdigó, Folquet de Marsella y Guillermo de Orange, y su nombre no hubiera pasado á la posteridad maldecido de propios y extraños. Hugo de San Cyr, ya que no abrazara la causa de su patria, no abrazó la contraria, y se retiró de la arena política y del palenque para no tomar parte ni con unos ni con otros. Sólo mucho más tarde, cuando ya estaba todo decidido, se le ve en un *serventesio* ocuparse del conde de Tolosa, pero sin saña y sin ira, con la lealtad de un adversario noble y con la convicción del hombre que sostiene sus principios y su causa.

Mientras duró y estuvo encendida la guerra llamada de



los albigenses, Hugo vivió en la corte de los condes de Provenza, junto á la condesa Garsenda, viuda de Alfonso II, que se encargó del gobierno de aquellos Estados durante la menor edad de su hijo Ramón Berenguer; en la misma corte continuó á la llegada del joven Ramón Berenguer, procedente de Cataluña, en 1217, y allí siguió después del matrimonio del conde con Beatriz de Saboya, en 1220.

Su biógrafo provenzal dice que vivió agradablemente en la sociedad de los barones, gustando de instruirse con lo que aprendía de los demás y comunicándoles, á su vez, lo que sabía. Sus versos eran celebrados de todos, pero, aunque muy galante, escribió pocas canciones de amores.

Se sabe que tuvo una dama, Clara de Anduse, tal vez la poetisa del mismo nombre, cuyo artículo se puede ver en su lugar respectivo. Se dice de Clara de Anduse que era bella, amable y virtuosa, siendo su único lado débil la ambición de adquirir celebridad y de estar en relaciones con las damas y caballeros más ilustres. El trovador fué constante en presentarle sus homenajes y en satisfacer sus gustos, y cuentan las crónicas que le procuró la amistad de todas las nobles damas del país, hasta establecer entre ellas una relación continuada de mensajes, cartas y *saludos*; que él le escribía sus respuestas; y, finalmente, que ella le recompensaba con muchas consideraciones por lo tocante á sus ruegos y á su amor. Esperanzado en su pasión, Hugo se entregó á ella sin reserva.

«Mis ojos han vencido á mi corazón, decía, y mi corazón me ha vencido á mí mismo. Mi amor se aumenta de día en día, y cuando voy á declarárselo á la que adoro no sé cómo comenzar, y cuando por fin comienzo no sé cómo concluir...

»Yo quisiera que mi dama, antes de perderme, conociera lo que valgo, y pondría entonces más cuidado en conservarme; pero desgraciadamente siempre los amantes más leales resultan ser aquellos á quienes se maltrata más. Lo que me consuela es que la sumisión acaba por subyugar hasta los corazones rebeldes.»

En otra poesía dice que para ser bien tratado debería ser falso y maldiciente, y truena contra aquellas damas que, por divertirse y pasar el tiempo, sostienen las esperanzas de hombres á quienes no aman, perdiendo su reputación por hacer creer lo que no existe.

«Si me lamento y lloro, añade, mi dama ríe y canta: si yo hago el cordero ella hace el lobo. Todos sus rigores, sin embargo, no me impedirán amarla.»

Clara de Anduse, sea por virtud ó por otra causa, no quiso nunca aparecer como su dama, y le obligó á dirigir y dedicar á la condesa de Provenza Beatriz de Saboya las canciones que escribía en su alabanza. He aquí una de esas dedicatorias ó enderezas:

«Envío mi canción, por ordenármelo así aquella que la motiva, á la noble condesa de Provenza, cuyas acciones reflejan el honor y la cordura, cuyas palabras la cortesía, y cuyos hechos el placer, el amor y la gentileza.»

El trovador y su dama acabaron por reñir para volver á unirse en seguida y romper de nuevo. Otra dama, llamada Pausa, celosa de la reputación que Hugo procuraba á la primera, trató de suplantarla para tener á su vez un panagerista. Envío, pues, á buscar al poeta, le dijo que su dama era una ingrata por preferirle otros galanes, y se insinuó de manera que Hugo cayó á sus piés, dándole crédito, rompiendo sus primeras relaciones y llevando su perfidia hasta el extremo de maldecir públicamente de Clara y celebrar á su rival.

Sirvió entonces á ésta, esperando siempre y no obteniendo nunca, hasta que la desilusión trajo el arrepentimiento. Para reparar su falta hay indicios de que buscó la mediación de una poderosa dama, la condesa misma de Provenza, la cual consiguió hacer las paces entre los antiguos amantes, y sólo entonces se trocaron los papeles. Hugo volvió á celebrar á Clara y maldijo de Pausa, diciendo en una canción que nunca tuvo más motivos de alegría, viéndose libre de una indigna pasión para volver á ser el servidor de una dama modelo de honor y de sinceridad. Orgulloso del perdón obtenido, consiente en que



no se le vuelva á perdonar si de nuevo falta, y aún cuando confiesa no ser merecedor de indulgencia por parte de su dama, confía en que la penitencia borrará sus faltas. «Si una dama me engañó, añade, no es seguramente aquella á quien ni un solo instante he dejado de amar, aquella que es dechado de todas gracias. Precisamente por esto y por tener tantos adoradores, es por lo que nacen mis recelos, pues sé bien que castillo vigorosamente combatido corre peligro siempre de rendirse.»

Se ignora si el castillo se rindió. Debió rendirse, si efectivamente la amada del poeta es la misma Clara de Anduse conocida como poetisa y de la que queda una ardiente poesía de amor, no dirigida tal vez á Hugo de San Cyr. De todos modos, es lo cierto que éste rompió de nuevo con su dama y se retiró á Lombardía, donde se casó con una joven y noble trevisana, dejando de componer canciones. Desde el año 1235 próximamente se pierden las huellas de este poeta.

Entre las varias composiciones de Hugo de San Cyr que le han sobrevivido, existe un *serventesio* notable, compuesto contra algunos barones gibelinos, en el que se ataca sin consideración á los de este bando, manchado con la lepra de la herejía, según las opiniones del poeta güelfo.

«Dios debe dar un buen fin, continúa diciendo el autor, á todos cuantos sostienen la franqueza y el derecho de la Iglesia contra aquellos que no tienen fé en Dios ni en la ley, que no creen en otra vida ni en el paraíso, y dicen que nada queda del hombre después de muerto.»

El autor añade que se guarde de protegerles el conde Ramón de Tolosa, si no ha de verse envuelto en su desgracia. Recuerda que ya el conde ha visto cómo el Papa le arrebató Aviñón, Nimes, Carpentras, etc., y que su cuñado, «el buen rey de Aragón,» murió por esta causa, viéndose obligado, si pide la restitución, á «llevar el halcón de otro.»

El poeta quiere armar á la Francia contra el emperador, bajo pretexto de celo por la religión, y por esto hace saber «al halcón, hijo del águila, que es rey de los france-

ses» que el emperador Federico II ha prometido á los ingleses devolverles la Bretaña, Anjou, la Normandía, etc.

Para el poeta, Federico no tiene otra ambición que la de arruinar la Francia y la Iglesia, á fin de hacer triunfar la ley herética. «La Iglesia y el rey, dice, deben, pues, ordenar la cruzada y venir á protegernos, y debemos todos ir á conquistar la Pouille, porque aquel que no cree en Dios no debe poseer tierra alguna.»

En otro *serventesio* Hugo de San Cyr descarga todas sus iras poéticas contra Ezelino de Romano, conde de Verona, por ser partidario del emperador. Se felicita de oír decir que el orgullo y el poder de ese señor va bajando considerablemente, y añade:

«Todo el mal que le sucede me place como mi propio bien. Las damas que hizo quemar, los barones que mandó colgar, las doncellas que hizo pasar al filo de la espada, los monasterios que redujo á cenizas con sus altares y sus cruces, todos estos crímenes no le han valido. ¿Cómo pudo Dios permanecer tanto tiempo sin descargar sobre él su venganza? Si pronto no la hace estallar, muchos creerán que las acciones más criminales le son las más agradables.»

No es costumbre entre los trovadores hallar un güelfo tan entusiasta. Al contrario, los gibelinos eran los que entre ellos abundaban. De todos modos, este lenguaje sorprende aún en un güelfo.

Petrarca en su *Triunfo de amor* cita á un Hugo entre los más famosos poetas provenzales, y hay quien cree que sólo puede referirse al de San Cyr. Difícil es de asegurar siendo tres los Hugos más notables, Brunet, el de Pena y el de San Cyr.

Se supone á este poeta autor de varias biografías de trovadores.

## TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

## HUGO.

Quedan de él dos *tensiones* con Beltrán de San Félix. En la primera, Hugo plantea esta cuestión: «Se trata de una dama de mérito, bella, cortés, que nunca amó, que jamás fué falsa ni engañadora. ¿Qué preferiríais tratándose de esta dama, entre solicitar ella vuestro amor ó veros vos obligado á solicitarlo?»

Beltrán prefiere ser solicitado, pero Hugo cree que es más digno de una dama y más decoroso el hacerse rogar.

En la otra *tensión* se trata de lo siguiente:

«Un caballero tenía una querida con la cual vivía en perfecta inteligencia. Apartóse de ella sin motivo por largo tiempo, y no se atreve ahora á presentarse por temor de atraerse sus iras. ¿Debe mantenerse alejado siempre, ó ir á provocar su enojo por el solo placer de verla?»

—Yo iría á verla, dice Beltrán, y aún cuando la encontrara animada de la más violenta cólera, mucho fuera que no acabase por apaciguarla.

Hugo sostiene que es una presunción indigna de un verdadero amante.

## HUGO.

Otro poeta, conocido sólo por su nombre, como el anterior.

Existe de él una *tensión* con un llamado Beaussón, en que se trata de decidir cuál de cuatro amistades vale más: la de una dama y un amante llenos de mérito, que se

aman sin reserva y viven juntos con toda la cortesía y delicadeza de las gentes de honor; la de un noble y cortés caballero que ama á una joven damisela bella, graciosa, que nada le rehusa; la de una noble dama á quien el amor obliga á amar á un gallardo mancebo de grandes esperanzas; ó, en fin, la de una joven hermosa que ama á un joven doncel, ambos en la edad del amor y ambos abrasándose en el mismo fuego.

Beaussón dice:

—Le está bien á un noble caballero hacer la conquista de una gran dama, pero es el amor de la gloria el que forma este lazo, y el verdadero amor no entra para nada. Por lo que toca al galante caballero que corteja á la damisela, es una relación que no tiene ningún atractivo, pues carece de la fuente abundante de placeres que sólo procede de un amor tierno. La noble dama que ama á un joven, obedece á un amor forzado y que no puede durar. La dama se va y el joven no hace más que llegar. Sólo cuando los corazones de la amable juventud se ven reunidos por la mano del amor, es cuando existe una alegría pura y verdadera, sin mezcla de artificio alguno.

Hugo acepta las conclusiones de Beaussón.

#### HUGO DE BACALARIA.

Este trovador debió gozar de cierta celebridad y es citado por varios autores. Fué contemporáneo de Anselmo ó Gancelmo Faidit y de Savarico de Mauleón. Véase el artículo concerniente á este último, donde se habla de una *tensión* que tiene por interlocutores á estos tres poetas.

Dícese que era del burgo de Uzerches en el Limosín, que tenía alguna nombradía, y que compuso buenas canciones, algunas *tensiones* y un *descort*.

No quedan, sin embargo, de él más que tres poesías de poco mérito ciertamente, una de ellas versificada con la regularidad misma y con el mismo arte que usan hoy los modernos poetas provenzales, alternando rigurosa é inflexiblemente los consonantes breves con los agudos.

Tiene una canción de amor que es notable por su espontaneidad y sentimiento. Hugo se dirige á su dama para ofrecerle su corazón, «en el cual está pintada la imagen de su dama.»

«Debo por fuerza amarla, dice hablando de su dama, y amarla sin doblez, porque reúne todo lo que tienen en conjunto las demás mujeres, ingenio, hermosura, conversación agradable, franca y alegre gentileza, instrucción, talento y conocimientos. Todo cuanto á las damas distingue lo hallo en vos, mujer querida y á todas superior.»

## IZARN EL INQUISIDOR.

## I.

Era dominico, inquisidor, misionero fanático, perseguidor incansable de los albigenses y de los trovadores, y hay, sin embargo, que continuarle en la lista de estos últimos como autor de una larga composición en verso, especie de discurso, ó mejor, de controversia entre Izarn y un teólogo albigense. Consta de ochocientos versos alejandrinos, y se ve claramente que la compuso como réplica á los discursos ó poemas religiosos en provenzal de los valdenses y albigenses.

Hay que dar cuenta primeramente de los trabajos poéticos y anónimos de aquellos herejes innovadores, que eran llamados tan pronto *valdenses* como *albigenses*, según se les distinguía por el país de que procedían ó el que habitaban. Estos herejes, á quienes se daba también otros varios nombres, parecían haber emprendido la obra de volver el cristianismo á su sencillez primitiva, iban modestamente vestidos con unos hábitos negros, llevaban sandalias, y recorrían los pueblos, cortes, castillos y ciudades, predicando su doctrina y recitando ó repartiendo como propaganda sus poemas religiosos, que eran en número de seis:

*La noble Leyzón, La Barca, Lo Novelh sermón, Lo Novelh confort, Lo Payre Eternal, Lo Desprezi del mon y L' Avangeli de li quatre semencz.*

*La Noble leyzón* era una simple paráfrasis en versos alejandrinos del Nuevo Testamento, donde se explicaba la nueva doctrina.



Los siguientes fragmentos darán una idea de esta composición:

«Aún hay algunos hombres en esta época que, poco conocidos de la gente, querrían enseñar la vía de Jesucristo: pero son tan duramente perseguidos, que apenas pueden hacerlo; ¡tantos son los cristianos á quienes ciega el error, y sobre todo, á aquellos que debieran ser pastores! Se persigue y se mata á los buenos y se deja en paz á los malos y á los hipócritas. Pero en esto se puede conocer que son malos pastores, pues que se les ve amar sólo á sus ovejas por la lana. Bien se puede ver que si hay un hombre honrado, cumplidor de lo preceptuado por la Escritura, que ame y tema á Jesucristo, que no quiera blasfemar, ni mentir, ni maldecir, ni cometer adulterio, ni tomar los bienes de otro, ni verter sangre, ni vengarse de sus enemigos, al momento dicen que es un valdense á quien es fuerza castigar, y le dañan y le pierden con mentiras y falsedades. Es preciso, pues, que sean fuertes los que sufren por el Señor, ya que, al salir de este mundo, irán al reino de los cielos, donde mayor gloria tendrán cuanto más perseguidos y denostados hayan sido.

»Hay que atreverse á decirlo, porque es la verdad pura. Desde Silvestre hasta el actual, todos los papas, todos los cardenales, todos los obispos y abades, todos juntos no tienen tanto poder que puedan perdonar un solo pecado mortal. Solamente Dios perdona, y nadie sino Él puede hacerlo. Pero he aquí cuál es el deber de los que son pastores: predicar al pueblo, enseñarle á rezar é infundirle la divina doctrina, castigar al pecador disciplinariamente para que con la amonestación pueda arrepentirse, y confiese sus pecados sin olvidar ninguno, ayunando, haciendo limosna y rezando con fervor, que es así como ha de encontrar el alma su salud. Cristianos, los que hemos pecado, los que hemos abandonado la ley de Jesucristo, los que no tenemos fé, ni temor de Dios, ni caridad, arrepentirnos debemos sin tardanza. Con lágrimas y arrepentimiento debemos enmendar la ofensa que hemos cometido por tres pecados mortales: la codicia del ojo, el deleite de

la carne y la soberbia, orígenes de todo mal. Esta es la vía en que debemos mantenernos si amar queremos y seguir á Jesucristo. Guardando de corazón pobreza espiritual, guardando la castidad, sirviendo humildemente á Dios es como ha de seguirse el camino del Señor Jesucristo.»

Encar se troba alcun al temps present  
 lical son manifest a mout poc de la gent,  
 la via de Yeshu Xrist mot for volrian mostrar,  
 ma tant son persegú, qu' a pena o poyon far;  
 tan son li fals Xristian encecá pel error  
 e majorment aquilh que devon ess' pastor!  
 Qu' ilh persegon e auzion aquilh que son melhor,  
 e laysan en pactz li fals e li enganador!  
 Ma en ço 's pot conoisser qu' ilh bon pastor no son,  
 car non aman las feas sinon per la toyson.  
 Ma nos o poen ver e l' escriptura dist  
 que si ni a alcun bon qu' am' e tem' Yeshu Xrist,  
 que non volha maudire ni jurar ni mentir,  
 ni avoutrar, ni penre de l' autruy, ni aucir,  
 ni venjarse de lis ses enemis  
 ilh dihon qu' es Valdés e 'degne de punir,  
 e li troban cayzon en mecsónja e engan.  
 Ma fortment se confort qui sofre pel Segnor.  
 car li cel al partir d' aquest mon es per lor,  
 adonc aurá gran gloria, si el a agut desonor..

.....

El poema termina con un breve resumen:

«Brevemente se enseñan en esta *Lección* las tres leyes que Dios dió al mundo.

»La primera demuestra, á quien tiene sentido y entendimiento, que es preciso reconocer á Dios y honrar al Creador, porque aquel que tenga entendimiento puede comprender perfectamente que él no se habrá formado á sí mismo, ni tampoco los demás. Esto puede hacerle ver que la razón dicta haber sido un Señor Dios el que ha creado el mundo, y que al reconocerle, debemos todos honrarle, pues condenados fueron aquellos que no lo hicieron.

»La segunda ley que Dios dió á Moisés nos enseña á creer en Dios y á servirle fielmente, pues que castiga y abate á todo el que le ofende.

»Y la tercera, que en los tiempos corrientes se predica,



nos enseña á amar á Dios de todo corazón, á servirle con pureza, porque Dios espera al pecador y le concede tiempo á fin de que pueda hacer penitencia en esta vida.»

*La Barca* es un poema moral en que el autor supo agrupar con arte estrofas de seis alejandrinos y de seis disílabos; *El Nuevo sermón* es una exposición de la doctrina valdense en alejandrinos, y *Lo Novell confort* versa sobre el mismo orden de ideas, variando sólo de forma, que consiste en cuartetos del género de éste:

Lo cors será pausá en una fossa scura,  
l' esperit rendrà razon segon la dreitura,  
e non será scusa per plor ni per rancura,  
de tot será pagat mesura per mesura.

El poema titulado *El Padre Eterno* es una larguísima invocación en tercetos como los del Dante, al Padre Eterno, «ese rey indulgente y misericordioso que da á los creyentes la conciencia de la virtud y convierte á los que no lo son por medio de los predicadores.»

Pero indudablemente, las obras más importantes entre las seis citadas, son *El Desprecio del mundo* y *El Evangelio de las cuatro semillas*. Es muy de sentir que hayan quedado desconocidos los nombres de aquellos poetas, varones de corazón honrado y alma austera, que probablemente escribieron sus poemas á la luz de las hogueras encendidas por los inquisidores para esparcir al aire sus cenizas.

«Ni los castillos, dice *El Desprecio del mundo*, ni los palacios, ni las grandes casas, ni los festines, ni los juegos, ni las fiestas, ni los lechos de honor, ni las galas, ni los trages resplandecientes de oro y de colores, ni los ricos ganados, ni las grandes cosechas, ni las viñas en sazón, ni las fértiles praderas, ni una familia joven y bella en los lares domésticos, ni todo el pomposo brillo de la existencia mundana, pueden deslumbrar ni tentar al justo, pues nunca busca lo que debe dejar.»

La parábola del Evangelio está desarrollada con la misma elevación de ideas en los cuartetos del *Evangelio de las cuatro semillas*.

«Todos los pájaros del aire acuden en revuelto torbellino junto al buen sembrador para disputarle y devorar la semilla que arroja. Pues bien, esos pájaros falaces son los malos espíritus anunciados ya y señalados por el Evangelio, que vienen para devorar nuestro pobre rebaño, del que es buen pastor el Señor Jesucristo. Grandemente le perturban y mucho le trabajan, le atormentan y le angustian, le persiguen de muerte, pero los justos tienen tranquila su conciencia, su fé puesta en Cristo, y esperan que éste los conduzca al puerto de su paraíso.»

Para exterminar á los hombres que tan honradamente así se expresaban, se encendieron las hogueras de la inquisición; para contestar á los poemas que esto decían, escribió el suyo Izarn el inquisidor.

## II.

La obra de Izarn no puede compararse con las citadas, aún cuando pretenda ser una refutación de ellas. Es un largo y monótono discurso en que el absurdo y el fanatismo se dan cordialmente la mano, pero es importante, y merece conocerse, para apreciar mejor la historia de aquella época calamitosa.

Así comienza Izarn:

«Vamos á ver, hereje, ven á discutir un poco conmigo, pues ya sé, por lo que dicen, que eres poco amigo de hablar como á ello no te fuercen. Según lo que veo, has renegado de tu Dios, de tu fé, de tu bautismo, y crees que el diablo te ha hecho y formado, y que él es quien puede salvarte. Has mentido indignamente, en mala escuela has estudiado y es un falso cristianismo el tuyo. Sólo Dios hizo el hombre y lo formó con sus propias manos, según está escrito: *Manus tuæ fecerunt me et plasmaverunt me...*»

Digasme tu, l' heretge, parl' ab me un petit,  
que tu non' parlaras' gaire que ja 't sia grazit,  
si per forsa no 't ve, segon c' avem auzit.  
Segon lo mien veiaire, ben as Dieu escarnit,  
ta fe, ton baptisme, renegat et guerpit,

car crezes que diables t' a format e bastit,  
 e tant mal a obrat e tant mal a ordit,  
 pot dar salvatió: falsamen as mentit  
 e de malvaiz escol' as aprés et auzit,  
 e ton crestianisme as falsat e delit.  
 Verament fetz Dieus ome et el l' a establít,  
 e 'l formet de sas mas, aisi com es escrit:  
*Manus tuæ fecerunt me et plasmaverunt me...*

«Esto prueba que Dios, y no el diablo hizo al hombre y la mujer después, porque el diablo no tiene poder de hacer nada ni decir nada bueno. ¿Y cómo hubiera podido hacer el hombre que es mayor que él? ¿Cómo podía darle la salud? Le hubiera dado más entonces de lo que hubiera guardado para él, porque yo no creo que tú tengas cien años, y hace sin embargo más de cinco mil que tu padre el diablo, de quien te supones hijo, está sin obtener su gracia. Ya que tú te sientes animado por el Santo Espíritu, y dispones de él para distribuirle á tus discípulos, ¿por qué no salvas á tu padre? Jamás creeré yo que el hombre haya nacido de padre tan perverso como el diablo. Su verdadero padre es Dios. *Formavit hominem ad imaginem et similitudinem suam.*

»Pero supongamos que sea como tú dices, que el diablo te haya hecho de la cabeza al talón, carne, huesos, miembros por un lado y por otro, aún así has mentido falsamente y voy á decirte por qué: porque esto no se halla escrito en Salomón, y ningún profeta ni apóstol ha dicho nunca que obras del diablo puedan dar salud, ni que fuese tan insensato el Santo Espíritu que fuese á establecer su hogar en casa del diablo; pero de esto, maldito el caso que tú haces. Tú no quieres predicar en iglesia ni en plaza, sino que vas á recitar los sermones por las selvas y bosques, entre malezas y zarzas, allí donde están hilando con su rueca Domerga, Rinalda, Bernardina, Garsenda ó Peironella. Mientras una teje y otra hila, el otro dice su sermón. Así son las cosas del diablo. ¿Se vió nunca una reunión semejante de gentes que no saben leer ni escribir, querer despojar á Dios de sus derechos? Pero todo es inútil, pues tenemos muchas pruebas de que Él for-

mó el cielo, la tierra, el sol, la luna y las estrellas, y los llama hijos y hermanos según el orden de la creación. Por esto dijo el profeta David: *Filii tui sicut novellæ olivarum.*»

Izarn prosigue argumentando por este estilo y apoyándose en textos latinos hasta llegar al punto en que echa mano ya de las razones decisivas y también de las grandes amenazas.

Habla ya el inquisidor y dice:

«Y ahora, hereje, quiero que me contestes dos palabras: *Ó serás arrojado al fuego, ó te pondrás de nuestro lado.*»

Ara vuellh que 'm respondas en un mot o en dos,  
si cauzirás et foc o remanrás ab nos...

El argumento del fuego es repetido a cada paso por el celoso dominico.

E s' aquest no vols creire, vecte 'l foc aizinat  
que art tos companhós...

«Voy á proponerte, añade luego, otro punto de discusión con motivo del matrimonio. Mientes como un condenado cuando lo niegas y dices que aquellos que tienen hijos ó hijas no pueden ser salvados. Buenas pruebas tenemos de su santidad. Dios fué su autor para multiplicar los hombres y levantar el mundo que estaba perdido por la caída de los ángeles malos. Él fué quien, para reparar su pérdida, crió el hombre y la mujer destinados á no ser más que una misma carne. *Et evant due in carne una. Propter hoc relinquet homo patrem et matrem et adheribit uxori sua.*

»San Pablo les amonesta á vivir juntos en buena compañía y les dice que *melius est nubere quam uri*. No hay castidad más agradable á Dios que el matrimonio fiel, áun cuando hay más mérito en vivir santamente, siempre que se pueda soportar el estado de virginidad...

»Y á pesar de esto, hereje malvado, ¿no te rindes? ¿No te convencen los textos de Dios y de San Pablo? Por esto, pues, porque no te pasan de los dientes ni penetran en tu corazón, por esto *se enciende ya la hoguera y se preparan los tormentos por donde debes pasar.*

E tu, malvat eretje, i' est ton desconoissens  
 que nulha res qu' ie 't mostre per tant de bons gaires  
 com es de Dieu et sant Paul non iest obediens,  
 ni 't pot intrar en cor ni passar per las dens,  
 perque 'l foc s' aparelha e ia pen' e 'l turmens  
 per on debes passar...

Como se ve, el poeta inquisidor no olvida nunca el fuego como razón suprema, como argumento Aquiles.

Y todavía parece dispensarle un favor retardándole por unos momentos el placer de la hoguera, pues que prosigue diciendo:

Mas ans que 't don comjat ni 't lais al foc intrar,  
 de resurrectió vuelh ab tu disputar...

«Pero antes que te despida y te permita entrar en el fuego, quiero discutir contigo sobre la resurrección...»

Y en efecto, entra en una larga argumentación de argumentos teológicos y textos latinos para demostrar que Dios resucitó y que todos resucitarán también al oír en el final juicio la trompeta del ángel, siendo premiados entonces los justos y arrojados los réprobos á los abismos del infierno.

Pero Izarn no se da por satisfecho con esto. Todavía, *antes de que el hereje sea pasto del fuego*, quiere preguntarle por qué niega el bautismo.

Eretje, be volria, anc qu' foc te prezés,  
 que digas ton veiaire per cal razó descíés  
 lo nostre baptistili que bos e sanctes es...

Y en seguida entra Izarn en una nueva disertación sobre el bautismo, aprovechando el momento oportuno para hacer el elogio de su Orden, diciendo que «todo el mundo se hubiera pervertido á no ser por el celo de los frailes Predicadores.» Prosigue luego el inquisidor rebatiendo las doctrinas y herejías de los albigenses, y termina con el argumento obligado:

«Hereje, así seduces al hombre y le apartas de Dios para dárselo al diablo, y así es como le engañas haciéndole



creer que se salvará. Todos aquellos países y todas aquellas tierras donde tu pérfida doctrina ha sido sembrada y esparcida, debieran desaparecer y hundirse. Si tuvieses tú la fé y la religión de B. de Montaigne, R. de Villar, ó la de B. Pagat (sin duda albigenses convertidos), te hubieras reconciliado. Y como no lo hagas pronto, la hoguera está ya encendida, á son de trompa se anunciará por la villa, y el pueblo se congregará para verte quemar.»

Esta controversia es seguida de la confesión del hereje. Izarn le hace hablar á él mismo, prestándole sin duda los conceptos que mejor le parecen, y poniendo en sus labios las confesiones que halla más á propósito. El poeta-inquisidor, que tenía sin duda el amor del oficio, no se olvida de hacer decir al hereje que Izarn tenía gran ingenio para hacer buenos versos y componer *romans*.

Es, por lo demás, muy curiosa la confesión del hereje, que, según sus primeras palabras, más parece haberse convencido por el argumento del fuego, que por las razones del predicador.

«Izarn, asegúradme y hacedme dar palabra de que no seré quemado ni atormentado, sometiéndome á cualquiera otra pena. Si puedo contar con vuestra protección y con que se salve mi honra y no se me haga violencia alguna, os revelaré todo el secreto de nuestros creyentes. Por más que Berit y Parazols aparezcan como descubridores de muchas cosas, no saben ni la décima parte de las que conciernen á los herejes sobre los cuales han hecho inquisiciones.»

Esos Berit y Parazols debían ser otros misioneros agentes de la Inquisición y predicadores como Izarn, sus émulos sin duda, y éste aprovecha la ocasión de hacer hablar al hereje para lanzarles piadosamente un dardo.

«Pero, continúa el hereje, os pido el mayor secreto, puesto que si os creía capaz de engañarme, no me confesaría ni á vos ni á ningún otro hermano Predicador, y voy á daros la razón.

»Desde que me hicieron *obispo*, con estas mismas manos que véis, he *salvado* por lo menos á quinientos hom-

bres. Si los abandono, son otros tantos hombres perdidos y entregados á los diablos y á las penas del infierno. ¿Qué sería de mí si por desgracia encontrara á algunos de sus amigos y no me diérais vos asilo? Perdería mi dignidad y sería objeto de desprecio para toda nuestra corte (la de los albigenses, ó sea su consistorio y asamblea). Pero ya que he venido aquí bajo la fé de un salvo-conducto, quiero ser libre y que me déis toda seguridad.

» Bueno es que sepáis por de pronto, que no son ni el hambre, ni la sed, ni la miseria, los que me han obligado á venir: tenemos expresamente prohibido obedecer á una citación y comparecer, como otros que han sido maltratados, ni podemos aceptar ninguna conferencia sin haber exigido la palabra solemne de que si alguien prende á un hereje, en cualquier lugar que sea, lo devolverá á su corte, caso de que quiera ser puesto en libertad.

» Lo que más os asombrará es que nuestros mejores amigos y los que más familiares nos son, se han declarado contra nosotros. Se nos acercan con aire de amistad para sorprendernos, en seguida nos arrestan y cargan de cadenas, esperando así que les sean perdonados sus pecados, y obteniendo su salvación con nuestra pérdida. He venido á vuestra corte sin que nadie me obligara á ello y de buena voluntad, y esto os demostrará que me siento inclinado á vosotros más de lo que pensáis. He abandonado por vos una vida de delicias, de la que, si no os fastidia, voy á haceros el relato.

» Tengo un gran número de amigos poderosos y ricos, de los cuales no hay uno solo que no se crea feliz dándome todo el dinero que deseo. Así, pues, tengo todo lo que quiero, y dispongo de todos los depósitos de las gentes de nuestra religión, que todas están acomodadas. Tengo gran cantidad de trages, de camisas, de calzas, de ropa blanca bien lavada y limpia, de ropas de abrigo, de manteles y tohallas para mis amigos, cuando les convido á comer. Me trato bien: como carnes excelentes, buenos pasteles y ricos pescados.

» Mientras que vosotros pasáis las noches al relente, su-



friendo el viento y la lluvia y regresáis mojados hasta los huesos, yo estoy bien á cubierto y en paz y descanso con mis compañeros, dedicándome á la comida y bebida cuanto me place, y haciendo todo lo que me conviene con mi primo ó con mi prima. Y como, después de esto, tengo en mi mano el darme cuantas absoluciones quiera, no hay pecado que no me perdone ó de que no me salve, ya sea por mí mismo, ya por el primer diácono que encuentre. Tal es mi deliciosa vida. Si á ella renuncio confesando que es criminal, para abrazar la fé de Roma, agradecédmelo y tratadme como á un hombre honrado...»

Este cuadro de tan recargados colores está evidentemente puesto en labios del hereje para combatir la opinión vulgar que acerca de los albigenses se tenía. Sin discutir su herejía, más aún, reprobándola, confesarse debe, sin embargo, según los anales del tiempo y de la historia, que los albigenses eran hombres austeros, rígidos, puritanos, de gran severidad de principios y costumbres, todo lo contrario precisamente de como le conviene á Izarn presentarlos por boca de su convertido. El mismo Izarn lo da á entender por lo demás, cuando en la primera parte de su discurso los pinta como salvajes, errantes por los bosques y predicando á las mujeres ocupadas en sus modestas tareas domésticas.

El hereje continúa su confesión:

«Ermengardo de Figueras fué mi padre. Yo hubiera podido ser un cumplido caballero, á permitírmelo mi fortuna: pero ya que no pude armarme bien para el servicio del mundo, quiero hacerlo para el de Dios.

»Auxiliadme con vuestros consejos, Izarn, vos que tan excelente ingenio tenéis para hacer versos y componer poemas, y que, mucho más sabio que otros, habéis triunfado de mi ignorancia con los argumentos en que habéis apoyado vuestras nueve cuestiones. Creo firmemente todo cuanto me habéis predicado, y estoy pronto á creer más todavía, si tenéis tan buenas autoridades como las que me dísteis á conocer.

»Quiero ser bautizado, plenamente convencido de la

religión que me enseñásteis vos y el hermano Ferrier, á quien ha sido dado el poder de liar y desliar cualquier pecado de hereje. Y si os preguntan quién es el nuevo bautizado, podéis decirles: Es Sicart de Figueras, que abjuró sus errores, y que tan enemigo como fué hasta ahora de la Iglesia Romana, tan encarnizado perseguidor será en adelante de los herejes y de los infieles, sin traer ni paz ni tregua con ellos. Si fuí complaciente algún día con Pedro Capella y los jefes de su partido, si fuí amigo y camarada de Juan de Colet, yo seré de hoy más su enemigo declarado, á menos que no se conviertan antes del próximo mes de Febrero, y les haré prender á todos por nuestros escuderos y arqueros. Berit, Parazols y Ricardo Le Portier conocen bien los caminos extraviados, los escondrijos, las cavernas, los sitios y las cuevas donde esconden sus tesoros. No será necesario que ni vos ni el hermano Ferrier vayáis, si no se convierten á la vista de nuestros mensajeros.»

La obra que nos ocupa termina con unos versos de Izarn en que, dirigiéndose al convertido, le dice:

«Sicart, yo te deseo la bendición de Dios, que sin auxilio de nadie hizo el cielo, la tierra, el sol y la luna. Que Él te conceda la gracia de contarte en el número de aquellos buenos obreros que Dios empleó en su viña, y que, áun llamados los últimos, merecieron tanto como los primeros. Esto es lo que infaliblemente obtendrás, si quieres ser tan adicto á la fé como lo fuiste á la mentira. Pero siempre se desconfía de los penitentes á quienes el miedo ha convertido, sobre todo cuando han sido jefes de bando, y es necesaria una medicina poderosa para evacuar todo el veneno de que están infectos.

»Sicart, es preciso que sin pérdida de tiempo demuestrés con tus obras la sinceridad de tu conversión, es decir, que todos te vean ardiente en perseguir la herejía. Si muestras un celo ardiente y firme, tal como lo deseo, por la fé de Jesucristo que sostiene el hermano Ferrier, recibirás una gran recompensa, la que Dios promete á los que perseveran siempre en hacer buenas obras y en sufrir

toda clase de persecuciones. A estos dará las glorias del paraíso, según el Papa nos asegura, y según primero lo dijo San Mateo el evangelista: *Beati qui persecutionem, etc.* »

Así termina esta curiosísima é importante composición, que si como obra poética y de ingenio es realmente de muy escaso valor, como documento histórico es, por el contrario, digna de ser estudiada detenidamente.

## TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

## ISELDA DE CAPNIÓ.

Es una poetisa de quien nada se sabe, quedando sólo de ella dos composiciones de escaso mérito y que nada descubren relativamente á su autora: ambas poesías son incompletas.

Una está dirigida á la dama de Castelnau pidiéndole que perdone y devuelva su amor á Guido de Tournón, de cuyo arrepentimiento responde.

La otra parece reducida á zaherir á una dama que, por entregarse á un alto barón, despreció el amor leal de un pobre caballero.

Se la cita entre las mujeres galantes y célebres del siglo XII.

## IZARN.

Existen otros dos poetas de este nombre, á más del Izarn inquisidor de que se ha hablado.

El uno, á quien llaman Izarn de Rezols, sólo tiene una canción de amores muy vulgar. El otro, llamado Izarn Marqués, es autor de una poesía licenciosa.

## JUAN DE AUBUSSÓN.

He aquí otro trovador, político y gibelino, cuya vida nos es del todo desconocida, pero de quien nos queda una poesía verdaderamente notable, y que merece fijar la atención.

Se refiere á aquella época de la historia en que con más vehemencia que nunca estallaron los odios entre güelfos y gibelinos, partidarios del Papa los primeros, y del emperador los otros.

Por los años de 1236 era emperador y rey de romanos Federico II, y las ciudades lombardas, que ya desde 1226 venían formando contra él una liga bajo el nombre de *Sociedad de los lombardos*, se negaban á obedecer y respetar á los gobernadores y delegados de Federico. Según lo que aparece más cierto, los lombardos contaban con el apoyo secreto del Papa, que les animaba á emanciparse de la dominación teutónica. Federico, rompiendo con la Santa Sede, excomulgado por ella, y poniéndose al frente del partido gibelino, decidió marchar en 1236 contra las ciudades de Lombardía que le eran rebeldes, y á este fin aparejó numerosa y escogida hueste y áun se entendió con algunos señores de aquellas comarcas, como el marqués Bonifacio de Montferrat, á quien dispensó gracias y honores.

Á esta expedición y empresa se refiere la poesía de Juan de Aubussón.

El poeta, aparentando departir con uno llamado Nicolet, escribe la siguiente *tensión* y, con imágenes alegóricas, pide á su interlocutor la explicación de un sueño.

—«Nicolet, quiero que me expliques un sueño extraño que tuve la otra noche. Temblé por el mundo á la vista

de un águila que venía volando por los aires, y que, poniendo en fuga á cuantas aves encontraba, iba cazando y apoderándose de todo, sin que nada pudiese resistirle.

—»Juan, el águila significa el emperador que viene sobre Lombardía. Su vuelo elevado señala el gran valor de ese príncipe, que ahuyenta cuanto se le opone, porque ni país ni hombre, ni nada, ni nadie puede impedir que sea el dueño de todo, como es de razón.

—»Nicolet, el águila lo destruía todo y nada se le escapaba. De Colonia llegaba un bajel, mayor de lo que puedo expresar, lleno de fuego, navegando á través de las tierras, y el águila soplabá el fuego con tanta violencia, que las llamas impetuosas abrasaban todos los lugares por donde el bajel pasaba.

—»Juan, el águila que tenía tan poderoso soplo es el gran tesoro que el emperador conduce á Lombardía. El bajel es el ejército de los alemanes, á quienes ha de dar tanta parte de su tesoro, que ejecutarán sus órdenes sin vacilar.

—»El águila apagó después aquel gran incendio é hizo brillar una luz en el Montferrat, tan resplandeciente y viva que daba alegría al universo entero. También hizo brillar la misma luz en otros muchos lugares, con gran contentamiento y esplendor de todo y de todos. En seguida se lanzó á los aires, posándose en región tan elevada, que desde allí dominaba el mundo entero.

—»El incendio extinguido es la paz que dará el emperador. La luz esparcida es la restitución del Montferrat. Las otras luces son las recompensas que distribuirá á los que las hayan merecido. El águila posada en los aires significa que el mundo entero quedará sometido al dominio imperial.»

Tal es esta original poesía.

Juan de Aubussón sería, sin duda, alguno de aquellos trovadores á quienes el marqués de Montferrat, de ellos gran protector, brindaba con su hospitalidad, con las delicias y con el regalo de su corte, una de las más concurridas por los hombres inteligentes de la época.



## JUAN ESTEVE,

DE BEZIERS.

Escasísimas son las noticias que se tienen de Juan Esteve. Se sabe que era de Beziers, y las poesías que de él se conservan, en número de doce, nos atestiguan que floreció de mediados á últimos del siglo XIII. Fué, pues, uno de los últimos trovadores. Sus composiciones están fechadas, como las de Giraldo Riquier, que fué quien introdujo esta innovación.

De sus obras se desprende que Juan Esteve poseía, por lo menos, dos nobles virtudes, la de fidelidad y constancia en sus honestos amores, la de gratitud y adhesión hacia su protector.

La dama nos es desconocida. El trovador, insiguiendo la costumbre de otros, oculta su verdadero nombre bajo el de *Belh Rai*, hermoso rayo, y la posteridad ha conservado el secreto y la discreción del poeta.

Su protector era Guillermo de Lodeva, el Almirante, de quien luego tendremos ocasión de hablar.

En casi todas sus poesías habla de la una ó del otro, en algunas enlaza cariñosamente entrambos nombres, que parecen haber sido los dos grandes amores del poeta; y si siempre se le ve constante en su casta y respetuosa pasión hacia aquella «de quien nada desea conseguir que pueda deshonorarla,»

quar anc enveiós  
no fui de re q' a lieys fo dechazensa,

siempre también se le ve firme en su adhesión sin límites hacia Guillermo de Lodeva, á quien es fiel así en su pros-



peridad como en la desgracia, y de quien cada día que continúa separado le parece largo como un año:

el jorn que no 'l vey m' es un an.

Las obras de Juan Esteve no son ciertamente de primer orden, y demuestran ya la decadencia de los trovadores; pero todas ellas están generalmente bien inspiradas, todas obedecen á un fin moral, y dominan en ellas nobles y elevados sentimientos, al par que una lujosa y variada versificación.

Juan Esteve cultivó todos los géneros. Las doce poesías que de él nos quedan, se dividen en una *canción* de amores, dos *pastorelas*, una *vaquera*, una *retroencha*, una *tensión*, dos *serventesios*, tres *planchs*, lamentaciones ó elegías, y una poesía moral.

Comencemos por sus composiciones galantes.

Como es de suponer, su canción de amor va dirigida á su *Belh Rai*.

«Así como aquel que consigue hacerse rico por sus esfuerzos, sin malos medios, conserva sus bienes, hijos del trabajo, y los administra prudentemente, así yo soy rico de amor sin falsía, gracias á mi *Bello Rayo* que me hace vivir alegre, y la alegría que de esto tengo me es tanto más querida y grata, cuanto que es con el trabajo con lo que he ganado su benevolencia.

»Sin el trabajo nadie puede mantener su pro. Es bueno para el enfermo, aunque de ello se lamente, que es para éste el trabajo lo que es el estaño á la plata, siendo el medio también de destruir todo morbo. Y como es el trabajo el que me ha conseguido el conocimiento de mi bella, tan gentil, tan discreta y virtuosa, mi dicha es más colmada, más sobroso mi placer, y nada más grato para mí que ver á mi hermosa crecer en mérito.

»Viéndola aumentar en valía, me baño en júbilo, y soy más feliz que el pez gordo en el estanque y que el señor que puede repartir honores. Gracias sean dadas á ella, á quien place mi amor y que me tiene como suyo, forman-

do efectivamente entrambos uno solo. A ella le agradan mis cantos y coloquios, y yo guardo su honor como un hombre honrado su creencia.

»Y guardando su honor me paga en cortesía, sucediéndome lo propio que á dos nobles compañeros de armas, entre quienes el uno acude al auxilio del otro, sin faltarle nunca, pagando el agradecido con creces el favor de que haya sido objeto. Así se porta conmigo en hechos y en maneras la gentil dama, de quien estoy enamorado, y que quiere cuanto yo quiero, porque sabe que nada de ella deseo conseguir que pueda deshonorarla.

»Así es como soy tan puro como el oro, cuya pureza es superior á la de los demás metales. Nada cambia mi puro querer, pues más puro me conservo aún que el día en que me aceptó por suyo, dándome más valor que á esos otros amantes engañadores y falaces, á quienes se debe la decadencia de la prez y de la virtud. Tales placeres no son gratos ni buenos para mí, pues yo sé bien que al fin en displaceres tornan.

»Canción, ve á decir al noble Guillermo de Lodeva, de tanto valor dotado y tanto mérito, que su valía y acciones hidalgas descuellan sobre las de los otros, como sobre todas brilla la hermosura de *Bello Rayo*.»

Merecen insertarse íntegras las dos *pastorelas* de Juan Esteve, ya que son las poesías que más nombradía le han dado. Se encuentran en ellas las ingenuas gracias de la verdadera égloga, se distinguen por su sencillez y galanura, y son notables por la originalidad de su metro y forma. En ambas, como se verá, siguiendo la costumbre constante del trovador, se halla al final un recuerdo para Guillermo de Lodeva y para *Bello Rayo*.

#### PASTORELA QUE HIZO J. ESTEVE EN EL AÑO 1275.

«El otro día, seducido por el alegre tiempo de la primavera, por el canto de los pájaros y por el deleite que me inspira el campo, me fuí solo á pasear, y en una pradera encontré cogiendo flores á una pastora sin igual, graciosa

y gentil, muy recatada, que iba en pos de sus corderos. Iba cogiendo flores y diciendo que jamás se le ocurrió el deseo de tener un amante, por ser éste el camino que conduce á mal fin.

»Me acerqué á saludarla, viendo entonces que nunca más bella mujer fué guardadora de ovejas, y saludóme ella también, áun cuando tuvo miedo, pues que sólo reparó en mí al oirme hablar, pero reponiéndose me dijo: «No me agrada que os hayáis acercado tan inopinadamente, y esto me hace recelar, señor. A Dios me encomiendo. ¿Qué buscáis? No parece sino que sois espía de malos hombres, ó que aquí os conduce el falaz deseo de placeres que el amor reprueba.»

—«No es fácil juzgar por la apariencia, hermosa joven, le dije yo, sin exponerse á engaño, porque á muchos hombres buenos veo tener por malvados y á muchos malvados por buenos. Por esto os ruego que, antes de hablar, oigáis. No soy yo ningún hombre sospechoso, y, si os place, aceptad mi amor.»—«A otra más necia podéis dirigiros, señor, para que os acepte. A mí no me agrada. Seguid, pues, vuestro camino.»

—«Hermosa joven, le dije; antes deirme quiero hacer alguna de las caricias acostumbradas entre la amiga y el amante. No creáis que quiera deshonoraros, pero me seduce tanto vuestra belleza, que sin esto no quiero dejaros.»—«Quien de esta manera me habla, no sabe ciertamente quién soy ni cómo castigué el otro día á un atrevido. No quiero que por mí sea deshonrada mi familia.»

—«Gentil jovencita, tal como me veís, yo puedo valer para vos más que otro galán, porque soy rico en bienes, que repartiré gustoso con vos. Os pido, pues, que aceptéis mi amor y que vengáis conmigo á jugar por la pradera, allí, debajo de aquel pino, y para siempre seréis mía.»—«Señor, mis deseos no están conformes con los vuestros, y si no tuviérais mala intención, seguiríais vuestro camino.»

—«¡Si supierais, querida mía, hasta dónde llega mi amor! Creo que con las flores que lleváis me tejeréis bien

pronto una corona. Y ahora, venid conmigo bajo aquellos árboles.»—Ella se alegró, porque vió que yo no empañaba su virtud y dijo: «Me es grato, señor, dejarme vencer por vuestro amor, si es siempre así. Me parecéis bueno y galán, pero concluyamos ya.»

«Valía y mérito tiene Guillermo de Lodeva. No se piense nunca que pueda yo ofender á *Bello Rayo*, á quien amo más que á mí.»

PASTORELLA QUE FES J. ESTÈVE EN L' AN 1275.

L' autrier el gay temps de pascor,  
 quant auzils auzeletz cantar,  
 per gaug quem de la verdor  
 men issi totz sols delechar;  
 et en un pradet culhen flor  
 encontrei pastora ses par,  
 cuend' e plazen,  
 mot covinen,  
 anhels seguen.  
 La flor culhen,  
 dizia  
 qu' anc dia  
 de far amic non ac talen  
 quar via  
 sen cria  
 don malvestatz prenaissenen...

La otra *pastorela* está fechada en 1283.

Al llegar el dulce tiempo en que la flor brota en la pradera, el trovador se va á paseo por el campo pensando en sus amores; y encuentra á una graciosa y bella pastora que lleva un vestido de rica tela rayada, hablando con un pastor. Se esconde el poeta tras de los árboles y escucha la conversación. El pastor se llama Guido y la pastora Flor. Ella da cuenta á su amado de que su padre la quiere casar con uno que es muy viejo, pero muy rico. Guido se lamenta de esto. Flor vacila porque ve pobre á Guido, pero éste le dice que un pobre, joven, es rico, mientras que con un viejo enfermizo sucede todo lo contrario. Flor confiesa tener amor á Guido, y la pareja, creyéndose sola, comienza á darse abrazos y besos en el momento en que

se presenta á ella el poeta saliendo de su escondite. La rubia pastora se ruboriza y no oculta su indignación al importuno que les dirige algunas palabras, y se retira dejándoles seguir su amante coloquio.

La *pastorela* termina con unos versos lisonjeros para Guillermo de Lodeva y *Bello Rayo*.

El dous temps quan la flor s' espan  
sus el verjan  
ab la verdor,  
m' anava totz sols delechan  
del joi pessan  
que' m ven d' amor.  
En un deves anhels garan  
ieu vi denan  
ab un pastor  
gaia pastorella,  
convinent e bella  
que vesti gonella  
d' un drap vetat belh,  
el pastorel...

. . . . .

La *vaquera*, como es sabido, no se diferenciaba de la *pastorela* sino en que la heroina guardaba vacas en lugar de ovejas. La poesía que de Juan Esteve nos queda en este género, está fechada en 1288 y consiste en que el poeta se encuentra á una pastora que está guardando sus vacas, pero arrodillada y rezando. La vaquera es linda y el poeta la galantea y la enamora; ella le contesta con un verdadero sermón diciéndole que está consagrada á Dios y que sólo de Él quiere ser esposa. El trovador le pregunta entonces si es monja, y á la contestación de ésta, diciéndole que quiere morir sirviendo al que en la cruz sufrió muerte y pasión por nosotros, el galán abandona el campo.

Termina también su composición con una galantería á Guillermo de Lodeva y á *Bello Rayo*.

Hemos dicho que quedaba también de este autor una *retroencha*.

Se compone de cinco coplas y una tornada, lleva la fecha de 1281, y conforme con las reglas y preceptos del

género, consiste en repetir al fin de cada estancia dos versos de estribillo:

Ben dei cantar gaiamen  
pus ai tant gai jauzimen.

«Bien es preciso que cante alegremente, cuando tanta alegría siento.»

El poeta se considera tan feliz que no envidia otra dicha en el mundo; ni el poder ni la riqueza de los reyes y los condes podrían darle tanto júbilo como le da su amada, que es flor de belleza, y de quien, guardándose el amor, conserva el honor.

La ama como á sí mismo, y ella le ama lo propio, de manera que sólo tienen un corazón para los dos y un solo pensamiento, sin ser de extrañar que la elogie puesto que él es su amante, y ella la más hermosa del mundo.

En su tercera estancia, el trovador compara la belleza resplandeciente de su dama, al día que hace desaparecer la estrella del alba.

Así prosigue contando las perfecciones de su amada, superior en dotes y belleza á todo y á todas, hasta llegar á la *tornada*, en la que el poeta aprovecha la ocasión, por si pudiera haberse olvidado, de hacer saber que la dama á quien canta, es siempre su misma *Bello Rayo*, y que hay en ella tanta nobleza de alma como valor y cortesía en Guillermo de Lodeva.

Puede ofrecerse esta *retroencha* como modelo en su género, siendo además muy recomendable por su ritmo, por el arte con que están enlazadas las rimas, y por el acierto y oportuna colocación del estribillo:

¡Sim vai be quez ieu non envei  
d' est mon outra benanansal  
ricor de comte ni de rei  
no crem des tan d' alegransa  
quo fai la gensor  
qu' es de beutat flor  
a tria:  
que ieu ai s' amor;  
et ill a s' onor  
l' amia.

¡Ben dei cantar gaiamen  
pus ai tan gai jauzimen!



Quar am lieis enaissi que mei,  
 et ilh rne d' aital semblansa,  
 et em d' un cor e d' una lei,  
 non es grans meravelhansa  
 s' ieu ne fas lauzor  
 quar non sai melhor  
 nis lia  
 el mon bellazor.  
 E qu' ieu amator  
 sieus sia!

*¡Ben dei cantar gaiamen  
 pus ai tan gai jauzimen!*

La bella a cui eu soplei  
 me dobla la benanansa  
 en que'm ten, quar sa beutat vei  
 que non a par ni engansa;  
 qu' ab sa respandor  
 toda outra claror,  
 que' l dia  
 l' estela d' albor;  
 per que m' a sabor  
 qu' ieu dia:

*¡Ben dei cantar gaiamen  
 pus ai tan gai jauzimen!*

Franquez' e bontat a ab sei  
 la gaia res, ses duptansa;  
 que platz li que men esbaudei,  
 quar sa q' enantisc s' onransa,  
 per que m' avigor  
 gais jois, qui quen plor  
 on ria,  
 Doncx pus chantador  
 m' ai fac ses clamor  
 m' amia.

*¡Ben dei cantar gaiamen  
 pus ai tan gai jauzimen!*

Ieu chan gaiamen quo far dei,  
 quar gaia donna m' enansa  
 ab gai cors, a cui platz domuei,  
 quant honor noi pren mermansa:  
 mai m' es que seror,  
 quar ilh me secor  
 de guia  
 qu' ieu no'm sent dolor  
 mas jois ses error  
 que'm guia,

*¡Ben dei cantar gaiamen  
 pus ai tan gai jauzimen!*



## TORNADA.

Quillem á valor  
de Lodev' e cortesia,  
el *Belh Rai* fraeguor.  
¡Qu' ieu gais per s' amor  
estia!  
¡Ben dei cantar *gaiamen*  
*pus ai tan gai jauzimen!*

Con la *tensión* de que se ha hablado, terminan las seis composiciones galantes de este trovador.

Su *tensión* es una controversia con uno á quien llama *Jutge*, tal vez nombre de otro poeta, áun cuando bien pudiera ser *juez*, nombre de cargo ó profesión.

Juan Esteve somete á *Jutge* la cuestión de quién debe ser preferido entre dos amantes, uno poderoso y rico, otro pobre y lleno de deudas. No siendo posible ponerse de acuerdo, los interlocutores deciden apelar al juicio del señor Ebles y del sacerdote Juan.

Vamos á ocuparnos ahora de las poesías no galantes de Juan Esteve.

Tiene dos *serventesios*. En el primero, que lleva la fecha de 1284, el poeta se pronuncia contra los malvados y traidores que con sus intrigas, fraudes y manejos intentan empañar la virtud y la lealtad. Aun cuando se expresa en términos oscuros, se ve por las últimas coplas que alude á la perfidia de un contemporáneo que había intentado rebajar el mérito y valía de Guillermo de Lodeva, á quien el *serventesio* va dirigido.

El otro *serventesio* trata también de este mismo señor, y se refiere á un suceso histórico que, mejor que los anales de Francia, nos explica las crónicas catalanas.

Había estallado la guerra entre Aragón y Francia. Con fuerte ejército de tierra y poderosa armada venía el francés contra D. Pedro de Aragón *el Grande*, dispuesto éste valerosamente á defender sus dominios, de los cuales el Papa, como si pudiera, le había desposeído para dárselos á Carlos de Valois, hijo del rey de Francia. Conocida es la historia de aquella guerra, verdadera epopeya catalana,

en que los franceses vieron abatido su orgullo, y acosados y maltratados tuvieron que repasar los Pirineos, rotas sus huestes, menguada su honra, por el polvo sus banderas.

Si en tierra alcanzaron brillantes victorias los aragoneses y catalanes, no fueron ciertamente menores las que consiguieron en el mar. Entre los varios combates navales de que nuestras crónicas guardan memoria, hubo uno entre Rosas y San Feliu de Guixols, donde un puñado de galeras catalanas, al mando de Ramón Marquet y Berenguer Mayol, deshizo una fuerte armada francesa, cuyo almirante era el Guillermo de Lodeva, tan profundamente querido del trovador Juan Esteve.

Fué el suceso en Julio de 1285. Siete galeras francesas, entre ellas la del almirante, quedaron en poder de los catalanes, y Guillermo de Lodeva fué llevado cautivo á Barcelona, donde aún por lo visto debía continuar prisionero en 1286, á juzgar por el *serventesio* de Juan Esteve.

Esta fecha lleva, en efecto, la poesía del trovador que ha dado motivo á escribir estas líneas.

Es un *serventesio* dirigido á Felipe, rey de Francia, sucesor del Felipe *el Atrevido* que murió á consecuencia del mal éxito de su jornada contra Cataluña y Aragón. En esta poesía, demostración innegable del profundo cariño que el poeta tenía á Guillermo de Lodeva, Juan Esteve se dirige al monarca francés, y le pide que procure la libertad del almirante y el castigo de los que le vendieron y entregaron á traición, que así fué como, según el autor, se efectuó el suceso, lo cual no está por cierto conforme con la manera como cuentan las crónicas el hecho.

El trovador dice que Guillermo de Lodeva fué vendido por su gente como Judas vendió á Jesús, y pide al rey que sea inflexible y severo con los traidores. «Cada uno, dice, debe ser recompensado según sus servicios y méritos: así, pues, sed leal, pagadles como merecen quitándoles sus bienes y la vida, con lo cual seréis honrado y bendecido.»

Se ignora si el monarca atendió en este punto al poeta, pero los deseos de éste respecto á Lodeva debieron ser oídos, pues el almirante fué rescatado y devuelto á su país.

Tres son las *èlegías* ó *planchs* de Juan Esteve.

Una de ellas, sin fecha, está dedicada á la muerte de Guillermo de Lodeva. Todo el cariño que el poeta tenía á su señor se refleja en esta composición, algo exagerada sin disputa en la expresión de los lamentos y en el elogio de las cualidades del difunto, pero llena de dolor y sentimiento.

Su otro *planch* es de 1284, y se refiere á una catástrofe que debió tener lugar en Beziars, pero de que no se ha guardado memoria. La poesía de Juan de Esteve, que sólo incompleta ha llegado hasta nosotros, lamenta la gran mortandad que en aquella villa tuvo lugar el día de Caridad, siendo causa de que nunca se hubiesen visto ni más lágrimas, ni más dolores, ni más apenados corazones.

La mortaldatz  
qu' es fetz lo dia  
de Caritatz;  
quar plors  
pejors  
no foran vistz,  
dolors  
majors  
ni corps pus tristz.

Gabriel Azáis, mi antiguo amigo, que ha consagrado toda una vida de trabajo y de estudio á registrar los archivos de Beziars y á conmemorar sus fastos, siendo entre sus obras muy importante la que trata de los trovadores de Beziars, dice que de tiempos remotos se celebraba en aquella ciudad una gran fiesta el día de la Ascensión, la cual se llamaba fiesta de la *Caridad*, por la distribución de panes y limosnas á los pobres. Probablemente á una de esas festividades y á alguna gran catástrofe ocurrida en ella por la aglomeración de gentes, es á lo que se refiere la poesía de Juan Esteve.

Por fin, el tercer *planch* de éste, escrito con mucha anterioridad á los dos citados, pues su fecha es de 1270, es una *elegía* á la muerte de Amalrico vizconde de Narbona, suceso á que consagró también un canto Giraldo Riquier, según hemos visto.

Para terminar este estudio sobre Juan Esteve, sólo falta hacernos cargo de una poesía moral, que merece citarse y reproducirse, más que por su escaso mérito, por su rareza singular. Dióme copia de ella Gabriel Azáis durante mi estancia en Beziers, y sólo hay noticia de otra composición que se le parezca, la atribuida á Aimeric de Peguilhá y publicada en el apéndice de la obra escrita por Federico Díez.

Es una oración ó plegaria al Señor, difícil de traducir por las dificultades de rima que se creó su autor y á las cuales subordinó su pensamiento, que hubo de entrar en la composición como á fuerza de martillo, resultando confuso y oscuro.

Tiene la poesía tres coplas y una *tornada*, de cuarenta y dos versos cada una de aquellas, de ocho ésta. De los cuarenta y dos versos, catorce son de una sola sílaba, los demás de tres, cuatro y cinco. Para sus versos de una sílaba, el trovador se vió obligado á veces á cortar las palabras como sucede con la de *far-sitz* en la primera estancia y con la de *mey-cés* en la tercera, prueba siempre de pobreza y mal gusto.

Aun cuando un trovador, tan eminente como Aimeric de Peguilhá, hubiese escrito en este género, el ejemplo no era para ser imitado.

He aquí, de todos modos, como curiosidad, la poesía de Juan Esteve:

Lo Senher qu' es guitz  
del mons, que totz bes  
fes,  
us vers Dieus complitz,  
humil, de merces  
ples;  
qui fo pels malditz  
juzieus en crotz pres  
més,  
mortz d' espieutz fertz  
ses tort, coma fes  
es,  
prec, si cum es clars  
bars,  
reis dels reis senhors  
flors,

## VÍCTOR BALAGUER

qu' ab sos perdonars  
     cars,  
 e de mos peccatz  
     datz  
 siam salvamen,  
 si a las bontatz  
     platz  
 del Senhor plazen  
 a cui non desp'atz  
     patz;  
 ans n' an veramen  
 bonas voluntatz  
     gratz;  
 envi' a bon port  
     fort  
 l' arma del cors dos,  
     bos,  
 humil, quam la mort  
     mort  
 lo, el trencal nos.  
 Mar ieu s' i recort,  
     port  
 felh cor ergulhós;  
     mos  
 huels m' an dat conort,  
     tort,  
 mal, mantas sazós,  
 m' autreia s' amors,  
 qu' ab mos fals parlars  
     vars  
 sui avutz pejors  
     cors,  
 et ab mos pessars  
     fars  
 sitz d' ira, d' errors,  
 ab bauzia  
     quem galia  
 fui mal obran  
     l' an;  
 quals quem sia  
     mercel sia  
 de so quel deman,  
     tan  
 que la mia  
     arman ria  
 l' ora tespissan  
     quan  
 er la dia  
     on ilh ira  
 lai on li sal gran  
     van.

. . . . .

## TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

## JORDÁN BONELL.

En un manuscrito se lee Borneil.

Nació en un pueblo de la Saintonge, departamento del Poitou, y se cuenta que era un poeta autor de muy buenas canciones, no llegadas hasta nosotros, dedicadas en general á loar la belleza de Na Tibors ó Na Tiberga de Montpellier, casada en primeras nupcias con el conde de Angulema, y en segundas con el señor de Montausier, de Barbesieu y de Chalais.

Existen sólo cuatro canciones de este autor.

## JOBERT.

Queda de él una *tensión* proponiendo este tema:

«Una dama tiene dos amantes: al uno le reconoce como tal en público y le distingue sobre todos; al otro le da un beso en secreto. ¿Cuál de ellos es más dichoso?»

Pedro Bermond, que sostiene con Jobert la *tensión*, cree que el más dichoso es el amante secreto, pero Jobert se pronuncia por el otro.

## JOYAT DE TOLOSA.

Debió escribir muchas poesías y ser muy conocido, pero de todas sus obras sólo ha llegado hasta nosotros una *pastorela*, que nada de particular ofrece ni en su forma ni en su fondo.



## JUAN DE AGUILLÉN.

Tiene una canción dedicada al conde de Tolosa. Protesta de que si cantando dijo mal de él y le censuró sin motivo, ahora dirá la verdad elogiándole. Termina suplicándole que deje de perseguirle.

## JUAN LAG.

Una *tensión* con Ebles, que por su mutilación y sus incorrecciones es casi ininteligible.



## LANFRANC CIGALA.

## I.

En la lira de este poeta estaban las tres cuerdas de patria, fé y amor, que forman hoy la divisa de los modernos consistorios de Juegos Florales. En efecto, de él nos quedan poesías políticas, religiosas y galantes.

Escasas son las noticias que de su vida he podido reunir.

Era de Génova, de cuya república llegó á ser magistrado, vivía á mediados del siglo XIII, y fué ardiente gibelino.

Se cuenta, con referencia á Crescimbeni, que el palacio de los vizcondes de Cigala, en Génova, conservaba, un siglo después de la muerte del poeta, su retrato con esta inscripción: *Lanfrancus Cigala, consul, anno 1248, jurisconsultus, poeta egegius.*

Las luchas políticas debieron arrojarle de su patria, y vivió largo tiempo en Provenza, donde cultivó la poesía, llegando á tener gran reputación y renombre como trovador. Según las circunstancias y los vaivenes de su partido se lo permitían, así residía en Provenza, proscrito y errante, trovador vagabundo de corte en corte, como regresaba á Génova donde le aguardaban honores, dignidades y los puestos primeros de la república, para tornar á verse fugitivo y desterrado al poco tiempo. Así pasó su agitada é inquieta vida, de la cual otra cosa no se sabe, hasta que en 1278 fué asesinado cerca de Mónaco, sin duda por obra del partido güelfo, en ocasión de trasladarse de Provenza á Génova, donde los gibelinos volvían á imperar.

Lanfranc Cigala pertenece, pues, al grupo de los trovadores políticos y también al de los poetas italianos, que adoptaron como su lengua poética el provenzal. Muchas

de sus obras se han perdido, y sólo nos quedan veinte y cinco ó treinta poesías, que no debieron ser ciertamente las que mayor reputación le dieron, aún cuando bastan para revelarnos en él al hombre de ingenio y de talento, al pensador profundo y al poeta entusiasta.

Así como era en política franca y resueltamente gibelino, era en literatura franco y decidido partidario de aquellos que proclamaban la verdad, la claridad, la naturalidad y sencillez en frente de la escuela adicta á las rimas *árduas*, á la locución oscura y al *trovar clus*. Nadie con más virilidad y energía que Lanfranc Cigala atacó á los partidarios de esta escuela.

«También sabría yo, dice en su poesía *La chanson escur prim chantar e sotil*, también sabría yo, si quisiera, componer canciones finas y sutiles, pero no me agradan las poesías oscuras y quiero que las mías sean claras como la luz del sol. ¿Qué significa una ciencia que no esté iluminada por la luz? La oscuridad es la muerte y la claridad es la vida. ¿Por ventura pueden mejorar una obra las frases fabricadas á fuerza de sierra y lima? No creo yo que el que pasa su tiempo aserrando y limando, pueda, aún cuando lo pretenda, cautivar más que quien canta de una manera clara y agradable, para todos perceptible. Yo estoy por esta manera de cantar, y quien por esto me desdeñe, no hallará de seguro cuatro, entre mil, que sean de su opinión. Es una extraña manía esa de querer ser oscuro y de empeñarse en sacar agua turbia de una fuente clara.»

Las sensatas observaciones del trovador genovés pudieron ser muy útiles en su tiempo, pero en todos debieran tenerse presentes, y también en el nuestro.

Conocido en lo que se puede el poeta, vamos ahora á sus obras.

Comenzaremos por las políticas.

## II.

Sabido es como Federico II, puesto al frente de los gibelinos, decidió caer sobre las ciudades lombardas que,

contando con el apoyo del Papa, le negaban la obediencia. Parece que el marqués Bonifacio de Montferrat después de haberse aliado con Fedecico para esta empresa, abandonó su partido y se pasó al del Papa, vencido por las promesas de éste.

Lanfranc Cigala, gibelino de pura raza, sintió hervir su sangre ante semejante defección, y escribió contra el de Montferrat un *serventesio* para el cual parece haber tomado colores prestados á la paleta de Beltrán de Born, y en que domina la pasión del hombre de partido.

«Bien á pesar mío, me veo obligado á decir villanías por la culpa insensata de un menguado marqués, aun cuando sé que hago una locura cometiendo una falta voluntaria por la locura de otro. Lo que me disculpa es que si no se clamara contra los perversos, muchos querrían serlo. Y sobre todo, quien más hace, debe sufrir que se le reprenda.

»Hablaré, pues, de un loco, renegado de nobleza, que ha enterrado su prez y ha destruido toda cortesía, de quien se dice que es del linaje de los Montferrat, aún cuando no lo parece por sus obras. Más bien lo creo hijo ó hermano del viento, tan vario es y tan rápidamente cambia. Llámame *Bonifacio*, pero en su vida supo hacer cosa buena.

»Sé que por juramento se ha puesto á sueldo de los milaneses y de sus aliados, y que ha tomado dinero de ellos, con deshonor de su linaje, vendiéndoles una fe de que carece; pero de fe de hereje no hay que hablar, pues tan pronto jura como se perjura. Si quisiera devolver el dinero que por esa fé se le ha dado, á muchos dejaría satisfechos.

.....

»¡Ah Montferrat! Bien puedes dolerte y lamentarte de esto, pues deshonor es para todos los tuyos, y así acaba la honrada gloria que en otro tiempo hizo brillar el nombre de Montferrat por todo el mundo.»

Tan duro como está el trovador en esta composición con Bonifacio de Montferrat, tan blando entusiasta se muestra con Tomás de Saboya á quien, por ser gibelino,

halla dotado de todas las virtudes, y á quien no escasea ni elogios ni ofertas.

Por el *serventesio* que Lanfranc Cigala dirige á Tomás de Saboya, se puede venir en conocimiento de que este príncipe era tal vez poeta, pues le pide que le conteste con unas coplas; pero no han llegado sus poesías hasta nosotros ni figura entre los trovadores.

Así dice Lanfranc á Tomás de Saboya:

«Los altos hechos por los cuales os señaláis me transportan de tal manera, que os ofrezco todo lo que puedo y valgo, y más aún, porque todo cuanto esté en mi poder me parece poco para demostraros el respeto que os debo...

»He de mirar como enemigo mío á cualquiera que os haga el menor daño...

»Os ruego que contestéis con unas coplas á las que os dirijo en prenda de amistad. No trato de indagar si sois amante de la gaya ciencia, pues de lo contrario, no se os tendría en la estima que os tienen. Dadme, pues, á conocer, si os place, una parte de vuestra ciencia...

»Monseñor Tomás, que aquel que os hace prosperar os conceda el cumplimiento de vuestros deseos y á mí el poder consagraros, como quisiera, mi homenaje.»

El autor del libro *La sátira provenzal*, literato catalán de gran talento pero apasionado detractor de los trovadores, habla con cierto desdén de una poesía de Lanfranc Cigala por la cual le supone de moral dudosa, haciéndole responsable de máximas políticas poco conformes con los principios caballerescos y cristianos.

Voy á continuar la poesía que aquel autor no copia, siendo esto causa de haberse dicho que Lanfranc Cigala se anticipó á Maquiavelo.

Yo no me permito juzgar esta poesía que íntegra y desnuda entrego á la crítica sensata. Para juzgarla sería preciso saber en qué y por qué circunstancias la escribió el autor, víctima tal vez de alguna mal traición política y aludiendo de seguro á algún hecho, público entonces y conocido de aquellos contemporáneos, aún cuando haya permanecido ignorado para la posteridad.

El autor de *La sátira provenzal*, hablando indudablemente por referencia y sin tener tal vez la composición á la vista, dijo que en ella se sostenía que es lícito ser traidor con los traidores. El cargo, presentado con esta crudeza, es grave; pero esto es sólo la mitad de la verdad y la mitad de la verdad puede ser la mentira.

Yo he pasado por esto, pues cosas se me achacaron más de una vez, que siendo ciertas á medias eran falsas en totalidad. Citando dos versos de una pobre poesía mía se me quiso presentar en cierta ocasión como demagogo, no teniendo en cuenta ni el resto de la poesía ni toda una vida pública laboriosamente empleada en luchar contra la demagogia. Aceptando otra vez como moneda corriente una palabra continuada en una de mis obras, palabra que por supresión de una letra era un error de imprenta, y que á consecuencia de esto, expresaba lo contrario de lo que debía ser, una parte de la prensa se ensañó cruelmente conmigo, no obstante ser errata de imprenta clara y evidente para todo espíritu recto, y no obstante estar corregida en fé de erratas. Citando párrafos aislados de mi *Historia de Cataluña*, sin tener en cuenta las notas puestas al pié ó los comentarios hechos más adelante, se me atribuyen, aun hoy mismo, dichos, hechos y juicios que no son míos sino de otros autores que he citado, y á quienes mi detractor se guarda bien de aludir, para tener ocasión de descargar sobre mí todos los rayos de su cólera escolástica.

Pero, volvamos á Lanfranc Cigala y á su poesía tan erróneamente interpretada y tan duramente combatida.

No la traduzco, para impedir que se achaque á infidelidad de traducción el sentido claro y recto que tiene; pero permítaseme dar una ligera idea con el objeto de que pueda servir de guía á los que no conozcan á fondo el idioma.

El poeta no sabe cómo puede conducirse un hombre honrado, que se ve blanco de injurias y ofensas debidas á traiciones alevosas y á deslealtades de mala índole. Esta situación le amarga, y confiesa que las circunstancias

pueden obligar al hombre severo, forzando su inclinación natural, á rechazar el engaño con el engaño.

Desde mitad de la tercera estrofa la composición toma un carácter de amarga ironía. El recuerdo del hecho á que, sin duda, alude, incita al trovador, y la hiel rebosa. Si en circunstancias dadas el poeta puede creer que no hay traición en vender al traidor y en pagarle con la pena del talión, también cree deshonesto seguir esta conducta con el traidor que se arrepiente ó reconcilia.

Léase bien esta poesía y méditese, y aun cuando haya quien en ella crea ver aquello de *ojo por ojo y diente por diente*, después de leída y meditada, aquél que esté sin pecado puede arrojar la primera piedra.

Ges eu non sai com hom guidar se deia  
segon lo temps e la sazón que cor,  
qu' om de servir non a grat ni lauzor;  
no dic eu ges per o qu' om se 'n recreia,  
que de tant pauc non es hom offendenz,  
si tot ho fai desapensadamenz,  
qu' el non sia malvolgutz e blasmatz;  
aíso mi par ben juecs desegalatz,  
qu' el bes si vals degr' esser grazitz tan  
com es blasmatz lo mals a cels qu' el fan.

Mas sazós es' pos dreitz non seignoreia,  
de mudar cor e de cambiar color,  
e que semblon li feial trichador  
e li plus fin jugador de correia;  
mas savis hom non pot esser fegnenz,  
greu causa es, mas adoncs par sos senz  
quan no 'l sobra talanz ni voluntatz;  
qu' el savis hom, quan ve qu' es enganatz,  
si 'l engan pot revirar ab engan,  
non pot miels far aparer son ser gran.

Dieus fon traitz, perque no 's taing qu' om creia  
semblan ni ris ni salut de trachor  
que denan ri e mostra far onor,  
i pois detras poing l' amic e 'l guerreia;  
non pot esser plus mortals faillimenz  
car de Judas, qui s' en pendet als venz  
saben per cert que no 'l fo perdonatz;  
mas eu sivals meillor conven lor fatz,  
sol pendan si li fals que trait m' an,  
qu' ieu lor perdon mon enueg per lor dan.

S' ieu sui trait, temps mi don Dieus qu' ieu veia  
que d' aital juec posca jogar á lor,  
e qui d' aissò mi tengués, traidor



pau de saber auri' e top d' enveja,  
 que segon dreg non es ges traimeuz  
 traír trachor; qu' aissi tot egalmenz  
 com el traír son amic malvestatz,  
 es son trachor traír pretz e bontatz;  
 porque non failh de ren, al meü semblan,  
 qui de traír son trachor a talan.

Non dic eu ges, pos lo traitz plaideia  
 ab son trachor, ni 'l ten sa bon' amor,  
 qu' ilh deia pois percassan desonor,  
 car dreitz no 'l vol ni razós no 'l autreia,  
 que quan hom fai perdon grazidameuz,  
 non entendatz dels gratz que forsa venz;  
 tot atressi taing que sia oblidatz  
 lo failhimenz, co s' anc jorn no fos natz;  
 e qui pois vai son trachor mal sercan  
 de blas'm el traí, e sobre se l' espan.

S' ieu sui traitz, ges n' ai fag fin, ni fatz  
 perdon, perqu' ieu non puosc esser blasmatz:  
 mas, si venra sazós, ben ai talan  
 dels fals trachors traír qui trait m' an.

### III.

En sus composiciones religiosas es donde Lanfranc Cigala está más débil, y en alguna de ellas desliza rasgos políticos.

Tiene cuatro canciones á la Virgen que, si valen poco como poesía, están llenas de unción en cambio. Se arrepiente de haber escrito canciones consagradas al amor profano, y en adelante no quiere cantar más que el amor de la Virgen, por ser el que purifica todos los pecados y el sólo que quiere sentir arder en su pecho.

Sus dos *serventesios* sobre las cruzadas, tienen algo de político. El poeta incita á todos los soberanos á tomar parte en la cruzada, ofreciéndoles como ejemplo el del rey Luis de Francia.

«Le alabo por haberse cruzado, dice, y espero que todavía ha de dar mayores motivos de alabanza...

»Que se apresure á pasar el mar, pues nunca fué tan necesario como ahora en que se persigue y mata á los cristianos de allí, y en que el Santo Sepulcro es derribado y destruido. Y mientras tanto, los cristianos de por aquí, sin



cuidarse de tales desastres, se combaten mortalmente entre ellos, empeñados en una guerra que puede acabar con la cristiandad.

»Yo no tengo por caballero al que de buena fé no va en estos momentos á ayudar á Dios, que lo necesita. Por esto alabo al rey de Francia y reprendo á los malos barones que faltan á su palabra...

»¿Creéis por ventura, malos barones, que Dios debe ayudaros y vosotros no debéis ayudarle á Él? ¿Sabéis que por vosotros murió en la cruz? No debo deciros más. Si en el acto no os cruzáis, perdido habréis el fruto de todo lo que sufrió por vosotros.»

En otro *serventesio* parece querer dirigir un cargo á los españoles.

Después de decir que Jerusalén está desamparado y de lamentarse que los pueblos cristianos no acudan á salvarle, añade:

«Tampoco excusaría á los españoles en manera alguna, aún cuando no han dejado de cumplir como deben contra los sarracenos malvados, pero por éstos no fué destruido el sepulcro en que descansó Dios.»

E 'ls espanhols ges non escuzaria  
si tat an pretz ves sarrazins malvatz,  
pero per elhs no fon gen derrocatz  
lo sepulcre on Dieus fon a recors.

#### IV.

Lanfranc Cigala estuvo enamorado de una dama de Provenza, descendiente, segun parece, de la noble é ilustre familia genovesa de Cibo, una de cuyas ramas había pasado á Marsella. La dama se llamaba Berlanda, y fué objeto de varias canciones del poeta, que la celebraba bajo el nombre poético de *Bel-vis* por su linda y encantadora sonrisa.

«Cuando veo su sonrisa, como no hay otra igual en el mundo, dice en una de sus poesías, me siento arrebatado de gozo.

«Más fácil es evitar el tiro del más diestro de los arqueros, que el rayo lanzado por los ojos de esa gentil damisela. No hay nadie que resistir pueda su mirada y la sonrisa encantadora con que la acompaña.

«Así es como me ha vencido, robándome el corazón.»

En otra poesía confiesa haber recibido de ella un beso, lo cual le hizo exhalar un suspiro tan profundo que creyó ser el último de su vida: pero, á pesar de esto, no parece que sus amores adelantaran mucho, pues se queja de no ver recompensadas su constancia y su fidelidad.

Una de sus más bellas é ingeniosas composiciones es aquella en que finge un sueño para obtener la satisfacción de sus amores.

«La otra noche, cuando dormía, elevóse una disputa entre mi corazón y mi entendimiento con motivo de las quejas que exhalan los amantes contra sus damas. Mi corazón pretendía que el amor era sólo el autor de los engaños de que se acusa á las damas, pero mi entendimiento lo imputaba á su orgullo y á sus caprichos.

—»Os engañáis, le dije yo. La culpa está en los amantes falsos y ligeros. Las damas se ven en la precisión de mantenerse reservadas, hasta poder distinguir el amor falso del verdadero; pero cuando conocen que se las ama sinceramente, con la misma sinceridad corresponden.

«En el momento de decir estas palabras creí ver aparecer á la que adoro, la cual me decía:

—»Mi dulce buen amigo, os agradezco en el alma el honor que, por mí, habéis hecho á mi sexo. Tenéis razón. Si los amantes fuesen menos perversos, no tendrían que lamentarse tanto del amor.

—»A vos, señora, es á quien yo agradezco el honor que me dispensáis. De tal manera soy vuestro, y por toda la vida, que no cesaré jamás de alabarme de ello, por más quejas que con respecto á sus amores oiga á los demás.»

No sabemos si esta y otras tiernas poesías le hicieron adelantar terreno en el corazón de su amada. Lo que sabemos es que Berlanda murió, y que el poeta, traspasado

de dolor, escribió un sentido *planch* para llorar la muerte de su dama.

Es verdaderamente original su manera de lamentarse por esta pérdida:

«Más de mil años hace que la muerte no había cometido tan gran crimen. Nadie vió la belleza que yo lloro, ni nadie la oyó nombrar, que no quedase prendado de ella. Tornaba buenos á los malos y perfeccionaba á los buenos.

»¿Por qué antes no has muerto tú misma, Provenza, con todos tus habitantes? De hoy más quedarás entregada á remordimientos peores que la muerte.

»Pero si nosotros lloramos su muerte, Berlanda nada ha perdido. Dios quiso dar un reino en los cielos á aquella para quien era pobre cosa un condado en la tierra. Los santos ángeles se la llevan, cantando y orgullosos de su conquista, mientras que nosotros quedamos entregados á dolores eternos.»

Entre las poesías más ingeniosas y bellas de este autor, hay una cuya acción pone en Castilla y merece traducirse:

«Oid ahora. Voy á contaros una singular aventura acaecida á dos caballeros castellanos, señores de un rico castillo, tan distinguidos por su valor é ingenio, como por su galantería y juventud, dotados de todas las prendas y cualidades que embellecen á los hombres. Amaban á dos hermosas damas, nobles y gentiles, por las cuales hicieron cuanto se puede hacer por amor de las bellas, es decir, daban fiestas, se proclamaban sus campeones en los torneos, les enviaban regalos y se hacían estimar de todo el mundo, creciendo cada vez más en honor y nombradía. En cambio, eran amados de sus damas como no lo fué nunca ningún caballero.

»Habitaban estas damas un castillo tres leguas lejano del de sus amantes, y un día enviaron á éstos un mensajero dándoles para la misma noche una cita de amor. Sin saberlo uno de otro, ambos aceptaron y prometieron acudir á la cita.

»Los dos caballeros eran hermanos. Temiendo perder

su castillo, pues que se hallaban en guerra con altos barones de su país, habían tomado sus medidas y precauciones, comprometiéndose á no salir nunca los dos á la vez. Uno de ellos debía quedarse siempre de guardia en el castillo, para recibir y servir á los nobles caballeros que por allí pasaran.

»Para cumplir con su cita, pidiéronse mutuamente el permiso de salir aquella noche, pero cada uno contestó al otro que le era imposible quedarse, y por más ruegos que mutuamente se dirigieron, ninguno quiso ceder. El resultado fué ponerse entrambos en camino con un tiempo muy malo por cierto, pues que nevaba, soplabá un viento furioso y era la noche muy oscura. Todo lo que hicieron antes de salir, fué recomendar bien á sus servidores la guarda y vigilancia del castillo.

»Poco camino llevaban andado, cuando sintieron llegar á unos caballeros, y para no tropezarse con ellos se apartaron, retirándose tras de un matorral.

—»Horrible es la noche, decía uno de los ginetes, y sólo le pido á Dios que nos depare dónde hospedarnos.

—»Que Dios guarde de mal á los dos hermanos, decía el otro, pues en su castillo podremos albergarnos. Seremos de ellos bien recibidos, bien servidos y bien honrados, pues no hay caballeros más hidalgos ni más cortesés. Si la desgracia quisiera que no estuviesen en su casa, tendríamos que hacer más de tres leguas para encontrar otro albergue.

»Los dos hermanos, al oír esta conversaci6n, se regocijaron y entristecieron á un tiempo mismo. Les complacía oírse elogiar de aquella manera, pero les pesaba de no hallarse en su castillo para corresponder á tan nobles huéspedes. Exhortáronse entonces uno á otro á volver apresuradamente al castillo, pero largo tiempo estuvieron disputando sin que ninguno se dejase convencer. Por fin, uno de ellos decidió volverse, manifestando que era por el amor de su dama por lo que se sacrificaba así.»

Termina de este modo la poesía, y á continuaci6n sigue una *tensi6n* de la que aquella es el prólogo.

La *tensión* es entre el autor y una dama llamada Guillermina de Rosers, y dice de esta manera:

»*Lanfranc Cigala.*—Guillermina, unos nobles caballeros que andaban de noche, en medio de un temporal de viento y nieve, se lamentaban de no encontrar tal vez albergue en el castillo á que se dirigían. Oyéronles los dos dueños del castillo que iban á una cita de amores, invitados por sus damas. Uno de los dos se volvió para ofrecer la hospitalidad á aquellos huéspedes; el otro siguió su camino para correr á los brazos de su dama. ¿Quién de entrambos cumplió mejor con su deber?

»*Guillermina.*—Amigo Lanfranc, en mi sentir, cumplió mejor el que fué á la cita dada por su amiga. Confieso que también obró bien el otro, pero su amada debió sospechar de él, mientras que la primera dama pudo quedar satisfecha de la fidelidad y puntualidad de su amante. El que cumple su palabra, merece ser preferido al que aplaza su cumplimiento.

»*Lanfranc.*—Señora, permitidme haceros observar, si os place, que la generosidad del caballero en volver atrás para servir á sus huéspedes y evitarles tal vez un peligro de muerte, procedía de un principio de amor, que de esto procede toda cortesía. Su amada debió agradecersele cien veces más que de haberle visto, pues que sólo por su amor volvió atrás para salvar de todo peligro á los caballeros.

»*Guillermina.*—Lanfranc, que no se os ocurra nunca hacer lo que el caballero á quien encomiáis, pues si tantos deseos tenía de servir y ser cortés, hizo un ultraje á su dama no dándole la preferencia. Hubiera obtenido su recompensa en la acogida que le esperaba, y ocasiones no le hubieran faltado de prestar servicios por su amor, si tanto lo deseaba.

»*Lanfranc.*—Señora, perdon os pido por mis locuras, pues ya veo que vuestro gusto está en que los peregrinos de amor vayan derechos á su romería...

»*Guillermina.*—Lanfranc, os digo que un caballero debe dejarlo todo el día que quiera poseer á una bella dama de alto linaje.»

—Na Guillelma, man cavaliers arratge  
anan de nueig, per mal temps que fasia  
si plagnian d'alberc en lor lengatge,  
auziron dui bar que, per drudaira,  
s'en anaban ves lur domnas non len.  
L'un s'en tornet per servir cella gen,  
l'autre s'en anet ves sa domna corren,  
çcals d'aquels dos fes miels so que 'l tagnia?

Amic Lafrancs, miels complit son viatge,  
al meu semblan, cel que tenc ves s'amia;  
e l'autre 's fes ben, mas son fin corratge  
non pot saber tan ben si donz a tria  
com cel que 'l vi denan sos oïls presen,  
qu'atendut l'ac sos cavaliers conven.  
E val trop mais qui so que dis aten  
que qui en als son corratge cambia.

.....



## LEONOR DE AQUITANIA.

## I.

La vida de Leonor de Aquitania más parece una leyenda que una historia, y voy á contarla con el auxilio y consulta de viejos cronicones desdeñosamente olvidados, de historias modernas escritas con severa crítica, y de tradiciones que yo mismo he tenido ocasión de encontrar vivas todavía, no obstante ser ya pasados seis siglos, en torno de la vieja torre Maubergeon de Poitiers y á orillas del Garona, en las bellas y floridas campiñas de La Reole.

El nombre de esa princesa legendaria, protectora de los trovadores, poetisa ella misma, que tanto eco hubo de dejar en las historias de su tiempo, sonó por vez primera á mis oídos hace ya muchos años ¡un siglo! cuando en 1848 hice mi primer viaje á París, época en que la Francia no estaba cruzada, como ahora, de caminos de hierro y en que un viaje á París era una cosa seria.

Una pesada y maciza diligencia, después de largos días de camino, me dejaba en Agén, la patria de Jazmín, ese trovador moderno que ha cantado el porvenir en la lengua del pasado, y allí me embarqué en un buque de vapor, de ruedas, que por el Garona, ese Rhín francés, debía conducirme á Burdeos.

Ningún viaje para mí tan bello como el que, en plena edad de ilusiones y de esperanzas, hice entonces á bordo de la *Golondrina* desde Agén á Burdeos y á Blaye, donde estaban los carruajes que conducían á Poitiers.

El Garona parecía ir desarrollándose como una cinta de plata para abrir camino al vapor, á través de risueñas



campiñas unas veces, de lugares sombríos otras, pasando al pié de las negruzcas y solitarias ruinas de un antiguo castillo, costeano los verjeles floridos que indicaban las cercanías de alguna poblada villa moderna; ya deslizándose como un canal angosto entre dos muros de peñas y de matas, por encima de las cuales asoman los esbeltos álamos ó las rizadas copas de los árboles, anunciando rientes comarcas que no llega á ver el viajero, ya alejándose de pronto las orillas hasta una distancia inmensa, para que pueda fingirse la ilusión momentánea de un viaje por mar.

Muchos años pasaron, y con los ojos del alma lo veo aún, y los recuerdos de aquel viaje, como si fueran de ayer, se agolpan vivos á mi mente.

Allí, dismanteladas y sombrías, ví alzarse al paso las ruinas del castillo de Mombrán, morada feudal de los antiguos obispos de Agén; allí también, todavía de pié, las torres del castillo de Lusiñán, famoso en las crónicas y en las leyendas; allí un montón de escombros en el alto pico de una roca descarnada y casi inaccesible, para recordar que aquella fué la mansión señorial de los barones de Penne; más adelante Casteljaloux con el recuerdo de Juana de Albret, reina de Navarra; después Marmanda, teatro de horrores y de lástimas durante la sanguinaria guerra de la cruzada contra los albigenses; luego Santa Basilia, con la sentida y cristiana leyenda de la Virgen degollada; más allá sitios deliciosos y lugares verdaderamente seductores que parecen brindar al viajero con delicias eternas, y por fin, La Reole, á la que se ve brotar de entre gigantescos canastillos de flores y de follaje, como para indicar que aquella fué la corte y aquel el nido de amores de *la hermosa Alianor*, según la llaman las crónicas, de aquella mujer extraordinaria que vivió casi un siglo, y que allí, como allende los mares, lo llenó todo con el eco y el rumor de sus aventuras, de sus amores, de sus celos, de sus iras, de sus intrigas, de sus venganzas, de sus contiendas y de sus guerras.

Recuerdo perfectamente, y he recordado siempre, que á nuestra llegada á La Reole, un viajero formando corro en

el alcázar de proa, señalaba á sus oyentes una torre que existe desde la época de los visigodos, y contaba no sé qué maravillosa historia de Leonor de Aquitania. Fué entonces cuando por vez primera oí pronunciar el nombre de aquella mujer, con el que tantas y tan repetidas veces había de tropezar más adelante, y muchos años después, en mis estudios.

Es realmente una gran figura, que así se presta para el lienzo como para la poesía, que lo mismo puede ser la heroína de una novela que el alma de un poema, y que si tiene colores sombríos y sangrientos para un drama de horror y muerte, tiernos y melancólicos matices tiene también para una peregrina leyenda de delicados amores.

Célebre por su cuna, por su belleza, por su ingenio extraordinario, por su espíritu aventurero, dueña de todas las pasiones de la mujer, desde la más criminal hasta la más pura, poseedora también de todos los instintos del hombre, desde el valor más indómito hasta la astucia más refinada, esa mujer, que á todo se atrevió, que todo lo intentó, que lo probó todo, atraía en el siglo XII las miradas del mundo entero, trovadores, barones, príncipes, prelados, cardenales, reyes y papas.

Nieta de aquel Guillermo de Poitiers que se considera como el primero, es decir, el más antiguo de los trovadores conocidos, arrulláronla en su cuna los cantos de los poetas provenzales, de que era el palacio de sus padres tradicional y siempre abierta hospedería, y gayas canciones de amores fueron las primeras frases que aprendieron á balbucear sus labios.

Niña aún, presidía esas brillantes asambleas conocidas bajo el nombre de *cortes de amor*, donde la poesía provenzal se ostentaba con todas sus galas; y cuando á los quince años se encontró á un tiempo huérfana y reina de Francia llevando la Aquitania por dote á su nueva patria, á ella llevó también, con la influencia de las costumbres provenzales, el recuerdo imborrable de aquellas canciones de amores á cuyos ecos se había formado su alma.

Si luego más tarde, esposa infiel y adúltera, caía del

trono de Francia, era sólo para subir al de Inglaterra, y su doble corona de reina no le impedía seguir en su opulento castillo de La Reole las hospitalarias y caballerescas costumbres de su abuelo, abriendo su corte á los trovadores y á los juglares, y departiendo con ellos bajo las frondosas alamedas del parque, donde gustaba de oír sus cantos, singularmente los de su favorito Bernardo de Ventadorn que, al llamarla su *conort*, su consuelo, parecía autorizado á traspasar los límites de la galantería con los derechos del amante.

Impresionado aún con la idea de Leonor de Aquitania, llegué á Poitiers después de breve estancia en Burdeos y en Blaye, y allí me encontré con su nombre y su recuerdo en todas partes, como si no se tratara de una mujer muerta hace ya mucho más de seis siglos.

Yo no sé lo que será hoy Poitiers ni qué reformas habrá hecho en esta ciudad la piqueta revolucionaria de la civilización moderna, pero recuerdo lo que era hace treinta años, en 1848, cuando la ví por primera y única vez. Ceñida de murallas antiguas y flanqueada de torres de distancia en distancia, con sus calles angostas y escarpadas, con sus casas antiguas y con sus venerables monumentos, Poitiers conservaba esa fisonomía, ese sello característico que la Edad media supo imprimir á sus ciudades. Allí vivían aún, y en todas partes, los recuerdos de Leonor de Aquitania.

Allí la majestuosa iglesia catedral de San Pedro, por ella mandada levantar en 1162, y á la consagración de cuyo altar mayor pudo aún asistir en 1199; allí, en la capilla de la Virgen, su retrato y el de su segundo marido Enrique de Inglaterra en una vidriera de colores, joya del arte, que data de últimos del siglo XII; allí la iglesia monumental de Santa Radegonda, y en su sacristía, entre otras estatuas de piedra, la que representa á la condesa reina; allí la histórica torre de Maubergeon, donde daba sus audiencias públicas y administraba justicia, y donde concedió á los habitantes del Poitou el privilegio, por cierto bastante singular, de casar sus hijas como mejor

les pareciese, y de comparecer en justicia sin que se les pudiese arrestar como no fuera por asesinato ó robo; allí la abadía de Montierneuf donde acostumbraba á ir á orar, sin saber acaso que oraba también á pocos pasos, sepultado vivo en aquel claustro, el hombre que más sufrió quizá por sus amores; allí el palacio de pueblo donde existe, firmada por ella en 1199, la Carta y privilegio concediendo las primeras libertades municipales á los ciudadanos de Poitiers; allí, por fin, los restos de aquel célebre monasterio de San Hilario el Grande, donde por espacio de siglos se conservó su corazón en ostentoso mausoleo.

Todo allí recuerda el nombre y la vida de aquella mujer extraordinaria.

## II.

En 1137, cuando cumplía una peregrinación á Santiago de Compostela y hallándose en aquella iglesia el Viernes Santo, 9 de Abril, mientras se cantaba la Pasión, murió casi repentinamente y atacado de una enfermedad extraña y sospechosa, el duque Guillermo de Poitiers, hijo de aquel otro Guillermo el trovador, tan célebre por sus poesías y por los azares de su vida.

Antes de emprender su camino y peregrinacion á España, había hecho testamento por el cual legaba su ducado de Aquitania á su hija primogénita, á quien, con el beneplácito de sus barones, destinaba para esposa de Luis de Francia, hijo del rey Luis *el Gordo*. Había tenido esta hija en su esposa Aenor, hermana del vizconde de Chateaulerault, y queriéndola dar el nombre de su madre, comenzaron á llamarla *otra Aenor*, *Alia Aenor*, de donde vino el que cronistas y poetas la llamaran Alianor, y Leonor, más adelante, las historias.

No está de todo bien averiguado si el testamento de Guillermo de Poitiers era el verdadero. Hay quien supone que su muerte repentina en Santiago de Compostela, no fué natural, y que era falso el testamento por el que daba la mano de su hija Leonor al futuro rey de Francia,

Luis *el Joven*, asignándole por dote las ricas comarcas de Aquitania y del Poitou.

Pero dejando estos misterios, como tantos otros, á la averiguación histórica, la verdad es que el testamento se llevó á cabo. El joven Luis de Francia fué conducido á Poitiers, y allí le casaron precipitadamente con Leonor, niña á la sazón de catorce ó quince años, teniendo lugar la ceremonia del casamiento el 8 de Agosto de aquel mismo año de 1137, en que murió Guillermo, y siendo en seguida Luis coronado duque de Aquitania en Poitiers, como Leonor fué coronada reina de Francia.

Así fué como Leonor, huérfana de padre y madre, antes casi de tener tiempo de vestir sus ropas de luto por la muerte del primero, antes también de darse cuenta de su posición, se encontró casada con el rey de Francia, niño como ella, enfermizo y doliente mancebo, de rostro pálido y rapado como un monje, á quien no conocía y á quien desde el primer momento, si ha de darse crédito á la crónica, comenzó á mirar con repugnancia y repulsión.

Fué Leonor desarrollándose en gracia, en talento y en belleza, introduciendo en la corte de Francia todas aquellas costumbres de gentileza y galantería, propias de las cortes meridionales, á las que era entonces refractario el Norte. Ni en costumbres, ni en ideas, ni en carácter, existía la menor relación entre la hermosa heredera de Aquitania y el hijo de Luis *el Gordo*. Lejos de haber nacido el uno para el otro, parecían por el contrario haber venido al mundo para odiarse. «Es un monje,» acostumbraba á decir Leonor hablando de su esposo.

Amiga de fiestas y de danzas, gustando de todo lo que era alegría y gentileza, esplendor y fausto, apasionada por la música y por el canto, tan dispuesta á los placeres como enemiga de enojosas ceremonias, bien pronto Leonor, por su libertad de costumbres, reñidas con los glaciales y severos usos del Norte, dió motivo á que se cebaran en ella la maledicencia y la murmuración, dispuestas siempre al mal, pero nunca tanto como cuando se trata de herir algo que sea inteligente, bello ó grande.



Existía por entonces en la corte de Francia, ejerciendo las funciones y empleo de gran senescal del Reino, el hijo mayor del conde de Anjou, Godofredo Plantagenet ó Plantaginesta, llamado así por la costumbre que tenía de llevar en su casco, á guisa de penacho, un ramo de flor de retama ó de *ginesta*. Estaba casado con Matilde, viuda del emperador de Alemania, é hija de Enrique I de Inglaterra, que murió dejándola por heredera de su reino, pero á quien usurpó los derechos y el trono su deudo Esteban, que logró hacerse coronar rey á la muerte de Enrique. Godofredo había sido en tiempos aliado del padre de Leonor, y profesaba á ésta singular cariño, como de quien la viera nacer; pero por ser el de Plantagenet galán y gentil, osado y valiente, y demostrar hacia la joven reina de Francia una estimación que más parecía de amante que de padre, dieron en decir los maldicientes que el amor andaba de por medio en aquellas cariñosas intimidades, y que á esto obedecía el poco interés que Godofredo manifestaba á la sazón por la causa de su mujer Matilde, comprometida en recobrar el trono que la usurpara Esteban.

Ciertos ó no, los amores de Leonor con Godofredo Plantagenet, dieron entonces mucho de qué ocuparse á los cortesanos, bien lejos de poder pensar aquellos dos amantes que la suerte le reservaba á ella en el porvenir el trono de Inglaterra, por su enlace con el hijo del que á la sazón pasaba á los ojos de todos como el primero que la apartó de sus deberes de esposa, enseñándola el camino, tan fácil para las mujeres que lo emprenden, de las infidelidades conyugales y de las livianas costumbres.

Sucedió entonces que por los años de 1146 un hombre, que más tarde se llamó San Bernardo, iba recorriendo la Francia y la Alemania, predicando la guerra santa y una segunda cruzada, de la misma manera y en los mismos términos que el Papa Urbano había predicado la primera en Clermont. San Bernardo, por su poderosa y admirable elocuencia, poseía el secreto de hacer sentir á todos los corazones la fé y el entusiasmo que existían en el suyo. Debilitado por los ayunos y las penitencias del desierto,

persuadía tanto por su presencia como por sus discursos, y todos se apresuraban á seguirle, y todos acudían en tropel á escucharle, y todos caían á las plantas del enviado de Dios, pidiendo cruzarse para marchar á Tierra Santa.

Tomó el primero la cruz el emperador Conrado y luego Luis VII de Francia, que se la hizo tomar también á su mujer, la cual, si rebelde al principio por no querer dejar los placeres de la corte, acabó por decidirse á ir á la cruzada como hubiera podido ir á una fiesta.

Por aquel tiempo había entrado de paje al servicio de Leonor un gentil y gallardo mancebo, al que las crónicas sólo llaman Rimbaldo, pero que era de una ilustre casa del Mediodía. Este joven, que debía figurar más tarde en dos momentos solemnes de la vida de Leonor, se adhirió á ésta como la espada al puño, y en cuanto supo que su señora se disponía á acompañar al rey en su expedición á Tierra Santa, apresuróse á tomar la cruz para no apartarse de aquélla, que ya entonces le dominaba por completo, y más aún debía dominarle en adelante, hasta el punto de conducirlo á ciegas por el camino del crimen.

El numeroso ejército mandado por Luis VII, partió en 1147, dos meses después de haber ya salido la hueste guiada por el emperador de Alemania. Eran ejércitos tan poderosos aquellos, que más que la Tierra Santa, parecían dispuestos á conquistar el mundo. Reuniéronse más de doscientos mil hombres armados, con los cuales iban, como á una gira de campo, hermosas damas, galantes trovadores y hasta un escuadrón de amazonas, al mando de una á quien llamaban *la dama de las piernas de oro*, para indicar el lujo y la esplendidez de su armadura y vestido.

Cuando Luis VII llegó á Antioquía, sólo le quedaba ya una cuarta parte de su ejército; pero como allí reinaba Ramón de Poitiers, hijo de Guillermo de Aquitania y tío de Leonor, los franceses fueron recibidos con alegría y entusiasmo, creyendo el monarca de Antioquía que podrían auxiliarle en sus guerras con Noredino, sultan de Alepo, de quien constantemente se veía hostigado. Olvidando las fatigas y los peligros pasados, todo fueron para los fran-



ceses, al llegar á aquella comarca, fiestas y placeres, danzas y torneos, en obsequio y honra principalmente de la hermana del rey de Antioquía y esposa del de Francia, que como versada en las artes de la época, dada al fausto y al esplendor, improvisó allí una verdadera corte, en que dominaban el amor, el mérito y la gentileza, á usanza de las cortes provenzales.

Cuentan que allí fué donde tuvieron origen entre Luis y su mujer las contiendas domésticas que tan funestas consecuencias habían de acarrear á la Francia, pues que «Leonor, dicen los historiadores franceses, cuyo carácter era ligero é imprudente, manchó la dignidad real, y llegó hasta olvidar la fé que debía á su esposo.»

Sin duda se refieren con esto los historiadores á un suceso, que voy á contar con la fé de la única crónica en que lo he leído, y de la tradición que todavía existe y que con poéticos detalles lo refiere.

El joven Rimbaldo, paje favorito de Leonor, se había distinguido en varios combates contra los sarracenos, quedando en uno de ellos prisionero. La reina quería mucho á su paje, que le recordaba sobre todo su bello país y la memoria de sus padres, y lo lloró como muerto; pero un día supo por un prisionero que estaba vivo y en poder de Salha-Eddín ó Saladino, como le llamaban los cristianos. Entonces Leonor, que había oído ensalzar mucho la cortesía y magnanimidad del jefe de los infieles, le envió un mensajero con una carta en la que le pedía la libertad de Rimbaldo, remitiéndole en cambio un riquísimo presente que pudiera pasar sobradamente por rescate. Saladino, aún en la flor de su edad y dominado por caballerescas ideas, fué sensible al ruego de la reina de Francia, y le envió el paje, después de haberle colmado de ricos regalos para su señora.

«Joven cristiano—le dijo al despedirle—ve á decir á la reina Leonor, que el gran Saladino te ha devuelto la libertad á su solo deseo, y que nada anhela tanto como poder ver un día á aquella cuya belleza sobrepuja á todos los encantos de las reinas de Asia. Ofrécele, pues, en mi nombre

estas telas de oro y este anillo, que yo le doy como prenda de mi admiración.»

De regreso al campo de los cristianos, Rimbaldo contó, con la exaltación que inspira una viva gratitud, las maravillosas cosas que había visto en el de Saladino, comunicando su entusiasmo á Leonor, la cual, apasionada por todo lo maravilloso, y cediendo á su espíritu caballeresco, concibió el deseo imprudente de visitar al joven sultán, y comunicó su proyecto al entusiasta Rimbaldo.

Dos días después, la reina, no previendo seguramente las consecuencias de su loca empresa, salía á favor de una noche del campo de los cruzados, escoltada por Rimbaldo y por algunos caballeros leales, en cuya discreción creía poder contar.

El paje se adelantó para advertir al sultán de los infieles.

Era ya pasada media noche cuando la comitiva llegó al campamento de Saladino que salió á su encuentro, rodeado de la flor de sus guerreros, todos con vistosos trages, y á la luz de innumerables antorchas que fingían la luz del sol.

—Alá sea loado,—exclamó el sultán en cuanto distinguió á la princesa; Alá sea loado, pues que me otorga la dicha de poder admirar la obra maestra de su todopoderosa mano.

En seguida mandó á dos de sus guerreros que marcharan al lado de la hacanea montada por Leonor.

Todo el campo estaba iluminado, y la tienda de Saladino chispeante de oro y pedrerías. Al llegar allí, cogió en sus brazos á Leonor, como si no pesara más que una pluma, y la depositó en los lujosos cogines de su tienda, en medio de todos los señores de su corte, que, deslumbrados por aquella meridional hermosura, lanzaban gritos de admiración. No pudo Leonor retener un movimiento de sorpresa al ver tantas maravillas y riquezas amontonadas unas sobre otras en aquella tienda, y volviéndose hacia el sultán, le dijo con el más dulce acento:

—¡Oh Saladino, tú eres el más grande de los reyes! Ha-

bíanme dicho que los turcos eran unos bárbaros y su jefe un príncipe implacable y cruel. Sin embargo, como tu mirada no me engañe, veo que tienes á un tiempo mismo la dulzura y majestad del león. «Saladino, me decían, es horrible y perverso como un demonio.» Ahora veo el error de los que así me hablaban.

—Este día será el más feliz de mi vida, reina de los cristianos, decía á su vez el sultán. Mucho había oído hablar de tu belleza á los prisioneros, pero ahora veo que es superior á sus elogios. Ninguna de nuestras mujeres te iguala, ¡oh reina! ¿Eres por ventura una de esas vírgenes inmortales que aguardan en el paraíso á los elegidos del Profeta para hacerles gustar las delicias inefables de la dicha eterna? No hay ningún lirio en los jardines de Alep, ni rosa alguna bajo el hermoso cielo de Bagdad, que tengan la blancura y el brillo que resplandecen en tu rostro, y tu mirada es más dulce que la de las palomas de Siria.

La reina Leonor estaba como bajo la presión de un encanto, y por querer seguir hasta el fin su loca aventura, impelida por el deseo de lo maravilloso y de lo novelesco, que tanto embargan el corazón de la mujer, en lugar de retirarse inmediatamente del campamento de los infieles, aceptó, por el contrario, la hospitalidad del sultán, y se quedó un día entre sus enemigos, día que aprovechó Saladino para darle lujosas fiestas, donde desplegó todo el esplendor y magnificencia de los pueblos orientales.

La ausencia de la reina no podía permanecer oculta para el ejército cristiano, en el cual fué motivo de grande escándalo. No fué Luis el último en saberlo; así es que, cuando regresó Leonor, ni siquiera quiso verla. Verdad es que se reconciliaron, al menos en apariencia, antes de hacerse á la vela para Francia; pero el rey no podía ya amar á una mujer, cuya imprudencia la hiciera un objeto de escándalo para todos los cruzados, y Leonor había concebido una profunda aversión hacia su esposo, de quien decía que había nacido para un claustro, pero no para un trono.

Regresó Luis VII á Francia con los mezquinos y mal-

trechos restos de la que fuera un día poderosa hueste, y una vez allí, habiendo perdido en su consejero Suger, abad de San Dionisio, su luz y su providencia, no cometió ya más que faltas que le pusieron á discreción de príncipes enemigos y celosos de su poder. Olvidó los consejos de su ministro, y fijándose en las galanterías y devaneos de que la voz pública acusaba á Leonor, resolvió repudiarla, haciendo que se juntara un concilio en Beaugenci. La reina misma salió al encuentro de sus deseos, pues al saber que estaba reunido el Concilio, presentó demanda de divorcio por razón de parentesco. El Concilio, en 18 de Marzo de 1152, declaró disuelto el matrimonio, y el obispo de Langres trasladó la sentencia á la nieta de Guillermo el trovador, poniendo al mismo tiempo en su noticia que se le devolvían todas las provincias que había llevado en dote á Luis *el Joven*.

Así se vió reducido el reino de Francia á sus primeros y estrechos límites, mientras que no debía tardar, por el segundo matrimonio de Leonor, en ver presentarse un émulo poderoso, al que tomaban por jefe sus enemigos todos, preludio de aquella larga y sangrienta lucha con Inglaterra, que tantos males había de reportar, siendo causa de la dominación inglesa en las más bellas comarcas de Francia.

### III.

Sin disgusto ni pena arrojó Leonor de sus sienes la corona real de Francia, y volviendo á ser duquesa de Aquitania, abandonó la corte y se puso en camino para regresar á sus Estados. Estaba aún en la flor de su edad y de su deslumbradora hermosura; habían vuelto á su poder los grandes y poderosos Estados de Aquitania y del Poitu, y no podían por lo mismo faltarle ni galanes ni pretendientes. Hasta hubo alguno que, aprovechando la ocasión del tránsito de Leonor por su corte, quiso hacerse dueño de su mano, pidiendo á la fuerza lo que no hubiera sin duda alcanzado por el amor.

En efecto, la bella princesa de Aquitania acababa de llegar á Blois, de paso para sus Estados, con escasa compañía y reducida servidumbre, mereciendo los más asíduos obsequios de Teobaldo, conde de Blois y de Chartres, que se esforzó por retenerla en su corte, disponiendo en su honor fiestas y torneos. No tardó en apercibirse la duquesa de que aquellos obsequios iban á distinto fin que el de una pura galantería; no tardó tampoco en conocer que se hallaba poco menos que prisionera en el suntuoso castillo de Blois.

Su varonil audacia por un lado y el auxilio de su fiel paje Rimbaldo por otro, pudieron sacarla á salvo de aquel apurado trance.

Una noche, Leonor, vestida de hombre, se descolgó por una escala que al pié de la torre del castillo sostenía Rimbaldo, y entraban los fugitivos en una barca que, surcando el Loire, les conducía hasta los fieles muros de Tours.

Otro peligro la esperaba también en su camino. Una compañía de hombres armados se había apostado en Port de Piles para apoderarse de la rica heredera. La mandaba un valiente y arrojado caudillo, cubierto de hierro, calado el casco y baja la visera, que no era otro que Enrique Plantagenet, duque de Normandía, hijo de aquel mismo Godofredo, ya entonces difunto, que, según las crónicas galantes, había sido el primero en despertar el sentimiento del amor y el olvido de sus deberes en el corazón de la princesa aquitana. No obstante los rumores que habían circulado acerca de las relaciones de ésta con su padre, Enrique Plantagenet, movido por la ambición más que por el amor, estaba empeñado en hacer su esposa á la hija de Guillermo de Poitiers, y en añadir á los suyos los Estados de aquella opulenta heredera, al objeto de formar con todos juntos un país más fuerte y poderoso entonces que la monarquía feudal de los franceses.

Advertida á tiempo de la emboscada, Leonor, por caminos de travesía y guiada por Rimbaldo, pudo llegar á Poitiers y á su castillo natal de Clain y Boivre; pero entonces Enrique Plantagenet, burlado en su primera em-



presa, varió de táctica, y con mayor empeño y por otros caminos, se dispuso á conseguir el logro de su esperanza y sus deseos.

Abandonó su papel de raptor y se hizo cortesano. Presentóse de repente en la corte de Leonor, y cayó á sus plantas, asediándola con los transportes y galanterías de un violento amor. Era Enrique galán, gallardo y cortés, recordaba con sus facciones, su figura, su valor y su gentileza á su padre Godofredo, y ofrecía á la abandonada princesa una protección fuerte y robusta, sus Estados de Anjou, Maine y Turena, y, próximos á realizarse, sus derechos al trono de Inglaterra, como hijo de la emperatriz Matilde.

La mano de Leonor cayó entre las de Enrique, y no bien seca aún la tinta del acta que había anulado el matrimonio del rey de Francia, á los dos meses cabales, el 18 de Mayo de aquel mismo año de 1152, las campanas de San Hilario el Grande de Poitiers convocaban á la nobleza y al pueblo para la ceremonia nupcial que debía unir á la heredera de los duques de Aquitania con el descendiente de los Plantagenet.

Enrique, por este enlace, se hizo tan fuerte y poderoso, que pudo inspirar serios recelos al trono de Francia y apoyar victoriosamente los derechos de su madre Matilde á la corona de Inglaterra.

Realizado el matrimonio, mientras Enrique, llevado por las alas de su ambición y los intereses de su política, pasaba á Inglaterra en demanda de aquel trono, Leonor se establecía en su palacio de Burdeos, para luego dirigirse á su hermoso castillo de La Reole, á orillas del Garona, rodeado de extensos parques y de bosques de plantas y flores, que parecían ofrecer á su bella señora las delicias de una primavera eterna.

Allí estableció su corte á usanza de las que entonces tenían en sus castillos los barones más poderosos del Mediodía, centros de cultura, de inteligencia, de gentileza y de poesía; allí comenzaron las fiestas espléndidas, los torneos, las diversiones de todo género, los paseos nocturnos

por el río á la luz de las antorchas, las asambleas ó cortes de amor, de damas y trovadores, que se celebraban en el parque, bajo las sombrías y perfumadas alamedas, en medio del follaje y de las flores; allí acudieron los más galantes caballeros, los más renombrados trovadores y juglares de Provenza, y allí entre todos, ocupando un puesto de honor, el primero entre los primeros, Bernardo de Ventadorn, tipo de los poetas amorosos de aquella época, en torno al cual, como para hacerle más interesante aún, parecía cernerse una nube de misterio, hija de sus ruidosos amores con aquella pobre vizcondesa de Ventadorn, Inés de Montluzó, que hubo de expiar con su muerte en una oscura mazmorra del castillo de su esposo, el delito de haber sido sensible á las canciones y á los amores del entusiasta trovador.

Bernardo de Ventadorn, que, al ser arrojado del castillo del vizconde Ebles, había ido á buscar un refugio en Normandía primero, y en Poitiers después, junto á la nieta de aquel Guillermo, cuya buena memoria celebraban los trovadores todos, siguió á la que había sido reina de Francia, y no debía tardar en serlo de Inglaterra, á su galante corte y seductora residencia de La Reole, cada vez más prendado, según cuentan, de aquella mujer novelesca, que en un día de pasión y de delirio no vaciló en arriesgar la corona de un gran reino por un momento de sensual y efímero placer en los brazos del más encarnizado enemigo de la cristiandad.

Fué Bernardo el maestro en poesía de Leonor de Aquitania. Enseñóla á trovar, y es fama que, con tan buen maestro, la ilustre discípula llegó á componer galantes canciones y rítmicos *versos*, que alcanzaban los aplausos más entusiastas de las asambleas congregadas bajo las alamedas de La Reole. Pero ninguna de aquellas composiciones, que no fiaba la reina á los juglares, según se dice, sino que cantaba ella misma, ha llegado hasta nosotros. Allá desaparecieron con tantas otras, de las cuales sólo queda la fama, perdidas entre lo revuelto de aquellos tiempos, ó acaso reducidas más tarde á pavesas por las



llamas de la Inquisición que, atizadas por un clero fanático, consumieron en Provenza, á raíz de la cruzada contra los albigenses, todos cuantos libros y canciones de trovadores pudieron encontrarse.

Recientes estaban entonces los tiempos de Abelardo, y es fama que, como en la historia de éste, la discípula se convirtió en amante. Tímido al principio, según por sus propias poesías se demuestra, Bernardo de Ventadorn, no bien olvidado aún de sus tristes amores con Inés de Montluzó, aquella á quien da en sus obras el nombre poético de *Bellezezer*, poco hubo de tardar en animarse, apareciendo cada día más atrevido y explícito en sus cantares, ya fuese á impulso de su propia ciega pasión, ya atraído y empujado por unos ojos seductores que no esquivaban sus miradas, y por unos labios que sonreían como en burla de su timidez y apocamiento. Todo lo que antes fuera temor, se convirtió en audacia y osadía. El maestro de poesía se arriesgó á pedir lecciones de amor á su discípula, dedicándole sus cantares, y con ellos la expresión de sus amorosos sentimientos. En sus composiciones la llamaba *Conort*, consuelo, y debió llegar á un grado muy íntimo de familiaridad con ella, para atreverse á decirle un día en una canción, viendo que se retardaba el logro de sus deseos y el premio de sus amores:

¡Per Dieus, domna, pauch esplecham d' amor,  
vñisen lo temps e perdem lo melhor!

Parece no quedar duda de que el trovador provenzal fué más feliz en La Reole de lo que lo había sido en Ventadorn, y es fama que sus cantos no se perdieron en los aires, pasando á ser por un momento aquel oscuro y humilde sirviente de un vizconde de Provenza, el rival de los reyes de Francia y de Inglaterra y el sucesor de Godofredo de Anjou y del sultan Saladino.

En el ínterin, habiendo conseguido Enrique hacer triunfar la legitimidad de sus derechos á la corona de Inglaterra, colocado ya en el trono con el aplauso de los señores y las aclamaciones del pueblo, llamó á su lado á Leonorde Aкви-

tania, y con la ausencia de ésta, terminaron aquellas fiestas encantadoras á orillas del Garona y aquel centro de civilización y de cultura, punto de cita de las más poderosas inteligencias de las comarcas provenzales.

Triste y solitaria quedó La Reole, que Leonor no debía volver á visitar sino muchos años más tarde, con la desesperación y con las lágrimas de una madre infortunada; y saliendo de allí, sino para mejores, para más grandiosos y extraordinarios destinos, nuevo y más vasto teatro se ofreció á las miradas y á la movilidad constante de la dama del entusiasta poeta provenzal.

Como si con la terminación de los encantos de La Reole rompiera Leonor con su pasado; como si en las riberas perfumadas del Garona dejara sepultados sus recuerdos y sus amores; como si, partida en dos su vida, entregara la mitad de ella al desprecio y al olvido; como si emprendiera una nueva carrera que nada de común debía tener con su pasado; abiertos á sus ojos nuevos horizontes, su corazón á nuevas pasiones, su espíritu á nuevas influencias, Leonor de Aquitania y de Francia iba á convertirse en Leonor de Inglaterra; la enamorada y novelesca amiga de un sultán del Asia, iba á ser la madre de Ricardo *Covazón de león*; la tierna poetisa de La Reole iba á trocarse en la furia vengativa del crimen horrendo de Woodstock; la que había inspirado sentidas canciones de amores á Bernardo, iba á dar motivo y objeto para los feroces serventesios de Beltrán de Born, escritos con sangre, más que con tinta; y, finalmente, la que rodeada de lujo y fausto, vestida con sus más espléndidas galas, presidiera un día las cortes de amor y los certámenes de los poetas, ya no debía volver á aquellos sitios mismos, teatro de sus galantes devaneos, sino arrastrando luengas vestiduras de luto, emblanquecidos los cabellos por las penas de la cárcel y los dolores del alma, para tender á todos una mano enflaquecida donde se depositara la limosna con que rescatar al hijo amado que, gracias también al canto de otro trovador, debía ser descubierto en los calabozos de un castillo de Alemania.

## IV.

Reservaba el cielo á Leonor crueles y dolorosos castigos. Enrique, cerrando á todo los ojos, se había casado con la heredera de Aquitania, pero obedeciendo al cálculo más que al amor. Conseguía con esto reducir á la Francia á sus antiguos límites, y hacerse dueño de la tercera parte de la monarquía francesa, tanto por su casamiento como por sus derechos hereditarios. Poseía por parte de su padre el Anjou y la Turena; por parte de su madre la Normandía, el Maine, y los derechos á la corona de Inglaterra; por parte de su mujer la Guiena, el Poitu, la Saintonge, la Auvernia, Perigord, Angoumois y el Lemosín.

Realizado ya su objeto y sentado en el trono de Inglaterra, su mujer dejó de ser para él lo que antes era. Acaso el recuerdo y la sombra del pasado se interponían entre los dos esposos. Y, sin embargo, todas las noticias que existen están conformes en suponer que fué la de Leonor una vida ejemplar en Inglaterra. No pueden echársele en cara los deslices y devaneos que la historia enlazará siempre al recuerdo de la reina de Francia y de la duquesa de Aquitania. Algo debió contribuir para este cambio de costumbres, y aún de carácter, el nacimiento de los cuatro hijos que en ella tuvo Enrique Plantagenet: Enrique, que llegó á ser consagrado rey de Inglaterra aún cuando murió antes de suceder á su padre; Ricardo, llamado *Corazón de León* por su bravura, que fué investido con los ducados de Guiena y de Poitou, pasando á ser rey de Inglaterra después de muertos su hermano y su padre; Godofredo, que heredó por su mujer el ducado de Bretaña; y el más joven Juan, que fué apellidado *Sin tierra* por haber quedado al principio sin herencia. El amor de madre se despertó en el corazón de la reina de Inglaterra con la misma violencia y el desbordamiento mismo de pasión á lo aventurero y á lo maravilloso que habían marcado la vida de la duquesa de Aquitania.

Aunque entregada por completo á sus hijos, y singular-

mente á Ricardo, que era el favorito de su madre, no tardó Leonor en conocer la frialdad y el desvío de su esposo, y aquella mujer voltaria que no quería consentir en los otros las debilidades en ella habituales, se entregó á los excesos de la más violenta desesperación y al furor de los más desencadenados celos, al saber que el rey de Inglaterra buscaba en el amor de otras mujeres la felicidad que no podía hallar en la suya.

Amaba entonces apasionadamente el monarca inglés á una dama llamada Rosamunda Clifford, que al decir de los romanceros y poetas del tiempo, era la mujer más bella que hubo jamás en Inglaterra. Largo tiempo permanecieron sus relaciones ocultas, pero al conocer Enrique que su esposa se había apercibido, temiendo la violencia de sus celos, trató de que el mayor sigilo y la más extremada reserva vinieran á garantizar la seguridad de sus amores.

Rosamunda desapareció de pronto, como si la tierra se la hubiese tragado. Todo el mundo pudo engañarse con respecto á aquella desaparición repentina, pero no así Leonor, que, por conducto de un hombre que le había consagrado su vida, supo cuanto quería saber. Este hombre era aquel antiguo paje Rimbardo, sujeto á Leonor con la fidelidad del perro, tanto más amante quizá cuanto más desesperanzado, siempre adicto y siempre leal, que á ella se había consagrado con alma y vida; y que, si como todo induce á creer, se había atrevido á elevar sus miras hasta ella, no por dejar de ver su amor recompensado, dejó de serle fiel y leal hasta el heroísmo y el sacrificio.

Por Rimbardo consiguió averiguar Leonor lo que pasaba. Enrique, para poner á Rosamunda al abrigo del resentimiento de la reina, que era más celosa cuanto el más esquivo, había hecho construir una morada secreta, aunque opulenta, un verdadero nido de amores en un laberinto del parque de Woodstok, y en esta vivienda, junto á su amada, pasaba Enrique todas las horas que podía robar á los negocios públicos. El laberinto que rodeaba la mansión de Rosamunda, fué construido con tanto ingenio y arte, que una vez en él, era imposible que nadie acertara á abrirse

camino ni á llegar á la morada secreta, como no poseyera la clave de ciertas señales desconocidas á todo el mundo, menos á Enrique y á algunos reducidos y fidelísimos servidores.

Leonor, sin embargo, se propuso penetraren el laberinto y llegar hasta Rosamunda. Los medios de que para ello se valió, nadie los supo jamás: sólo Rimbaldo, que al desaparecer luego de Inglaterra, la misma noche del crimen, se llevó consigo el secreto. Los historiadores ingleses, al hablar someramente del suceso, dicen que la reina pudo llegar hasta la habitación de su rival guiada por un ovillo de seda, que una mano traidora había cuidado de extender á lo largo de las revueltas laberínticas del parque.

Lo cierto es que una noche que Rosamunda no esperaba á su amado Enrique, cuando se disponía á sentarse á la mesa para cenar, vió aparecer de repente en su cámara á la ultrajada esposa.

¿Qué pasó entre aquellas dos mujeres? ¿Qué se dijeron? Nadie lo supo jamás. Después de una larga entrevista, entrambas salieron de la cámara, con señales de lágrimas recientes en los bellos ojos de Rosamunda, animada en sus facciones pero tranquila y dulce en sus ademanes Leonor. Enlazadas del brazo como dos amigas de toda la vida, cual si ya entre ellas hubiese todo desaparecido, tratándose cariñosamente con cierta reserva por parte de Rosamunda, con cierta sobrexcitación por parte de Leonor, ambas se sentaron á la mesa poniéndose á cenar tranquilamente.

Rimbaldo, único servidor que había acompañado á la reina en aquella secreta excursión, de pié trás del asiento de su señora, escanciaba el vino.

Adelantada ya la cena, Leonor, que parecía cada vez más cariñosa con su bella rival, la invitó á probar un vino de Chipre que para aquel acto de reconciliación había hecho traer, regalo de un caballero de Aquitania llegado de Oriente.

Pocos momentos después de probado el vino de Chipre, Rosamunda perdió el color, y descompuestas las facciones se agitaba convulsa sobre su asiento.

—Me siento mal—dijo á la reina.—¡Me abraso!

—Es que estáis envenenada,—contestó tranquilamente Leonor.

Y estuvo contemplando la agonía de su rival, y no salió de la estancia hasta asegurarse de que estaba muerta.

Era ya noche adelantada y negra cuando la reina abandonó el parque de Woodstock para regresar á su palacio, seguida de su fiel servidor Rimbaldo. Sin cruzar una sola palabra, como dos fantasmas silenciosos, se deslizaron por entre las sombras, siguieron su camino y llegaron á la puerta del alcázar real. Cuando Leonor se disponía á penetrar por ella, detúvola Rimbaldo, poniéndole irreverentemente la mano sobre el brazo.

—¿Qué sucede?—preguntó la reina asombrada.

—Quería deciros, señora—dijo Rimbaldo con voz apagada—que abandono vuestro servicio.

—¡Tú!—dijo la reina sorprendida.

Rimbaldo se inclinó silenciosamente en signo afirmativo.

—¡Tú, mi más leal y antiguo servidor!—prosiguió la reina.

—Señora—dijo entonces Rimbaldo con voz más baja todavía,—Dios, y vos también, señora, sois testigos de que yo era inocente al servir á aquella mujer una copa envenenada.

Leonor tuvo un momento de vacilación, pero se calló y abrió la puerta, internándose en palacio.

Rimbaldo, después de haber visto partir á la reina, volvió atrás, alejándose de aquellos lugares, para desaparecer, sin que nada por muchos años volviera á saberse de él.

## V.

Ya en el camino de la pasión, de la ira y de la venganza, como antes en el de sus devaneos y lujuria, Leonor no pudo detenerse tan fácilmente. Estaba en la pendiente, y los abismos atraen.



Enrique, consternado, no se atrevió á vengar á Rosamunda, pero se entregó á los mayores actos de dolor y desesperación, y mandó hacerle suntuosos funerales como si en efecto hubiese muerto la reina de Inglaterra. Por todos los sitios donde pasó ó descansó el féretro de Rosamunda cuando lo llevaron á enterrar, hizo poner cruces, y en cada una los siguientes versos:

Qui meat hac oret, signum salutis adoret,  
utque sibi detur veniam Rosamunda precetur!

Mandó también que se le elevara un rico mausoleo, y en él esta inscripción:

«Bajo esta fría lápida yace la incomparable Rosamunda, que fué la reina del mundo, aunque corto su reinado, por desgracia.»

Todos estos extremos de dolor irritaron más y más á la reina, cuya exasperación subió de punto al convencerse de que había perdido para siempre el cariño de su esposo. Este no quiso ni verla siquiera, que en ella no miraba ya á su mujer ni á la madre de sus hijos, sino al asesino de Rosamunda. Entonces el cariño que Leonor pudo haber profesado algún día á su esposo, se trocó en odio, pero en odio feroz y violento; que en aquella mujer cualquier pasión traspasaba los límites. Enrique llegó á ser para ella el hombre á quien más aborrecía en el mundo.

Bien pronto el palacio real de Inglaterra se convirtió en teatro de terribles contiendas domésticas, y en centro luego de criminales intrigas, pues que aquella mujer, lanzada ya por el camino de la perdición y de la locura, convertida en el más implacable enemigo de su esposo, comenzó á excitar contra él al pueblo, á los barones, al clero, y hasta á sus propios hijos. Por desgracia, Enrique II de Inglaterra tenía grandes lunares en su vida, y aquel fué el momento escogido para sacarlo todo á luz, para recordarlo todo, para traer á la memoria del pueblo que era el asesino de Santo Tomás de Cantorbery; á la de los barones que era un tirano dispuesto á concluir con sus privilegios; al clero que era un incestuoso y un malvado.



Llegó aquella furia coronada hasta el extremo de poner en manos de sus propios hijos la espada que debían blandir contra su padre. Cuéntase de ella que halagando los instintos de orgullo y de soberbia que había en sus hijos, singularmente en los dos mayores, Enrique y Ricardo, les reunió un día á todos y les hizo prestar, sobre el cuerpo y la sangre de Jesucristo, el sacrílego juramento de rebelarse contra su padre, buscando la alianza del rey de Francia, aquel mismo Luis VII que había sido el primer esposo de su madre.

Una rebelión general estalló entonces, obra principalmente de aquella mujer que había llegado al parasismo del frenesí. Enrique se vió casi enteramente abandonado: la Inglaterra fué atacada por los escoceses; la Normandía por Luis VII y el conde de Flandes; el joven Ricardo se sublevó en la Aquitania, en los Estados de su madre; Godofredo, que apenas tenía diez y seis años, levantó la Bretaña; Enrique, el hijo mayor, á quien su padre había asociado al trono, se retiró á la corte de Luis de Francia; intimó desde allí á su padre que abdicase todas sus coronas, y fué reconocido por el Consejo de barones franceses rey de Inglaterra, duque de Normandía y conde de Anjou y de Turena.

Todo aquello era obra de Leonor, que corría desalada por todas partes, atizando en todas los odios contra su marido y consiguiendo en todas prosélitos, muy especialmente en Aquitania, donde su nombre era una bandera y donde encontró un auxiliar poderoso y el más activo heraldo de aquella guerra en Beltrán de Born, trovador célebre y caballero famoso, que más hería quizá con su pluma que con su espada; hombre lleno de ardor y de actividad, cuyo descanso era la lucha, cuyas fiestas eran la matanza, cuyas enérgicas canciones é impetuosos *serventesios* olían á sangre, cuya espada no se envainó jamás sin haber herido antes.

Iba Leonor á ponerse al frente de la Aquitania y á reunirse con su hijo Ricardo, y salía al efecto de Inglaterra disfrazada de hombre, como en aquella noche en que se escapó del castillo de Blois, cuando cayó en poder de las tropas que su marido había enviado en su persecución.

Fué llevada prisionera al palacio real de Inglaterra, y por primera vez, después de la muerte de Rosamunda, Enrique II, convertido en juez, la hizo comparecer á su presencia.

—¿Sois vos—le preguntó,—la que habéis excitado á mis hijos á rebelarse contra mi autoridad real?

—Sí,—contestó serena y tranquila Leonor.

—¿Qué demonio os ha sugerido tan abominable designio?

—La venganza. Hora es ya de que Enrique de Plantagenet pague los desdenes con que ha tratado á su esposa, sacrificándola á miserables cortesanas.

—¿Y qué castigo merecéis, señora?

—Al verdugo toca herir. A la víctima aguardar.

—No quiero mataros,—dijo entonces Enrique.—Os dejaré vivir para que os devoren los remordimientos. Vais á permanecer encerrada en una estrecha cárcel, y os juro *por los ojos de Dios* que allí moriréis cautiva.

En efecto, Leonor fué enviada al castillo de Salisbury, donde guardada á vista y en durísima prisión, permaneció más de trece años, hasta que hubo muerto Enrique II y le hubo sucedido en el trono su hijo Ricardo.

## VI.

El encarcelamiento de Leonor no apaciguó los ánimos. Al contrario, parecieron sobrecitarse más todavía, y la guerra se encendió con mayor fuerza, sobre todo en Aquitania, donde se la esperaba impaciente; donde Leonor, la hija de sus antiguos duques, la mujer querida y popular que había dado libertades á los pueblos y leyes al comercio, gozaba de una reputación y de un nombre que hallaban eco en todo el Mediodía. La noticia de su prisión fué un grito de guerra y de venganza. Los pueblos en masa se apresuraron á tomar las armas.

«Aguila de Aquitania—exclamaban los monjes desde el púlpito, recordando una profecía de Merlín que represen-

taba á Leonor como águila extendiendo sus alas sobre Francia y sobre Inglaterra;—águila de Aquitania, que rompiste nuestros hierros, ¿hasta cuándo resonarán tus gritos sin ser oídos? Vuelve, pobre cautiva, vuelve á tus ciudades, si puedes, y si te cierran el camino, repite gimiendo con el rey profeta: «¡Ay de mí! mi destierro se prolonga, y vivo en la más bárbara de las naciones.» El rey del Norte te tiene sitiada. Pues bien; eleva tu voz como la trompeta estruendosa del juicio final. Tus hijos la oirán, volarán hacia tí, y tornarás á ver la patria de tus abuelos.»

Los meridionales, al tomar las armas para aquella especie de guerra santa, decían haciéndose eco de su amor á la independencia:

«¡Regocijaos, aquitanos! ¡Regocijaos, poitevinos! ¡El cetro del rey del Norte se aleja de nosotros!»

Los trovadores y los juglares, á su vez, iban de corte en corte y de castillo en castillo propagando por todas partes el entusiasmo y arrojando por todas centellas de fuego patrio, al cantar en estos términos:

«Vuelve á tu nido real, pobre garcela arrebatada por el halcón del Norte, y conducida á extrañas tierras. Tierna y delicada gozabas una libertad real y oías el canto de tus doncellas y de tus trovadores al dulce son de sus bandolas. Hoy gimes cautiva, lloras desterrada, y las lágrimas te ahogan y los pesares te matan. ¿Dónde está tu corte? ¿Dónde tus compañeras? ¿Tus consejeros, dónde? Levanta tu voz para que te oigan tus hijos, que el día se acerca en que volverás á ver el cielo risueño de tu patria, y la tierra en que están sepultados los huesos de tus padres.»

Ricardo, aquel á quien no debía tardar en llamarse *Corazón de León*, poniéndose al frente del movimiento, exclamaba con varonil entereza:

«Pueblos de Guiena y del Poitou, mi madre, vuestra reina, está cautiva. ¡Ayudadme á libertar á mi madre!»

Pero sobre todas estas voces, sobre todos estos cantos, rugiente como un hálito de tempestad, vibrante como el rayo y estrepitosa como el trueno que conmueve las mon-

tañas, dominaba la voz de Beltrán de Born, y retumbaba el canto de guerra de aquel trovador, que solo parecía vivir feliz entre las ruinas, á la luz del incendio, y respirando el olor de la sangre, como que se llamaba á sí mismo *Rassa*, es decir, destrucción, exterminio, *vazia*.

«Se acerca el momento del combate, cantaba el feroz Beltrán de Born, y, os lo repito, nada más grato, ni el comer, ni el beber, ni el dormir, como el oír resonar en ambas huestes el grito de ¡*A ellos!*, oír relinchar los caballos corriendo desatados sin jinete por las selvas, oír gritar ¡*Auxilio!* ¡*auxilio!* y ver caer revueltos por la yerba y por los fosos á grandes y á pequeños.

»Nada me place tanto como ver cadáveres tendidos en charcos de sangre y con la espada ó con la lanza que les quitó la vida clavada aún en ellos; nada me agrada más que ver rodando en confusión por el campo, armaduras y cascos, jinetes y caballos; nada para mí más grato que el fragor del combate, la luz del incendio, los escombros y las ruinas, y ver esparcidos por do quiera miembros todavía palpitantes y pedazos de mallas y capacetes revueltos con sesos aplastados.»

El mundo entero, en aquella ocasión, parecía caer sobre Enrique II que, con varonil empeño, se dispuso á hacer frente á todo. Apelando á toda su energía, recordando las glorias y entereza de sus mejores tiempos, dando pruebas de una fuerza de carácter extraordinaria y de una actividad asombrosa, partió repentinamente de Irlanda, desembarcó en Normandía, y, como llovido del cielo, cayó sobre el ejército francés que estaba sitiando á Verneuil, haciéndole retroceder. Voló en seguida á Bretaña, haciendo prisionero al conde de Chester, jefe de los sublevados, y, sin dormirse sobre sus laureles, sin dar paz á la mano ni reposo al cuerpo, acudió de nuevo y precipitadamente á Inglaterra, donde era batido el rey de Escocia, que dejó diez mil muertos sobre el campo de batalla y á su general, el conde de Leicerter, prisionero. Tan pronto en Francia como en Inglaterra, apareciendo siempre donde era mayor el peligro, proveyéndolo todo y acudiendo á

todo, siempre á caballo y siempre alerta, consiguió ventajas que parecían increíbles, llegando á vencer hasta á su propia suerte.

Reducido, para continuar la guerra, á empeñar su cetro y su corona en manos de las milicias mercenarias que hubo de levantar, de todo salió triunfante, y llegó por fin, de victoria en victoria, hasta las puertas mismas de Poitiers, la capital de la Aquitania, donde se firmó la paz entre el padre y los hijos, mediante ciertos feudos y pensiones á éstos concedidos, y de que, por el pronto, parecieron contentarse.

Pero los tres hermanos no podían vivir tranquilos mucho tiempo. Vencidos por su padre, pusieron á combatir entre sí. Ricardo era duque de Aquitania, pero debía prestar homenaje á su hermano mayor Enrique, y se negó á ello. Vióse entonces á Enrique, el *Rey Joven*, como le llaman las crónicas, y á Godofredo, reunir huestes y marchar contra Ricardo, á tiempo que los barones aquitanos, descontentos de la tiranía del hijo favorito de Leonor, se disponían á formar una liga contra él, y en favor de su independencia feudal.

Alma era también, y heraldo de aquella liga, el turbulento Beltrán de Born, enemigo implacable entonces de Ricardo, por causa del amor de una mujer, como por la misma causa y por la misma mujer se había hecho también enemigo irreconciliable del rey de Aragón.

Matilde de Montagnac se llamaba la hermosa dama que dominaba al león, y á cuyas plantas, deponiendo su ferocidad y su saña, acudía sumiso Beltrán para cantarle alabanzas y ternezas de amores; pero al propio tiempo que por el trovador, Matilde se veía solicitada por cuatro de los príncipes más poderosos de su tiempo, Ricardo de Poitiers ó de Inglaterra, Alfonso de Aragón, Ramón de Tolosa, y Godofredo de Bretaña. Parece, sin embargo, que Beltrán triunfó de todos ellos, áun cuando pudieran darle, principalmente los dos primeros, motivo de celos, que luego trocó en odio hacia ellos. Los príncipes fueron desdeñados y despedidos, y el trovador debió quedar muy pa-



gado y satisfecho de sus amores, cuando no vaciló en proclamar muy alto, ebrio de orgullo, á la faz de todo el mundo, en una de sus canciones:

«Yo tuve en mis brazos, palpitante bajo mis besos, á aquella que desdeñó á Poitiers y á Tolosa, á Bretaña y á Zaragoza.»

Aquellos fueron los amores que establecieron una corriente de odio entre Beltrán de Born y Ricardo de Inglaterra, y fué la ocasión mencionada más arriba la que el trovador escogió para ponerse en frente de su soberano, olvidado ya de las promesas que un día hiciera y del auxilio que prestara á aquella madre infeliz que gemía, sepultada en vida, tras los muros y tras los hierros de Salisbury.

Señor de la tierra y del castillo de Hauteford, que contaba apenas mil vasallos, Beltrán de Born, por su valor indomable y por su genio extraordinario, ejercía una influencia inmensa sobre aquellos barones sus vecinos, espíritus indóciles y rebeldes á todo freno, á quienes repugnaba el yugo de un rey extranjero, acostumbrados como estaban todos á vivir casi sin soberano, prestando sólo una obediencia nominal y un homenaje de pura fórmula á un duque de Aquitania, su compatriota. Este espíritu, que era el reinante entre los barones, palpitaba en cada uno de los versos de Beltrán de Born, y de aquí que los *serventesios* del trovador fueran populares entre los nobles y acogidos con entusiastas aplausos cuando al empezar la primavera iban los juglares á cantarlos por las cortes y castillos. El pensamiento íntimo del poeta era la idea secreta de los barones aquitanos, y sus versos hallaban eco en todos porque de todos eran expresión y sentimiento.

Preparada, pues, por los *serventesios* de Beltrán de Born, una liga formidable, y peligrosa para Ricardo, surgió de pronto, y Enrique, al avanzar contra su hermano, pudo contar con auxiliares poderosos, con casi toda la nobleza del país.

Jurada solemnemente la liga de los barones sobre un misal, bajo las bóvedas del templo, al son de los cánticos

religiosos, asistiendo y comulgando juntos en pública solemnidad el conde de Perigord, el vizconde de Limoges, los señores de Gourdon, de Quercy y de Monfort, los vizcondes de Ventadorn, de Comborn, de Segur, de Turena y otros ciento, Beltrán de Born lanzó á los pueblos una especie de Manifiesto poético con aquel célebre *serventesio*, que comienza:

Pus Ventadorn et Comborn et Segur,  
 e Torena e Montfort e Guordon,  
 an fait acord ab Perigord e Jur,  
 e li borges se claven d'eviron,  
 m' es bon e bel hueimais qu' eu m' entremeta  
 d' un sirventes per hels aconortar,  
 qu' eu no vuelh ges sia mia Toleta  
 perch' ieu segurs non i pogués estar ..

Nunca jamás hubo canto que causara mayor entusiasmo. Este *serventesio* era como un lazo para unir más estrechamente á todos los miembros de aquella liga, á quienes recordaba su juramento y los agravios que debían vengar en Ricardo, su tirano y su enemigo, el que se apoderaba de las rentas de los ciudadanos y de los castillos pertenecientes á los barones de la liga. Este *serventesio*, por el conducto de los juglares, recorrió rápidamente toda la Aquitania, inspirando el mismo entusiasmo, así en los pueblos como en los castillos y los claustros. Por todas partes lo repetían, todas las voces lo cantaban, y es fama que en distintos puntos fué recitado desde el púlpito á la muchedumbre congregada para el santo sacrificio de la misa. El carácter nacional de aquellos pueblos, tan impresionable y tan vivo, se inflamó al oír aquellos cantos. De todas partes corrían á empuñar las armas, y así fué cómo la canción de un trovador, resonando como el grito de Pedro el ermitaño, tuvo poder para levantar en masa pueblos y ciudades, valles y montañas, barones y vasallos, que todos se dirigían al punto de cita cantando á coro el *serventesio* de Beltrán de Born, y creando, con aquella *Marsellesa* de hace seis siglos, la más formidable, la más patriótica, y, para Ricardo, la más temible de las insurrecciones.



Pero Ricardo, en cuya sangre había algo de la de su padre, como éste, en un caso igual, se multiplicó también en aquellos momentos, y cuando no por la fuerza, por las negociaciones y la intriga, hizo caer de manos de Enrique la espada que tenía levantada ya sobre su cabeza, y logró desbaratar la liga, quitándole el auxilio de sus hermanos.

Los confederados fueron cediendo y retirándose, obediendo á distintos móviles, y Beltrán de Born quedó casi solo, abandonado á las iras del vencedor.

El futuro rey de Inglaterra se presentó ante los muros de Hauteford. Hubiera sido temeridad el resistirle, y conociéndose sin fuerzas, Beltrán acudió al ingenio. Al aparecer Ricardo con su hueste, Beltrán hizo bajar el puente de su castillo, y solo, sin más armas que un papel en la mano, se presentó á su antiguo rival, poniéndose á su merced y entregándole un *serventesio* que había compuesto.

Si 'l coms m' es avinens  
e non avars...

En esta poesía, Beltrán de Born, quejándose de que los barones le habían abandonado, abandonándoles él á su vez, se ofrecía en vida y en muerte, en cuerpo y en alma á Ricardo. Éste era trovador como él, y todo fué olvidado. Aquellos dos hombres que se habían despedido un día rivales y enemigos, volvieron á verse para ser amigos y hermanos.

Pero no sucedió por el pronto lo mismo con Enrique. Era este joven príncipe el que había dado la señal de la defección, siendo el primero en pactar con Ricardo, y Beltrán de Born quiso castigar su felonía escribiendo contra él uno de los *serventesios* más duros y más intencionados que brotaron de la pluma de aquel trovador.

D' un sirventés no 'm cal far longor ganda,  
tal talen ai que 'l diga e que 'l espanda,  
car n' ai razó, tan novela e tan granda  
del jove reis qu' a finit sa demanda  
son frai Richart, pus sós pairs lo y comanda,  
tant es forsats!  
Pus En Enric terra non te ni manda,  
sia reis dels malvats!

«No quiero esperar mucho á escribir un *serventesio*, pues ardo en deseos de que se repita y se esparza para que todo el mundo sepa la nueva de que si el joven rey renuncia á sus pretensiones contra su hermano Ricardo, es por obedecer á su padre, que así se lo manda. ¡Y como él es un hijo tan sumiso! ¡Ya que Enrique no tiene tierras ni súbditos, sea el rey de los malvados!»

Y continúa diciendo que es sólo un malvado el que vive de las rentas de otro, á sueldo y á pensión de los demás. Le llama rey coronado vistiendo la librea de otro y le colma de injurias; que no era hombre Beltrán de Born para medir sus palabras y para detenerse ante nada.

Poco tardó la política de aquel tiempo en traer nuevos sucesos y nuevos disturbios. Volvieron los malavenidos hermanos á querellarse; volvieron luego á sublevarse, ya juntos, ya separados, contra su padre el rey de Inglaterra, y volvió Beltrán de Born á encontrar campo para sus intrigas, pasto para su febril actividad, materia para sus iracundos *serventesios*. No hubo de tardarse en ver al trovador estrechamente unido de nuevo con el príncipe Enrique, hostigando á éste contra su padre, atizando el fuego de la guerra, alimentando los odios de los hermanos entre sí y todos contra el que les diera el sér, debiéndose á esto el que el Dante le presentara luego simbólicamente en su infierno con la cabeza separada del tronco y llevándola en la mano á guisa de linterna.

Cuando ya se había vuelto á encender la guerra, cuando ya Beltrán de Born, de quien todo era obra principalmente, podía gozar y recrearse con su espectáculo favorito de los caballos huyendo sin ginete, los heridos revolcándose por el suelo, los cadáveres llenando los fosos, los vivos luchando con encarnizamiento, las llamas abrasando los pueblos y las torres y castillos cayendo en ruinas, sucedió que Enrique, sucumbiendo á una enfermedad mortal, exhaló su último suspiro en Martel el 12 de Julio de 1183. Beltrán de Born, que había vuelto á ser su amigo íntimo, su compañero inseparable, quizá su ángel malo, le veló y cuidó hasta el último momento con entrañable

solicitud, y en sus propios hombros llevó á enterrar el cadáver del joven rey, á cuya muerte compuso un *planch* ó lamentación, que es de lo mejor y más sentido que ha brotado de la pluma de aquel poeta, y que puede presentarse como modelo de este género en la poesía provenzal.

Godofredo trató de continuar la empresa de su hermano contra su padre, y se dispuso á levantar un ejército con este objeto; pero como si Dios quisiera acabar con aquella guerra parricida, Godofredo murió en París, en un torneo, cuando estaba ya próximo á realizar su designio, el año 1186.

Quedaba todavía Ricardo, duque á la sazón de Aquitania, quien hizo un tratado secreto con Felipe Augusto de Francia, sucesor de Luis *el Joven*, encaminado también, como siempre, contra Enrique II de Inglaterra. Era realmente implacable el odio de aquellos hijos contra su padre, y es fama y tradición que vivía alimentado por la cautiva de Salisbury, la cual, soportando su prisión con una entereza verdaderamente varonil, hallaba medio, á través de los hierros, de enviar constantes mensajes, principalmente á Ricardo, para que no flaquease en el odio contra su padre.

La muerte de éste vino á acabar con aquella situación violenta. Perdida toda la antigua energía de Enrique II de Inglaterra con los pesares que sobre él llovían, y con las humillaciones porque le obligaron á pasar en un tratado su hijo Ricardo y el rey de Francia, sucumbió á los ataques de una fiebre lenta, falleciendo el año de 1189, á los cincuenta y siete de su edad y treinta y cinco de su reinado, en un castillo cerca de Sumur.

El primer acto de Ricardo, al subir al trono de Inglaterra, fué poner en libertad á su madre, que había envejecido de un siglo en su encierro de Salisbury; pero que, á pesar de sus sufrimientos y de sus sesenta y cinco años, era todavía una mujer hermosa, según tengo leído en una antigua crónica de Poitiers, y debía ser también una mujer entera aún, con todo el vigor de su raza y con toda la pasión de su juventud, cuando el cielo la reservaba para una

empresa de abnegación y de sacrificio que debía purificarla de sus culpas de amante y de sus crímenes de esposa.

## VII.

Un entusiasmo ciego por las aventuras novelescas y un celo exaltado por el cristianismo, eran el espíritu de aquel siglo y los medios únicos por donde podía adquirirse gloria y nombradía. Ricardo de Inglaterra estaba dominado más que nadie por estas ideas, y todas sus acciones obedecían á ellas constantemente, pareciendo principalmente haber heredado de su madre aquel espíritu.

Lo primero que hizo, pues, al subir al trono de Inglaterra, dominado más bien que por la fé cristiana, por el amor á la gloria y á la aventura, fué formar el proyecto de una expedición á Tierra Santa y allegar medios, fondos y aliados para llevarlo á cabo.

Cuentan las historias cómo realizó esta empresa, cómo fué á ella aliado con el rey de Francia, cómo tuvieron lugar las mortales desavenencias entre estos dos monarcas, cómo se indispusieron, mortalmente también, Ricardo de Inglaterra y Leopoldo de Austria, y cómo le acontecieron al primero en aquella expedición sucesos verdaderamente peregrinos y novelescos que, más que la historia, ha contribuido á popularizar un autor inmortal por medio de una novela célebre <sup>1</sup>.

Terminada aquella expedición, de que resultaron á Ricardo más prestigio y gloria que ventajas positivas, trató de regresar á su reino para gozar en él de los laureles que acababa de recoger á costa de tantos peligros. Vacilante en el camino que debía tomar para su regreso, y no queriendo atravesar la Francia por temor á caer en manos de Felipe Augusto, su enemigo entonces, se dirigió por el Norte, embarcándose en el Adriático; pero habiendo naufragado en Aquilea, y hallándose solo, sin servidores y hasta sin re-

<sup>1</sup> Walter Scot; *El Talismán*.

cursos, se disfrazó de peregrino con la esperanza de atravesar de incógnito la Alemania. Su intento no pudo realizarse. Lleváronle los azares de su viaje á tener que pasar por Viena, y allí fué reconocido el peregrino y preso por Leopoldo de Austria, que le mandó encerrar en lo más alto de la torre de un castillo, dispuesto tal vez á dejarle gemir cautivo toda su vida.

Nada en tanto se sabía en Inglaterra de su rey. Considerábanle muerto muchos, y otros prisionero de los infieles. Ninguna noticia, ningún eco, ningún rastro de Ricardo llegaban á Inglaterra ni á Aquitania; y como iba pasando el tiempo con devoradora rapidez, y como la creencia de su muerte iba afirmándose más y más cada día mientras Ricardo, victorioso en vano, se consumía en una mezquina é ignorada cárcel, los asuntos de su reino iban tomando el más desfavorable aspecto, sin que á contener bastaran los progresos del mal toda la actividad y todos los esfuerzos que supo desplegar la reina viuda, aquella Leonor de Aquitania, entregada entonces por completo al recuerdo, al amor y á los intereses de Ricardo, y á la cual, lejos de apoyar, parecía poner obstáculos su hijo menor y hermano de Ricardo, Juan *Sin tierra*, que en la desaparición del monarca veía la esperanza del trono.

Ni un solo instante, en aquel conflicto, flaqueó el animo varonil de Leonor. Mientras todos creían muerto á Ricardo, ella era la sola que no participaba de esta creencia, y cuando damas, prelados y caballeros se acercaban todos á ella para decirle: «Señora, no hay ya duda, vuestro hijo y nuestro rey ha muerto,» ella inclinaba melancólicamente su cabeza, y les decía por única respuesta:—«Mi corazón no me lo ha dicho todavía.»

Fué Leonor la que, sin vacilar, sin ceder un momento, hizo frente á todas las intrigas, desbarató todos los proyectos, inutilizó todas las artes, remedió cuantos males pudo, y, sosteniendo y alentando la esperanza de que Ricardo vivía, pudo mantener íntegro el reino é incólume el trono, segura y persuadida de ver lucir el sol que alumbrara el regreso de su hijo querido.



Un pobre y oscuro trovador fué el que llevó á Aquitania primero, y después á Inglaterra, la noticia consoladora de la existencia del monarca, y con la buena nueva una sentida canción del rey trovador, compuesta por él en el fondo de su cárcel y dirigida á sus barones, halagado quizá por la idea de que este canto levantara en armas al país en su favor para librarle, como un día el *serventesio* de Beltrán de Born lo había levantado para perseguirle.

El poeta que llevó á Inglaterra la bienhadada nueva, se llamaba Blondeau de Neele, pero era vulgarmente conocido por Blondel. No pertenecía al grupo de los trovadores provenzales, era francés, y las obras que de él nos quedan, están en la lengua hablada en París, pero sus canciones son una imitación de los provenzales, su espíritu y estilo el mismo, como de quien vivía entre ellos y con ellos estudiaba. He aquí como prueba, la primera estrofa de una de sus canciones:

«La alegría (en el sentido de amor que le daban los provenzales) me invita á cantar cuando llega la primavera, y mi corazón responde, pues es justo que me ocupé y nadie en el mundo se atrevería á desobedecer al amor. ¡Oh Dios! ¡qué vida tan feliz tienen los que á él se entregan!»

La joie me remont  
de chanter au douz tens,  
et mes cuers li respont  
que droit es que g' i pens;  
car nulc riens el mont  
ne fas feur son deffens.  
¡Dex! quel siecle cil ont  
qui i metent leur sens 1.

Blondel, según parece, estaba al servicio de Ricardo *Corazón de león*, y le era singularmente adicto. Por lo que se deduce, debió acompañarle á Tierra Santa y seguirle en sus expediciones, pero al regreso hubo de separarse de él. Cuando Ricardo desapareció, comprendió Blondel que había caído en algún lazo, y juzgándole prisionero dióse á recorrer la Alemania, vestido unas veces de peregrino y

1 *Essai sur la musique*, París, 1730, tomo II.

presentándose otras como juglar, para penetrar en todas partes y ver si alcanzaba á tener noticias suyas.

Llegado por casualidad á un lugar que se llamaba Lofenstein, donde había un fuerte castillo, averiguó que en él se guardaba hacía ya algunos meses un prisionero de importancia; Blondel fué á pasearse por los alrededores del castillo, y al llegar junto á una torre que le pareció poder ser la que encerraba al preso, se puso á cantar una canción que había compuesto con Ricardo. El rey, pues era él mismo, hubo de conocer la voz de Blondel, y desde su estancia le contestó cantando la segunda estrofa y llenando de gozo al juglar, que bien comprendió que había tropezado con el príncipe.

Aquellos dos hombres, sin verse, pudieron, por medio del canto, comunicarse sus pensamientos, y pudo Ricardo arrojar por una reja la canción en que imploraba el auxilio de sus barones y de su madre. Blondel voló en seguida á Aquitania y á Inglaterra para dar la noticia.

He aquí la sentida canción que, durante su cautiverio, había compuesto Ricardo:

«Nunca ningún preso hablará de su suerte más que con el dolor del que sufre; pero con el objeto de calmar sus penas puede hacer una canción. Muchos amigos tengo; pero poco me favorecen. Vergüenza para ellos si por falta de rescate estoy hace dos inviernos prisionero.

»Que lo sepan, pues, mis deudos y mis barones, ingleses y normandos, poitevinos y gascones: si yo tuviera un compañero preso, por miserable que fuese, volaría á rescatarle. ¡No pretendo con esto hacerles un reproche, pero estoy prisionero!

»¡Cuán cierto es que *á hombre muerto no hay amigo ni deudo!* Por no dar un poco de oro ó de plata, se me olvida, y si esto es triste para mí, es deshonoroso para los míos. He de legarles un remordimiento eterno si me abandonan y llego á morir estando prisionero.

»No es de extrañar que esté yo triste y doliente cuando sé que el rey de Francia devasta mis tierras, olvidado del juramento que ambos á dos prestamos para mútuo respe-



to y mútua seguridad. Pero una cosa me tranquiliza, y es que no he de estar siempre prisionero.

»Trovadores mis amigos, vosotros á quienes tanto amé, y amo todavía, repetid en vuestros cantos que mis enemigos se cubrirán de oprobio y vilipendio atacándome y contestando á la nobleza de mi corazón y á la lealtad de mi palabra con hacerme la guerra cuando estoy prisionero.

»Condesa Leonor, Dios guarde á vuestro pobre hijo y á aquella á quien amo tanto y por quien estoy prisionero.»

Ja nul hom pres non dirá sa razon  
adrechamen, si com hom dolens non;  
mas per conort deu hom faire canson.  
Pro n' ai d' amics, mas paure son li don,  
oncta lur es si per ma rezon  
soi fa dos ivers pres...

Como se ve, la canción es de un verdadero poeta, de un hombre de corazón y sentimiento.

Al llegar á Inglaterra la noticia del cautiverio del rey, hubo un grito general de indignación. El pueblo expresó su dolor de una manera estrepitosa, el clero proclamó en alta voz á Ricardo defensor de la fé y mártir de la santa causa, la nobleza se dispuso á cualquier empresa para salvar á su monarca, y la reina viuda, Leonor de Aquitania, irritada por la injuria hecha á su hijo favorito, conmovida por la dolorosa canción que le enviaba desde su cárcel, arrojó sobre su grandeza pasada y sobre sus tres diademas el manto de la humildad cristiana, y arrodillándose á los pies del Papa le dirigió esta elocuente y conmovedora súplica, donde á través de un pasado de seiscientos años, se siente aún palpitar el corazón de la mujer y vibrar el llanto de la madre:

«Al reverendo padre y señor Celestino, soberano pontífice por la gracia de Dios, Leonor, por su cólera, reina de Inglaterra, duquesa de Normandía, condesa de Anjou; á su padre, una madre infortunada, salud.

»Había resuelto guardar silencio por temor á que pudiera acusárseme de orgullo y de soberbia, si, abriendo campo á la efusión de mi pecho y á la vehemencia de mis

pasiones, dejaba escapar algunas palabras poco meditadas para el príncipe de los sacerdotes: que cuando se entrega á la violencia de sus trasportes, el dolor se diferencia poco de la locura. El dolor no reconoce ni señor ni amigo, no tiene ni miedo ni lástima, á nadie respeta, ni á vos siquiera.

»No debe, pues, extrañarse que la amargura de mis penas se descubra á través de mis palabras: deploro una calamidad pública, y los pesares han echado en mi corazón raíces eternas. Las saetas del Señor me desgarran; su cólera ha caído sobre mí.

»Las potencias están divididas, el pueblo sufre, las provincias son devastadas, y la Iglesia de Occidente, cediendo á la carga de la desesperación y de las humillaciones que la agobian, vuelve hacia vos sus ojos é implora á aquél á quien Dios, en la plenitud de su poder, ha puesto sobre los tronos y las naciones.

»Yo os conjuro para que el grito de los dolientes llegue á vuestros oídos. Grandes son nuestras calamidades y llenan la medida, y vos no podéis permanecer insensible á ellas, pues sois el Vicario del Crucificado, el sucesor de Pedro, el Pontífice de Dios Cristo, del Señor y del Dios mismo de Faraón. Ante vuestro fallo y la justicia de vuestro tribunal, esperan los votos del pueblo.

»Si no os apresuráis á lanzar el fallo, vuestra será la responsabilidad por el desenlace que pueda tener esa funesta tragedia. Pero sois padre de los huérfanos, el apoyo de las viudas, el consuelo de los afligidos, la ciudad de refugio de todos, y, llegados á este cúmulo de miserias, todos esperamos auxilio y protección de vuestro poder.

»En días de prueba, los hijos de Israel pedían consejo á Moisés, cuyo puesto ocupáis, y se refugiaban junto al arca de la alianza; nuestro rey se halla entre hierros y por todos lados le cercan los peligros. Atended á la situación, ó más bien al infortunio del reino, á la perfidia del tiempo, á la crueldad del tirano que, en su fragua de avaricias, temple sin cesar armas de iniquidad contra el rey, contra aquél que ha hecho prisionero durante el santo viaje, cuan-

do bajo la protección se hallaba de Dios y de la Iglesia, contra aquél á quien tiene encadenado y es hoy víctima de su barbarie. Despreciando á Dios y sus severos juicios, está pesando sobre su presa, que nadie puede arrancar de sus manos.

»Tiempo es de empuñar el acero espiritual, que es el Verbo de Dios, porque está escrito: «Quien os desprecia, me desprecia,» y si cerráis los ojos sobre los ultrajes que sufre la Iglesia romana, no podréis evitar ni el vilipendio de Pedro ni el desprecio de Cristo.

»No detengáis, pues, por más tiempo en vuestros labios la palabra del Señor. Que el temor de los hombres no ahogue en vos el aliento de la libertad. Más vale caer en sus manos, que olvidar la ley de Dios. Los enemigos de la cruz confían en su valor y se vanaglorian con las riquezas de sus tesoros, pero su fin será la tumba y su gloria caerá en los abismos...

»Por menores y más leves causas, vuestros cardenales han salido de Roma con los más amplios poderes, y hoy que de caso tan grave se trata y tan deplorable, no habéis enviado un diácono ó un acólito. Y, sin embargo, ¿qué otra cosa para vos más gloriosa que la libertad del rey? ¿Qué otra ocasión más oportuna para exaltar el poder del Soberano Pontífice?

»¡Oh mi señor y mi Dios! Los ojos de tu sirvienta se vuelven hacia tí. Salva á tu hijo y no quieras hacerle responsable ni de los crímenes de su padre, ni de las faltas de su madre.»

No han llegado hasta nosotros, según queda dicho, las composiciones poéticas de Leonor de Aquitania, pero esta es de seguro su mejor poesía.

El papa Celestino, sin embargo, permaneció sordo á este supremo grito de dolor de una madre, como sordos permanecieron los príncipes á quienes se dirigió. Nadie atendía los lamentos y la desesperación de Leonor, que á todos acudía, á todos imploraba, de todos reclamaba auxilio. Para más desgracia aún, Juan, el menor de sus hijos, se alió secretamente con el rey de Francia y alegó sus de-

rechos como heredero directo de su hermano, pretendiendo haber recibido la noticia positiva de su muerte.

Todos entonces se volvieron hacia el sol naciente. Se apagó el entusiasmo en favor de Ricardo, decayó el ánimo de los más leales, y crecieron la esperanza y la soberbia de los enemigos. Pueblo, barones, clero, todos se agruparon junto á Juan *Sin tierra*, al que saludaban ya como á soberano, y el rey de Francia con poderoso ejército invadió la Normandía, sometiéndola á su autoridad y poder.

Todo parecía ya perdido en el mundo para Ricardo, y en realidad todo lo estaba, pero quedábale su madre.

Ella fué sola la destinada á salvarle, ella la que no flaqueó un momento ni decayó un instante.

Cuando todo lo hubo apurado, cuando se vió desatendida por la cátedra de San Pedro, rechazada por los príncipes, abandonada de los barones, del pueblo, del clero de Inglaterra, de su propia familia, Leonor, por medio de un supremo esfuerzo, recogió todo lo que le quedaba de su pasado valor y sus muertas pasiones, y volvió los ojos á Aquitania, á aquella tierra de su cuna y de sus padres, aquella tierra, poco solícita ciertamente en favor de Ricardo, al que miraba con recelo, pero donde ella podía obrar un milagro despertando el patriotismo de su antigua nacionalidad.

Los aquitanios vieron aparecer un día de repente á una mujer vestida de luto que iba de pueblo en pueblo, de castillo en castillo, pidiendo limosna para rescatar á su hijo. Era la heredera de sus duques, la viuda de los reyes de Francia y de Inglaterra, la madre de Ricardo *Corazón de León*.

Se pedía un rescate considerable por la libertad de Ricardo, y se necesitaba, por lo mismo, una suma fabulosa. Las arcas estaban vacías, los pueblos no podían con las cargas, la nobleza y el clero eran enemigos del rey cautivo, y sin embargo, con todas estas circunstancias en contra, Leonor se atrevió á una empresa que nadie, sino ella, hubiera intentado, de que nadie, sino ella también, hubiera podido salir con éxito. La Aquitania, siempre leal, contes-

tó al grito de dolor de la madre y al ruego de la hija de sus duques.

Todos quisieron contribuir á librar al monarca, de modo que se reunieron al instante sumas considerables. Las iglesias y los monasterios fundieron sus cruces, sus cálices, su oro y su plata; los obispos, abades y nobles dieron una cuarta parte de sus rentas anuales, y el clero bajo contribuyó igualmente con la décima parte de su diezmo. Así se reunió la cantidad, enorme en aquel tiempo, de ciento cincuenta mil marcos de plata, próximamente siete millones y medio de pesetas, que se pedían por el rescate.

Completa la suma, y no fiando á nadie la comisión, la reina en persona se embarcó para Alemania.

Aún tuvo que pasar aquella madre desconsolada por amargas pruebas y duros trances. Felipe ofrecía su hija por esposa al emperador, si éste se comprometía á tener al rey de Inglaterra un año más en prisión, y el emperador titubeaba entre su ambición y su avaricia. Así estuvo fluctuando hasta el día designado para dar libertad al rey, y mientras no tuvo Leonor á su hijo en brazos, no pudo estar segura de conseguir su intento.

Verificóse la ceremonia de la libertad del monarca en Metz, con gran pompa, á presencia de la nobleza alemana. La reina Leonor pagó la suma convenida, y la Inglaterra y la Aquitania recobraron á su monarca, teniendo esto lugar en 1194.

## VIII.

Ni los sufrimientos pasados en Tierra Santa, ni su larga y dura prisión, hicieron más cauto á Ricardo. Al principio se había podido creer que había variado su carácter, y con aplauso se le vió ejercer un acto de nobleza y magnanimidad perdonando, por mediación de la reina Leonor, á su hermano Juan *Sin tierra*, que se había ligado contra él con su más mortal enemigo.

—Yo le perdono—dijo el rey á su madre,—pero desea-



ría poder olvidar sus agravios tan fácilmente como él se olvidará del perdón que le otorgo.

Ricardo no tardó en declarar la guerra á la Francia, y olvidado de su infortunio, los pueblos de Aquitania le vieron reaparecer entregado á toda su soberbia anterior y cada vez más constante en el camino de la tiranía. Un grito de indignación se levantó contra él en aquellas comarcas, que tan leales le fueron en su desgracia, y volvió á presentarse de nuevo Beltrán de Born, infatigable en manejar la pluma como el acero, proyectando una nueva liga de barones contra el monarca inglés. El clero hizo causa común con la nobleza.

Cierto día un celoso predicador tuvo el atrevimiento de hablar al rey acerca de su conducta, y aconsejarle que se separase de tres hijas suyas que eran la soberbia, la avaricia y la sensualidad.

—Tenéis razón,—le contestó el monarca,—y voy á seguir vuestro consejo, separándome de mis hijas, casándolas y eligiendo esposos dignos de ellas. Destino, pues, á la soberbia para esposa de los templarios, á la avaricia para mujer de los monjes y á la sensualidad para consorte del clero.

Entre sus luchas, Ricardo tomó por asalto el castillo de Perylle en Quercy, que le opuso una vigorosa resistencia, defendido por Fortunato de Gourdon y sus dos hijos, sobre cuyos cadáveres hubo de pasar para hacerse dueño de la fortaleza.

Poco después sitiaba el castillo de Limoges, cuyo vizconde, según se decía, acababa de descubrir un rico tesoro en sus tierras, del que Ricardo pretendía apoderarse, no contento con la parte que se le ofrecía y queriendo la del león.

El castillo, mandado por Ademar de Limoges, se resistía con empeño, y Ricardo, impaciente, se puso al frente de sus tropas decidido á dar el asalto. Un arquero de la fortaleza lo reconoció por su maza de armas y le disparó una certera flecha que le atravesó el hombro. Mientras le llevaban á su tienda, ordenó que continuara el asalto hasta

que el castillo fuese entrado. Así fué. Limoges cayó en poder de los ingleses, y entre los presos se halló al arquero que había herido mortalmente al rey.

Se llamaba Beltrán de Gourdon, y Ricardo quiso verle.

Llevado á la presencia del monarca:

—¿Qué mal te hice yo, miserable,—le dijo éste mostrándole su sangre,—para que hayas querido matarme?

—Me llamo Beltrán de Gourdon, le contestó tranquilamente el arquero. Con tu propia mano mataste tú á mi padre y á mis dos hermanos en Perylle, y he querido vengarme. Vengate á tu vez.

—¡Por San Jorge, que eres un valiente!—exclamó Ricardo.

Y dió orden de que aquel joven fuera puesto en libertad, haciéndole un regalo.

El perdón del rey no salvó al arquero.

A la muerte de Ricardo, que fué á los pocos días de su herida y de resultas de ella, Beltrán de Gourdon fué desollado vivo por las tropas reales.

Bien pudiera ser este Beltrán de Gourdon,—y lo adelante sólo como una sospecha, sin datos en qué fundarme,—el poeta del mismo nombre y apellido que en aquella época figura en la lista de los trovadores y de quien, sin saber nada de su vida ni de su origen, nos queda sólo una *tensión* entre él y un Pedro Ramón.

A la muerte de Ricardo, como si con este suceso se hubiesen agotado todas sus fuerzas, como si el hijo favorito se hubiese llevado al sepulcro todo lo que en ella había de pasión y de vida, Leonor de Aquitania, desprendiéndose de todo, y muerta ya para el mundo, fué á encerrarse en las torres de su palacio de Poitiers. Quería exhalar su último suspiro allí donde se había mecido su cuna y donde estaban los únicos recuerdos de su vida que podían serle gratos.

Consagró sus últimos años á hacer tanto bien al pueblo, como mal podía haberle reportado la administración de su esposo y de sus hijos, y de 1199 datan los privilegios y franquicias populares que concedió á los habitantes del



Poitou, según consignado queda en la primera parte de este estudio.

Ya en lo último de su atormentada vida, Leonor no salía de su castillo más que para ir á la abadía de Monterneuf.

Entrado ya el siglo XIII, una noche del año 1203, las macizas puertas de la solitaria abadía se estremecían á los rudos golpes que daban los servidores de la reina.

Leonor estaba en sus últimos momentos, y acudían, para los auxilios espirituales, en busca de un santo, anciano y reputado varón, monje de Monterneuf, que gozaba en toda la ciudad y comarca de gran fama de santidad por su vida ejemplar, sus austeras penitencias y su reputación de milagros.

Cuando se avisó al monje diciéndole el objeto para que á toda prisa se le llamaba, viósele por vez primera en su religiosa vida vacilar indeciso un momento, pero poniéndose en seguida, echó á andar tras de los servidores de la reina.

Llegó al castillo á tiempo todavía de ejercer su sagrado ministerio; y arrepentida de sus culpas, absuelta por la Iglesia, la madre de Ricardo *Corazón de león*, exhaló su último suspiro, sin saber acaso que aquel religioso que la asistiera en su última hora y allí se quedaba de rodillas para velar su cadáver y rezar sobre él las postreras oraciones, se había llamado en el mundo *Rimbaldo*, y había sido paje de la galante y apasionada Leonor de Aquitania.

## TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

## LAMBERTI DE BANAZET.

Quedan de él varias canciones galantes, una dedicada á una dama catalana, de quien dice que es *Flor de amor* y *Estrella de gentileza*.

## LANTELIN.

Una *tensión* con Remond sobre este asunto:

«Una dama casada tiene un amante. El marido, celoso, no abandona un solo instante á su mujer, y ésta se ve en la imposibilidad de corresponder con el que ama. ¿Cuál de los tres sufre más?»

Remond dice que, quienes más sufren, son la dama y el amante, puesto que como Tántalo, tienen á la vista lo que más desean y no pueden disfrutarlo.

Lantelín pretende que es el marido, por los celos que tiene del amante y las sospechas de su mujer.

## LANZA.

Todo cuanto se sabe de este trovador, es que era marqués italiano y contemporáneo de Pedro Vidal, contra quien escribió una violenta sátira, única poesía que se le conoce.

Véase para más detalles el artículo *Pedro Vidal*.

## LOMBARDA.

Según las *Vidas de los trovadores*, Na Lombarda era una

dama de Tolosa, «noble, gentil y bella, que trovaba muy bien, haciendo coplas y canciones de amor.»

Arnaldo-Bernardo, hermano del conde de Armañac, tuvo noticia de su mérito y de sus talentos, é hizo un viaje á Tolosa solamente para verla, quedando tan prendado de ella, que fué su amigo y la requirió de amores.

Un día, continúa diciendo el manuscrito provenzal, hizo para ella una copla, se la envió, y en seguida, montando á caballo, sin volverla á ver ni despedirse, se marchó á su tierra.

La copla, poco galante por cierto, dice así:

«Quisiera ser *lombardo* para la dama *Lombarda*, pues nada me gusta más que ella, cuando me mira con sus bellos ojos que parecen concederme su amor, y tardan sin embargo demasiado en cumplirme su palabra. Pero yo quiero conservar *Bel-vezet*, *Mon-plazer* y *Bel-ris*, y temo perderlas si las abandono.»

Lombarda, muy admirada de que el caballero hubiese partido sin verla, respondió con unas coplas, muy oscuras por cierto, en que abundan los retruécanos:

Non volgr' aver per Bernard Na Bernarda...

Es todo cuanto de esta poetisa queda y se sabe.

## MARCABRÚ.

## I.

Tres versiones existen sobre este trovador, á quien se ha llamado indistintamente Marcabrún, Marcabrús y Marcabrés, siéndonos desconocido su verdadero nombre.

Según la primera de estas versiones, Marcabrú era expósito. Encontrósele cierto día un hombre rico á la puerta de su casa, y jamás se supo ni quién era ni de dónde venía. Aldric de Villar era de Carcasona, y al encontrarse con aquel niño expuesto á su puerta, lo mandó criar y educar. Joven ya, se separó de su bienhechor para ir á vivir con el trovador Cercamons, que fué su maestro en canto y poesía. Entonces se le conocía por *Panperdut*; después tomó el nombre de Marcabrú. Llegó á adquirir gran celebridad por sus versos, pero era maligno y mordaz, lo cual le valió que el castellano de Guión, de quien había hablado muy mal, le hiciera matar.

La otra versión es completamente distinta. Según ésta, Marcabrú era gascón, hijo de una pobre mujer que se llamaba María Bruna, creció en fama y honor, visitó muchos países, fué protegido de los grandes y alcanzó una edad avanzada.

Esta versión está más conforme con lo que del trovador ha logrado saberse, y con lo que él mismo dice en una de sus poesías:

Marcabruns, lo filh Na Bruna...

La tercera versión es puramente una novela fantástica de Nostradamus. Al decir de éste, Marcabrú era un noble caballero del Poitou, y se fué á residir en Provenza con

su madre, que era de la ilustre familia de Chabot. Esta dama, excelente poetisa, tuvo corte de amor en Aviñón, habiendo llegado Marcabré á ser tan buen poeta como ella. Ambos florecían en Aviñón, cuando el pontificado de Clemente VI, y se supuso por algunos que las invectivas de Petrarca contra Roma, tenían por objeto la madre de Marcabré, designada por aquel gran poeta bajo el nombre de Roma, y llamada *la avara Babilonia*, *el nido de traición*, *la fuente del dolor*, etc.

Todo esto es naturalmente una pura ficción.

Por las propias poesías de Marcabré y por las citas de sus contemporáneos, se ve que vivió dos siglos antes de lo que supone Nostradamus.

Pedro de Auvernia cita á Marcabré como su contemporáneo, y Ramón Jordán, que vivía en 1200, habla de él como de un antiguo maestro.

Pero la prueba irrecusable está en la composición escrita por Marcabré para levantar los ánimos en favor del rey de Castilla Alfonso VII, cuando éste se decidió á emprender la conquista de Almería, la cual tuvo lugar en 1147, habiendo escrito muchísimo antes nuestro trovador su canto llamado de la *Piscina*.

Debió escribirse esta composición allá por los años de 1145 ó 1146 todo lo más, y aún es posible que antes de estas fechas; ya entonces estaba Marcabré en el pleno de sus facultades poéticas, y había ya de tener nombre y autoridad como poeta para atreverse á la propaganda que de su canto se desprende. Hay, pues, que fijar la época de este poeta aún antes de aquella en que la fija Federico Díez. Su carrera poética debe estar comprendida entre 1110-1120 y 1180-1190, por lo menos.

No fué Marcabré el primer trovador que haya existido, como dice un manuscrito, pero hay que considerarle entre los más antiguos. Todo induce á creer que alcanzó la época de Guillermo de Poitiers duque de Aquitania, y fué por consiguiente contemporáneo de éste, lo cual hace que el manuscrito provenzal que le da como el primer trovador conocido, se acerque algo á la verdad.

Debió llegar Marcabré á una edad avanzada, pues en una de sus poesías hay una alusión evidente á Alejo II, que subió al trono bizantino en 1180, siendo muy joven. «Un joven ha llegado á ser emperador por su riqueza,» dice:

Quan per aver es un gartz empeaire.

Más de cuarenta son las composiciones que de este trovador nos quedan, y por ellas se puede rastrear algo de su larga, laboriosa y agitada vida.

Debe, sin embargo, empezar por confesarse que algunas de sus poesías son verdaderamente ininteligibles, no tanto por los muchos errores de copia que debe haber en ellas, cuanto porque Marcabré parecía querer hacer consistir el gran mérito de una obra poética en el *trovar clus*. Tan al vivo llevó la práctica en algunas de sus obras, que han quedado cerradas á la inteligencia de espíritus tan elevados como Raynouard y F. Díez.

Como luego veremos, hay excepciones. No faltan poesías de Marcabré que se distinguen por su sencillez y claridad.

Contra la costumbre de los trovadores, Marcabré parece haber sido enemigo del bello sexo. En su lira no está la cuerda del amor. Al contrario, maldice de él en una de sus más notables poesías por cierto, que luego se publicará, y en ella dice categóricamente, haciendo ostentación y gala, que ni amó nunca á ninguna mujer ni de ninguna fué tampoco amado:

Que anc non amet neguna  
ni d' altra no fon amatz.

Se distingue en esto de los demás poetas de aquellos siglos, y es que Marcabré era un trovador esencialmente político.

Sus composiciones en general, son las de un hombre que se cree superior á los que le rodean, y si esto puede indicar un amor propio poco modesto ciertamente, también puede ser hijo del convencimiento de creer á la intelligen-



cia superior á la fuerza, que era el gran culto de aquella edad.

En algunas de ellas moraliza de una manera que hiere; en otras usa una libertad de lenguaje que ofende; en otras hace gala de un cinismo que repugna, pero algo hay en todo esto que merece achacarse á los vicios y costumbres de la época, más que á los de un autor que vale la pena de ser estudiado muy á fondo, que tiene alto criterio y superior talento, y que ni es digno de ser juzgado con ligereza, ni acreedor al desdén y á la saña con que es tratado por alguno.

Existe una *pastorela* de Marcabré que, teniendo todo el corte de una poesía galante, no lo es ni poco ni mucho. Dentro del género de las *pastorelas*, es una poesía verdaderamente original, como todas las de este autor, que es, entre los trovadores, el que tiene sello más marcado de originalidad.

Esta *pastorela* consta de doce estrofas, pero voy sólo á dar un fragmento de ella, suficiente para formar idea.

El trovador ve junto á una sabiná una pastora jovial y hermosa que, como hija de aldeana, llevaba capota, sayas y pieles, una camisa muy aseada, zapatos y medias de lana.

L' autr' ier just' una sebissa  
trobei pastora mestissa  
de jos et de son massissa.  
Si com filha de vilana,  
cap' e goncl' e pelissa,  
vest e camiza treslissa,  
sotlars e caussas de lana.

Dirígese á ella atravesando el valle y le dice:—Graciosa y encantadora joven, me da pena ver cómo os molesta el viento.—Señor, le contesta la villana, gracias á Dios y á mi nodriza me importa poco el viento, pues qué tengo alegría y salud.

Ves leis vau per la planissa:  
—Toza fi 'm reu, res faitissa,  
dol ai gran del ven que 'us fissa.  
—Senhor, so 'm dis la vilana,  
mercé Dieus e ma norissa



pauc m' o pretz si 'l ven m' erissa,  
qu' alegreta soy e sana.

Marcabré continúa y le dice que ella debe ser una aldeana bien educada, y que su padre debe haber sido un caballero que la habrá tenido en alguna dama de la ciudad, entregando después el fruto de sus amores á alguna familia campesina, pero á esto contesta con mucha oportunidad la joven:—«Señor, á todos los de mi linaje y familia, les veo ir y volver ocupados siempre en el trabajo y en la labor del campo, y por cierto, que tal caballero hay que debiera hacer lo que ellos, los seis días de la semana.»

Dom, tot mon linh e mon aire  
veu revenir e retraire  
al' resoig et a l' araire,  
senher, so 'm dit la villana:  
mas tal se fa cavalgaire,  
qu' altretal deuria faire  
los vi jonrs de la semana.

El poeta ofrece entonces su amor á la pastora é intenta requebrarla, pero ella le rechaza con aspereza, y el galán exclama:—«Muchacha, nunca ví con tan bello semblante otra más desdeñosa ni de corazón más duro.»

Toza, de vostra figura  
no vi outra plus tafura  
ni de son cor plus trefana.

A lo cual responde la pastora, que aquél que tiene aún un camino por delante, no debe detenerse, pues hay quien pierde el tiempo en la copia, mientras otro lo aprovecha en el original.

Dom, lonh avetz; no s' atura:  
que tal bad' en la penchura,  
qu' autre n' espera la mana.

## II.

Marcabré debió residir largo tiempo en Castilla, de cuyo monarca Alfonso VII hubo de ser familiar y protegido.

El reinado de Alfonso llamado *el Emperador*, fué de 1126 á 1157.

Todo induce á hacernos creer, que cuando el monarca castellano, de acuerdo con su cuñado el conde de Barcelona, proyectaba contra Almería la expedición que hubo de llevarse á cabo en 1147, se valió del trovador Marcabré para levantar el espíritu público entre los señores del Mediodía, á fin de que le ayudaran en su empresa contra los moros.

El poeta fué en esta ocasión un agente político de Castilla <sup>1</sup>.

Con el objeto dado de inducir á los barones de allende los Pirineos, sobre todo á los de Guiena y Poitou, á tomar parte en la cruzada concebida por Alfonso de Castilla y Ramón Berenguer de Barcelona, compuso Marcabré su canto llamado de la *Piscina*, nombre emblemático de la cruzada proyectada contra Almería, la cual, al decir del poeta, debía ser el *lavadero* donde quedarán limpios y lavados de culpas y pecados cuantos en ella tomaran parte.

Este canto del poeta, tan raro y original como vigoroso y levantado, es uno de los primeros en su clase que se conocen, pues sólo más tarde aparecieron los rudos y salvajes *serventesios* de Beltrán de Born. Si este canto es, como sospechase puede, la primera muestra y sin duda el modelo de los de su género, no queda duda entonces de que á Castilla pertenece la iniciativa de aprovechar la poesía provenzal y el canto de los trovadores como medio político de levantar el espíritu público en aquellos apartados tiempos.

Es indudable, basta para esto leerlo, que el canto de Marcabré fué escrito bajo la inspiración de Castilla y para ayudar sus corrientes políticas. Bien puede, por lo mismo, encontrarse en este canto el primero de los *serventesios* políticos, y el origen de este género de poesía entre los trovadores.

<sup>1</sup> Véase en el Discurso preliminar el capítulo referente á la poesía provenzal en Castilla y en León.

He aquí esta composición bajo muchos conceptos verdaderamente notable, debiendo advertir que, casi ininteligible en algunas partes, se ha procurado que la traducción guardase toda la posible fidelidad.

«ASÍ COMIENZA MARCABRÚ QUE FUÉ EL PRIMER  
TROVADOR QUE HUBO.

»Paz en nombre del Señor. Marcabré compuso la letra y el canto. Oid lo que dice. A la gracia del Señor celestial debemos que cerquita de nosotros haya una *Piscina* que nunca la hubo igual á excepción de Ultramar, allá hacia Josafat; y con esta de acá nos consuela.

»Lavarnos debiéramos de noche y de mañana, según es de razón y yo os afirmo. Todos tienen ocasión ahora de lavarse, y mientras que están sanos y salvos, debieran acudir á la *Piscina*, que es verdadera medicina para nosotros, pues si antes nos sorprende la muerte, caeremos desde lo alto en un profundo abismo.

»Pero la codicia y la incredulidad no quieren ser compañeras de la juventud. ¡Ay! ¡Cuánto dolor causa el ver que todos buscan los placeres por donde se va al infierno! Si no corremos á la *Piscina* antes de que se nos cierren los ojos y la boca, no habrá nadie, por grande orgullo que tenga, que no encuentre su castigo.

»El Señor, que sabe cuánto es, y todo cuanto ha de ser y fué, nos reclama con el honor y el nombre del emperador. ¿Y sabéis qué pureza será la de los que vayan á la *Piscina*? Pues más puros serán y más bellos que la estrella que guía las naves, con tal que venguen á Dios de las ofensas que se le hacen aquí y allá hácia Damasco.

»Cundió tanto el linaje de Caín, del primer hombre feñón, que ya aquí nadie honra á Dios: pero ahora vamos á ver quién le será amigo de corazón, pues con la virtud de la *Piscina* Jesús comunicará con nosotros y se convertirán aquellos que creen en agüeros y sortilegios.

»Los lujuriosos, que sólo disfrutan con la bebida, la comida y los placeres, caerán á mitad del camino y exhala-

rán fetidez, que Dios quiere probar en su *Piscina* á sanos y esforzados. Aquellos podrán quedarse en sus casas, pero hallarán quién de ella los arroje para vergüenza suya.

»En España, y aquí el marqués (el conde de Barcelona), y los del templo de Salomón, sufren el peso y la carga de los paganos soberbios, por lo cual la juventud coge men-guados lauros, y Cristo, por causa de esta *Piscina*, hará caer sus iras sobre aquellos poderosos caudillos, mengua-dos, degenerados, que no aman júbilo ni deporte.

»Desnaturalizados serán los franceses si reniegan de la causa de Dios, que bien sabe Antioquía cuál es su prez y valor. Aquí lloran Guiena y Poitou, Señor Dios, junto á tu *Piscina*. Da paz al alma del conde y sea guarda de Poitou y de Niort el Señor que resucitó del sepulcro.

## ASSI COMENSA MARCABRÚ

QUI FO LO PREMIER TROVADOR QUE ANC FOS.

Pax in nómine Domini.  
Fes Marcabrus los mos e 'l so;  
auiatz que di:  
Cum nos á fatz per sa donsor  
lo Segnorius celestiaus  
propet de nos un LAVADOR,  
c' anc for outramar non fon taus,  
endelai envés Josaphat,  
e d' aquest de sai nos conort.  
Lavar de ser e de maiti  
nos deuriam segon razó.  
Je-us o affi.

Chascuns a del levar legor,  
de mentre qu' el es sas e saus,  
deuria anar al LAVADOR  
que-ns es verais medicinaus,  
que s' abans anem a la mort  
d' aut e saus aurem alberch bas.

Mas escarsedatz e no fes  
par ioven de son compaignon.

¡Ai cals dols es  
que tuich volon lai li pluzor  
don lo gazaings es efernaus!  
s' ans no correm al LAVADOR  
c' aiam la boca ni 'ls oills claus,  
non i a un d' orgoil tan gras  
c' al morir non trob contrafort.

Qu' el Séigner que sab tot cant es  
e sap tot quant er e c' anc fo  
nos a promés

l' onor e nom d' emperador,  
e çill beutatç será sabés caus  
que cill qu' iran al LAVADOR  
plus que l' estella guazignaús,  
ab que vengen Dieu del tort  
que il fan sai lai ves Domás.

Probet del linatge Cai  
del primeiran home felló  
atan aici

c' us a Dieu no porta honor;  
veirem qui l' er amic coraus  
c' ab la vertut del LAVADOR,  
nos será Ihesús comunaus  
e tornatz los garsós atras  
qu' en agur crédon et en sor

E ill luxoriús corna-ví  
coita-diznar, buffa-tizó  
crup en camí  
remanran e feran pudor  
e Dieu vol los arditç e' ls sans  
assaiar a son LAVADOR;  
e cill gaitaran los ostaús;  
e trobaran fort contrafort  
per so qu' en a lor onta' ls chas.

En Espaign', e sai lo marqués  
e cill del temple Salomó  
sófron lo pes

e' l fais del orgoill paianor,  
por que iovens cuoill avol laus,  
e Crist per aquest LAVADOR  
venra sobr' els plus ric captaus  
fraic, faillit, de proesa las,  
que non amo joi ni deport.

Desnaturat son li francés  
si del afar Dieu dizon no  
qu' en sai cum es  
Antiochia pres e valor.  
Sai plora Guian e Peitaus,  
Dieu Seigner, al tieu LAVADOR.  
L' arma del comte met' en paus  
e sai gart Peitieus e Niort  
lo Seigner qui resors del vas.

Los países de Gascuña y Poitou, permanecieron sordos al canto del trovador, quien se encaminó entonces á Castilla, según se desprende de un nuevo *serventesio* político que dirigió al monarca castellano y á los pueblos de España.

En este nuevo canto, Marcabré se muestra descontento de los barones que al otro lado de los Pirineos permanecieron sordos á su voz; les acusa de codicia, envidia y mollicie, é incita al emperador á continuar sus empresas, y á acabar con los almoravides, diciéndole que es el escogido de Dios para vengarle del linaje de Faraón.

Dice así:

«Emperador, por mí propio he podido juzgar de cuanto crece vuestra proeza, pues que no he sido tardo en venir, y veo que el júbilo os anima y aumenta vuestra prez, y que la juventud os conserva fresco y lozano dispuesto á emplear vuestro valor.

»Pues que el Hijo de Dios os escoge para vengarle del linaje de Faraón, mucho debéis alegraros de ello. Allende los puertos, faltan los barones de más altura y más riquezas. ¡Así Dios no les deje gozar de ellas!

»Pero puesto que entre los de acá hay los bastantes para su España y el sepulcro, poco os debe importar, y debéis rechazar á los sarracenos, y humillar su orgullo, que Dios estará con vos y os ayudará.

»A los almoravides, les alegra la conducta de los barones de allá de los puertos, quienes están urdiendo una tela de envidias y de engaños, aguardando cada uno la muerte del otro para despojarle.

»Pero también quedarán deshonorados los ricos de allá, que aman el descanso y el abrigo, el muelle yacer y el suave dormir, mientras que aquí nosotros, según lo que se predica, conquistaremos por gracia de Dios, honores, hacienda y mérito.

»Demasiado se ocupan de sí mismos y de sus riquezas, aquellos que no tienen vergüenza, y yo les digo que de seguro les sacarán un día de sus palacios con la cabeza atrás y los piés delante.

»Marcabré casi se desespera cuando ve á la juventud faltar á su deber por afán de riqueza, y aquel que más dado es á atesorar, cuando llegue su último bostezo verá que mil marcos no le valen más que un ajo, y la muerte le llenará de hedor.



»Con el esfuerzo de Portugal, y también con el del rey de Navarra, con solo que Barcelona se vuelva hacia la imperial Toledo, seguros podremos gritar ¡Real! y derrotar la gente pagana.

»A no venir tan crecidos los ríos, mal les iría á los almoravides, y bien pudiéramos asegurárselo; pero si aguardan la vuelta de los calores, y el poderío de Castilla, haremos palidecer á los cordobeses.

»Pues que Francia, Poitou y Berry obedecen á un solo señorío, vengan aquí á tributar á Dios su feudo, que yo no sé por qué vive un príncipe si no está dispuesto á cumplir con Dios y con su feudo.»

Por el texto de esta poesía quedan demostradas tres cosas:

La primera, que el autor la escribió estando en Castilla.

La segunda, que es anterior á la conquista de Almería, pues se lamenta de la frialdad con que los barones de más allá de los montes han recibido la cruzada, é incita á Alfonso á llevarla á cabo con el solo apoyo de los suyos y el de Barcelona, Navarra y Portugal. Este último, que estaba comprometido para la empresa, faltó sin embargo, siendo evidente por lo mismo que Marcabré escribió su poesía cuando se contaba con su auxilio, lo propio que con el del barcelonés y del navarro, que lo prestaron en efecto.

La tercera es que hablándose en esta composición de los almoravides, cuya dinastía terminó en 1149 derribada por la de los almohades, desaparecen y caen por su base cuantos argumentos se han hecho para demostrar que Marcabré vivía en tiempos de D. Alfonso X.

La empresa contra Almería se llevó á cabo en 1147, según queda dicho, y el éxito más satisfactorio coronó los esfuerzos del monarca castellano y del conde barcelonés. Nuestro poeta debió formar parte de la expedición, y continuar luego en Castilla ó regresar á ella más tarde, y hasta vivir en ella largas temporadas, pues se le ve afecto á las cosas de estos reinos, gozando del favor y protección de sus monarcas.



Forzosamente debía Marcabré ser de muy avanzada edad cuando se ocupó en otra poesía de un Alfonso de Aragón, de otro de León y del conde de Poitiers. Hubo de ser escrita esta poesía, por los sucesos á que hace referencia, después de 1180, siendo los personajes á que se refiere, Alfonso II de Aragón *el Casto*, Alfonso VIII *el de las Navas* y Ricardo *Corazón de León*, rey de Inglaterra, conde entonces de Poitiers.

En esta composición, que pertenece al número de las difíciles de comprender entre las de este autor, ensalza al conde Poitiers,

Coms de Peiteus vostra pretz s' assegura,

y habla muy confusamente de la intervención de Alfonso el aragonés en las cosas de Provenza, pero dice con gran claridad, que si este Alfonso se mantiene reservado y retraído, conoce en cambio en León á uno que es gentil, franco con oportunidad, cortés y dadivoso.

S' aquest N' Anfós fai contenensa para,  
ni envas mi fai semblan de frachura,  
lai, ves Leõ, en sai un de bon aire,  
franc de sazõ, cortés e larc donaire.

### III.

Difíciles son de comprender, y mucho más de traducir, ciertas composiciones políticas de Marcabré, pues sobre ser referentes á sucesos particulares de aquellos tiempos, sólo confusamente llegados hasta nosotros, deben indudablemente estar plagadas de errores de copia que trastornan por completo el sentido y la idea del autor.

Hay entre estas composiciones, sin embargo, una que no sólo es clara y perfectamente traducible, sino que es verdaderamente notable, muy original y muy intencionada. Se refiere, sin duda de ninguna clase, á la célebre y funesta cruzada emprendida por Luis VII de Francia, el primer marido de Leonor de Aquitania, y la idea del au-

tor no puede ser más transparente, aunque velada con exquisita delicadeza y con superior talento.

Dice así:

«Cabe la fuente del jardín, allí de donde se escapa el arroyo que se abre paso por la pradera, á la sombra de un árbol frondoso que se adorna con hermosas flores y es nido de cantadoras aves, encontré sentada y solitaria á aquella que un día se negó á mis instancias.

»Era una gentil damisela hija de un noble barón. Creí que estaba entretenida en oír el canto de los pájaros y en recrear su vista con las flores que señalan la llegada de la dulce estación, pero luego reconocí que era otra la causa, al observar que no atendía á mi presencia.

»Las lágrimas de sus ojos se mezclaban con las aguas de la fuente; su corazón estallaba en suspiros, y decía: «Oh Jesús, rey del mundo, vos sois el que tales dolores me envía y el que es causa de que mi alma se haga pedazos, pues que para serviros parten los mejores del mundo, y esto os agrada.

»Por vos ha partido mi dulce y gentil amigo, mi noble y valiente caballero, dejándome sólo profunda tristeza, amargo llanto y ardientes deseos de volverle á ver. ¡Ah! ¡maldito sea el rey Luis, cuyo llamamiento ha hecho que nuestros nobles partiesen y que el dolor viniera á echar raíces en mi corazón!»

Oyendo yo estos lamentos, me acerqué á ella. «Mi gentil amiga, le dije, lágrimas muy amargas corren por vuestras mejillas y roban vuestros colores. ¿Por qué entregaros á tal desesperación? Aquel que torna la vida y el perfume á las flores, puede también tornaros la dicha.»

—«Señor, respondió ella, quiero creer que Dios tendrá piedad de mí en la otra vida, pues á más grandes pecadores perdona, pero me roba mi alegría y mi dicha. ¡Ay! aquel que pudo abandonarme así, no debía quererme mucho!»

Al lado de esta bellísima y delicada composición, Marcabré tiene otras que asombran por su realismo y por su desnudez, por la rudeza de su forma, por la amargura de su fondo, y algunas hasta por la obscenidad de sus palabras.

Las poesías á que me refiero son de un género especial, tienen un carácter propio y se apartan de las demás composiciones trovadorescas. No parece sino que Marcabré, á más de fijar en ellas su nombre, ha querido imprimir su sello.

No dice todo lo que se le antoja, pero dice todo lo que siente, y lo dice con toda la rudeza y también con toda la desnudez de la frase. Presenta el cuadro sin tratar de embellecerlo, sin buscarle forma ni color, sin velo ni reticencias, sin rodeos de ninguna clase. Llama á las cosas por su nombre, pinta los vicios en toda su deformidad, y los condena con la misma aspereza con que los presenta. No parece sino que Marcabré escribió estas poesías como pintaba el Greco, á brochazos.

Una de estas composiciones la consagra á manifestar que ha visto nacer un árbol gigantesco, el cual extiende sus ramas y follaje por todo el mundo, en todas las direcciones, pasando por encima de los montes y alcanzando á todos los países. Es el árbol de la maldad, de tan hondas y extraordinarias raíces, que no es posible derribarle, viéndose á príncipes y reyes, condes y almirantes, damas y caballeros, señores y vasallos, abrazarse á este árbol y colgarse de él tan estrechamente como si fuera el árbol de la vida.

Totz lo regles es encombratz  
per un albre qu' i es nascutz...

En otra poesía exclama:

«El mundo entero está entregado al mal, y el ejemplo procede de los príncipes. Sus larguezas son para los malvados. Derecho y justicia no tienen razón de ser, puesto que el dinero eleva á los hombres más viles hasta los primeros puestos. Los señores, siendo aconsejados por gente sin honra, son embusteros, fanfarrones, libertinos y malvados. Encierran á sus mujeres y confían cándidamente su guarda á esos villanos, y sus hijos participan de la naturaleza y de las inclinaciones de éstos.

»Los trovadores son esclavos de la adulación, las muje-

res han perdido la vergüenza, y sólo reina la licencia. En otros tiempos era para los maridos una grande pena la de ver á extraños en su nido, pero hoy se regocijan de esto. En otros tiempos, no se vanagloriaba nadie de sus buenas fortunas; hoy se hace gala de ello con imprudencia. Los casados se ponen cuernos unos á otros, y hay quien cree guardar mucho á su mujer mientras se entiende con la de otro, sin saber que el otro hace lo mismo con la suya.

»Por cada mil hombres honrados que antes había, apenas si hoy queda uno tan solo. Buscando entre todos, grandes y pequeños, no se encuentra uno solo que quiera dar un auxilio á los pobres y á los huérfanos.»

He aquí cómo se expresa en una de sus composiciones acerca de los amores fáciles, y qué pintura tan al vivo hace de las cortesanas:

«Hay falsas y ardientes mujeres que venden á cualquier hombre que se fía de ellas, burlándose de los insensatos que se dejan prender en el lazo de sus sonrisas. Ya Salomón dijo de esas mujeres que al principio son dulces como la miel y amargas luego como el acíbar.

»Arruinan al hombre más rico, y después de haberle despojado le abandonan y se mofan de él. Gracias aún que á este precio pueda desembarazarse de ellas. Hacen muchos halagos á aquellos que quieren despojar, y les despiden cuando los han hundido en la miseria.

»Al propio tiempo que tan fáciles son con otros, se hacen las hipócritas con éstos, para venderse á más alto precio. No hay más que mentira en amor. El dinero lo lleva por donde quiere, y por dinero se deja á los más honrados para entregarse á los más viles.

»Si no tenéis dinero, guardaos de enamoraros. ¡Amor maldito, que te has hecho comerciante, véte al diablo!»

Pero, con respecto al amor, Marcabré tiene una poesía de un genero raro, que á ninguna se parece, que lleva su sello distintivo, su marca de fábrica, y que es necesario traducir palabra por palabra y verso á verso para dejarle su sabor de originalidad.

Dice así:

Hambre, mortandad y guerra  
no hacen tanto mal en el mundo,  
como Amor aliado con la astucia.

Oid!

Cuando os verá en el sepulcro,  
ni siquiera se humedecerán sus ojos.

Yo os diré las astucias de Amor:  
á uno le mira, al otro le guiña,  
á éste le besa, á aquél le halaga!

Oid!

Os parecerá un fuego ardiente  
por poco que á él os acerquéis.

El amor es como la chispa  
que, prendiendo á la mecha,  
lleva tras de sí el incendio.

Oid!

No sabe á dónde escapar  
aquel que se halla envuelto en fuego.

Antes Amor era derecho;  
hoy anda torcido y cojo,  
y ha tomado tal costumbre,

oid!

que allí donde no muerde, lame  
con más aspereza que un gato.

Quien se alía con Amor  
se une al diablo.

No há menester más palo que lo azote.

Oid!

No siente más que aquel que se rasca  
hasta despellejarse vivo.

¡Creéis vosotros que no conozco  
si Amor está ciego, ó tuerto?

Sus palabras son dulces y melosas,  
oid!

pica más ligeramente que una mosca;  
pero no hay herida más difícil de sanar.

Marcabré, el hijo de dama Bruna,  
fué engendrado en tal luna  
que sabe de amor lo que nadie,

oid!

y sin embargo ni amó á ninguna  
ni de ninguna fué amado.

Fams ni mortaldatz ni guerra  
no fai tan de mal en terra  
com Amors qu' ad engan serra.

Escoutatz!

Quan vos veirá en la bera,  
no será sos huelhs mulhatz...

.....

He aquí, por fin, y siempre en su género característico,

una poesía que, por parte del autor de la *Sátira provenzal*, y del mismo Millot, ha sido objeto de amargas y crueles censuras, á causa sin duda de haber tomado al pié de la letra y en sentido recto lo que dice el autor, cuando, si no me engaño, debe tomarse en sentido figurado.

En efecto, la composición es una sátira sangrienta y una amarga y continuada ironía. El poeta dice de qué modo vive y obra, pero por poco que se fije la atención, se comprenderá que lo que quiere decir es de qué modo viven y obran los demás. La cosa parece tan clara, que no se comprende cómo aquellos autores distinguidos han podido tomar como personal, como retrato del autor, como cínica confesión de sus ideas lo que evidentemente es una enérgica censura de los hombres de su tiempo.

Dice así:

«Gracias doy á Dios y á San Andrés, de haberme dotado con más buen sentido que á los demás, y esto que digo voy á probarlo.

»Yo no soy de aquellos á quienes fácilmente se engaña. Como el pan del loco, que es caliente y sabroso, mientras aguardo á que esté cocido el mío, é ínterin dura, doy á quién me lo ofrece pruebas de una amistad inalterable, pero me burlo de él tan pronto como lo he comido.

»Nadie me aventaja en el combate Bretón (la lucha cuerpo á cuerpo) y en la esgrima, pues me ingenio de manera que doy sin recibir, y sé herir sin que me hieran.

»Cazo cuando quiero en las propiedades ajenas, y cuido de que nadie lo haga en las mías. Los perros de los demás, son los que cazan para mí.

»Tengo á mano toda clase de artificios y recursos ingeniosos. Por un lado atizo el fuego, por otro llevo el agua para apagarlo. Así es como quiero vivir y morir...

»Mi feudo está bien situado y defendido, lo tengo con buenas empalizadas, de tal manera que es inexpugnable.»

Evidentemente en esta poesía el autor se propuso asumir como propios, haciendo que la censura resaltase de la alabanza, los vicios y defectos de los demás.

A mi juicio, cosa es esta que salta á la vista.



## MARÍA DE VENTADORN.

En los artículos referentes á Gancelmo Faidit y Guido de Visel, se ha hablado extensamente de esta dama, que trovaba también, y que en las *Vidas de los trovadores* tiene consagrados unos párrafos, que prefiero traducir al pié de la letra para dejarles todo su sello característico.

«Ya habéis oído hablar de María de Ventadorn, que fué la dama más estimada que hubo jamás en el Lemosín, aquella que hizo más bien y que mejor supo preservarse de mal. Ayudóla siempre en todo su buen sentido, y nunca sus pasiones la empujaron á hacer ninguna locura. Dios la había honrado con gentil presencia y agudo ingenio.

»Guido de Visel había sido desdichado con su dama, según ya sabéis por su canción que dice:

Si be 'm partetz, mala domna, de vos...

y á causa de esto vivía sumido en el dolor y en la tristeza. Hacía ya mucho tiempo que no cantaba ni trovaba, lo cual afligía mucho á todas las bellas damas de la comarca, y más que á ninguna á María, porque Guido de Visel la encomiaba en todas sus canciones. El conde de la Marca, aquel á quien llamaban Hugo, era su caballero, habiéndole ella otorgado tanto honor y amor como puede otorgar una dama á un caballero. Cierta día que andaba él agasajándola, surgió entre ambos una riña á consecuencia de pretender el conde que todo amante verdadero, después de merecer el amor de su dama y haberle aceptado ésta por caballero y amigo, siendo leal y fiel, debía tener tanto dominio y mando en ella como ella en él. María, por lo contrario, sostenía que el amigo no debe tener so-



bre su dama dominio ni mando alguno. Hallábase entonces Guido de Visel en la corte de María de Ventadorn, y ésta, para obligarle á trovar, le retó por medio de una *tensión*, presentándole el caso de si el amigo debía ejercer sobre su dama tanto dominio como ella sobre él.»

A esto se reduce lo que de la dama de Ventadorn dice el manuscrito provenzal que trata de los trovadores.

Para conocer la *tensión* á que hace referencia, y para saber otras particularidades relativas á esta dama galante, puede acudir el lector á los artículos de Gancelmo Faidit y Guido de Visel.

## MATFRE ERMENGAUT.

## I.

*Maitre* Ermengaud le llamaron algunos, confundiendo el *maitre* con el *Matfre*, lo cual es facilísimo tratándose de los manuscritos de aquella época; pero no era *maitre*, es decir, maestro Ermengaud, sino Manfredo Ermen-gaud.

Oriundo de Beziers, según el mismo dice en su *Breviario de amor*, ha sido colocado por Gabriel Azais en el ciclo de los trovadores de Beziers, habiendo recogido relativamente á él cuantas noticias pueden estar al alcance de un pertinaz, inteligente y laborioso investigador, dotes que caracterizan al Sr. Azais.

De las investigaciones hechas por éste, parece resultar que Manfredo, después de haber llevado por algún tiempo la vida libre del trovador, acabó por hacerse fraile entrando en la orden de menores, despidiéndose con esto del siglo y de las letras.

Antes de esto, Manfredo se llamaba á sí propio *señor de leyes y sirviente de amor*.

Matfres Ermengaus de Beziers,  
senher en leys et d' amor sers.

Floreció á últimos y no principios del siglo XIII, y existe algún dato para creer que vivía aún en 1322. No quedan de él más que dos poesías y su voluminosa enciclopedia titulada *Breviari d' amor* que por confesión propia comenzó en 1288 y en la cual seguía trabajando todavía al cabo de un año.

Nada más se ha podido averiguar con relación á este trovador, que parece haber pertenecido al grupo de aquellos poetas escolásticos que figuraron en el periodo de la decadencia de los trovadores. No brilla ciertamente Manfredo Ermengaud por su ingenio superior ni por el elevado espíritu que abría ancho campo y alto vuelo á la imaginación de los trovadores; al contrario, es difuso, también oscuro, y de sobra escolástico; pero tiene grandes dotes y cualidades y una circunstancia existe que basta y bastaría á darla nombre: la duda de que Dante pudiera haber hallado en el *Breviario de amor* la idea generatriz de su *Divina Comedia*.

No lo cree así Gabriel Azais, que ha hecho del *Breviario de amor* un estudio profundo y completo en la eruditísima introducción que precede á aquella obra comenzada á publicar por la Sociedad Arqueológica de Beziers; pero aún cuando es muy de atender, por autorizada, la opinión respetable de Azais, algo hay en el *Breviario de amor* que puede dar fuerza á la opinión de los que creen, en efecto, que Dante tuvo presente al escribir su obra inmortal la vasta enciclopedia del modesto trovador de Beziers. De todos modos, singular es que el mismo Azais encuentre á cada paso, en fondo y en detalles, puntos de semejanza entre el poema provenzal y el italiano; que tenga que comentar la obra de Manfredo con frecuentes citas del Dante, y que se avenga á confesar que uno y otro, el gran poeta y el oscuro trovador, pudieron acaso coincidir en arrancar su idea y su inspiración de un mismo origen, de alguna leyenda á sus obras anterior y á la posteridad desconocida.

De las dos poesías sueltas que de Manfredo Ermengaud nos quedan, la una es un *serventesio* político; la otra una canción de amor, escritas ambas, sin duda alguna, como de ellas mismas se desprende, antes de que el poeta entrara en religión.

Su canción tiene algo de oscuro y de metafísico, y parece obedecer á la idea que le hizo crear el *Árbol de amor* en su *Breviario*. En esta poesía de Manfredo Ermengaud no se halla ya aquella espontaneidad, aquella riqueza de

imágenes, aquella pasión, ni tampoco aquella elocuente sencillez de los antiguos trovadores.

Júzguese si no.

«El derecho natural del que nace Amor, exige que se devuelva bien por bien á aquel de quien se reciben bienes, y así es como el amor se inflama recompensando y agradeciendo. Por esto es de razón que se acepte la buena voluntad como suficiente beneficio y galardón de aquél que nada puede dar ni recompensar de otra manera.

»Justo es, pues, que yo acepte, agradeciéndolo con toda el alma, los bienes, los goces, las ofrendas y placeres que Amor me da. Amor quiere, Amor pide, Amor exige, Amor manda que yo sirva con fino corazón á la dama, la más complaciente de amor y la más gentil, entre todas las que llevan collar al cuello y velo ó guirnalda en la cabeza.

»¡Dios! Muy grande honra me hace Amor, y yo se lo agradezco, cuando le place ocuparse de mí y escogerme por amigo, y esto sin voluntad pérfida y por un amor conveniente. No creo que se lo reproche mi dama, de quien me hace oferta, cuando ella me conozca á fondo; antes bien se lo agradecerá mucho más que si le dieran mil marcos de renta.

»Los placeres sin contradicción, y los bienes y goces de amor, yo lo atestiguo, son más que las penas y los tormentos. Desde que estoy sometido á su imperio, he tenido tantos y tan grandes placeres que hacer pudiera una leyenda, pero mayores los espero aún, y me place esperar, pues no quiero tener luego que alcanzar perdón por lo que á deshonor pudiera imputárseme.

»Es de razón que alabe yo á Amor siempre, y con buena voluntad, y que gaste buenamente en servirle mi juventud toda, pues que se ha apresurado á ofrecerme todo lo que yo anhelaba, y no creo que pueda ser más benéfico con otros de lo que fué conmigo. Por esto me entrego á él á discreción, y grandes razones tengo para ello. Quiera Dios que no acabe por venderme.

»Ruego á Amor y á mi dama que acepten mi canción, y censúreme luego quien quiera.»

Vamos ahora á la otra poesía de Manfredo, que he calificado de *serventesio* político.

Es una sátira dura contra el clero, los grandes señores y los encargados de administrar justicia, pero principalmente contra el primero. Parece revivir en ella el espíritu de los albigenses y de los antiguos trovadores, y más de una vez, andando el tiempo, el fraile franciscano debió recordar el *serventesio* del trovador Manfredo.

«Es ya tiempo, dice, de que dé expansión á mi sentimiento y reprenda tanta maldad y dolo como veo por todas partes.» La maldad del clero sobre todo es tan grande para el poeta, «que pudiera hacer una leyenda,» dice valiéndose de la misma frase que en la anterior poesía se le ocurrió para demostrar lo sumo de sus goces de amor.

El trovador acusa al clero de negociar y traficar con todo, de vender hasta los santos sacramentos, de atesorar riquezas, de entregarse por completo á la buena vida y descuidar la caridad. También la emprende contra los grandes señores que oprimen á sus vasallos y contra los jueces que tuercen la justicia.

Termina su *serventesio* con el consejo de Salomón dirigido á que los hombres abandonen el camino del mal para seguir el del bien y el de la virtud.

## II.

La obra de Manfredo Ermengaud verdaderamente importante es su *Breviario de amor*, uno de los más curiosos trabajos enciclopédicos compuestos en Provenza á fines del siglo XIII.

Insiguiendo el buen ejemplo de la Academia de Juegos Florales de Tolosa, que en 1841 publicó *Las Flors del gay saber ó las leys d' amor*, la Sociedad Arqueológica de Beziers ha emprendido la publicación del *Breviari d' amor*, de que ha dado ya á luz el primer tomo y parte del segundo, con una introducción de M. Gabriel Azais, escrita con gran detenimiento y conciencia.

El *Breviario de amor* pasa de treinta mil versos, y es seguido de una especie de continuación, ampliación ó segunda parte, que el autor titula: «El peligroso tratado de amor de las damas, según de él se han ocupado los antiguos trovadores en sus canciones.» (*Lo perillhós tractat d' amor de donas, segon que han tractat li antic trovador en lors cansós.*)

El poeta principia su obra dando á conocer su nombre, su intento y el año en que la principió:

El nom de Dieu, nostre Senhor,  
 que 's fons e paires d' amor,  
 et es senes comensemén,  
 e ses fi será yssamen,  
 e l' Escripura, per aissó,  
 l' apela el Alpha e 'l O  
 que 's en substancia unitatz  
 et en persona trinitatz,  
*Matfres Ermengaud de Besers,*  
 senher en leys d' amor sers,  
 e non solamen sers d' amor,  
 mas de tot fizel aymador,  
 en l' an que som, ses falhensa,  
 contava de la naissensa  
 de Jesu Crist M. e CC.  
 LXXXVIII. ses may ses mens,  
 domentre qu' als no fazia  
 comenset lo primer dia  
 de primavera, sus l' albor,  
 aquest *Breviari d' Amor,*  
 per declarar las figuras  
 de l' Albre d' Amor escuras,  
 le qual el mezeis compilet  
 aissi com Deus lo y ministret.

La obra de Manfredo Ermengaud comienza por una exposición alegórica que llama *el árbol de amor*. En lo alto está Dios en un círculo teniendo á sus piés á la Naturaleza establecida para regir á todas las criaturas.

La Naturaleza, personificada por el autor, tiene dos hijas, que tienen por cierto singulares nombres, pues que se llaman el *Derecho natural* la una y el *Derecho de gentes* la segunda. La primera inspira al hombre lo propio que á los animales el amor físico y el de la procreación; la segunda introduce en el corazón del hombre solamente el amor de Dios y del prójimo.



Al pié del árbol simbólico están las cuatro especies de Amor, vuelta la cara hacia el círculo superior donde resplandece la divinidad, objeto de adoración de todas las criaturas, y tendiendo á coger los frutos del Árbol que representan los bienes propios de cada una de las especies de Amor. El fruto del amor de Dios y del prójimo es la vida eterna, el fruto de los bienes temporales es el placer que procuran, los hijos son los frutos del amor físico y la dicha el fruto del amor de los hijos.

También las hojas y las flores tienen una significación particular. Las primeras representan la vida contemplativa, y las segundas, por ser productoras de frutos, la vida activa.

Entra luego el autor á establecer varias alegorías, en las cuales no puede menos de notarse singulares coincidencias, dígase lo que se quiera, con la *Divina Comedia*; se ocupa á seguida de Dios como principio y fuente de todo amor, de la trinidad de las personas divinas y de la unidad de su naturaleza, y acaba por definir la Naturaleza, que ocupa el segundo círculo del árbol de Amor.

Siguiendo luego Manfredo el hilo de su idea, á la que es preciso confesar que procura dar toda la claridad posible en medio del laberinto teológico y metafísico en que se interna, habla de las jerarquías de los ángeles y de los demonios, de la naturaleza del cielo y de la tierra, del derecho natural y del de gentes, del amor de Dios, del juicio final, cuyo cuadro traza con colores sombríos y con detalles en que hay mucho parecido con el *Infierno* de Dante, y, por fin, entra en una serie de cuadros satíricos en que la sociedad, dividida por clases, se presenta á recibir los anatemas y las iras del poeta.

Podrá no haber imitado Dante este pasaje del trovador de Beziers, pero es un pasaje verdaderamente dantesco. El poeta convoca á los réprobos de todas las clases y jerarquías sociales, de todas las castas privilegiadas ó desheredadas, altos y bajos, señores y súbditos, para oír el juicio que contra ellos fulmina, juicio severo y anatema terrible que Manfredo lanza sobre ellos en nombre de Dios,



de la moral eterna, de la virtud, del honor y de la conciencia.

Así hace que pasen por delante de los lectores y en no interrumpida procesión, yendo á buscar el eterno castigo:

Los emperadores, reyes, príncipes y señores feudales, aquellos que tuercen la justicia en su favor; que arruinan y oprimen á sus vasallos; que sostienen á ministros malvados para aprovecharse del fruto de sus maldades; que llegan hasta el asesinato para heredar los bienes de la víctima; que sentencian á muerte al infeliz que roba un leño mientras ellos se apoderan injustamente de las tierras de sus vecinos; que con gabelas, usajes, derechos de peaje y refundición de monedas sumergen en la indigencia á sus vasallos; que tienen, en fin, manchada su conciencia con toda clase de vicios y delitos;

Los pequeños barones y caballeros que para satisfacer sus prodigalidades piden prestados á sus súbditos dineros ó géneros que no devuelven jamás, que se perjuran más á menudo que una cortesana, y que por un salario miserable siguen la bandera de un señor que hace una guerra injusta, haciéndose cómplices en sus robos, incendios y saqueos;

Los clérigos, á quienes no hay por cierto necesidad de decirles cuántos son los pecados que les deshonoran y de que deben purgar su conciencia;

Los médicos que se felicitan de las enfermedades de sus clientes y las prolongan para sacar mayor lucro, y que obligan al boticario á darles parte del beneficio que le producen sus medicamentos falsificados é inútiles casi siempre.

Los villanos enriquecidos y ávidos de distinciones, que disipan en juego y en fiestas el fruto del trabajo abandonado por un necio y criminal orgullo.

Los negociantes y mercaderes que son culpables de fraudes, exacciones, usuras, acaparamientos, mentiras, estafas y perjurios.

Los tutores y administradores que abusan de su cargo para enriquecerse.

Los obreros y jornaleros que se coaligan para hacer aumentar su salario.

Los agricultores y aldeanos que ocultan sus cosechas para no pagar los diezmos al clero y los derechos al señor; los mesoneros que saquean al pobre viajante; los jugadores para quienes todo es lícito; y por fin, después de muchos otros, los juglares de quienes el autor maldice con viril energía <sup>1</sup>.

No quedan tampoco olvidadas las mujeres en ese anátoma general, lanzado por el poeta contra todas las clases, y en ese cuadro que encierra de seguro las páginas más curiosas de su largo poema, á causa principalmente de las numerosas observaciones que hace sobre los usos y costumbres de la sociedad del siglo XIII.

La sátira contra las mujeres es la última; traza un cuadro completo de su vida, y basta decir que las acusa de cometer habitualmente los siete pecados mortales, entrando por cierto en curiosos y singulares detalles que son de gran precio para la historia de costumbres.

El *Pevilhós tractat* que forma una parte del *Breviario*, y que á la hora en que se escriben estas líneas permanece inédito, pues aún no lo ha dado á luz la Sociedad Arqueológica de Beziers, merece también ser estudiado detenidamente.

Esta parte es quizá más importante que el resto de la obra, pues sobre darnos noticia de trovadores desconocidos y restablecer y rectificar textos de poesías erróneamente vertidas y datos biográficos equivocados, es interesante bajo muchos conceptos para la historia de las letras y de las costumbres.

Otra observación hay que hacer, observación que aventuro con recelo por ser el primero en hacerla, y que se me ocurrió cuando tuve á la vista un manuscrito incompleto de esta obra, que circunstancias particulares me obligaron á examinar muy á la ligera en la Biblioteca de París.

Si puede haber duda respecto á ser el *Breviario de amor* la obra en que Dante halló la inspiración para su *Divina*

<sup>1</sup> Véase en el Discurso preliminar, artículo *De los juglares*, lo que de éstos dice el *Breviario de amor*.

*Comedia*, en el *Perilhós tractat* se halla de seguro el modelo que ha dado origen al *Conort* de Francisco Ferrer que se halla en el Cancionero de París, al certamen ó controversia de poetas que yo mismo copié del Cancionero de Zaragoza, continuándolo en mi *Historia de Cataluña*, original de Pedro Torrella, y á otras obras de este género, que tuvieron gran predilección entre los poetas del siglo xv.

En el *Perilhós tractat*, Manfredo, que por lo visto se consideraba maestro en materias de amor y de galantería, es interrogado por los trovadores que llegan á consultarle, reconociendo en él un mérito superior, pues no le encuentran igual entre ellos.

Entre nos no us trobem parelh.

Para corresponder á sus deseos y satisfacer sus dudas, es por lo que Manfredo se decide á componer su *Perilhós tractat*, cuyos primeros versos dicen así:

«Los trovadores han cantado á menudo el amor natural, para decir de él mucho bien los unos y los otros mucho mal. Pero como estos últimos han esparcido un grave error, yo, amante verdadero, me creo obligado á rectificar sus yerros: por esto quiero, en forma de controversia y para averiguar mejor la verdad, repetir lo que han dicho, y refutar las mentiras de unos trovadores con los asertos de otros. Así enseñaré cuántos bienes puede reportar del amor el que ama con lealfad.»

Manfredo mira el amor como un sentimiento moral, y con su *Tratado* se dispone á probar, apoyándose en los dichos de poetas célebres, que sin el amor no hay pro, ni rectitud, ni valor, ni largueza, ni cortesía, ni caballería.

El apologista del amor acude, para demostrar su tesis, á citas de un gran número de trovadores, entre los cuales se encuentra un hermano suyo, Pedro Ermengaud, Aimeric de Belenoi, Cadenet, Alberto de Puicibot, Aimeric de Peguilhá, Pedro Vidal, Folquet de Marsella, Marcabrú, Aimeric de Sarlat, Arnaldo de Marveil, Azemar de Rocaficha, Bernardo de la Font, Bernardo de Prades, Bernardo de Ven-

tadorn, Bernardo Martín, Berenguer de Palasol, Bruet de Ródez, Guillermo de Bergadá, Guillermo Magret, Guillermo de Cabestany, Guillermo de Busignac, Guillermo de Sant-Didier, Guillermo Azemar, Giraldo de España, Giraldo de Quintignac, Garín Le Brun, Hugo de la Bachaleria, Godofredo Rudel, Guillermo de Montagnagut, Pons de Capdueil, Pedro Ramón, Perdigó, Pedro de Cols, Peyrols, Pedro Cardinal, Pedro Roger, Pistoleta, Ramón Jordá, Rigaldo de Berbesil, y el trovare Tibaldo, conde de Champagne y rey de Navarra.

Las citaciones son abundantes y las coplas transcritas de cada trovador numerosas, pues sólo de Bernardo de Ventadorn copia nueve, y de Aimeric de Peguilhá hasta veinte, de modo que si las poesías de los trovadores se hubiesen perdido, bastaría por sí solo el *Perilhós tractat* para hacernos conocer su literatura galante.

A una estrofa de Alberto de Puicibot, que no ve en el amor más que una fuente de inquietudes, opone la retractación del mismo poeta en otra estrofa.

Se le oponen citas de otros varios trovadores que maldijeron del amor, como Pedro Vidal, pero éste era un loco, dice Manfredo, y se le agujereó la lengua para castigarle por sus mentiras; como Folquet de Marsella, pero éste, dice, sólo se lamenta y queja del amor falso, en lo que tiene razón; como Marcabré, en fin, pero las palabras del hijo de María Bruna, dice el autor, no tienen valor alguno, pues ni amó nunca, ni nunca fué amado.

«A más, añade Manfredo, casi todos los que clamaron contra este sentimiento, se retractaron más tarde. Así hicieron Alberto de Puicibot, quien después de haberse confesado de su falta, se impuso por penitencia el hablar en alabanza del amor cien veces más de las que hubiese hablado en mal; Rimbaldo de Vaqueiras, quien habiéndose también arrepentido y confesado, no es de creer se halle en el purgatorio por una falta ya expiada; Pedro Vidal, finalmente, que por no irse al otro mundo con la carga de tal pecado, llevó á cabo en éste una cruel penitencia al hacerse cazar como un lobo en las montañas de Cabaret, por los

perros de los pastores de su dama, hasta dejarle medio muerto. Folquet nada tenía que expiar, pues no era culpable, y en cuanto á Marcabré, cuyo arrepentimiento y retractación no constan, debe hallarse de seguro entre las llamas del infierno por lo mal que habló del amor.»

A pesar de todas estas razones, los contrincantes no se dan por vencidos, pero Manfredo acumula nuevas citas y nuevos argumentos, y acaba por suponer que vence finalmente á sus adversarios, los cuales se dan por satisfechos en este punto; pero la emprenden contra las damas que, después de haber despertado el amor de los galanes con sus manejos, engañan y venden sin piedad á los que se han dejado prender en sus lazos.

Manfredo toma la defensa de las damas y enumera una larga série de trovadores que supieron escoger damas dignas de su afecto. Colócase él mismo en este número, diciendo que sirve á una dama, cuyo mérito, ingenio, belleza y gracia puede proclamar altamente en todos lugares, sin temor de que se le desmienta. No puede ni suponer siquiera que uno solo de los detractores del amor á quienes combate, pueda estar tan mal aconsejado que se atreva á criticar á esta dama; pues si lo hiciera, Dios le castigaría en el acto quitándole el uso de la palabra. Añade que necesitaría un año entero para nombrar á todas las damas que están fuera de la crítica de los maldicientes, asegurando que éstos á nadie si no á ellos mismos y á su propia conducta deben quejarse si no obtienen las recompensas que se conceden á la constancia, al mérito, á la cortesía y á la fidelidad.

Las damas, á su vez, se presentan á Manfredo, para agradecerle su defensa y pedirle consejo, por ser él, dicen, «el hombre entre todos cuantos conocen, más leal para con las damas y para con el amor,» y con los sanos y morales consejos dados por éste, termina el *Peligroso tratado de amor de las damas*, que no es por cierto tan peligroso como su título da á entender.

En resumen, el *Breviario de amor*, con su *Peligroso tratado*, es una obra que merece toda la importancia que le

da Gabriel Azais en el sabio discurso preliminar puesto al frente de la edición que se está haciendo por cuenta de la Sociedad Arqueológica de Beziers, y que he tenido á la vista al escribir estas líneas. Estuvieron muy lejos de concederle esta importancia, acaso por falta de detenido examen, otros reputados autores que sólo ligeramente se ocupan de la obra de Manfredo; pero hoy, que puede estudiarse impresa y completa, tiene que dársele toda la que merece y toda la de que es digna.



## MATEO DE QUERCY.

Pocas son las noticias que existen de este autor. Se reducen tan solo á saber que florecía á últimos del siglo XIII, según se desprende de su *planch* á la muerte del rey de Aragón D. Jaime *el Conquistador*.

En cuanto á las pocas poesías que le han sobrevivido, son de escaso mérito, y sólo dos de ellas merecen ser citadas.

La una es una *tensión* con Beltrán. Debe referirse á algún hecho de poca monta que ha quedado desconocido para la historia.

«*Mateo*.—Beltrán, voy á hablar á mi manera de vuestro mal proceder para conmigo. El que ofrece sin cumplir, comete una falta, y ya jamás, después de esto, podréis reparar vuestro honor. He oído decir, y no puedo menos de repetirlo, que habéis vendido Gordón al rey. Si esto es así, buscad asilo, porque ya tan noble lugar no es para vos.

«*Beltrán*.—Si me injurias y quieres reñir conmigo, Mateo, puedes encontrarte con lo que no buscas. Yo no he vendido Gordón ni otra renta alguna, pero he hecho las paces con el rey, y castigue Dios al que intente turbarlas. No tengo deseos de vender nada, ni ceder nada, pero sí quiero, cuando la ocasión se presente, vengarme de los malvados que han saqueado mis tierras.»

Su otra composición, como queda dicho, está destinada á lamentar la muerte de D. Jaime, en honor del cual agota todos los elogios, llegando hasta desear verle santificado, deseo que por cierto estuvo á punto de realizarse, pues sabido es que más tarde se comenzó proceso con este objeto.

He aquí el *planch* de Mateo de Quercy:



«Me falta la alegría y me sobra la tristeza, y nada encuentro que pueda serme grato al acordarme del buen rey de Aragón. Póngome á exhalar entonces profundos suspiros, y estimo el mundo como si fuera barro, pues él era franco, humilde, de pocas palabras y de grandes hechos, de tal manera, que por su valía se conquistó un puesto sobre todos los reyes de España; y ya que el rey tanto sabía valer, razón es que todo el mundo llóre su pérdida.

»Sí, todo el mundo debe lamentar y llorar la muerte del rey por derecho y por razón, pues en nuestro tiempo no hubo mejor príncipe ni aquende ni allende los mares, ni que tanto haya hecho contra la gente pagana, ni que tanto haya exaltado la cruz en que Jesucristo fué puesto por nosotros todos. ¡Ay Aragón, Cataluña y Cerdeña y Lérica, venid á doleros conmigo, que bien debéis tener tanto duelo como tuvieron por Artús los de la Breña!

»En el año mil, para quien los sabe contar bien desde que Jesucristo se encarnó, doscientos y á más setenta y seis, el siete de las kalendas de Agosto, murió el rey Don Jaime, de quien rogamos á Jesús que se apiade y lo guarde del profundo pozo donde Dios encierra á todos los ángeles malvados, y le dé los goces en que el alma se regenera, y le corone y le haga lugar en aquel reino en que no se conoce la amargura, pues este es el sitio que le corresponde.

»A todo el mundo voy á dar un ejemplo en pocas palabras. Todos le llamaban el rey Jaime, y Dios le ha puesto en compañía de San Jaime, pues al día siguiente de San Jaime murió el rey Jaime; de manera que, por rectitud de derecho, debe quedarnos doble fiesta de los dos Jaimes.

»Mateo ha hecho por duelo y por tristeza esta lamentación en recuerdo del rey á quien amaba más que á otros reyes, para que todos le lloren y su nombre sea eterno en el mundo, y para que pueda conseguir de los hijos y de los amigos del rey, tributos que recuerden su monarca.»

## EL MONJE DE FOSSÁN.

El nombre, la patria, la vida de este trovador, todo se ignora. Se ha venido siempre llamándole *el monje de Fossán*, y sólo con este nombre y calidad figura en la historia de los trovadores.

Millot, deduciéndolo de sus obras, cree que era de la orden de los Franciscanos, y que tenía por la Virgen una especie de devoción parecida á la de los otros trovadores por sus damas.

Como tuvo Millot á mano los manuscritos de San Pelayo, pudo examinar las poesías del Monje de Fossán, que debió encontrar algo libres. Dos de sus canciones se lamentan del rigor de una dama, que no nombra, pero en una tercera exhorta á sus lectores á suspender el juicio, y advirtiéndoles que se arriesga mucho juzgando sobre simples apariencias, á veces engañosas, añade:

«Las apariencias me acusan cuándo se me reprocha mi papel de enamorado y se me dice que no le está bien cantar y versificar al que, como yo, es de la *estrecha observancia*, pero se engañan.»

Prosigue después cantando á aquella á quien ha dado su corazón, y añade:

«Permanezco ante ella de rodillas, las manos en cruz, como su humilde esclavo, esperando sus miradas amorosas y arrobado en la contemplación de su hermoso cuerpo y de sus agradables maneras.»

Esto obliga á decir á Millot, no sé si con completa justicia:

«Nada más original que la imaginación de un devoto poco ilustrado ó fanático, pues que da á las cosas santas

todas las formas que le place. Pinta la divinidad, según su capricho, de una manera á veces y á veces de otra; ve la Virgen con el ojo profano del amante; se extasía con sus quimeras seductoras, y goza de ellas con transporte como si se tratara de un bien real.»

## EL MONJE DE MONTAUDÓN.

## I.

No ha podido soberse jamás el nombre de este trovador; ni la historia, ni las mismas crónicas chismográficas de la época, ni las poesías de sus contemporáneos, ni las investigaciones hechas más tarde por eruditos celosos, han dado el menor indicio que pudiera colocarnos en camino de averiguar su nombre.

Todo cuanto se sabe con referencia á este trovador singular, tan notable por su cínica desenvoltura, como por lo que hoy se llamaría su excentricidad, es que era de una noble familia de Auvernia, y hay quien añade que nació en un castillo llamado Vic.

Por vocación de sus padres, que no parece debiese ser por la propia, tomó el hábito en la abadía de Orlac, concediéndole su abad el priorato de Montaudón. Al principio estos prioratos eran casas claustrales dependientes de alguna rica abadía, que servían de morada á religiosos enfermos ó á los que cuidaban de la administración; pero luego llegaron á ser establecimientos casi independientes, cuyo superior era llamado *prior fratrum*, el primero de los hermanos, gozando de una libertad y de unas licencias temporales de que se acostumbraba á abusar muy frecuentemente, y de que parece hubo de abusar á sus anchas nuestro trovador.

El prior de Montaudón, según parece, llevaba una vida alegre y divertida, y sin olvidar la prosperidad y acrecentamiento de la casa, á la que muy especialmente atendía, frecuentaba los castillos de los barones vecinos, asistía á sus fiestas, tomaba parte en sus cacerías, y su vida era

completamente mundana, lo cual le permitía, al propio tiempo que satisfacer sus gustos, colectar limosnas y donativos abundantes para su priorato y su abadía.

Era el monje muy querido de los barones y de las damas, pues sobre ser gentil y decididor y galán, escribía alegres canciones y serventesios intencionados acerca de las cosas que más daban que hablar en la comarca, todo lo cual recitaba ó cantaba donosamente; así es que en todas partes era bien acogido y hasta deseado, y todos á porfía se esmeraban en colmarle de regalos y obsequios, con lo que acrecentó las rentas de abadía y mejoró su iglesia.

Esto sucedía de mediados á últimos del siglo XII, que es la época en que floreció nuestro monje trovador.

Deseoso de más campo para su vida alegre, ó ganoso de más gloria, el monje de Montaudón pidióle un día permiso á su abad para abandonar el priorato, al objeto de pasar á la corte del rey D. Alfonso de Aragón con intento de someterse á lo que ordenara este príncipe. Concediósele el abad, partió el monje á la corte de D. Alfonso II, donde ya le había precedido su fama, y según dicen las *Vidas de los trovadores*, lo que el rey ordenó al monje fué que «comiera carne y galanteara y compusiera versos y los cantara, lo cual hizo el monje.»

Prosiguió en la corte de Aragón la misma vida de placer y travesura que llevaba en su priorato de Montaudón, y fué tan bien acogido por los señores catalanes y aragoneses como por los de Auvernia y Provenza.

Su vida nómada y aventurera hubo de llevarle una vez á las fiestas del Puy de Santa María, donde por común acuerdo y aplauso de todos fué elegido señor del Gavilán y presidente de las fiestas<sup>1</sup>, y, protegido por el monarca aragonés, obtuvo por fin el priorato de Villafranca en el Rosellón, donde parece que terminó su vida.

El monje de Montaudón pertenece al escaso número de aquellos trovadores que tienen un corte y sello especiales, un género característico que les distingue y aparta de los

1 Véase en el *Discurso preliminar* el capítulo *De las cortes y Puy de amor*.

demás, y en el cual brillan con verdadera originalidad. Sus composiciones no pueden confundirse con otras, y su género predilecto, único, por decirlo mejor, es la sátira, más que la sátira, el sarcasmo, más todavía que el sarcasmo, el cinismo mordaz y punzante que á todo atenta y todo lo atropella y de todo blasfema. El monje de Montaudón, contra lo que su hábito y su conciencia debían imponerle, tenía á gala vivir en aquellas regiones de que con tan buen criterio se apartaba el gran Cervantes y por las que, decía,

Nunca voló la pobre pluma mía.

Las poesías del monje, debe confesarse, son tal vez las más originales y fantásticas de la literatura provenzal, y, como ya se ha dicho, tienen, aunque remota, alguna coincidencia con las ficciones poéticas de Aristófanes, pero están tan recargadas de cinismo y de obscenidad, que repugnan á veces y obligan á abandonar la lectura.

He aquí, paladinamente, sin ambages ni rodeos, de la manera más franca que decir se pueda, lo que le gustaba y lo que le disgustaba al monje trovador:

«Lo que me agrada, dice, es la conversación divertida, el júbilo, la alegría, el sueño durante la tempestad, la buena vida, el hombre que se arrepiente de sus pecados, las cortes llenas de animación, las fiestas y la caza, los regalos, los apetitosos salmones á la hora de nona, los campos en la primavera, el canto de las aves, una gentil compañera á orillas de un claro arroyo, la felicidad de una amiga, un beso suyo y algo más, siempre que sea posible.

»Las cosas que me desagradan son: los regalos mezquinos, un caballero pobre y orgulloso, los jóvenes que hablan demasiado, la compañía de gentes vulgares ó de caballeros descortesés, un barón que lleve por mucho tiempo un escudo virgen de todo golpe, un monje barbudo, un marido que cele demasiado á su mujer, poco vino ó demasiada agua, hablar mal del juego de dados, no encontrar quien preste en el juego, mesa grande y manteles cortos, una cortesana pobre y mal vestida, un hombre que se



case con su concubina, una mujer que tome por amante á su criado, » y por este estilo otras muchas cosas que el trovador va enumerando y mezclando con juramentos por San Martín, San Dalmacio, San Marcelo, San Damián y diversos santos de su devoción particular, según verse puede por la muestra que de su poesía continúo:

Mout m' enueia, so auzes dire,  
 hom parliers qu' es d' avol servire...  
 et enueiam, si Dieus m' aiut,  
 joves homs, quan trop port' escut  
 que negun colp no y a avut,  
 capellan e monje barbut,  
 e lauzengier bec esmolut.

E tenc dona per enueioza  
 quant as paubra et ergulhoza,  
 e marit qu' ama trop s' espoza,  
 neys s' era dona de Toloza;  
 et enueiam de cavalier  
 fors de son pays u' anier,  
 quan en lo sieu non a mestier  
 mas de sol pizar el mortier  
 pebre, o d' estar al foguier.

Et enueiam de fort maneira  
 hom volpilhs que porta baneyra,  
 et avol auster en ribeira  
 e pouca carns en gran caudeyra;  
 e enueiam, per Sanh Marti,  
 trop d' aigua en petit de vi...

E pestre que ment e parjura...  
 e fugir ab caval armatz  
 m' en ueia, e maldir de datz...

Et enueiam, pert Sant Salvaire,  
 en bona cort avol viulairé,  
 et ab pouca terra trop fraire,  
 et a bon joc paubre prestaire...  
 et en torney dart e cairelh.

Et entre amicx dezacort  
 m' enueia, e m fai piegz de mort,  
 quan sai que tenson a lur tort. .

. . . . .

## II.

En una de sus más singulares poesías, habla el trovador de la hospitalidad, que estaba entonces muy en boga, y que era el gran recurso de los viajeros y muy en particular de los trovadores, los cuales acostumbraban á juzgar de los hombres por la hospitalidad que de ellos recibían.

El monje, apelando sin duda á sus propios recuerdos y á la manera como fué tratado durante sus vagabundas correrías por varios países, finge que un día se subió al cielo para conferenciar con San Miguel, que le había enviado á llamar con motivo de un asunto entre los dos pendiente, llegando en ocasión de que el cielo todo estaba alborotado por unas sentidas quejas y fuertes reclamaciones que á Dios dirigía San Julián, patrón de los caminantes, al que se invocaba para tener buenos albergues y agradables aventuras.

—«Señor, decía San Julián, vengo á presentaros mis quejas porque me han atropellado y despojado de mi feudo. Antes el que quería hallar un buen albergue, me invocaba por la mañana para que le fuese favorable, pero nada puedo hacer con los malos señores que existen.

»De tal manera me han despojado de mi poder, que nadie me ruega ya ni mañana ni tarde, pues que á aquellos á quienes por una noche se concede hospitalidad, al día siguiente se les deja partir en ayunas, y esto es para mí un oprobio.

»No me quejo tanto de Tolosa y de Carcasona y del Albigés como de otros puntos. Por lo que toca á Cataluña, aún conservo allí mis derechos y soy querido.

»También soy querido en el Limosín y Perigord, áun cuando allí están muy mal tratados por el rey y por el conde, y también en el Quercy hay alguien de quien no estoy descontento.

»No tengo por qué estar disgustado, ni contento tampoco, de las comarcas de Roueerga y Gavaudán. Aún quedan allí algunos que me obedecen.

»En Auvernia puede uno encontrar albergue sin que le acojan y llegar sin que se le invite. No saben obsequiar y á nadie instan ni halagan, pero reciben bien.

»En cuanto á Provenza y á sus barones, no tengo aún perdidos mis derechos. De los provenzales y gascones ni me quejo ni los alabo...»

Esta poesía está incompleta. Falta saber cuáles eran en realidad las quejas de San Julián, y cuál la resolución que tomó Dios.

También en otra poesía del monje, la escena pasa en el cielo, á donde por lo que parece hacía el trovador frecuentes viajes. En una de estas visitas se encontró con que los monjes habían interpuesto ante Dios demanda contra las mujeres que se pintaban.

Qu' ieu los n' auzi a Dieu clamar  
d' elhas qu' an faglo tench carzir,  
ab que 's fan la cara luzir  
del tench, com lo degran laissar.

Entablada la demanda, las partes pleitean en toda forma, pero antes quieren enviar como su embajador al poeta para convencer á las mujeres de que debieran dejar esta costumbre. El monje pone reparos á esto, diciendo:

Senher Dieus, fi m' ieu chazimen  
devets aver e mezura  
de las domnas, que natura  
es que lur cara tengon gen,  
et á vos non deu enueiar,  
ni 'ls vout no us o degran ja dir,  
quar jamais no 'ls volran souffrir  
las domnas denan lor, so 'm par.

Dios ve en el acto de las mujeres una rebelión contra sus mandatos y se enfada *mot francamen*.

Monges, dis Dieus, gran falhimen  
razonatx e gran falsura,  
que la mia creatura  
se gensa ses mon mandamen;  
e doncs serian ab mi par,  
qu' ieu las fas totz jorns enveihir,  
si per penher ni per forbir  
podion pus joves tornar.

No habiendo manera de arreglo, comienza el pleito.

Los monjes presentan su queja diciendo que las damas les perjudican en gran manera, hurtándoles la pintura, pues que se llevan todo el colorete que debiera emplearse para los *ex-voto*. Añaden que es un pecado en las damas el pintarse tanto y con tanto cuidado, que llegan á disfrazarse.

Las damas contestan que la pintura es anterior á los *ex-voto* y que no hacen daño alguno.

Dios interviene para manifestar que las mujeres mismas no debieran sufrir

aítal beutat qu' el cuer lur tir  
que perdon per un sol pissar,

pero los monjes observan que ya cuidan ellas de que la pintura no se borre tan fácilmente y sea duradera á fuerza de hacerla espesa y consistente:

perqu' elhas se donon cura  
e fan l' obra espessa e dura.

Dios propone el medio, si á los monjes les parece bien, de conceder á las mujeres que no pasen de veinte años, treinta para pintarse, pero los monjes contestan:

—No por cierto. Por consideración á vos les concederemos diez, pero queremos estar seguros de que, pasado este tiempo, no perjudicarán nuestros intereses.

San Pedro y San Lorenzo intervienen entonces y, gracias á sus buenos oficios, se parte la diferencia y se queda en quince años, aviniéndose las partes.

«Así fué, continúa diciendo el poeta, cómo terminó el proceso, quedando concertadas las partes; pero lo cierto es que yo veo violado el pacto por aquellas que prometieron cumplirlo.

»Prosiguen poniéndose tanto blanquete y colorete en el rostro, que nunca se vió más en los *ex-voto*.

»Aún más, echan mano para su pintura de una gran cantidad de drogas y de mercurio, todo lo cual mezclan

con leche de burra y con habas, que es el único alimento de los monjes valetudinarios, dejándoles sin comer.

»Cuando ellas reunen sus ungüentos y pomadas, cuentan más de trescientos botes.

»Lo cierto es que cuando San Pedro y San Lorenzo propusieron el arreglo, no entendieron comprender las viejas que tienen dientes más largos que los de un jabalí.

»Pero aún las mujeres han hecho más que lo que acabáis de oír. Han amasado tal provisión de azafrán haciéndole encarecer de tal manera, que se quejan de ello en Ultramar, según nos cuentan los peregrinos. Mejor fuera comerlo en salsas y guisados, ó, á lo menos, las mujeres deberían tomar los estandartes y armas de los cruzados para ir á buscar allende los mares el azafrán de que tan codiciosas se muestran.»

Otra composición que de este autor merece citarse, es una sátira que, á imitación de la de Pedro de Auvèrnia, escribió contra los trovadores de su tiempo. Hoy se llamaría *Semblanzas á su sátira*.

Es una composición impertinente, revela poco ingenio y mucha mordacidad, pero debe continuarse por la utilidad que puede prestar á los estudios históricos, biográficos y de costumbres.

Dice así:

«Ya que Pedro de Auvèrnia cantó acerca de los antiguos trovadores, yo cantaré los que han venido después, consignando, áun cuando no les agrade, lo que hay en ellos de malo.

»El I es Guillermo de Saint Didier. Le gusta cantar, y lo hace agradablemente, pero como no se ocupa de galantería ni de amor, sus canciones no son bien recibidas.

»El II es el vizconde de San Antonino, que nunca tuvo placer de amor. Su primer ensayo de galantería debió disgustarle para siempre. Engañado por su dama hubo de desistir de su empeño, y pasa la vida gimiendo.

»El III es Miraval de Carasona, que compone buena

letra y cede su castillo á las damas. No pasa en él un mes entero al año, y no celebra fiesta ningún primero de mes. Así es que quien se lo tome no le causa perjuicio.

»El IV es Peirols el Auvernés, que por espacio de treinta años llevó el mismo traje. Canta cada vez peor, y nada que sea pasadero ha compuesto desde que es monje de Clermont.

»El V es Gancelmo Faidit. Se ha casado con la moza que iba siempre en su compañía, y desde entonces no hemos oído el timbre de su voz.

»El VI es Guillermo Adhemar, el peor juglar que nunca hubo. Ha recogido todos los trages malos que le han dado y siempre le ví pobre y miserable.

»El VII es Arnaldo Daniel, que en su vida supo componer un canto, aún cuando es verdad que escribe una letra que nadie entiende. Sus canciones no valen un alfiler desde que cazó la liebre con el buey y navegó contra la corriente.

»El VIII es Moleta el catalán que escribe canciones necias, cuyo canto no vale nada. Tiene en cambio gran cuidado de sus cabellos, los cuales hace treinta años que serían blancos si no fuese por el tinte.

»El IX es Arnaldo de Marveil, á quien veo siempre maltratado. Su dama hace muy mal en no serle favorable, mayormente cuando él sigue pidiéndole gracia con sus lágrimas y sus cantos.

»El X es Sail de Scola, que de tendero se hizo juglar en Bergerac, sin por esto dejar de ser comerciante, pues que se ha ido á Narbona á vender sus malos versos.

»El XI es Giraldo *el Rubio*, que vive de las canciones de otro, y que desagrada á todos. Como tiene gran opinión de sí propio, se separó del hijo de Alfonso, que le había protegido.

»El XII es Folquet de Marsella, que hizo el juramento de un loco cuando juró que no haría más versos. Se tiene por seguro que se ha perjurado.

»El XIII es mi vecino Guillermo el marqués. No quiero decir lo que pienso de él. Con sus malas canciones se



ha echado á perder, como un viejo doncel llevando barba y bigote.

»El XIV es Pedro Vidal. Ese villano no tiene los miembros enteros y necesitaría una lengua de plata. El juicio se le marchó cuando de pellejero se hizo caballero.

»El XV es Guillermo de Ribes, que es malo en todo y para todo. Quiere cantar, y su voz es ronca y cascada. Quiere adelantar, y no tiene de qué. Siempre mal vestido, siempre en la miseria, y siempre rechazado de todos.»

En el manuscrito donde estaba continuada esta sátira seguían estos versos contra el propio autor, sin duda de un poeta que quiso hacer, á su vez, la *semblanza* del monje:

«El XVI, y basta, es el falso monje de Montaudón, que censura á todos y que prefiere la carne á Dios. Merecería ser ahorcado por los versos y canciones que ha hecho.»

## TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

## MARCOURT.

Otro de los que cita Millot, del cual dice que sólo existen dos *serventesios* verdaderamente ininteligibles.

## MOLA.

Trovador catalán, á quien debió darse el diminutivo de Moleta, si se tiene en cuenta la semblanza, por cierto poco favorable, que de él hace el *Monje de Montaudón*, en su sátira contra los trovadores.

Entra Moleta 'l catalás  
que fai sos leuet e plas  
e sos cantars es de niens.  
·Be 'n a trent' ans que fora albás  
si no fos lo negrizemens.

Mola debió tener alguna celebridad cuando el monje, aunque sea para zaherirle, le continúa en su sátira.

Sin embargo, hoy no se conoce de él más que una oscura y grosera *tensión* con Guillermo Raymond, que también le favorece bien poco, y que sobre ser ininteligible en algunos puntos, es obscena en otros.

## MONTAN.

Tiene un *serventesio* político dirigido al conde de Tolosa para excitarle á la guerra contra los franceses. Está escrito con valentía y manifiesta calor patrio.

Hay de este mismo una *tensión* con una mujer en que se trata sólo de cosas obscenas.

Millot cree que esta última composición pertenece á otro trovador del mismo ó parecido nombre.

## NAT DE MONS.

Millot fué el primero en hablar de este trovador y en darle á conocer, pues que los manuscritos provenzales se limitan sólo á citarle y á decir que era de Tolosa.

Nada se sabe que tenga relación con su vida, y por lo que de sus poesías se desprende, se ve que vivía en los tiempos de Alfonso X *el Sabio* de Castilla, y Jaime I de Aragón *el Conquistador*, en cuyas cortes debió residir y á cuyos reyes se dirige en sus obras.

Millot ha trazado el juicio de este trovador en las siguientes líneas:

«La escolástica era en aquel entonces la gran ciencia de los sabios. Verdaderamente este trovador debió salir de alguna universidad ó de alguna escuela de monjes, pues que todas sus composiciones vienen á ser tratados de filosofía, erizados de divisiones y subdivisiones pedantescas, más propias para fatigar el espíritu que para ilustrarlo, más para secar el corazón que para alimentarle. Se hallan en ellas, sin embargo, buenos principios de moral y medios de instruirse sobre la manera de pensar de un tiempo poco conocido.

»Estas poesías, en número de seis, encierran notables lecciones para los grandes, lecciones ordinariamente estériles, pero que es bueno y necesario repetir siempre, aún cuando no sirvan sino de testimonio contra los abusos del poder.»

Milá y Fontanals, que se ocupa también de este poeta, dice de él que era instruido en la ciencia escolástica, que sus dos cartas en verso al rey de Aragón están llenas de útiles enseñanzas, y que se ve la independencia con que hablaba el trovador en presencia de los reyes, si bien cuidaba de temprarla con lisonjeras dedicatorias.

Veamos, examinando sus principales obras, si anduvieron acertados en sus juicios estos autores eminentes.

I.<sup>a</sup>

Dirigiéndose en general á todos los reyes, áun cuando el envío sea al monarca aragonés, así se expresa Nat de Mons en una de sus más levantadas poesías, la que quizá tiene forma más lírica, emitiendo juicios y dando consejos que demuestran realmente, al par que la independencia del poeta, su acertada rectitud, su sano criterio y su elevado espíritu político:

«Son altas cualidades de los reyes y de otros señores el valor, la gloria, los hechos, los dichos y las buenas maneras corteses y francas; pero ni hechos, ni dichos, ni trato cortés por sí solos son bastantes para dar prez, que puede perderse, á pesar de aquellas cualidades, si se cometen actos de maldad é injusticia.

»Grande fuera la alabanza debida á los reyes si se considera el bien que hacen, pero se afanan tanto en faltar, que la censura corta el curso de la alabanza. Y los reyes son más ocasionados á faltar, porque muy difícilmente se veda lo que el rey quiere; por esto el rey que se complace en faltar, tiene siempre su prez en gran peligro.

»Si las faltas pudiesen inspirar tanto temor como daño causan á quien mal obra, no faltaría nadie ni en poco ni en mucho, por grande que fuera su deseo. Llamo faltar á lo que merece censura, pues de otras faltas me curo poco; pero cuando considero cuál es el mayor de los males, veo que ninguno, ni áun la muerte, daña más que un hecho censurable.

»Morir es un mal cuando no es útil, y vale tanto, cuanto es el daño que destruye; así, pues, para aquel que falta y causa daño siempre, morir es un beneficio en lugar de un mal, que entonces la muerte remedia un daño y acaba con un oprobio.

»Grande censura y deshonra es para un rey dar una orden y revocarla luego, porque esto parece de ánimo li-

gero y es fácil que tome por bueno lo que es locura. Un rey debe tener voluntad firme y espíritu recto, y no debe ser voltario y ligero, pues quien ligeramente piensa, ligeramente falta y ligeramente se retracta.

»Rey de Aragón, señor en quien resplandece la prez, vos no desatendéis al que os aconseja: cuidad, pues, de no apartaros del camino de Dios, que tan grande es y poderoso.»

2.<sup>a</sup> Y 3.<sup>a</sup>

Dos cartas ó epístolas en verso al rey D. Jaime I de Aragón.

La primera no es más que una disertación prolija y enojosa sobre los principios del bien y del mal, sobre la naturaleza del alma y de la libertad.

Por la dedicatoria ó envío de esta composición se ve que Nat de Mons fué protegido de D. Jaime, pues que le da gracias por los favores de él recibidos.

Anatz premieramen  
al noble rei senhor  
d' Aragó, que tan val...

«Al noble rey, señor de Aragón, que tanto vale, franco, noble y cortés; salud, alabanzas y gracias de parte de Nat de Mons. Salud á vuestra persona, alabanzas á vuestro mérito, y gracias por los honores que de vos he recibido.»

La segunda epístola va también dirigida:

Al noble rei aragonés,  
franc e valen, sert e cortés,  
al noble rei d' Aragó,  
noble pretz e de razó,  
vertuós et illuminat,  
bon de faissó, bel de beutat,  
valen de cor, savi de sen,  
larg de dar, plen d' enshamen,  
cabalós de totas valors  
dignes de totas honors  
e de totas lauzors haver,  
Nat de Mons, humils ab asser,  
e ferm e plen de gran dezir,  
qu' us fogués á grat servir,  
baissan de pes e de mas!...

Esta epístola es una instrucción sobre la manera como juzga el autor que deben formar su corte los príncipes.

«Debe haber en ella, dice, personas que premien lo bueno y reprendan lo malo, juglares para alegrar la concurrencia, hombres ingeniosos para entretener y animar las conversaciones, gentes amables y corteses, espías para descubrir los crímenes, y hombres de honor y de probidad. En una corte todo sirve. Se puede sacar partido lo mismo de los buenos que de los malos, pero sólo debe confiarse en la persona cuya fidelidad es conocida, y no debe tomarse consejo más que de gentes ilustradas y cuerdas. Hay que precaverse mucho contra los aduladores, los cuales son peores que los ladrones, pues éstos, al menos, no pueden robar lo más precioso: la reputación y el honor.»

Después de este rasgo notable, el poeta prosigue haciendo ver los males que traen consigo los aduladores, y las desventuras que se atraen los grandes por escuchar sus consejos y por entregarse á las violencias que éstos inspiran.

Nat de Mons termina dando sabias lecciones de moderación y clemencia á los poderosos y acertados consejos sobre su manera de conducirse en todos los actos de la vida.

4.<sup>a</sup>

El asunto de la cuarta poesía, es contestar á un hábil juglar que había pedido al trovador su consejo sobre los medios de complacer y abrirse camino en el mundo.

Entre los consejos que el poeta da al juglar, los hay juiciosos y excelentes, que pueden ser útiles para muchos sin ser juglares.

«No os alabéis nunca, le dice; no os apresuréis tampoco á hablar por el empeño de adelantarse á los otros. Cuidad de que no puedan acusaros de presuntuoso ó fatuo. No os importe encontrar señores con poco discernimiento; siempre hay algunos ilustrados juiciosos y honorables que regalan á los juglares y les recompensan bien. Entre los menos ilustrados, hay pocos á quienes el respeto humano no lleve á tratarles bien.



»No os prevenzáis ni en contra de aquellos que al principio se muestren retraídos, ni en favor de aquellos otros que son espléndidos desde el primer momento. Los que comienzan prodigándolo todo, acaban por no tener nada que dar, y al contrario, los que muestran cierta reserva acostumbran á ser más liberales que los otros.

»Id lo primero de todo á la corte del noble rey de Aragón, y al presentaros á él, tomad un aire alegre y modales corteses y francos, pues que por el aspecto se juzga de los extraños. Como un monarca de esta importancia está siempre ocupado, inquirid cuáles son sus momentos de ocio para acercaros á él. No demostréis gran avidez por obtener gratificaciones. Aguardad á que le hayáis complacido plenamente con vuestras habilidades, y por la atención que os preste, podréis juzgar del placer que podáis causarle.»

Entra en seguida á hablar de las cualidades más dignas de estimación, y se pierde en un laberinto de digresiones y análisis algo pedantescos con motivo del mérito y de la dicha, que define de una manera especial y verdaderamente escolástica. Diserta también largamente sobre la manera de adquirir, economizar y gastar lo que se adquiere. En medio de este caos, continúa, no obstante, dando provechosos consejos y teniendo rasgos notables.

Hablando de los hombres vanos y críticos, de aquellos que creen hacerse estimar haciendo reír, dice: «La maledicencia agrada, pero el maldiciente disgusta.»

Cuenta entre los deberes del hombre el disimulo para garantizarse de los artificios, el valor y la fuerza para defenderse y vengarse de los ataques.

Censura á los ricos que se imaginan ser muy estimados porque se les trata con distinción, pero de los cuales no se hace caso sino cuando se les necesita.

Finalmente, establece una distinción entre la alabanza que honra, cuando es dada por gentes de mérito y capaces de juzgar, y aquella que no honra, cuando la dan los necios ó los maldicientes.

5.<sup>a</sup>

Discurre en esta poesía sobre los deberes que tienen los grandes y la conducta que siguen.

«Los grandes, dice, por lo mismo que todo el mundo les observa y que tienen pocos medios para justificarse, deben cuidar con más atención de no caer en falta, pues que el mundo se apresura más á divulgar las suyas que las de los otros. También son más criminales cuando cometen alguna por lo mismo que la necesidad no les obliga á ello. Dueños de hacer lo que quieren, su falta es mayor escogiendo el camino del mal.

»Y sin embargo, se observa hoy que los más grandes señores son los que cometen más daño. Saben evitar y castigar los crímenes, pero son los más celosos en hacer lo que impiden y castigan en los demás, desafiando así los juicios de Dios y de los hombres.

»No hay vicios más perniciosos que los del orgullo y de la codicia, y estos son precisamente aquellos á que los grandes se entregan más ávidamente. Parece que teniendo más que los otros, debieran desear menos, y es todo lo contrario. Cuanto más se tiene, más se quiere tener.

»Pero hago mal en arrojar toda la censura sobre los grandes. La mayor parte de ellos no desean otra cosa que la de hacerse querer. Sus faltas deben, pues, ser imputadas á los viles consejeros que casi siempre les hacen obrar contra sus propios impulsos. No teniendo como no tienen mérito alguno estos consejeros, quieren impedir que lo tengan sus dueños.»

Prosigue hablando el poeta contra esos cortesanos aduladores, y añade luego:

«No debo fijarme más en asunto tan odioso, y quiero por lo mismo respirar otro aire hablando del amor, que es el contraveneno de toda amargura. Voy, pues, á satisfacer los deseos de los jóvenes, que me piden alguna lección de amor.»

Y aquí, dice Millot, Nat de Mons se engolfa en una di-

sertación metafísica, cuya lectura es capaz de helar á los jóvenes y hacer bostezar á los que no lo son.

6.<sup>a</sup>

La postrera composición de Nat de Mons que vamos á examinar, es la que dirige al rey de Castilla D. Alfonso X *el sabio*, composición importante bajo muchos conceptos, pero mucho más por haber merecido una respuesta del monarca castellano en verso provenzal.

Ya en otras páginas de esta obra se ha dicho y repetido que D. Alfonso merece ser continuado en la lista de trovadores provenzales por las contestaciones dadas á Nat de Mons y á G. Riquier.

Nat de Mons, que debió ser familiar y protegido del monarca castellano, dirige á éste, gran entendido, como se sabe, en Astrología, una demanda acerca de la influencia de los astros sobre el hombre. El trovador se propone *tensionar* con el rey sobre este punto:

Al bon rei de Castela  
N' Anfós, car se capdela  
ab valor cabaloza,  
Nat de Mons de Tolosa  
senhoriva lauzor  
ab creissiment d' onor.

«Sucede á menudo, le dice al entablar la cuestión, que los hombres más sabios y virtuosos son perseguidos por la mala fortuna, sin que tenga culpa alguna, mientras que todo sale á pedir de boca á los malvados llenos de falsedades y vicios. Para darse razón de esto, muchos pretenden que la suerte de los hombres depende de la constelación bajo cuya influencia nacen. Otros sostienen que la influencia de los astros no tiene poder alguno, y que todo depende de la casualidad.

»Los primeros dicen que muchos sabios han estudiado los astros, y que está demostrado que en éstos se hallan escritos los destinos de los hombres, y, en efecto, todo lo que existe en el mundo arranca su ser y vida de los cuatro ele-

mentos, según el movimiento de los planetas, y lo que está regulado por los astros, parece de tal manera predestinado que no cabe variación. Se fijan quienes esto sostienen, en que se ve claramente cómo los acontecimientos son conducidos por su poder, desde el principio hasta al fin, siendo anunciados á menudo por visiones durante el sueño y en vela por augurios y otros signos infalibles. El testimonio de nuestros antepasados, el de los sabios autores, las santas profecías, todo da fé de ello y todo conduce á probar que el hombre es feliz ó afortunado, según esté predestinado para ello.

»Los que refutan la opinión del poder de los astros, dicen que las autoridades y las citas no pueden contradecir lo que enseña la razón, cuya vista es más perspicaz que la nuestra. La razón nos enseña que la casualidad no es árbitra de nuestra suerte; que nos guía una virtud más poderosa que la naturaleza; que creer al hombre sometido á los astros es creer que no tiene libre arbitrio para el bien y para el mal, y en su consecuencia para merecer ó desmerecer; que, si está compuesto de los solos elementos, no ha de quedar nada de su sér más allá del término de su vida; que el atribuirlo todo á los astros es desconocer á Dios, renegar de sus beneficios y ofender al Criador injuriándole.»

El poeta, al llegar aquí, va acumulando argumentos en favor de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. Se apoya en la prueba de otra vida, donde la justicia divina debe recompensar el bien y castigar el mal, lo que sucede siempre en esta. Diserta sobre la justicia de Dios, cuyas recompensas y castigos llegan cuando es conveniente, y añade en seguida, contra la opinion favorable á la influencia absoluta de los astros:

«Hay en sostener esta opinión una doble locura. Los eclipses, las lluvias, los vientos y otras cosas naturales siguen el curso de los astros, pero el bien y el mal que hace el hombre no depende de ellos. La naturaleza del hombre es muy distinta de la de la bestia. Esta, por su inclinacion, no se ocupa más que de satisfacer sus apetitos y conservar su vida mortal, mientras que el hombre es condu-

cido por la razón á las mismas cosas que repugnan á su obligación.»

El rey D. Alfonso acepta la cuestión propuesta por el trovador; pero en vez de *tensionar* con él, decide en forma de sentencia, y en verdad que el juicio del sabio monarca castellano no es el que podía esperarse, dados sus antecedentes y los mismos argumentos expuestos por el poeta de Tolosa. Oidas las razones todas, honradamente manifestadas por Nat de Mons, á quien el rey saluda y de quien queda muy complacido, pasa D. Alfonso á dictar su fallo.

Auzidas las razós...  
 Volens jutjamen dar,  
 dig á son començar,  
 Anfós por las vertutz  
 de Dieu endeveguntz  
 augutz tos temps creissens...  
 Als sabis dans tortz latz,  
 per cui nostre dictatz  
 er vist et entendutz,  
 gracias e salut; z  
 e per so platz á nos  
 la suplicatiós  
 que Nat de Mons nos fa  
 car motas razós ha  
 pauzadas ad honor...

Y sigue la sentencia, con todo su formulario, y con este fallo singular:

«Nos Alfonso, rey de Romanos, de Castilla, Toledo, Compostela, Sevilla, Leon, Córdoba, Murcia, Algarve, Granada, Andalucía, etc.

»Fallamos que el hombre es gobernado en parte por los astros, en parte por el destino, y enteramente por la casualidad, y que el bien y el mal proceden de lo uno, de lo otro, ó de las tres causas á la vez. Pero, por lo tocante á decir cuál de esos tres principios inculca el bien y el mal, nadie en el mundo puede decirlo, pues que nadie conoce los juicios y los designios de Dios.»

## OLIVIER EL TEMPLARIO.

Milá y Fontana ls que continúa á este trovador entre los españoles, suponiéndole catalán, indica la sospecha de que pudiera ser una misma persona con el otro trovador anónimo conocido por *el caballero del Temple*, de que se habla en su lugar respectivo.

Aun cuando entrambos debieron ser de una misma época, no debieron ser uno solo. Ni el estilo es el mismo, ni la idea política que en uno y otro se nota es la misma. Ya Milá confiesa que halla á Olivier inferior como poeta, y es así, pero debe hacerse también la observación de que *el caballero del Temple* (véase su artículo) era un ardiente gibelino, lo que no parece ser ciertamente Olivier.

Dos cosas hay que admitir en las apreciaciones de Milá. La primera, que Olivier era catalán, lo cual está muy bien deducido del contexto de su única poesía, conforme en su espíritu y tendencias con las de otros trovadores catalanes de la misma época. Lo segundo, y esto honra á Milá, haber sabido llenar con acierto los blancos que había en la composición, al trasladarla de Raynouard.

Nada se sabe de Olivier, sino que era templario, por decirlo así los manuscritos al continuar la única obra de él conocida, que es un *serventesio* exhortando al rey de Aragón D. Jaime *el Conquistador* á vengar la derrota sufrida por San Luis y á marchar contra los sarracenos para recobrar el Santo Sepulcro.

No existe en el *serventesio* de Olivier aquella atrevida libertad de pensamiento que se nota en el del *caballero del Temple*. Más suave en la idea y en la forma, y con menos valentía, aunque con más unción, se limita á desear que el rey D. Jaime emprenda su cruzada. Dice así:



«Largo tiempo he estado pensando en la causa que me mueve á escribir hoy este serventesio, pues nada bastaba á consolarme desde la hora en que el buen rey (San Luis) fué derrotado con sus barones y quedó el campo á merced de los turcos que lo deshonraron; pero me place ahora escribirlo porque veo que hay quien no se olvida de una causa, en favor de la cual clamaré mientras tenga un sople de vida.

»Hora es ya de que los felones turcos abandonen el Santo Sepulcro y los lugares de nuestra redención, que no en vano se han cruzado muchos hombres de acá, condes, duques, marqueses y todos, y por esto ruego á Aquél que es visible Trinidad, verdadero Dios, verdadero hombre y Espíritu Santo verdadero, que les sirva de estrella y les guíe, guardándoles y perdonándoles sus errores.

»Rey de Aragón, vos que no debéis temer á los malos pues que de Tortosa al Bearn y á Mallorca todo lo habéis conquistado, acordaos de Ultramar, que nadie es como vos digno de poseer su templo, al cual tan bien habéis servido. Ya que sois el más osado del mundo en hechos de armas, y ya que Roma os brinda á ello, acudid al punto á que todos os llaman.

»Si el rey Jaime con su hueste valerosa pasara allá, fácilmente podría restaurar pérdidas y daños, recobrando el Sepulcro Santo; que contra él no vale poder alguno de los turcos, pues harto acostumbrado está á vencerles y derrotarles y á tenerles cautivos y sometidos. Vaya allá el buen rey y coronará las campañas de su vida.

»Padre verdadero, señor del firmamento, vos que en la Virgen vinísteis para salvarnos, recibiendo el bautismo según la ley antigua; vos que morísteis en el tormento, y después de haber sacado del infierno á los justos, resucitásteis según escrito lo hallamos, amparad, pues, en su santa empresa al rey que es dueño de Lérida.

»Rey de Aragón, yo os quisiera ver ya en el campo al frente de mil vasallos vuestros, y con vos á los dos condes á quienes guía alta prez y también al vizconde que es señor de Gélida.»

## TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

Existen composiciones de poquísima importancia de *Olivier de la Mor*, *Oste* ó *L' Oste* y *Ozilz de Cadarts*, sin que nada más se sepa de estos tres poetas ni nada pueda decirse por sus escasas y poco notables obras.

## PAULET DE MARSELLA.

El nombre, la patria y lo que se desprende de las tres ó cuatro poesías que le han sobrevivido, he aquí lo único que se sabe de este trovador. Como la de tantos otros, su biografía queda sin hacer, su vida permanece ignorada para la posteridad.

Sólo sabemos, pues, que se llamaba Paulet, que era de Marsella, y que, como demuestran sus poesías por los asuntos de que se ocupan, floreció entre mediados y últimos del siglo XIII.

De su *planch* ó elegía á la muerte de Barral, último ó penúltimo vizconde de Marsella, se deduce la fidelidad del poeta á sus señores, fidelidad tanto más estimable y digna, cuanto que Barral de Baucio pertenecía al partido francés y había seguido á Carlos de Anjou á Nápoles, de cuyo reino le hizo este último gran senescal, mientras que el trovador Paulet, como se desprende de la *pastorela* política que más abajo se inserta, era enemigo de los franceses y de Carlos de Anjou, contrario á su dominación en Provenza y partidario decidido de la casa de Aragón, á la que deseaba ver reinar en las comarcas provenzales.

En su *planch* á la muerte de Barral de Baucio se hallan el énfasis y la exageración comunes á las composiciones provenzales de este género, pero hay verdad de sentimientos y delicadeza de ideas.

Con la muerte del vizconde de Marsella, que continuaba sin duda la tradición de su casa, constante protectora de la poesía provenzal, el trovador llora la decadencia del arte y de las letras, y todo lo ve ya desaparecer en lontananza, fiestas, honores, protección á los poetas, amor, gentileza y cortesía.

«Ya los caballeros, los donceles, los juglares no vendrán á Provenza, donde eran tan hidalgamente acogidos,» exclama con dolor.

Se consuela, sin embargo, de la muerte del padre considerando las virtudes del hijo, heredero de la casa de Baucio, y termina su lamentación con estas palabras:

«¡Que el Dios que por nosotros se dejó poner en cruz y por quien serán los justos redimidos, se digne tomarle en su gracia y acogerle en su reino de felicidad, como él, generoso protector, acogía á los huéspedes en su placentera corte! ¡Que el Espíritu Santo le salve y le guíe hacia las celestes moradas, como era él aquí abajo el guía y la salvaguardia del honor!»

Es interesante y notable, más aún que por su mérito literario, por su intención política y por su importancia histórica, una poesía de Paulet que debe trasladarse íntegra.

Un príncipe de Castilla, el infante D. Enrique, hermano del rey Alfonso X *el Sabio*, tomaba parte activa y personal en las luchas que ensangrentaban el suelo de Italia. Según parece, primero sirvió al partido güelfo, bajo las banderas de Carlos de Anjou, que le hizo nombrar senador de Roma; pero no tardó en pasarse al bando de los gibelinos, aceptando la causa del desdichado Conradino. En aquella funesta batalla en que por el momento quedó resuelta la suerte de Sicilia, Conradino y Enrique quedaron prisioneros de Carlos de Anjou, quien mandó decapitar al primero en público cadalso. El príncipe castellano, víctima al parecer de una negra traición, pues que fué entregado cobardemente al vencedor por los mismos que le acogieran fugitivo, ofreciéndole salvarle, quedó largo tiempo prisionero.

Este suceso, que ya movió á otro trovador, Bartolomé Giorgi, á dirigirse al rey de Castilla en un levantado *serventesio*, inspiró á Paulet la siguiente composición, dirigida también al monarca castellano:

«Con desconsuelo y con ánimo contristado quiero cantar, si bien no me conviene el canto, porque el valor ha

decaído en gran manera y ha menguado en Provenza la nobleza, y porque tengo triste el corazón por la prisión del valiente *D. Enrique*.

»En gran desconsuelo debe estar toda España, y á Roma le toca llorar por el senador franco y buen compañero, el más valiente desde Burgos á Alemania; sobrado han delinquido cuantos en el campo abandonaron al valiente *D. Enrique*.

»Todos los españoles, desde Gronch (?) á Compostela deben llorar la prisión, ciertamente nada honrosa, de Don Enrique de Castilla, y el rey D. Alfonso que también se porta con maduro juicio, debe reclamar inmediatamente á su hermano *D. Enrique*.

»Alemanes débiles, astutos, de frívola malla, que el verdadero Dios no os ayude ni os valga, puesto que abandonásteis en la batalla á D. Enrique: de oprobio habéis cubierto la Alemania, viles mendigos, abandonando en el campo al valiente *D. Enrique*.

»Ya que por su valor y por su noble denuedo, con honrado vasallaje sostenía D. Enrique la ilustre alcurnia de Conradino, el rey D. Alfonso con su noble baronía rica de corazón, debe reclamar inmediatamente á su hermano *D. Enrique*.

»No sería propio de un rey que tiene tanto aliento y tan alta prez como el rey D. Alfonso, dejar que siga preso un hombre de su linaje; no tarde, pues, en reclamar inmediatamente á su hermano *D. Enrique*.

»Como descreídos y cobardes obrarán todos los españoles de buena alcurnia si en breve no llevan á cabo tal empresa que salgan de ella ricos, y pobres los que tienen preso á *D. Enrique*.»

Ab marrimen et ab mala sabensa  
 vuell er chantar, sitot chans nó m' agensa,  
 quar valors a preza gran dechazensa,  
 e paratges es mermatz en Proensa,  
 et ay enic  
 mon còr per la preizó del pros 'N-ENRIC.  
 Ben deu ésser marrida toda Espanha,  
 e Roma tanh e cové be que planha

lo senador franc, de bella companha,  
lo plus ardit de Burx en Alamanha.

A trop fallic  
quascús qu' él camp laysset lo pros 'N-ENRIC...

Claro está en la poesía que se acaba de leer el espíritu del trovador contrario á la causa sostenida por Carlos de Anjou, pero más claro resulta aún y más evidente en la siguiente curiosa *pastorela*, especial en su género, que es una invectiva contra Carlos de Anjou y el bando güelfo, al propio tiempo que una declaración terminante del poeta en favor de los derechos de la casa de Aragón con respecto á Provenza, oprimida á la sazón por los franceses.

La composición comienza como todas las de su clase. El poeta, yendo á distraer sus preocupaciones, encuentra á orillas del río á una gentil pastora guardando su rebaño.

L' autr' ier m' anan ab cor pensiu  
per una ribeira en jos,  
trobei pastora ab agradiu  
cors plazen ab plazens faissós,  
que gardav' anhels pres d' un riu...

Intenta el trovador galantearla, pero en lugar de una conversación de amores, se entabla una conferencia política.

—«Señor, exclama la pastora, decidme, si os place, por qué el conde que hoy es dueño de Provenza (el conde de Anjou), oprime á los provenzales y les hace derramar su sangre, y por qué les hace todo el mal que puede, no habiéndole hecho ellos ninguno por su parte. ¿A qué viene ese empeño en despojar al rey Manfredo, que no le ha faltado, que ninguna tierra tiene de él, que no es cómplice en la muerte del noble conde de Artois (hermano del de Anjou), que no debe pagar la pena del juramento que de vengar esta muerte hizo el conde Arnaldo, y, finalmente, que de él no tiene ni casa, ni campo, ni renta, ni censo?

»*Paulet*.—El orgullo del conde de Anjou le ciega de tal modo, que mata en él todo sentimiento de piedad para con los provenzales. Los curas le sirven de espuela; son los que le atizan, le animan y le incitan á despojar al rey Manfredo, que es un príncipe noble y valeroso. Pero lo



que me consuela es que nunca el orgullo fué engendrador de gloria, y los franceses sucumbirán de seguro si Manfred y los suyos se mantienen firmes y unidos al pié de su bandera.

»*La Pastora*.—Y decidme, señor, ¿qué sucedería si el noble infante de Aragón se decidiera á reclamar el patrimonio de sus padres? Puesto que es bueno y bravo, yo quisiera que lo probase arrojando de nuestro país á los usurpadores de sus derechos.

»*Paulet*.—Mucho hay que esperar del amor que al infante profesan los provenzales, quienes reivindicarán sus derechos, y sería muy conveniente que el Papa se pusiera de su parte.

»*La Pastora*.—Quisiera ver estrechamente unidos á este noble príncipe y al joven Eduardo de Ultramar <sup>1</sup>. Poseedores entrambos de grandes cualidades, siendo del mismo origen, queridos de todos, si á desplegar se decidieran el valor de su raza, se cubrirían de gloria y llevarían á cabo grandes empresas.

»*Paulet*.—Deseo que el rey de Aragón, que tan juicioso es, cuide pronto de su reputación y de su gloria, pues si se retrasa, ni rey ni emperador han de hacerle caso. Los dos jóvenes príncipes, el infante y Eduardo, son generosos, diestros, valientes, y no conviene que queden despojados de su herencia. Que se disponga pronto el juego y se arregle el tablero donde han de venir á rajarse muchos yelmos y desenmallarse muchas cotas.»

Como envió ó endereza de la *pastorela*, la pastora se dirige al infante de Aragón diciéndole:

—«Señor Pedro, que por vos sean honrados y protegidos los infelices provenzales.»

Y Paulet replica á la pastora:

—«Pastora, mucho me habéis complacido con las alabanzas dirigidas al infante, pues no conozco otro príncipe que ame tanto la virtud.»

<sup>1</sup> Se trata del infante D. Pedro, hijo de Jaime I *el Conquistador*, y de Eduardo, hijo del rey de Inglaterra, Enrique III, que era de la sangre de Aragón por su madre Leonor, hija del último Ramón Berenguer de Provenza.

## PALAZIS Y TOMIERS.

Palazis y Tomiers, que para algún crítico forman una sola personalidad, eran, sin embargo, dos caballeros de Tarascón. *E foron dui cavallier de Tarascón, amat é ben volgut per los bons cavalliers e per las domnas*, dice el manuscrito provenzal, el cual añade que escribían serventesios sobre el rey de Aragón, sobre los condes de Provenza, Tolosa, y el señor de Baucio, y sobre las cosas de actualidad del país.

No se sabe si escribieron entre ambos las obras ó si al citarlos unidos, se les ha confundido. Lo poco que de ellos queda, se ignora á quién de los dos pertenece.

Hay, sin embargo, entre los trovadores un *Palais* desconocido, que bien pudiera ser el Palazis de que aquí se habla. Quedan con nombre de ese *Palais* dos serventesios, uno contra los malos señores á quienes reprende sus vicios, y otro contra los malos poetas que se ponen á hacer versos sin talento para ello.

De Palazis y Tomiers, ó de uno ú otro, quedan sólo dos *serventesios* políticos, por los cuales se puede deducir que vivían á principios del siglo XIII, y que fueron activos y entusiastas cantores de la independencia provenzal.

Entrambas poesías pueden considerarse como documentos históricos, siendo muy de lamentar que hayan desaparecido otras de esta clase por lo conducentes que hubieran sido tal vez á aclarar puntos confusos y dudosos de la historia.

La primera está escrita evidentemente antes de la batalla de Muret y antes por consiguiente de que D. Pedro de Aragón tomara parte en favor del conde de Tolosa. Así se desprende de la estrofa en que habla de una condesa de Aviñón abandonada de sus parientes, lo cual debe referir-

se á la esposa del conde de Tolosa, hermana del aragonés. Lo que se dice de Guillermo de Baucio y todas las alusiones al estado de la Provenza, concuerdan con la época en que el conde Ramón de Tolosa se veía amenazado por la cruzada que capitaneaba Simón de Montfort.

«Tengo tantos motivos para hablar, que no sé verdaderamente por dónde empezar. Que cada uno haga sus reflexiones y tome ejemplo de Tolosa, donde los más nobles están peor que si se les hubiese condenado á muerte. Para esto vale más cien veces la guerra que una deshonrosa paz.

»La buena condesa de Aviñón ¡Dios la bendiga! se ha portado mejor que sus parientes de allá de los montes, pues ninguno levanta la frente decidiéndose á marchar por el buen camino. El uno tiene sus miras en Portugal y el otro en Lombardía.

»Vale más defenderse que dejarse matar ó caer prisionero, y hay que garantizarse contra los obispos ¡Dios los confunda! de quien muchos tienen motivo para quejarse. Recordad sino la perfidia con que trataron al conde de Foix, que se había fiado de ellos.

»No obstante los envidiosos, Aviñón continúa siendo gloria y esperanza de Provenza, y ruego á Dios que la sostenga, pues sus ciudadanos lo merecen por su digna conducta. ¡Ah noble y cortés ciudad! Vuestra fortaleza es la honra de Provenza.

»Que Guillermo de Baucio se aleje de nosotros para unirse á los hombres del Norte. Vaya en buena hora. Ellos le cubrirán de vilipendio, como cuando le arrancaron el señorío del Venaissín que antes le dieran...»

El segundo *serventesio* debió escribirse años más tarde, después de la batalla de Muret, quizá cuando ya había empuñado las riendas del gobierno de Aragón el joven rey D. Jaime I, á quien evidentemente se alude en la cuarta estrofa.

Esta composición es doblemente notable, por su forma y por su fondo.

Contra la costumbre de los *serventesios* y de las poesías políticas, está escrita en versos de arte menor, como una

letrilla moderna, y todas sus estrofas terminan con un estribillo.

El autor alude visiblemente al proyecto que se abrigaba de hacer ir á los condes de Tolosa á la cruzada de Ultramar para que no intentase recobrar su territorio; á la esperanza que en el regreso de sus condes tenían los oprimidos pueblos provenzales; á la confianza que se tenía en el auxilio de Aragón y en la de los reyes de Alemania y de Inglaterra; á la injusticia de la cruzada contra Provenza; á la innoble conducta del clero y del Cardenal legado del papa, sin olvidar como en la anterior, un tributo á la firmeza y valor con que la ciudad de Aviñón, en medio de tantas catástrofes, se mantenía adicta á la proscrita casa de Tolosa y á la independencia de Provenza.

Hubo de ser compuesta esta *canción-serventesio* para reanimar el espíritu del pueblo provenzal, abatido por la rota de Muret y la ruina de la casa de Tolosa, y debió ser, al propio tiempo que una voz de consuelo y de esperanza para el pueblo oprimido, un grito de indignación contra la usurpación y el fanatismo.

En cuanto á la forma, dióselo de seguro el autor á propósito para que, sobre algún aire popular, pudieran cantarla los juglares, repitiendo á coro la concurrencia el estribillo. En un pueblo meridional como el de Provenza, la música y la poesía ejercen un gran influjo y producen un gran efecto, siendo un medio eficaz para levantar el ánimo. La *canción-serventesio* de Tomiers ó de Palazis, ya que se ignora á cuál de los dos pertenece, debió ser un aguijón para aquel pueblo oprimido, el cual iría cantándola en grandes masas y á coro por villas, caminos y ciudades. Algo como la moderna *Marsellesa* es lo que puede verse en la composición de Tomiers ó de Palazis.

«La idea de la cruzada no ha podido realizarse. Dios, que es justo, ha permitido que se abandonara un proyecto cobardemente forjado.

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»Confíemos en Dios, y de Él nos vendrá poderoso auxi-

lio. Por Él obtendremos la victoria contra los franceses, que Dios se venga de los ejércitos que no le temen.

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»Los que engañados vinieron á esta falsa cruzada, se verán obligados á huir sin hallar misericordia. Contra los que combaten bien, no pueden ni los más grandes príncipes.

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»Vanos han sido mis esfuerzos y mis serventesios para con los aragoneses, y el joven rey no encuentra quien le secunde.

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»Si Federico, rey de Alemania, sufre que el rey de Francia invada su imperio y lo usurpe, no lo ha de ver con gusto el rey de Inglaterra.

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»No creo que Aviñón decaiga, mientras sus ciudadanos velen, constantes como son y nobles. ¡Maldito sea el que de esto se enoje!

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»A los obispos malvados se les importa poco que se pierda el Santo Sepulcro donde estuvo nuestro padre al llegar del desierto, y prefieren la vida de Beaucaire <sup>1</sup>.

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*

»Nuestro cardenal huelga y se divierte y se aloja en los mejores palacios ¡así Dios le confunda! importándosele poco de los males de Damieta.

»*Permanezcamos firmes, señores, y seguros podemos estar de buen socorro.*»

He aquí ahora las dos últimas estrofas de esta composición, para que se pueda formar idea de ella:

<sup>1</sup> Delicioso pueblo á orillas del Ródano, junto á Tarascón, muy celebrado en lo antiguo y en lo moderno por sus fiestas y ferias.

Li evesque culbert  
non opreson gaire  
si 'l Saintz Vas se pert  
ho fo nostre paire,  
quant moc del desert,  
mas amon Belcaire.

*Segur estem, seinhors,  
e ferm de ric socors.*

Nostre cardenals  
sojorna e barata,  
e pren bels ostals,  
de que Deus l' abata,  
mas pauc sent los mals  
quant á Damiata.

*Segur estem, seinhors,  
e ferm de ric socors.*

Por la estrofa cuarta de esta poesía se ve que el autor había escrito otros serventesios para mover el espíritu público en Aragón y en Cataluña, pidiendo en nombre de Provenza auxilio contra los franceses; pero como tantas otras composiciones, políticas sobre todo, desaparecieron para la posteridad bajo las iras de los franceses y las llamas de los inquisidores.

En lo citado está todo cuanto de Palazis y de Tomiers pudo salvarse.



## DON PEDRO III DE ARAGÓN.

Así como su bisabuelo D. Alfonso II fué el primero de los trovadores, D. Pedro fué el último. La época de los trovadores, en efecto, comienza con un monarca aragonés y acaba con otro.

D. Pedro III de Aragón *el Grande*, tiene dos épocas en su reinado que serán eternamente para su nombre y su recuerdo un título de gloria: su aclamación como rey de los sicilianos, después de aquellas célebres y sangrientas Vísperas que acabaron con el dominio francés en Sicilia; la heroica defensa de sus Estados de Cataluña y Aragón contra la invasión francesa.

Como marido de Doña Constanza, último resto de la casa de Suavia, D. Pedro fué elevado al trono de Sicilia por la nobleza y el pueblo, que en él vieron al vengador de Conradino el *Descabezado*, al jefe y cabeza del partido gibelino, al protector de las libertades públicas, al adversario poderoso de la Francia y de la Iglesia usurpadora.

La Santa Sede no hubo de perdonar á D. Pedro su elevación al trono siciliano en brazos y por voto solemne de la soberanía nacional y en detrimento de la casa de Anjou, y entonces el Papa, como si á su sabor pudiera dar y quitar reinos, dió la investidura de rey de Aragón á Carlos de Valois, hijo segundo de Felipe de Francia *el Atrevido*. Con poderoso ejército dispusieronse los franceses á pasar los Pirineos y á caer sobre los estados del monarca aragonés, pero D. Pedro se preparó á heroica resistencia, admirablemente secundado por sus súbditos catalanes y aragoneses que, sin temor á las censuras de la Iglesia ni á las armas de la Francia, se agruparon junto á su rey, decididos á que no

fuese su noble país patrimonio de un usurpador extranjero.

Cuando á últimos de 1284 ó principios de 1285 preparaban los franceses, auxiliados por la Iglesia y en son de cruzada, la invasión que tan fatal debía serles, fué cuando D. Pedro escribió aquella su poesía-serventesio, dirigida al parecer á un poeta provenzal llamado Pedro Salvaje, como una especie de canto de guerra para recordar á los provenzales que en situación parecida, en tiempo de su abuelo D. Pedro II, se habían unido las armas de Provenza y de Aragón contra la Francia.

Así dice la poesía del rey aragonés, importante bajo el doble aspecto de la historia y de las letras:

«Pedro Salvaje, en grave duelo me obligan á estar dentro en mi casa las flores <sup>1</sup>, que aquí quieren pasar sin consideración á derecho ni razón alguna. Por esto advierto á los de Carcasona, de Agén, y á los gascones que ha de pensarles si las flores me hacen menguar en mi poder; pero tal piensa aquí ganar perdones <sup>2</sup>, que éstos se les han de convertir en segura perdición.

»Mi sobrino <sup>3</sup>, acostumbrado á usar flores, quiere ahora cambiar de blasón, lo cual no me agrada, y oímos contar que se hace apellidar rey de Aragón; mas, pese á quien pese y guste á quien guste, mis jaquesas se mezclarán con sus tornesas <sup>4</sup>, y á Dios plazca que triunfe el que tiene mejor derecho, que yo en ningún tiempo por esperanza de bretón dejaré la insignia de las Barras <sup>5</sup>.

»Si mi dama de corazón cortés, lleno de todas las bondades, Salvaje, quisiera valerme y me diera lugar en su corazón, no me fuera necesario entonces armarme contra el enemigo ni desplegar al viento pendón ni estandarte.»

<sup>1</sup> Es decir, las flores de lis, las armas francesas.

<sup>2</sup> Alusión á la cruzada que la Iglesia predicó contra D. Pedro. A los que tomaran las armas por la Francia, los agentes del Papa les concedían el perdón de sus culpas, absolviéndoles.

<sup>3</sup> Carlos de Valois, que era hijo de Felipe *el Atrevido* y de Isabel de Aragón.

<sup>4</sup> Jaquesas y tornesas, según se llamaban las monedas acuñadas en Jaca ó en Tours.

<sup>5</sup> Una esperanza bretona, una esperanza falsa, frase muy usual entre los trovadores.

Peire Salvagg' en greu pesar  
 me fan estar  
 dins ma maizó  
 las flors que say volon passar,  
 senes guardar  
 dreg ni razó.

Donc prec assells de Carcassés  
 e d' Ajenés  
 et als gascos prec que lor pes,  
 si flors me fan mermar de sua tenensa,  
 mas tal cuia sai gazarhar perdó  
 qu' el perdós li er de gran perdicíó.

E mos neps que flor sol portar,  
 vol cambiar,  
 do no 'rn sap bo,  
 son senhal, et auzem contar  
 que 's fai nomnar  
 rey d' Aragó,  
 mas cuy que plais' o cui que pes,  
 los mieus jaqués  
 se mesclaran ab lor tornés,  
 e plass' a Dieus qu' el plus dreiturier vensa;  
 qu ieu ja nulh temps per bocelh de bretó  
 no laisserai lo senhal del bastó.

E si mi dons al cor cortés,  
 ples de totz bes,  
 Salvagge, valer mi volgués,  
 e del seu cor me fes qualque valensa,  
 per enemics no 'm calgra garnizó  
 ni desplegar pennol ni gonfanó.

A esta composición contestó Pedro Salvaje:

«Señor, rey que tan enamorado parece, no debe manifestarse tímido con las flores, antes bien debe pensar en hacer buena cosecha de ellas en aquel mes en que empieza el verano y nacen las flores más espesas. Lo que debe hacerse es que los cosechadores sean de tal valía que ni en montaña ni en llanura, ni en selva ni en matorral dejen flor alguna del lado acá de Montmelió.»

Senher, reys qu' enamoratz par,  
 non degra estar  
 ab cor feló  
 contra flors, ans deu albirar  
 com posca far,  
 ab bon ressó,  
 culhir las flors en aquel mes  
 on l' estiu es  
 e las flors náisson plus espés;

e 'ls culhidors sian de tal valensa  
 qu' en pui ni plan, en selva ni boyssó,  
 no láisson flors de sai de Montmelió.

En los artículos relativos al conde de Foix y á Bernardo de Auriac, se puede ver cómo contestaron estos dos trovadores al canto del rey D. Pedro, levantando el guante por la Francia.

Cuando los franceses se retiraron en derrota, llevándose consigo el cadáver de su rey Felipe, D. Pedro parece que compuso otro canto de triunfo dirigido al mismo trovador Pedro Salvaje, pero no está bien comprobado que esta nueva poesía sea suya.

«Ya podemos cantar y dedicarnos al amor, dice, y, tú, pueblo aragonés, dime si puede separárseme de mi blasón y si puede impedirse que estemos unidos contra el francés.»

Salvagg, tuit auzem cantar  
 e n' amorar:  
 pleis d' Aragó  
 digame se porian tan far...

Las demás composiciones poéticas del rey D. Pedro han desaparecido y no se tiene de ellas noticia alguna.

## PEDRO DE AUVERNIA.

### I.

Fué Pedro de Auvernia, dicen las *Vidas de los trovadores* en las pocas líneas que le consagran, «el primer buen trovador que en aquel tiempo hubo en el mundo, y el que hizo la mejor melodía que jamás se haya hecho, sobre aquel *verso* suyo, que comienza:

De josta 'ls breus jorns e 'ls loncs sers...»

Más abajo dice también el manuscrito provenzal: «Pasaba por el mejor trovador del mundo, hasta el día en que apareció Giraldo de Borneil.»

Y luego añade: «No hizo ninguna canción, porque en aquel tiempo todo lo que se cantaba se llamaba *verso* y no *canción*; pero vino Giraldo de Borneil é hizo la primera canción que haya sido compuesta.»

Sobre estos datos y el de que Pedro era hijo de un vecino del obispado de Clermont, hay que basar todas cuantas investigaciones puedan hacerse relativamente á la vida de este trovador célebre. Por desgracia estas investigaciones dan escaso resultado, y los azares y sucesos de su vida permanecen en la más completa oscuridad.

He aquí sólo lo que pude recoger, esparcido entre manuscritos y libros que he tenido ocasión de consultar, y lo que se deduce de sus propias poesías llegadas en número de veinte y cinco hasta nosotros.

Hablemos primero de la época en que floreció. Muchos han vacilado tocante á este punto, pero existe un dato concluyente.

Tiene un *serventesio* en que habla del conde de Barcelona, cuyo favor solicita, y no pudo ser otro este conde que Ramón Berenguer IV, el que casó con Doña Petronila llevando á cabo la unión de Cataluña y Aragón. La época histórica de este conde, se encierra entre 1131 y 1162.

Tiene también otra poesía, escrita evidentemente en Castilla, dirigida á lamentar la muerte de Alfonso VII el emperador, y á celebrar el advenimiento de su hijo Sancho III, cuyo reinado fué tan breve que se encierra entre 1157 y 1158.

Conocida es, pues, y fuera ya de toda duda, la época en que vivía y residía en España Pedro de Auvernia; pero esto debió ser á los comienzos de su vida literaria, pues su sátira contra algunos poetas provenzales, que sólo florecieron á últimos del siglo XII y principios del XIII, demuestra que su vida se prolongó hasta llegar por lo menos á la segunda década del siglo XIII, y hemos de comprenderla, por lo mismo, entre 1140 y 1215.

Pedro de Auvernia escribía aún á una edad muy avanzada, pues en un *serventesio* hace referencia á la batalla de Bovines, que fué en 1214.

Dante, al hablar de él, lo coloca entre los trovadores más antiguos, y así fué, pues debió alcanzar los tiempos de Marcabré, á quien cita en su poesía á Sancho de Castilla. Petrarca en su *Triunfo de amor*, cap. IV, al hablar de los poetas provenzales, nos le presenta como cargado de años:

e il vecchio Pier d' Alvernia con Giraldo.

Pudo morir, pues, en edad avanzadísima, muy entrado ya el siglo XIII.

Fué Pedro, efectivamente, hijo de una familia desconocida. Tomó el apellido de su patria y se ignora el de sus padres.

Debió salir muy joven de su país y pasar á Cataluña y á Castilla, donde por sus poesías se le encuentra en los primeros años de su vida literaria, y parece adivinarse que Marcabré pudo ser su maestro y guiar sus primeros pasos.



Según los manuscritos, el trovador Pedro de Auvernia era hombre «gallardo de figura y sabio de entendimiento.» Trovaba y cantaba admirablemente, y debía ser un excelente músico, pues que compuso para una de sus canciones la mejor melodía oída hasta entonces. Fué muy honrado y protegido de los más altos barones y más bellas damas de su tiempo, y Nostradamus añade que entre éstas gozaba de gran prestigio, hasta el punto de que, luego de haber cantado y recitado sus poesías, se le permitía en recompensa dar un beso á una de las damas presentes. «Y siempre, añade aquel cronista á cuyo cargo dejamos la noticia, siempre obtenía la preferencia la bella Clarita de Baucio, hija del señor de Berre, de la cual estaba perdidamente enamorado el trovador.»

Nada más se sabe de Pedro de Auvernia sino que, ya de edad provectora, se hizo monje, retirándose al claustro donde murió.

Millot, dada la escasez de noticias que existían sobre este poeta cuando escribió su obra, sospecha si pudo ser el mismo que un autor jacobino llamado *Petrus de Auvernia*, escritor del siglo XIII. No es así. Nuestro Pedro de Auvernia murió á principios del siglo, y el escritor eclesiástico á que se refiere Millot florecía á mediados de él, por los años de 1250. En cuanto á las poesías devotas de este trovador, que indujeron á Millot á fundarse más en su sospecha, debieron ser escritas por Pedro hallándose en el claustro.

Fué mucha la celebridad que obtuvo este poeta, reconocido en efecto como el primero antes de la aparición de Giraldo de Borneil, contribuyendo á esta celebridad los viajes que hizo por distintos países. Hemos visto ya que estuvo en Cataluña y en Castilla, siendo en esta última corte donde residió por más tiempo, favorecido de Alfonso VII, de Sancho, y tal vez, según fundadamente puede sospecharse, del otro hijo de Alfonso, Fernando II de León, á cuya corte pudo trasladarse.

Hay asimismo indicios para creer que estuvo en la corte de Francia y en la de Leonor de Aquitania.

Le gustaba mucho, según parece, encomiarse sin medida en sus propias obras y criticar las de los otros, creyéndose el maestro de los trovadores; pero este defecto ha sido siempre general en los que rinden culto á las Musas.

Fundaba sin duda su maestría en su habilidad suma en el manejo de la forma. Realmente, la forma de los versos de Pedro de Auvernia es perfecta, viéndose en ello la obra del músico, al par que la del poeta.

Por lo general sus poesías carecen de sentimiento, excepción hecha de la del ruiseñor, que más abajo se traslada, aún cuando hay galanura y riqueza. El arte brilla en sus obras más que el genio. Debieron contribuir mucho á su nombradía sus talentos músicos, su voz que modulaba perfectamente, según él mismo dice, y la originalidad de los cantos y melodías con que acompañaba sus versos. Su fama, por lo visto, era como artista más quizá que como poeta.

## II.

La estancia de Pedro de Auvernia en Castilla, nos la demuestra el *serventesio* que escribió al subir al trono el rey D. Sancho III, en quien el pueblo castellano fundaba grandes y legítimas esperanzas, defraudadas por una muerte prematura.

Se ve claramente que el poeta conoce á fondo las cosas de Castilla, como si en ella residiera de mucho antes; se hace eco del dolor que hubo de causar la muerte del emperador, mueve el ánimo del nuevo rey para que acometa grandes empresas contra los almohades respondiendo al sentimiento nacional, y alude visiblemente á descontentos, parcialidades ó intrigas de corte que dificultaban sin duda en aquel entonces la política del monarca castellano.

He aquí este *serventesio*, difícil de traducir, por lo demás, no sólo por su oscuridad en algún pasaje, si que también porque debe faltar alguna estancia y debe existir error de copia en algunas palabras:

«Grato es para mí, cuando florece la rosa y avanza la

gentil estación, hacer un verso al suceso que agita mi corazón, mientras que en la oscura noche oigo resonar el dulce canto del ruiseñor por campos y verjeles.

»Rey, la fuerza que los almohades adquieren, debilita á los cristianos. No existe conde ni duque, de cinturón ceñido, que mejor que vos sepa herir con su lanza. Duéleme de la muerte del emperador, que conmigo lamentan también muchas gentes, pero tal la llora que en su interior se alegra.

»Vuestro valor acrece porque tenéis buena esperanza. Cabalgad sin vacilación para caer sobre los paganos, gente villana; alzad con mano firme el estandarte, y como vayáis en derechura contra Marruecos, vuestra será la victoria.

»Veo que mengua en prez aquel que se aparta de las corrientes del siglo <sup>1</sup>. Hijo es de criatura deshonorada quien tan deshonrosa muestra da de sí, y sin embargo, no baja la cabeza porque ya su imprudencia ha llegado al extremo.

..... <sup>2</sup>.

»Cantador, el verso se os acaba y debéis aprender su comienzo. Marcabré, con gran rectitud, trovó de una manera muy parecida: téngale en buen hora por loco aquel que no conozca su naturaleza ni recuerda para qué nacemos.»

Bel m' es cuan la rosa floris  
e 'l gens terminis s' enansa,  
fas' un vers a m' aventura  
d' on mos cors es en balansa,  
pel dous chan del rossinhol  
c' aug chantar la nueit escura  
per los vergiers e pels plaís.

Reís, per los crestinas failis,  
quar Masmut nos fan sobransa;  
coms ni ducx non senh sentura

<sup>1</sup> El sentido de esta estrofa es muy oscuro, lo propio que el de la que sigue. Este pasaje, traducido al pié de la letra, dice: «aquel que el júbilo (ó el deporte) del siglo destierra, veo que mengua en prez.» *Sel qu' el joi del segle desús, vei que son pretz desanansa.* Me parece que la interpretación verdadera es la que le doy, pues en ciertas poesías de trovadores, hay que interpretar más que traducir. La cuestión está en interpretar con acierto.

<sup>2</sup> Confieso no saber qué interpretación se puede dar á esta estancia, que dejo, por esto, en blanco.

miels de vos feira de lansa;  
per l' emperador me dol,  
c' a moutas gens fai fruitura;  
tals eu plota que n' a jais.

Vostre coratges s' esclargís  
quar n' avetz bon' esperansa;  
sobre Paguans, gens tafura,  
cavalguatz senes duptansa;  
premiers penrés l' abadol,  
e si anatz ab dreitura  
tro a Maroc, faran lais.

Sel qu' el joi del segle delis  
vei que son pretz dezenansa;  
fils es d' avol criatura  
que fai avol demostransa  
e per tan non baisa 'l col,  
quar gitatz es á non cura,  
estais mais entr' els savais.

Per mi non dic, tan m' abelis  
quan vei molt gran alegransa,  
amors vol calonja's dura,  
e non pot aver fizansa,  
si carnal arma non vol,  
quar vei que cors non a cura  
mas de senhor que engrais.

Chantador, lo vers vos fenis,  
aprendetz la comensansa:  
Marcabrús per gran dreitura  
trobet d' artretal semblansa;  
e tenga lo tug per fol  
quí no conois sa natura,  
e no 'l membre per que-s nais.

Ya conocemos una de sus poesías políticas. Veamos ahora una de sus canciones galantes. La más notable entre éstas, la que está escrita con más sentimiento, más naturalidad y más ingenio, es la siguiente:

«Ruiñeñor, ve á encontrar á la dama á quien adoro, cuéntale mis penas y haz que te cuente las tuyas. Si te encarga decirme que no me olvida, no te detengas un solo momento, vuela hacia mí para contarme lo que hayas oído. Piensa sobre todo que yo no tengo ni amigo ni pariente, ni nadie de quien espere con más ansia noticias.

»El hermoso pájaro parte. Emprende alegremente su camino, informándose de todos hasta que encuentra á mi dama. Al verla, comienza sus dulces trinos, según tiene de costumbre cuando ve brillar el lucero del alba. Se calla en

seguida, y piensa en lo que ha de decir y en la manera de decirlo para que se le preste atención.

—»Vuestro leal amigo, dice por fin, me envía para que os diga las cosas que más gratas pueden seros. ¿Qué puedo contestarle cuando salga impaciente á recibirme? Si le doy una buena respuesta, os ha de complacer á vos tanto como á él, pues que con toda el alma os quiere, y lo que es júbilo en el uno lo es en el otro. Pero temo apercibirme de que mi mensaje es mal recibido. Vuestro amigo, os lo aseguro, cifra su dicha toda en amaros. ¿Qué esperáis, pues? Aprovechad la ocasión del amor que se presenta. Pensad que es una flor que se marchita pronto. No perdáis momento.

»La dama oye el mensaje del ave, y contesta:

—»A mí vino el ruiseñor, y con placer escuché lo que de vuestra parte me dijo. El podrá á su vez deciros cuánto me aflige vuestra ausencia, mi dulce y bello amigo, pues que nadie me cautiva sino vos. Os alejásteis de mí muy pronto, y á podérmelo figurar, no hubiérais obtenido de mí lo que os he dado. Siento ahora haberlo hecho, pues que mi corazón está dominado por el amor; siempre estoy triste pensando en el que amo. Cuando él está conmigo todo son alegrías, juegos y risas, y por nada en el mundo cambiaría de amante. Prefiero su amor al del más alto y poderoso, que el buen amor como el oro puro, va cada día afinándose, y el que á vos os tengo crece más á cada instante. Parte, dulce ruiseñor, emprende tu camino, y, lo mejor que sepas, dile hasta qué punto le amo. Parte, corre, vuela y vuelve. ¡Cómo! ¿no has vuelto aún?»

Este último rasgo es de una belleza exquisita.

Indudablemente es esta una de las mejores poesías galantes de aquella época.

### III.

En otra canción elogia á su amada como la más bella de las mujeres y enumera sus perfecciones buscando punto de comparación á todas, y encontrando reunidas en ella cuan-

tas cualidades y dotes puede tener una dama para ser perfecta. Halla que su frente es más pura que el lirio, sus ojos más brillantes que la estrella guiadora del náuta, su tez más fresca y de más bellos colores que la flor, y su seno y cuello más blancos «que la nieve de Noche-buena.»

Todas estas comparaciones se hallan, andando los tiempos, repetidas en las obras de poetas más modernos, y la última, para nosotros más nueva, se encuentra también en Bernardo de Ventadorn al hablar de su primer amor, la desdichada Inés de Montluzó.

Entre las canciones de Pedro de Auvernia, hay una que acaso pudiera explicarnos su resolución de sepultarse en el claustro donde terminó su vida.

El poeta lo halla triste todo, todo de «color de invierno.» Ya pasó para él aquel tiempo en que todo lo veía hermoso y en que se recreaba viendo brotar la flor del jazmín, oyendo el cantar de los pájaros y extendiendo su mirada por las verdes llanuras en las cuales descollaban grupos de flores amarillas, encarnadas, verdes y blancas.

Belha m' es la flor d' aguilen,  
quant aug del fin joi la douzor  
que fan l' auzelh novellamen,  
pel temps qu' es tornat en verdor,  
e son de flors cubert li reynh  
gruoc, vermelh, e vert, e blan.

En esta otra canción el poeta, como el cisne, canta su próxima muerte. Lamenta los rigores de su suerte, la ingratitude de su dama, la falsedad de las mujeres, y dice que por más que éstas puedan ofrecerle y darle, no volverá á ellas, pues va á buscar su consuelo en Dios.

Entre sus *serventesios* los hay contra las costumbres del siglo y contra el amor, tan ensalzado antes por él mismo y del que habla como si hubiese sido su víctima. Uno de estos últimos merece particular mención. Aunque de paso, y sin profundizarla, Pedro de Auvernia provoca una gran cuestión, llevada recientemente, si bien en otra forma, á la escena del Teatro Español por un autor eminente, el señor EcheGARAY.



Hablando de las mujeres casadas que se entregan á amores ilícitos, dice: «De sus adulterios nacen hijos, propietarios luego de bienes que no son suyos.»

Tiene también dos ó tres *serventesios* de cruzada. En uno de ellos, que debió ser escrito desde el claustro por los años de 1214, pues es la época á que el trovador se refiere, exhorta á los reyes Felipe de Francia, Juan de Inglaterra y al emperador Otón, á la sazón en guerra, á hacer las paces para ir juntos á servir bajo las banderas de Jesucristo.

Pero la poesía suya á que se ha dado más importancia, presentándola entre sus obras como capital, con grave error, en mi pobre juicio, es su sátira contra los trovadores, sátira que, según vimos en su lugar, ha sido imitada por el Monje de Montaudón.

Es un rudo y cruel ataque, injusto sobre todo y falso con respecto á algunos, contra doce de sus cofrades en poesía, la mayor parte de ellos por cierto desconocidos.

Como poesía vale poco y como sátira traspasa el límite que en todos tiempos se ha fijado á este género, para no convertirse en libelo.

He aquí esta composición:

«Voy á decir algo de esos trovadores que cantan de cualquier manera. Los más malos creen hacer prodigios, pero yo les aconsejo que se vayan á cantar á otra parte, pues hay un centenar que no conocen el valor de las palabras y que sólo han nacido para guardar rebaños.

»El I de quien se me ocurre hablar es Pedro Roger. Canta siempre el amor, pero más le valiera pasarse el tiempo en la Iglesia salmodiando ó llevando el candelero con el cirio encendido.

»El II es Giraldo de Borneil, que con sus cantos débiles y lánguidos parece un trapo puesto al sol y bueno todo lo más para una lavandera. Si se mirara á un espejo, se encontraría delgado como una aguja.

»El III es Bernardo de Ventadorn, más descarnado aún que Giraldo; su padre era un mal arquero, y su madre recogía leña y encendía el horno.

»El IV es Brival el limosín, uno de los menos malos juglares, que hay de aquí á Benavent. Se asemeja á un peregrino enfermo que canta para la canalla, y casi me da lástima.

»El V es Guillermo de Ribes, tan malo por dentro como por fuera; canta con voz cascada, pareciéndose á una caña rota. Al ver sus ojos, se le tomaría por una de esas cabezas colgadas de las paredes de una iglesia.

»El VI es Elías Gaumás, que de caballero se hizo juglar. Maldito sea el que le dió sus ropas verdes, pues ya abundan demasiado los de esa calaña.

»El VII es Pedro Bremón. No hace nada que valga desde que el conde de Tolosa le protege. Alabaría al que le robó, si al par le hubiese mutilado, pues así no habría otros de su raza.

»El VIII es B. de Saisac, cuyo mejor oficio fué el de ir pordioseando. El mismo caso hago de él que de un perro, y más me gusta Beltrán de Cordelles, sin embargo de ser como una chapa vieja y usada.

»El IX es Rimbaldo, que cree sus versos muy alegres, aunque sean tristes y fríos. Vale más oír á los pobres pidiendo limosna.

»El X es Elías Sanchal, miserable villano, que se alaba de un lado y se vende del otro por dineros.

»El XI es Garsal Rosín, tan vano con sus versos como con sus humos de caballero. Pero nunca estuvo tan bien armado que se atreviera á dar un golpe, y nunca se batió más que con las piernas, corriendo.

»El XII es un lombardo llamado Sicard. Llama cobardes á sus vecinos, y huye en cuanto ve sólo un indicio de peligro. Está muy pagado de las melodías groseras que compone sobre versos que no tienen sentido común.»

Al final de esta composición, toda en sextetos de ocho sílabas, sigue una semblanza del autor, evidentemente escrita por él mismo.

Peire d' Alvernc a tal votz  
que canta de sobr' e de sotz,  
e síei son sous e plazen,

e pois es maistre de totz  
 ab qu' un pauc esclarzis sos motz  
 qu' a penas nulhs hom los enten.

«Pedro de Auvernia tiene una voz alta ó baja, según le plece, y sus melodías son dulces y agradables. Es, á más, el maestro de todos, faltándole sólo que esclareciera un poco sus palabras, pues apenas si se le entiende.»

Millot y Coll y Vehí, al copiar esta poesía y al llegar á esta estrofa, insertan otra, continuada en ciertos manuscritos de esta manera:

Peire d' Alverne a tal votz  
 que chanta cum granolh' en potz  
 e lauzas trop á tota gen,  
 pera. má 'stres es de totz, etc.

Es decir: «Pedro de Auvernia canta como una rana en un estanque y va alabándose ante la gente de ser el maestro de todos, pero sería necesario que explicase sus versos pues que nadie los entiende.»

Esta variante, de mano extraña sin duda y escrita por algún enemigo del autor, es lo que indujo á los citados autores para creer que la última estrofa no pertenecía á Pedro de Auvernia. Pertenece á él, sin embargo, pero escrita según la transcribo más arriba.

La composición termina con dos versos en que no creo se haya fijado nadie y que pueden ser, sin embargo, clave de la sátira, para manifestar que se escribió sólo por broma, pero ni aún en broma sientan bien ciertas cosas á poetas serios.

Lo vers fo faitz als enflabotz  
 á Poivert tot jogan, rizen.

«Esta canción fué hecha cuando las luminarias de Poivert (alguna fiesta), jugando y riendo,» ó tal vez «para bromear y divertirse.»

## PEDRO BREMÓN.

Crescimbeni y Millot dicen que se llamaba Pedro Bremón-Ricas Novas y que fué el mismo poeta de quien habla Nostradamus bajo el nombre de Ricardo de Noves.

Parece que, en todo caso, *Ricas Novas* debía ser un apodo más que un apellido.

En cuanto al Ricardo de Noves, de que habla Nostradamus, nada puede tener de común con el Pedro Bremón, de que voy á ocuparme.

Según Nostradamus, al cual poco crédito puede darse ciertamente, Ricardo era de la noble familia de los Noves de Provenza, se distinguió por su valor y proezas, y aún cuando sus padres habían sido partidarios de la casa de Baucio contra los de Barcelona, él sirvió al conde de Provenza, celebrándole en muchas de sus canciones y haciendo, á su muerte, su elogio fúnebre, que iba recitando y cantando por los castillos y cortes, con lo cual ganó mucho dinero. Atacaba en este *planch* á la casa de Anjou y representaba á la Provenza perdida por haber caído bajo la dominación francesa. Sus amigos le persuadieron de que corría grandes riesgos por esta imprudencia, y dejó de trovar. Ricardo escribió contra la usurpación de varias tierras de Noves y Barbantane llevada á cabo por los obispos de Aviñón. Se dice que el conde de Provenza había hecho á Ricardo llavero ó guardador de llaves de su palacio, empleo de gran sueldo y consideración en la corte de aquel príncipe. También se dice que una vez los emisarios del Papa quisieron castigarle por sus injurias contra las gentes de Iglesia, arrojándole vivo á un pozo muy profundo del castillo de Noves, donde era costumbre precipitar á los clérigos sorprendidos en adulterio. Ricardo murió el año 1270.

Tal es en sustancia lo que cuenta Nostradamus relativamente á Ricardo de Noves, sin que nada de esto tenga relación alguna con las poesías de Pedro Bremón, á quien Crescimbeni y Millot llaman Ricas Novas, suponiendo ser el mismo Ricardo, de Nostradamus.

La verdad es que nada se sabe de la vida de Pedro Bremón ni de su patria, aunque hay que considerarle provenzal por sus poesías, quedando también por éstas demostrado que floreció á mediados del siglo XIII y que era contemporáneo de Sordel.

El *serventesio* de este último sobre Blacás, imitado también por Beltrán de Alamanón, le dió asunto é idea para una poesía, que es la más notable entre las suyas.

Sordel, á la muerte de Blacás, quiso distribuir su corazón entre los magnates de la época para que, comiendo un pedazo de él, cobrasen el valor de que carecían. Pedro Bremón, con objeto parecido, se dispone á distribuir su cuerpo.

Dice así:

«Blacás fué celebrado por Sordel y Alamanón, que repartieron su corazón; pero yo voy á repartir su cuerpo entre varias naciones, dividiéndolo en cuartos.

»El primero se lo doy á los lombardos, á los alemanes, á los de la Pulla, de la Frisa, y á los brabanzones, invitándoles á ir á Roma para *adorar* el cuerpo santo. Deseo que el emperador haga construir allí una capilla donde estén en honor el mérito, la prez, el placer y los cantos.

»El segundo se lo doy á los franceses, á los borgoñones, á los de Saboya y del Vienesado, á los auverneses, á los bretones y á los valientes poitevinos, porque son nobles. Y si los cobardes ingleses van á rezar ante esta reliquia, por malos que sean, se tornarán buenos. Es preciso que este cuarto sea colocado en un lugar religioso, y el rey á quien pertenece París, debe guardarlo cuidadosamente de los pícaros, pues le conviene.

»El tercero se lo doy á los bravos castellanos. Les invito á que vayan á *adorar* la reliquia con los gascones, catalanes y aragoneses, que son gentes de pro. Si el rey de

Navarra quiere ir también, es preciso que sepa que no la verá, como antes no sea valiente y generoso. En cuanto al león que es rey de Castilla, tendrá en su mano el cuarto del cuerpo de Blacás y lo guardará, y con generosidad, recordando que esta virtud ilustró á su abuelo.

»Por lo que toca al cuarto, lo guardaremos para nosotros los provenzales, pues haríamos muy mal en darlo todo. Lo pondremos en San Gilles. Que vengan los de Tolosa, Roverga y Beziers, si quieren alcanzar pro.

»La cabeza quiero enviarla á Jerusalén, al soldán del Cairo, si quiere hacerse bautizar. De no ser así, se la doy á Guido, que se mantiene en virtud entre los paganos. Si Conrado, el rey de Acre, quiere prestarla culto, tendrá que despojarse de su avaricia, y ser valiente y generoso.

»Puesto que Dios ha tomado el alma de Blacás, que su cuerpo sea así repartido y pueda ser honrado por caballeros.»

Algunas alusiones de este *serventesio* son claras, pero no así todas. No se sabe, por ejemplo, quién es ese Guido, á quien se destina la cabeza de Blacás, caso de que no se haga bautizar el soldán.

La alusión á los lombardos y alemanes, que seguían el partido del emperador Federico II, prueba que el autor era un decidido gibelino, aspirando á que Federico se apoderase de Roma y destruyera el poder de los papas.

El rey de Castilla que se cita debe ser Fernando *el Santo*, nieto de Alfonso VIII, y el rey de Navarra falto de valor, aquél que fué primero conde de Champagne, Tíbaldo, poeta también, pero no entre los trovadores, sino entre los *trouveres*.

La penúltima estrofa va dirigida á los provenzales con el objeto de animarles á recobrar el dominio de sus antiguos señores, arrojando de sus tierras á los franceses.

Las demás composiciones de Pedro Bremón, son poco importantes y valen poco.

En una de ellas ataca duramente á su contemporáneo Sordel el mantuano. Le dice que sus versos, que tanto le engríen, no tienen piés ni cabeza, y le acusa de falta de va-



lor, así como también de no servir para los placeres del amor. Habla de su mala conducta, que le ha obligado á huir de Lombardía, y le llama falso juglar, añadiendo que su mujer ruega á Dios todos los días para que se lleve á su marido.

Algún odio personal, alguna gran enemistad hubo de existir entre estos dos trovadores, pues otra poesía de Pedro Bremón, que parece ser en respuesta á una de Sordel, es una continuación de injurias contra éste.

## PEDRO BUSC.

De este trovador, que unos manuscritos llaman Basc y otros Buse, existe sólo una poesía, pero tan singular que merece llamar la atención.

Digamos primero que Pedro Busc floreció á mediados del siglo XIII, en la época de D. Jaime *el Conquistador*, á cuya corte pertenecía sin duda á juzgar por la cita que de este monarca hace en su única composición. Esto es todo cuanto se sabe de él, lo cual es ciertamente bien poco.

Por lo que toca á su poesía, han hablado de ella, aunque sólo de pasada y con cierto desdén, Millot, Coll y Vehí y Milá, coincidiendo los tres en darle á esta composición el carácter de un *serventesio* burlesco, escrito al parecer con motivo de una ley suntuaria. Coll y Vehí, fundándose sin duda en un verso de esta poesía mal interpretado, supone eclesiástico al autor, lo cual no era así evidentemente, y dice de esta composición que es una súplica al Papa y al rey D. Jaime para que retirase las prohibiciones contra el lujo de los trages.

Autorizada es la opinión de los tres autores citados, coincidiendo en apreciar la composición bajo el mismo punto de vista, pero yo me atrevo humildemente á poner una opinión distinta en frente de la suya.

Léase, lo primero de todo, la poesía, en la que, dicho sea de paso, se hallará la forma y el metro de *Li dous cossire* de Cabestany:

Ab greu cossire  
 et ab greu marrimen  
 planch e sospire  
 ab pervilhós turmen.  
 Can me remire  
 ab pauc lo cor no 'm fen,

ni mos huels vire,  
 que gart mos vestimen  
 que son rics et honratz  
 et ab aur fi frenatz  
 e d' argen mealhatz  
 ni regart ma corona.  
 L' Apostoli de Roma  
 volgra fezes tremar  
 qui nos fai desfrezar.

Sesta costuma  
 ni sest establimen  
 non tenrá gaire  
 c' an fag novelhamen,  
 car lo rei Jacme  
 no fon a presen  
 ni l' Apostoli  
 c' absolve l' sagramen.

La sentura mesclaia  
 qu' ieu solia senchar  
 lássa! no l' aus portar.  
 De ma camiza  
 blanc' ai tal pessamen  
 qu' era cozida  
 de seda ricamen...

Blanca é blava  
 ab aur et ab argen,  
 lassal non l' aus vestir.  
 Lo cor me vol partir,  
 e non es maravilha.  
 Senhors, faitzme esclavina  
 qu' aitan l' am portar  
 c' an vestir ses frezar.

«Con triste duelo y con gran pesar lloro y suspiro con peligroso tormento. Cuando me vuelvo á mirar, por poco no se me parte el corazón, así como cuando fijo los ojos en mis vestidos que son ricos y honorables, prendidos de oro fino y enmallados de plata, ó cuando miro mi corona. Ojalá que el apóstol de Roma mandara quemar á quien de este modo nos hace ir disfrazados.

»Ni esta costumbre ni este establecimiento de tan reciente creación podrán durar mucho, pues ni el rey Jaime se hallaba presente ni el Papa lo absolverá del juramento (?)... La cintura de mezcla que solía yo ceñir ¡pobrecita! no me atrevo á usarla.

»Gran pesar tengo de mi camisa blanca ricamente cosida de seda... Blanca y azul con oro y plata ¡pobrecita! no me atrevo á vestirla. El corazón se me parte, y no es maravilla. Señores, hacedme una esclavina, pues más prefiero llevarla que vestirme con disfraz.»

Tal es esta poesía que, por su género, por sus mutilaciones y por sus indudables errores de copia, es, en ciertos pasajes, difícil de interpretar y de traducir.

Sin embargo, su simple lectura basta para comprender que hay algo oculto en el fondo de ella, algo que no se explica y que escapa si no se fija muy detenidamente la atención.

No; esta poesía no es un serventesio burlesco escrito con motivo de una ley suntuaria. Hay algo profundamente serio en el fondo de ella.

¿Qué significa lo de que el rey D. Jaime no estaba presente? ¿qué la alusión al Papa hecha á seguida? ¿qué lo de pedirle al Sumo Pontífice que mande quemar á los autores del disfraz impuesto á la gente, alusión clara y evidente á las hogueras de la Inquisición? ¿No pudiera entenderse por este disfraz la influencia francesa que venía á cambiar los usos, las costumbres y la lengua de los provenzales?

Y esto debe aún aparecer más claro cuando el autor habla de una camisa, que no se atreve á usar, blanca y azul, con oro y plata. ¡Blanco y azul, con oro y plata! Estos eran los colores y este el emblema de la infortunada casa de Tolosa, á la cual es sabido que el rey D. Jaime se decidió en cierta ocasión á proteger, comprometiéndose á ello de palabra y por juramento (véase Guillermo de Montagnagout). ¿Puede aludir á esto el pasaje: *car lo rey Jacme—no fou à presen—ni l' apostoli—l' absolva 'l sagramen?*

Es muy de creer que esta poesía encierra un fondo político con relación á las circunstancias del momento en que se escribió.

## PEDRO CARDINAL.

## I.

Por sus altas cualidades de pensador, de filósofo y de poeta, Pedro Cardinal debe ocupar uno de los puestos más altos y privilegiados en la historia de las letras provenzales.

Mereció ser llamado el Juvenal de la Edad-Media, como Beltrán de Born puede recibir el nombre de Tirteo del Mediodía.

Nació de padres ilustres en el Puy de Velay, pero nos es desconocida su familia, ya que el apellido de Cardinal es uno de esos sobrenombres frecuentes entonces, y que procedían de un feudo, de un castillo, de una cualidad, etc.

Educado para la Iglesia y para ser canónigo de la catedral de Puy, cuya plaza pertenecía á su familia, recibió una instrucción esmerada y completa; pero, dice el manuscrito provenzal, al llegar á la edad varonil, «se encontró joven, gallardo y apuesto, y se dejó arrastrar por las vanidades del mundo.»

De un alma bien templada y de un carácter poco dispuesto á recibir imposiciones extrañas, Pedro Cardinal sintióse arrastrado por la actividad de su genio á más vasto campo y á teatro más extenso que el que ofrecerle podía un sitio, por elevado que fuese, en el capítulo de Puy. Abandonó, pues, el canonicato por la nómada y libre profesión del trovador, á que se sentía fuertemente empujado; pero al divorciarse pronto de la galantería, como hizo al entregarse á estudios detenidos y á meditaciones constantes, al escribir obras profundamente serias, dió bien claro

á conocer que las *vanidades del mundo* no habían sido ciertamente el móvil de su conducta.

Cantor de la libertad y de la independencia de su patria, necesitaba de toda la libertad y de toda la independencia de su vida para entregarse por completo á la ruda tarea y á la alta misión que parece haberle confiado la Providencia, ya que, por su enérgica y varonil poesía, por las nobilísimas ideas á cuya propaganda se consagraba, por su alteza y rectitud de miras, por su amor á la libertad de la patria romana, por su talento y por sus virtudes, la gigantesca figura de Pedro Cardinal descuella entre todos los trovadores, y sobre todos, como la roca granítica que sostiene Puy de Velay, la villa que fué su cuna, se eleva orgullosa sobre los lugares y comarcas que la circundan.

Poco afortunado en amor, del cual parece haber probado sólo amarguras, escribió algunas canciones galantes, en número ciertamente bien escaso, y se consagró á cultivar el *serventesio*, en cuyo género llegó á ser maestro de maestros. Pedro Cardinal es el maestro, tal vez el creador del *serventesio* moral, como Beltrán de Born lo fué del *serventesio* político.

Vió perturbado el siglo por la discordia y por la guerra, por la inmoralidad y por el vicio, y su alma, amante entusiasta de lo bueno y de lo justo, rebelándose contra toda iniquidad y todo desafuero, se aisló y encerró en sí misma como en un alcázar de virtud y de justicia, para desde allí flagelar rudamente, sin consideración ni debilidad alguna, todos los vicios, todas las inmoralidades, toda la corrupción de su siglo y de su tiempo.

Con un celo, con una independencia, con una energía y con un talento que no se encuentran reunidos en ningún otro trovador, censuró los vicios y costumbres de su época, sin perdonar ni á los malos eclesiásticos ni á los malos barones, por altos que fueran y poderosos, y fuerte en su conciencia, arrostraba con imperturbable serenidad los odios y las venganzas que atraerle podían las desnudas verdades de sus populares *serventesios*. Preciso es, sin em-



bargo, decir que la pureza de sus costumbres y la superioridad de su talento hicieron á este trovador respetable hasta para el mismo vicio, pues que lejos de vérsese perseguido, se le ve por el contrario acogido y honrado de todos.

Vivió hasta alcanzar la edad de cien años, según su biógrafo provenzal, y durante el curso de esta larga vida gozó del aprecio y estimación generales. Visitaba las cortes acompañado de un juglar que cantaba sus *serventesios*; los grandes barones le estimaban y respetaban á pesar de sus invectivas contra los abusos de la grandeza, y fué muy particularmente honrado y protegido del rey de Aragón D. Jaime I *el Conquistador*, que, mejor sin duda que otro príncipe alguno de su tiempo, tenía altas condiciones para poder apreciar el carácter y temple de alma del trovador provenzal.

*Molt fo onvatb e grazitz per mon seignor lo bon rey Jacme d' Aragó*, dice su biógrafo, añadiendo á continuación: «Y yo, maese Miguel de la Tor, os hago saber que Pedro Cardinal, al pasar de esta vida, tenía alrededor de cien años. Y yo, el susodicho Miguel, escribí de mi mano sus *serventesios* en la ciudad de Nimes.»

## II.

Nuestro poeta comenzó su carrera por abrir su corazón á los deseos y emanaciones del amor, pero de un amor puro, honesto, virtuoso, que nada tenía de común con el materialismo y la sensualidad de la época.

He aquí cómo el poeta entiende y quiere el amor en la siguiente poesía, que debió ser una de las primeras que compuso:

«Yo cantarí con entusiasmo si estuviese enamorado ó fuese amado; pero como no me sucede ni lo uno ni lo otro, quiero cantar al menos una vez para decir lo que sería para mi amada si tuviese una. Como gozara yo de esta dicha, no habría amante más sincero ni más leal en el mundo.

«Podría mi amiga no concederme nada, pero desde el instante en que hubiese comenzado á amarla, sería suyo únicamente y para siempre, que yo sé bien cómo debe conducirse en amor. Semilla de amor cultivada en un corazón hace nacer tres; un placer diez nuevos placeres; un goce cien otros goces, y así se va multiplicando todo hasta conseguir mil por uno.

»Pero el amor está hoy perturbado. Los buenos y los corteses sufren la pena, y los malos gozan del placer, lo cual no sucedería si las damas fuesen más fieles al honor y á la virtud, pues que entonces premiados serían los buenos y castigados los malos.»

Como se ve, ya en esta poesía galante, más que al poeta se ve al filósofo, y más que por los goces del amor, suspira el corazón por los derechos de la rectitud y de la justicia.

No tardó el poeta en sufrir los desencantos del amor y en convencerse de que el lauro que pudiera alcanzar como trovador, no se hallaba para él en el género de las canciones galantes.

He aquí su segunda canción:

«Insensato es aquél que se consagra al amor, pues quien más fía en él, más perjudicado sale. Tal quiere calentarse que se quema. Los bienes del amor son tardos en llegar, y los males vienen en tropel cada día; así es que sólo puede cautivar y llevarse consigo á los inocentes, á los insensatos ó á los malvados. Me divorcio, pues, de él.

»Fuerza es que mi amiga se desengañe: yo no seré suyo como ella no sea mía. Tengo formada mi resolución de hacer lo que ella haga. Si me engaña, me encontrará engañador á mi vez, y si rectamente procede conmigo, rectamente procederé con ella.

»Nunca gané tanto como el día que perdí á mi amiga, pues que perdiéndola, gané cuanto yo perdido había.

Anc non guazanh-i tant en re  
cum quant perdey m' amia  
quar perden lieys, guazanh-i me  
cuy ieu perdut avia.

»Poco gana quien mucho pierde, pero mucho gana quien pierde lo que daña. Lo cierto es que yo me había entregado á quien me arruinaba.

»Que no cuente más conmigo; pues sólo engaño y falsedad he hallado en ella. A leal amiga corresponde amigo leal, pero la que engaña merece ser engañada. ¡Ojalá, pues, que aquella que me engañó encuentre quien la engañe!»

Por medio de una tercera canción Pedro Cardinal se felicita de estar ya libre y de haber roto los lazos que le ligaban al amor. Declara que por fin ha llegado para él el momento de poder alabar el amor, pues que ni le hace perder ya el apetito ni el sueño, ni le hace correr por las noches como un loco, ni le obliga á tener mensajeros á sueldo. Su alma recobra la libertad, su espíritu de independencia, abandona el amor para siempre, y su dama, de la cual *se ha escapado*, no le inspira ya ninguno de aquellos cuidados ni de aquellas preocupaciones que tanto atormentan á los amantes.

Ar mi puec ieu lauzar d' amor,  
que no 'm tolh manjar ni dormir,  
ni 'n sent freidura ni calor,  
ni non badalh ni non sospir,  
ni 'n van de nueit aratge,  
ni 'n sui conqués, ni 'n sui cochatz,  
ni 'n sui dolens, ni 'n suy iratz,  
ni non logui messatge,  
ni 'n sui trazitz ni enganatz,  
que partitz me 'n suy ab mos datz.

A esto se reduce todo cuanto Pedro Cardinal escribió en el género galante, lo cual, como se ve, ni es mucho ni muy galante tampoco. Sus inclinaciones y sus estudios le llevaron enseguida al *serventesio* moral y al político, y en una larga serie de éstos se le ve siempre, con nunca interrumpida constancia, condenar los abusos, los crímenes, los vicios, y enaltecer la moral, la virtud y la justicia.

El poeta, vacilante por un momento en medio de las costumbres del siglo y de la galantería de la época, rompe completamente con el amor y se consagra por entero á otro culto

y á otras damas, que se llaman la patria romana y la razón humana, de las cuales se proclama caballero y á quienes sirve, durante todo el resto de su vida, con la conciencia, la fidelidad y la pasión de un libre-pensador, de un espíritu independiente y de un gran ciudadano.

### III.

He aquí un *serventesio* que puede muy bien servir de introducción á todos los suyos y que debe insertarse íntegro y original, sin ni siquiera intentar su traducción para no hacerle perder su valor de fondo, de forma y de colorido.

El trovador hace de sí propio un retrato de mano maestra y explica las causas que motivan su ruda franqueza y su fiera independencia. Es de corazón leal, ama la virtud, sostiene el derecho, se lamenta de la falsedad y del engaño que en el siglo nota, y la maldad, el vicio, la traición son á sus ojos manchas que no se borran jamás y que matan el alma destruyendo todo lo que de bueno y sano existe en el hombre.

D' un sirventés faire no 'm tuelh;  
e dirai vos razon per que,  
quar azir tort, aissi com suelh,  
et am dreg, si cum fis ancsé;  
e qui qu' aia autre thesor,  
ieu ai leialtat en mon cor  
tant qu' enemic m' en sen li plus leial;  
e si per so m' aziron, no m' en cal.

On plus d' omes vezon miei huelh,  
on mens pretz las gens e mais me;  
et on plus los siec, piegz lur vuelh,  
et on mais los aug, mens los cre;  
et on plus intr' en lur demor,  
mens ai de piazer eu mon cor;  
que si pogues viure de mon capital,  
greu m' asegra la nueg en lur fogal.

Dels rics malvatz barons mi duelh,  
quar son tant de malvestat ple;  
mal m' es quar la mortz no 'ls acuelh,  
e piegz quar vida los sosté;  
e mal m' es quan mavatz, hom mor,

quar la malvestatz qu' a el cor,  
no mor ab el tot ensems, per engual,  
que non restes ab son fih al ostal.

Manta carta vei e mant fuelh  
on aitals escritz se conté,  
qu' hom azir tort et erguelh,  
e laisse 'l mal, e fassa 'l be;  
mas trastotz lo mons, d' or en or,  
a juratz l' al re en son cor,  
qu' hom laisse lo ben, e fassa 'l mal,  
e 'l dreg azir, et am lo tort mortal.

Ben camja civada per juelh,  
e tiriaca per veré,  
et anguila per aneduelh,  
qui laissa Dieu per laia re.  
Tan vai traciós a vil for,  
que si l' hom, que plus n' a el cor,  
la trazia en plen mercat venal,  
no 'l daria hom mealha del quintal.

Trachos, si 'n vos tricha no mor,  
la malvestatz qu' avetz el cor  
vos menará á fort malvat ostal,  
qu' anc non fon us que non anés a mal.

Con estas ideas y con este espíritu de independencia, Pedro Cardinal debía pertenecer al partido político que enlazó su suerte á la casa de Tolosa. Así fué. El poeta abrazó la causa de los vencidos en Muret, y permaneció fiel á ella sin que su constancia se sintiera quebrantada en lo más mínimo por la extensa serie de no interrumpidas desgracias que cayeron sobre ella y sus defensores. Al contrario, cuanto más obstáculos se le oponen, cuanto más potentes y numerosos son sus adversarios, cuanto más rudas son las contrariedades, más gloria halla el poeta en defender la causa y más elogios le merece el conde Ramón de Tolosa, jefe y cabeza del partido nacional de la Provenza. El trovador cree que Dios guía al conde de Tolosa, *de quien nace la caballería como brota el agua de una fuente*, y le ensalza porque se defiende contra todos y principalmente contra los peores hombres del mundo, los franceses y los clérigos.

He aquí este *serventesio* político que parece haber sido la *marsellesa* del movimiento de la reconquista que co-

menzó al desembarcar en Marsella los condes proscritos:

«Yo querría, si á Dios pluguiese, que hubiésemos recobrado la Palestina, y que el noble emperador fuese dueño de la Lombardía, y recuperado el Vivarrés (el Velay, patria del poeta) el valiente conde, duque y marqués (Ramón de Tolosa). Esto me complacería, y grande es mi deseo de ver cómo así lo hace Dios, por ser de justicia.

»Así como en la mar vale más un navío que un leño ó una saetía, y más vale un león que un jabalí, y más virtud que hechicería, así vale más el conde que otro cualquier barón. Castigando á los traidores y recompensando á los fieles, sigue el camino del honor, aumenta en mérito sin descender, y es maestro en altos hechos.

»Marsella, Arlés y Aviñón siguen un mismo camino, y Cavaillon y Carprentás, Valencia y Dia, Viena, Pupet y el Drome tendrán por rey al mejor caballero que lleva calzas y espuelas, aquél que al mismo valor sobrepujaría, como el valor no le retuviera.

»A Tolosa se dirige Ramón, nuestro conde, guiado por Dios. Así como brota el agua de una fuente, así nace de él la caballería, pues se defiende de todo el mundo y de los peores hombres que existen. Contra los franceses, contra el clero, contra todos lidia, se humilla ante los buenos y confunde á los malos.»

El trovador aplica á la política las mismas ideas que á la moral. En política como en todo, el poeta busca la verdad. Todo lo que es falso le parece punible y despreciable, y así, para pintar la traición y la deslealtad, busca en su paleta los colores más sombríos y oscuros, y no halla palabras bastante duras ni frases bastante enérgicas para demostrar la aversión que á todo hombre honrado debe inspirar un traidor político.

He aquí el cuadro que Pedro Cardinal traza con este motivo, y no sería aventurado creer que pudiera verse aquí retratado aquel Balduino de Tolosa, hermano del conde Ramón, que vendió á éste para pasarse al conde de Montfort y hacer una guerra cruel y de exterminio á su casa, á su patria y á su propia sangre.



Razos es qu' ieu m' esbaudey,  
 e sia jauzens e guais  
 el temps que fuelha e flors nais,  
 et un sirventés desplay,  
 quar liaf tats a venzut  
 falsetat; e non a guaire  
 qu' ieu ai auzit retraire,  
 qu' un fort trachers a perdut  
 son poder e sa virtut.

Dieus fai e fará e fey  
 si com es dous e savais,  
 dreitz als pros e als savais  
 e mercé segon lur ley:  
 quar a la pagua van tut  
 l' enguanat e l' enguanaire,  
 si com Abels e son fraire,  
 que 'l traitor seran destrut  
 e li trahit ben vengut.

Dieu prec que trachors barrey  
 e los degol e 'ls abais  
 aissi com fos Alguais  
 quar son de peior trafey:  
 mais aissó es ben sauput,  
 pioger es tracher que laire,  
 atressi con hom pot faire  
 de covers morgue tondut,  
 fai hom de tracher pendut.

Ya en las últimas estrofas del *serventesio* que íntegro se ha trasladado más arriba, se encuentran expresadas las mismas ideas por medio de imágenes sencillas y hasta vulgares, pero buscadas con arte y con talento:

Ben camja civada per juelh  
 e tiriaca per veré...

Véase ahora otro *serventesio* político de Pedro Cardinal, cuya intención y cuyo sentido podrán apreciar perfectamente los que conozcan á fondo aquella época de lucha y de odios en que la Iglesia y la Francia unidas aspiraban al triunfo de sus ideas, fiando en la fuerza de sus armas y en los horrores de la guerra.

El poeta, que no alaba á rey alguno que no guarde su fé, es decir, que no sea hombre de honor, considera que es locura en los de Pulla y Lombardía, en los longobardos y alemanes pensar que pueda serles de algún provecho su alianza con los franceses.

Cree que para dominar el mundo necesitarán estos últimos tener buenos estandartes y contar con quien luche mejor que Rolando y sepa más que Reinaldo, y posea más que Corbarán y tema menos la muerte que el conde de Montfort.

Se pregunta en vano qué resultado puede sacarse de la guerra, como no sea peligros y desastres, tumultos, duelos y perjuicios, y añade:

«Hombre, poco valen ni tu ingenio ni tus artes si has de perder tu alma por tus hijos. Para calentar á otros te abrasas y para abrigarlos te despojas, y sin embargo, has de llegar al puerto donde se sumarán los engaños, las fechorías y las faltas que hayas cometido.

»Ni Carlos Martel, ni Gerardo, ni Marsilio, ni Aygolante, ni el rey Gormón, ni Isembardó llegaron á matar tantos hombres que sacaran el valor de un huerto. No les envidio ni riqueza ni arnés.

»Nadie á su muerte se lleva otros bienes ni otro arnés que las obras que hizo.

Per fols tenc Polhés e Lombartz  
á Longobartz et Alamans,  
si volon Francés ni Picartz  
á senhor ni a dragomans;  
    quar mordrir á tort  
    tenon á deport;  
    et ieu no laus rey  
    que no garde ley.

Et aurals ops los estandartz,  
e que feira mielhs que Rotlans,  
e que sapcha mais que Rainartz,  
et aia mais que Corbairans,  
    e tema mens mort  
    que 'l coms de Montfort,  
    qui vol qui á barrei  
    lo mons li soplei.

¿Mas sabetz qual será sa part  
de las guerras e dels mazans?  
Los critz, las paors e 'ls reguartz  
qu' el aurá fagz, e 'l dol e 'l dans,  
    seran rien per sort;  
    d' aitan lo conort  
    qu' ab aital barrei  
    venrá de tornei.

Hom, petit val tos giens ni t' artz

si perts t' arma per tos efans:  
per l' autrai carbonada t' artz  
e l' autrui repaus t' es afans.

Pois vas á tal port  
on cre qu' usquees port  
l' engan e 'l trafei  
e 'ls tortz faitz que fei.

Anc Carles Martel ni Giratz  
ni Marsilis ni Aigalans,  
ni 'l rey Gormon ni Isembartz,  
non auzizeron d' omes tans;  
que n' aion estort  
lo valen d' un ort;  
ni no lor envei  
aver ni arnei.

No cug que á la mort  
negás plus emport  
aver ni arnei,  
mas lo faitz que fei.

#### IV.

Uno de los más bellos *serventesios* de Pedro Cardinal, es aquel en que después de haber hablado de la caridad como la mejor y más sublime de las virtudes, figura un diálogo ó *tensión* entre la Injusticia y el Derecho, el *Tortz* y el *Dreitz*.

La caridad es tan noble virtud para el poeta, que encuentra reunidos en ella todos los amores y también todas las bellezas. La piedad la encierra dentro de sí, la verdad la acompaña, la rectitud la apoya, la merced y la paz la siguen, es amiga de la sabiduría, elemento del poder y emanación del Dios de amor. En vano trata la Injusticia de apagar el brillo de esa virtud, eterna siempre y resplandeciente. Ahí está el Derecho para proclamar que nada hay posible en el mundo sin la virtud.

La Injusticia y el Derecho entablan una discusión, siendo muy de notar que cuando la Injusticia dice que más grande honor tiene quien más posee, el Derecho contesta con laconismo espartano:—«No sin mí.»

Obsérvese también de qué manera es proclamada aquella gran verdad evangélica de que el hombre ha de comer

el pan regado con el sudor de su frente. «Con el trabajo, dice el Derecho, es como se consiguen bienestar y riqueza.» Honrada merece ser la memoria del poeta que así realizaba la gloria del trabajo en medio de una sociedad que lo consideraba como cosa baja y vil.

Caritatz es en tan belh estamen  
que pietatz la resenh e la clau,  
vertatz la vol, dreitura la congau,  
mercés la te, e patz vai seguen;  
poder la defen,  
sabers l' es amics,  
e bontatz abrics  
sus el gra aussor,  
ab lo Dieu d' amor,

cuy esperit armatz ve  
ab los huelhs clars de la fe.

E sains es tortz que ab dreg contem,  
et es mentirs qui siec tort per esclau,  
et an enguan e bauzia e frau  
e cobeytat et erguelh eissamen;

de lor parlamen  
salh us tals prezics  
que conorta 'ls rics  
et ensenha lor  
que sían trachor

e de malvestatz tug ple,  
troque la mortz los enmé.

*Dreitz* ditz à totz que vivan justamen  
que *Tortz* peris, engal qu' el ben li clau;  
e *Tortz* responaquo que li abau:

«Qu' els tieus son paubr' e li mieu son manen.»

*Dreitz* dis que:—«Qui men  
es mon enemics.»

*Tortz* ditz:—«Si t' en gics  
non aurás ricor.»

*Dreitz* ditz: «Qu' om labor,  
et aurá ri cor e be.»

*Tortz* ditz qu' om non li 'n laís re.

*Tortz* ditz als sieus qu' es gardon en presen,  
qu' om no val re qui l' aver non enclau;  
e *Dreitz* respon:—«Aquel que Dieu non au,  
et no au luy, ni sos precz non enten.»

*Tortz* dit que «qui pren  
es savis e rics;»

*Dreitz* ditz:—«Non t' afics  
en aital ricor.»

*Tortz* ditz que «honor  
maior a qui mais reté.»

*Dreitz* ditz:—«Non a ges ses me.»

La gran folhor del mon *Tortz* ten a sen  
 et a folhor lo sen qu' ab Dieu s' enclau;  
 e 'lh dons voler de Dieu *Tortz* ten a brau,  
 e sellh del mon a dons et a plazen;  
 mais *Dreitx* le repron,  
 e ditz qu' als enics  
 es l' enans destrics,  
 qu' el ris torna en plor  
 e 'l joi en dolor  
 e 'l gran poder en non re;  
 e *Dreitx* vai lai on convé.

La composición concluye con estos cuatro bellísimos versos llenos de unción y ternura:

A belh amador,  
 que a belh amor  
 qu' adonat son cor e se,  
 ai donat m' amor e me.

Otra de las más notables composiciones de este poeta ilustre es una larga *Gesta* en que pasa revista á las diferentes clases de la sociedad, y hace una gráfica y animada pintura de sus vicios. Es una sátira tanto más cruel y terrible cuanto más verdadera, en la que el vicio es presentado en toda su deformidad y el vicioso en toda su desnudez. Desde el Papa al mendigo, desde lo más alto á lo más bajo, todo pasa á los ojos del lector, todo cae bajo la férula del poeta, que habla en nombre de la virtud y de la justicia. A nadie perdona, nadie se libra de su anatema, ni el Papa, que es el primero en faltar porque debiera ser el primero en dar ejemplo; ni los cardenales, que convierten la Iglesia en un mercado; ni los obispos, que trafican con lo más santo; ni el clero todo, alto y bajo, que se hace notar por su corrupción de costumbres; ni el rey, que es el primero en faltar á las leyes; ni los barones, que oprimen al pueblo; ni los jueces, que son venales; ni los abogados, que son defensores de malas causas; ni los notarios, que hacen escrituras falsas; ni los médicos, que no tienen conciencia; ni los boticarios, que falsifican las medicinas; ni los cortesanos, ni los empleados, ni las mujeres, ni los menestrales, ni los mercaderes, ni los mendigos, ni los juglares.

La *Gesta* de Pedro Cardinal concluye con dar á todos buenos consejos, para que abandonen el camino del mal y sigan el del bien.

May dire no vuelh plus,  
mas qui vol puiár sus,  
sus en l' albre de vida  
esforcese cascús  
que fassa bon conclús  
e bona departida;  
totz los mals seran bos  
si laisso falhisós,  
e que cascús s' ature;  
e si Dieu me perdó,  
lo mal ai dig per pro,  
que mal plus no pejure  
e que be se melhure.

Sus últimos versos son una dulce y tierna invocación á la Virgen:

Ai! Regina del cel,  
plus dossa trop que mel,  
paradis me aparelha;  
dona, fai nos fizels  
lials com fist Abel!  
Tot lo mon, dona, velha  
en tú rosa vermelha.

El clero, es decir, el mal clero, el que no cumplía con la alta misión de su sagrado ministerio, merece á Pedro Cardinal este duro anatema, cuya severidad y rigidez de pensamiento expresa con el enérgico realismo de una forma desnuda:

Tartarassa ni voutor  
no sen plus leu carn puden,  
com clerc e prezicador  
senton on es lo manen:  
mantenen son siei privat,  
e quan malaltia 'l bat,  
fanli far donatió  
tan que 'l paren no i an pro.  
.....

«Ni el cuervo ni el buitre perciben más pronto el olor de la carne podrida de lo que les sucede al clérigo y al predicador con su presa. En seguida que ven enfermo á



uno le rodean y le hostigan hasta obligarle á hacerles donación, despojando á sus parientes.»

Con esta misma dureza de colorido, con esta misma desnudez de pensamiento, continúa tratando al clero en este y en otros *serventesios* por el mismo estilo escritos. En uno, que como él mismo dice, está *tezcut d' ennuieitz, d' antas mesclat*, cuenta de los malos eclesiásticos lo que nadie contó nunca.

Dice de ellos que han reunido todo el orgullo, toda la maldad y toda la codicia del mundo; que no hay quien sea como ellos traidor; que todo lo venden y con todo trafican; que con su hipocresía y sus predicaciones han usurpado la autoridad de los reyes y gobernantes; que se les ve ir á los altares saliendo de los burdeles; que son lujuriosos, cínicos, engañadores, ladrones, etc.

En otro *serventesio* Pedro Cardinal se disculpa de la claridad de su lenguaje con la necesidad de cumplir con su deber:

Per qu' ieu non vuell jamais esser celaire  
de lurs crois faitz, on es desleialtatz,  
pus qu' atrestan es vas Dieu encolpatz  
selh que manten lairon, com es lo laire.

Y al final de este mismo *serventesio* protesta de que sólo son objeto de su saña los clérigos que se apartan del camino de la rectitud:

Guardon si selhs que fan de tort drechura,  
que solamen fauc de lor rancura.

Acusa también á la Iglesia de venalidad y corrupción:

Fraire son tug, mas no son pas engals  
las partz que 'Ihs fan dels bens de Jhesu Crist.  
Ai! verals Dieus, qu' ab ton sanc nos rempsist,  
veias com es Sancta Gleiza venals,  
que hom no i a dignetat ni prevenda,  
si non lur fai soven donar secors,  
e non es neps o filhs de tos partors,  
o non cossen lor desleial fazenda.

Las hogueras de la Inquisición, la ley del más fuerte, los desafueros de los conquistadores, nada pudo hacer que

el poeta se redujera al silencio. Cada vez más valeroso y enérgico, sus *serventesios* son más terribles contra la gente de Iglesia cuanta más osadía ve en ella.

El cuadro que traza de la dominación de los clérigos y de los frailes es vigoroso y de una terrible realidad.

«Los clérigos, dice, se llaman pastores, y son asesinos. Cuando les veo con su disfraz de santidad, me recuerdan al lobo aquel que para entrar en el corral se vistió con una piel de cordero, y así devoró á las infelices ovejas.»

Los clerics se fan pastor  
et son aucissedor,  
et semblan de sanctor  
quan los vey revestir,  
et prend' en sovenir...

«Indulgencias, absoluciones, perdones, Dios y el Diablo, todo aprovecha á sus deseos, añade. A unos les abren las puertas del paraíso con sus absoluciones, á otros las del infierno con sus excomuniones.»

A los frailes dominicos, que al principio parecían guardar gran rigidez de costumbres, les acusa de ser muy aficionado á los buenos vinos; de haber establecido un tribunal de justicia (la Inquisición) donde hacen condenar como herejes á todos los que se oponen á sus designios; de procurar saber, finalmente, por todos los medios, incluso el de la confesión, los secretos de los demás á fin de valerse de ellos para sus fines.

A los hospitalarios les acusa de hacer consistir su pobreza en conservar sus bienes y en apoderarse de los de otros; de haber reemplazado sus trages pobres por ricas lanas de Inglaterra; de apropiarse las limosnas destinadas á los pobres; de alimentarse con sabrosas carnes y excelente pescado; de beber los mejores y más exquisitos vinos, y acaba diciendo que los maridos no deben permitir que esas gentes se acerquen á sus mujeres.

A todos los frailes, en general, de todas las órdenes y de todos los colores, los culpa de tener más soberbia y codicia que las mismas gentes de guerra.

«Ellos encuentran medio, dice, para que nadie les niegue lo que piden. Recogen mucho, se regalan bien y hacen construir soberbios edificios donde se acomodan á gusto. Los turcos y los sarracenos nada deben temer de sus sermones, porque los frailes tienen demasiado miedo á la mar y á la muerte, y más que convertir ó destruir infieles prefieren darse buena vida y buen trato.

»No hay crimen ninguno, de que uno no pueda hacerse absolver por ellos. Con dinero se puede estar seguro de hacer que den á los renegados y á los usureros la sepultura que niegan á los pobres faltos de recursos para pagarla. Vivir tranquilos y regalados, comer bien y beber mejor, esta es su gran preocupación de todo el año. ¡Pluguiese á Dios que yo fuera fraile, si de este modo se alcanza la salud eterna!»

Estas terribles verdades, que resultan serlo por los documentos históricos de aquellos tiempos, expusieron al autor á las acusaciones del ateísmo y de la herejía, tan comunes entonces y tan funestas también para aquellos altos y varoniles ingenios que atacaban de frente los vicios y los errores del siglo; pero á estas acusaciones de impiedad contestaba Pedro Cardinal con bellísimas canciones á la Virgen llenas de unción y de ternura como aquella que comienza:

Vera vérgene María  
vera vida, vera fes,  
vera vertatz, vera vía,  
vera vertutz, vera res,  
de patz, si 't plai, dona, traita,  
qu' ab ton filh me sia falia.

«Verdadera virgen María, verdadera vida, verdadera fé, verdadera verdad, verdadera vía, verdadera virtud, verdadera cosa, verdadera madre, verdadera amiga, verdadero amor, verdadera gracia, haz que por tu gran merced me ilumine el espíritu de tu Hijo. ¡Oh, Dama, si te place, permite que se haga un tratado de paz entre nosotros y tu Hijo!

»Tú enmendaste la locura de Adán, tú eres la estrella

que guía á los caminantes, tú el alba del día de que Dios Hijo es el sol que le calienta é ilumina, porque Dios Hijo es la sinceridad y la rectitud. ¡Oh, Dama, si te place, etc.

»Oriunda eres de Siria, gentil y pobre de galas, modesta, pura, piadosa en obras, en palabras y en pensamientos, tan perfecta en todo, que exceptuada fuiste de todo mal y dotada de todo bien, de tan dulce compañía que Dios se puso en tí. ¡Oh, Dama, si te place, etc...»

## V.

Pedro Cardinal, con gran alteza de miras, con gran superioridad de ingenio sobre todos los de su época, se hallaba siempre dispuesto á combatir el error y á reprender el vicio donde quiera que los hallaba y veía, ya entre lo más alto, ya entre lo más bajo de la sociedad.

Ya hemos visto el retrato que hace de los malos eclesiásticos. Véase ahora el que hace de los malos barones, de aquellos que, como dice con acertada y limpia frase, eran *pobres en amor y ricos en felonía, ricos para el robo y mendigos para la limosna*.

E 'l razos dels barons mesquis  
paubres d' amor e de feunia rícx,  
sors en erguelh, en valor deschauzitz,  
amicx de tot e de Dieu enemícx.

Mal lor di hom, mas lor es vers,  
qui los apela querentis  
ni reno viers d' autruy avers,  
ni raubadors d' autres camis,  
treballh dels bos e dels layros abrícx,  
cautz de tortz far, e de caritat ferz,  
rícx en raubar, et en donar mendícx.

Más adelante añade:

«En vano fuera que Dios otorgara á uno de esos malos barones todas las tierras que hay de aquí á Turquía. No por esto lograría satisfacerles. En ellos la maldad es honrada y menospreciados el valor y cortesía. No hacen caso alguno de la probidad, que miran como un nombre vano. Son más avarientos de presa que los lobos, y mienten con más imprudencia que las mujeres perdidas.

En otro tiempo se daba caza á los traidores y se les colgaba como á los ladrones; hoy se les honra y de entre ellos salen los bayles y los senescales. Si algún señor comete una traición ó una felonía, todos se apresuran á honrarle y agasajarle, y consiste esto en que los traidores buscan el apoyo de los traidores para cometer á mansalva sus felonías. ¡Si Dios quisiera á lo menos que su maldad apareciera escrita en su frente!»

«Hay quien viste de seda y posee grandes tierras, dice Pedro Cardinal, á quien no llamo yo barón, pues le veo marchar en compañía de la maldad. Y hay quien va desnudo, y nada tiene, como la criatura que llevan á bautizar, pero que es bueno y honrado, y á éste es á quien doy yo nombre de barón.»

Tal a vestit  
 drap de samit  
 et pot ben gran aver mandar,  
 que ges no 'l do  
 nom de baró  
 quant li vey malvestat menar.  
 Et tal es nus  
 que non a plus  
 qu' aquel qu' om porta á batejar,  
 sol car es pros  
 et 's pla rasós,  
 lo deu hom baron apellar.

Y á renglón seguido invita al pueblo al perdón y á la concordia.

«Perdonadles, dominad vuestros agravios, y no necesitaréis llevar silicio. Amad á amigos y á enemigos, y no tendréis que pasar la mar.»

Perdonas leu,  
 versas vos greu  
 et no vos cal heira portar.  
 Amats amics,  
 et enemics,  
 et no vos cal anar outra mar.

El poeta une estas ideas de paz, de fraternidad y de concordia á otras que hasta siglos más tarde no debían predicar los apóstoles políticos.

«Las ovejas, dice, son más numerosas que los lobos, y hay un buitre por cada mil perdices, pero también es cierto que, más que al malvado y al criminal, ama Dios al pueblo pobre y humilde.»

De lops et de fedas vey  
 que de las fedas son mays,  
 et per un auster que nais  
 son mil perditz, fe qu' as dey.  
 Et aquo es conegut  
 qu' hom murtrier ni raubaire  
 no platz tan á Dieus lo paire,  
 ni tan non ama son frut,  
 com fai del pobol menut.

En una composición, lamentándose de la impureza de costumbres y de la falta de moralidad, el gran poeta provenzal exclama, con amarga melancolía, en sentidos versos:

«Turbado está nuestro siglo por un viento impetuoso que levanta las olas como aquellos huracanes que espantan á los peces y revuelven las entrañas del mar. Así se ve subir del fondo de los corazones atribulados todo el fango de la impureza y de la mentira, de la deslealtad y de la traición, con las cuales se pretende dominar. De esta manera perece la verdad y pierde su derecho el hombre honrado que decirla quiere.»

Pero este derecho varonil Pedro Cardinal no lo abdicó nunca y lo hizo siempre valer, aún ante las espantables hogueras de la Inquisición triunfante. Hablaba á los altos y á los bajos, á los poderosos y á los humildes, á los príncipes de la Iglesia y á los príncipes de la sangre con la misma energía y la misma verdad. Resguardado por la rectitud de su conciencia y la práctica de la virtud, anatematizaba la deslealtad, la traición, el vicio, el dolo, la maldad donde quiera que lo hallase, y con una temeridad que tenía mucha parte de nobleza, y con una arrogancia que tenía mucho de deber, luchaba él solo contra la sociedad entera y contra las corrientes de su siglo, bascando sólo la recompensa en el cumplimiento de sus deberes de hombre honrado.



No le importa que la falsedad y la demasía estén en combate abierto con la verdad y el derecho: no le importa que la lealtad sea vencida por el dolo, la largueza por la avaricia, el amor por la felonía, por la maldad el honor, y por el pecado la santidad. El poeta se refugia en su conciencia y allí encuentra su ideal:

Falsetat e desmezura  
 han batalha empreza  
 ab vertatz et ab dreitura,  
 e vens la falseza;  
 e deslialtatz si jura  
 contra lialeza,  
 e avaretatz s' atura  
 en contra largueza;  
 feunia vens amor,  
 e malvestatz honor,  
 et peccat cassa sanctor  
 e baratz simpleza.

.....  
 Mas qui se ren  
 en tal coven,  
 ges ieu la feldat mia  
 non daría  
 pel sieu sen.

Su *serventesio* contra los malos barones está escrito con una gran energía de forma y de fondo, y puede servir de modelo en la misma historia de la poesía moderna al propio tiempo que por la riqueza de sus rimas y la galanura de su poesía, por la virilidad y el atrevimiento de la concepción y del lenguaje.

Merece publicarse íntegro:

«La verdad debe decirse siempre á los que viven encañados en las maldades y en los vicios. Por esto yo no hallo embarazo ninguno en decir que el barón degradado es peor que un bandido, peor también que cualquier miserable saltador de caminos, digno de oprobio y castigo.

«Mirad con qué acompañamiento emprende uno de esos barones su camino. Lleva por compañía á la Maldad que va delante de él, con él y detrás de él. Le sigue la gran Codicia con todo su séquito. La Iniquidad lleva su bandera y el Orgullo su escudo.

»Cuando un mal barón se presenta así, ¿qué creéis que hace? Mientras otro se solaza y se divierte, él mueve zambra á uno, maltrata á otro, atormenta á éste, molesta á aquél, irrita á todos y no cumple con la cortesía y con el honor como debiera.

»El mal barón que da fiestas y mantiene corte, y es amigo de banquetes y algazaras, lo hace con el fruto de sus exacciones y de sus robos. Sus dones, sus ofrendas, sus luminarias y reparaciones provienen solamente de sus latrocinios. La guerra y el saqueo son sus rentas.

»El mal barón, cuando quiere dar una fiesta, comienza por ordenar un impuesto. Tortura á sus vasallos mientras les queda un sueldo. Un barón de estos es peor que el huracán, que el hambre y que la peste. Y sin embargo, quien no lo conoce le toma por un cumplido caballero.

»He dicho un poco de la historia que quería contar, pero la materia es tan vasta que hay suficiente con un poco para embriagarse.»

La traducción, sin embargo, por más que he procurado hacerla fiel y ajustada, es pálida ante la brillantez, energía y concisión del original.

Para el poeta, los ricos faltos de las prendas morales preconizadas por la caballería, no merecen la estimación de los hombres honrados:

Ricx hom que greu ditz vertat e leu men,  
 e greu vol patz e leu mou ochaizó,  
 e dona greu e leu vol qu' om li do,  
 e greu fai be e leu destrui la gen,  
 e greu es pros e leu es mals als bos,  
 e greu es francx e leu es orgulhos,  
 e greu es larçx e leu tol e greu ren,  
 deu cazer leu d' aut luec en bas estatge.

Pero entre sus *serventesios* de este género hay uno superior á todos, que llamó la atención de Coll y Vehí, quien lo reprodujo íntegro en el estudio que escribió sobre Pedro Cardinal, estudio, por cierto, muy meditado, hecho con imparcialidad, en este autor distinguido tanto más notable cuanto que no es común en él tratándose de trovadores.

Es el que empieza con esta estrofa:

Los tems azir falsedat et enjan  
 et ab vertat et ab dreg mi capdelh,  
 e si per so vauc atras o avan,  
 no m' en rancur, ans m' es tot bon e belh,  
 qu' els uns dechai lialtatz mantas vetz,  
 e 'ls autres sors enjans e mala fes,  
 mas si tant es qu' om per falsetat mon,  
 d' aquel montar dissen pueys en preon.

Sería preciso llenar todo un volumen para decir cuanto se puede y ocurre sobre Pedro Cardinal y sus obras.

A más alta y clara inteligencia está reservada esta tarea. Alguien hará algún día este libro, que bien lo merece la memoria del insigne poeta provenzal.

Ahora, para terminar este boceto, preciso me es hacer mención, si quier sea ligeramente, de algunas otras composiciones de Pedro Cardinal que no han hallado sitio en el anterior relato, y que contribuirán á dar más completa idea de la rectitud de principios y morales dotes de nuestro poeta.

Contra la costumbre por otros seguida, raras veces se ve á Pedro Cardinal descender á la personalidad. Atacaba á las clases en sus vicios y costumbres, pero nunca á las personas, y sólo en determinadas circunstancias, y por muy relevantes motivos, se le ve abandonar esta línea de conducta. Su *serventesio* contra Esteban de Belmont es una prueba de ello.

He aquí el suceso que dió lugar á su durísima poesía.

Esteban de Belmont, noble señor, fué convidado por un pariente suyo. Esteban llegó á su castillo con toda la efusión del contentamiento y de la amistad, presentándose acompañado de muchos amigos y criados, halcones y perros, como si se dispusiera á una cacería, pero en el acto mismo de sentarse á la mesa de su huésped, se arrojó sobre él, le mató, lo propio que á un hijo suyo que estaba á su lado, y se apoderó de su castillo y sus bienes.

El poeta, hablando de este suceso, no sólo le condena con toda la dureza y la energía de color y de lenguaje que pudo inspirarle su herida rectitud, sino que no titubea en

lanzar el nombre del criminal á la pública execración para ejemplar expiación y perpétua memoria.

«Esteban de Belmont, sabedlo, dice, es un miserable traidor. Nunca hizo daño á aquellos que podían hacérselo á él, ni injuria nunca á nadie que pudiera contestarle. Sólo es temible para sus huéspedes, para sus servidores y para sus tocinos, con cuyo degüello se deleita. Quiero hacer un unguento para frotar con él á los traidores que de nada se ruborizan, pero antes me es preciso despellejar al más infame traidor del mundo para procurarme la grasa.

»Esteban, jamás se ha conocido á un hombre más traidor que tú ni mas malvado, y es de tí de quien quiero hacer el unguento para frotar á los otros. Esteban miente más descaradamente que el centinela colocado para guardar un paso. ¡Así se vea pronto colgado y pasto de los buitres su inmundo cadáver! ¡Maldito sea desde ahora en adelante quien, pudiéndolo hacer, no lo castigue!»

La composición prosigue en este tono de verdadera originalidad y de verdadero genio en medio de lo grosero y realista de las imágenes, y concluye con este rasgo superior:

«Si es verdad que existe una raza de Caín, su sangre corre por las venas de Esteban. Que éste vaya, si quiere, á confesarse, pero que el confesor, en lugar del Padre Nuestro, le haga recitar este serventesio.»

Queda ya dicho que Pedro Cardinal era partidario declarado de la casa de Tolosa y sostenedor de la independencia provenzal.

En una de sus poesías dice, dirigiéndose al conde:

«Conde de Tolosa, duque de Narbona, marqués de Provenza, vuestro valor honra al siglo. Todo el país desde la mar de Narbona hasta Valencia está lleno de pérfidos y de malvados, pero debéis despreciarlos á todos, lo propio que á esos franceses ebrios, quienes no deben daros miedo alguno.»

En otra dice:

«El arzobispo de Narbona y el rey de Francia no son bastante poderosos para de un hombre malvado hacer un

hombre de honor. Pueden darle oro, trages, dignidades, pero la honra sólo Dios la da...

»¿Sabéis cuál será el fruto que ha de sacar de esta guerra? dice aludiendo á Simón de Montfort. Duelos, horrores, desgracias, el recuerdo de los espectáculos horribles que habrá visto y el de los grandes males que habrá sufrido. Tales son los laureles que traerá del torneo.»

Nada más singular ni más nuevo entre las composiciones de Pedro Cardinal, y también entre las de todos los poetas provenzales, que un *serventesio* escrito para contar lo que piensa decir á Dios el día del juicio final, si por Él fuere condenado. Tiene esta composición un sello de originalidad y de genio que la hace única en su clase.

Dice así:

«Quiero hacer un nuevo *serventesio* que recitaré el día del juicio final, á Aquel que me hizo y me formó de la nada. Si de castigarme trata por algún pecadillo y me quiere enviar con la Diablería, yo le diré: «Señor, perdonadme, que toda mi vida la pasé en trabajos en el mal siglo que me cupo por suerte. Evitadme, si así os place, los tormentos.

»Toda la corte celestial se maravillará oyéndome hablar así, pero yo sostengo que Dios caerá en falta con los suyos, si así quiere castigarles enviándoles al infierno (*infernándoles* dice el poeta inventando un verbo para expresar su idea). Quien pierde lo que puede ganar, en buena ley no cumple como debe, y Dios debe ser misericordioso y justo reteniendo cuantas más almas pueda.

»No debiera Dios tener cerrada la puerta del cielo, lo cual es en desdoro de San Pedro, que es el portero. Cualquier alma que quisiera entrar, debía tener franca la puerta. No hay corte cumplida si en ella unos ríen mientras otros lloran. El dueño que no abre á todos su palacio, siendo soberano y todopoderoso, debe ser justamente censurado.

»Lo que Dios debiera hacer sería desheredar al Diablo. Esto haría que las almas fuesen á Él en mayor número y más á menudo, y esto complacería á todo el mundo. Lo

mejor que pudiera hacer sería perdonar á todos. ¿Á qué condenarlos cuando puede absolverlos? Buen Señor Dios, libradnos de nuestros pesados y crueles enemigos.

»Yo no quiero perder mi esperanza en Vos. Al contrario, la deposito en Vos por completo, y confío que me salvaréis á la hora de mi muerte. Puedo haceros una buena proposición: la de pedirós que me volváis allí de donde me sacásteis un día. Perdonadme, pues, mis pecados, que no los hubiera cometido ciertamente si antes no hubiese nacido.

»He sufrido durante mi vida, y si me condenábais al fuego del infierno, sería en mi opinión, una gran injusticia vuestra. Bien podéis salvarme, que por cada bien he sufrido mil males. A vos particularmente os lo pido, dama Santa María, interceded por nosotros cerca de vuestro Hijo. Amparad á los padres y á los hijos y llevadles allí donde reside San Juan.»

Es importante esta composición bajo muchos aspectos, distinguiéndose por su originalidad y por el fondo de filosofía que encierra.

Es el canto de cisne de un gran poeta. Quiere suprimir el infierno, desheredar al Diablo, abrir de par en par las puertas del paraíso. La puerta de un tribunal ha de estar abierta para todo el mundo. No concibe la idea de Dios más que uniéndola á la de perdón y misericordia. ¿Por qué—dice en una bellísima é inspirada frase, y con un alcance superior á los hombres de su siglo,—por qué condenar cuando se puede absolver? Para el poeta la tierra es el infierno. Aquí, por un goce que uno se permita, sufre miles de males. ¿Para qué, pues, otro infierno?

Cuanto más se estudia y se medita, más bella aparece esta composición, que copio aquí íntegra en su original:

Un sirventés novelh vuell comensar  
 quo retrairai al jora del jutjamen  
 á sel que 'm fets e 'm format de nien:  
 si 'l me cuja de ren ochaisonar  
 e si 'l me vol mettre en la Diableria,  
 ieu li dirai: Senher, mercé no sia,  
 que 'l mal segle treballiey tots mos ans,



et guardats-me, si us play, dels turmans.

Tota sa cortz faray meravelhar  
quant auziran lo miei plaideyamen,  
qu' ieu dic qu' el fay ves lo sieus faillimen  
s' el los cuja delir ni enfernar;  
car qui perd so que gazagnar poiria,  
per bon drey a de viutat carestia  
qu' el deu essen dous et multiplicans  
de retener sas armas trepassans.

Et sa porta non si dogra vetar,  
et san Peyres pren-hi grand aunimen  
car n' es poitier; mais qu' hi entrés rizen  
quascun' arma que lai volgués entrar.  
Car nulha cortz non es ja ben complia  
que l' un en plore, et que l' autre en ria,  
et sitot s' es sobeyrans et poissans  
si non s' obre, sera li 'n faits demans.

Lo Diables degra desiretar  
et agra mais d' armas et pus soven;  
el deseret plagra a tota gen  
et el mezeis pogra s' o perdonar  
tots, per mon grat; tots los destruiuria  
pus tots sabem qu' absolver s' en poiria.  
Belh Senher Dieus, siats descretans  
dels enemics enojés e pesans.

Ieu no mi vuelh de vos desesperar,  
ai en vos mon bon esperamen,  
perque devets m' arma et mon cors salvar  
et que 'm valhats a mon trepassamen.  
Et farhos ai una belha partia,  
que 'm tornetz lai d' on m' ec lo primer dia;  
et que me siats de mos 'torts perdonans  
qu' ieu no 'ls fairia, si no fos nat enans.

S' ieu ai sai mal et en infer ardia,  
segon ma fe, torts et peccats saria,  
qu' ieu vos pues be esser recattinans  
que per un ben ai de mal mil autans.

Per mercé us prec, dona Santa Maria  
qu' ab vostre Filhs nos siats bona guia  
et que prendats los paires et los enfans  
e 'ls metats lai on está Sant Joans.

Y ahora, para terminar este estudio sobre uno de los más grandes poetas provenzales, sólo nos resta recordar el bellissimo apólogo de Pedro Cardinal, cuya traducción hallará el lector en el discurso preliminar de esta obra y en el capítulo que trata de los diversos géneros de la literatura provenzal.

## PEDRO DE CORBIAC.

No está continuado este poeta en el ejemplar de *Vidas de trovadores* que poseo, y sin embargo merece entre éstos un sitio de honor.

Nada se sabe de él, su vida nos es desconocida como la de tantos otros, y sólo se sospecha que murió á mediados del siglo XIII; pero tiene dos obras que le dan legítimo derecho á la memoria y recuerdo de la posteridad.

Ya en otro lugar de este mismo libro, se ha dicho algo de su *Tesoro*, obra rara y singular, de 840 versos alejandrinos nada menos, todos monorrimos, especie de memorandum ó enciclopedia en que el autor hace gala de todos sus conocimientos y ciencias, que parece querer poner al alcance de todo el mundo.

Comienza así:

«Yo soy rico de ingenio, y aunque no tenga grandes propiedades, castillos, burgos ni otros dominios, aún cuando no tenga ni oro, ni plata, ni seda, reduciéndose todo mi bien á mi sola persona, no soy sin embargo pobre; al contrario, soy más rico que alguno que tiene mil marcos de oro. Mi nombre es Pedro, y he nacido en Corbiac, donde se hallan mis padres y mis amigos. Módicos son mis haberes; pero mi cortesía y mi ingenio me mantienen en honor entre las gentes honradas. Llevo alta la cabeza, como si fuera un rico, y en efecto, lo soy por el tesoro que he sabido amasar. Más precioso que la plata, el oro y las pedrerías, no puede perecer ni serme borrado por los ladrones, y lejos de disminuir, se acrecienta de día en día. Mi tesoro es mi ciencia, que someramente voy á detallar.»

Teu n' ai un ric thezaur amassat clar e gens  
 et es pus pretiós, pus cars e pus valens  
 que peiras pretiosas ni fis aur ni argens;  
 ilh laire uo s' en meta en grans aspiramens,  
 que no 'm pot esser folts ni embians furtilmens.

Después de este exordio, que no está inspirado ciertamente por una gran modestia, continúa de esta manera:

«Salomón lo dijo: todas las ciencias proceden de Dios. Él fué el criador de los diez órdenes de ángeles, de entre los cuales el más perfecto fué arrojado á los infiernos por haber querido igualársele. Creó después el cielo y la tierra, que es redonda é inmóvil, el sol, la luna, y finalmente, Adán y Eva, quienes, tentados por la serpiente, fueron arrojados del Paraíso.»

A seguida de esto el autor da un bosquejo de la historia religiosa y habla de los patriarcas, de los jueces, de los judíos, de los profetas; pasa luego á la vida de Jesucristo, á su pasión, al martirio de los apóstoles, y nos dice lo que sucederá el día del supremo juicio.

En todo esto hace consistir la primera y principal parte del tesoro de su ciencia. La segunda es para él menos importante, aunque de adquisición más difícil, y comprende algunas nociones sobre las siete artes liberales, que el poeta dice conocer á fondo, como también la geografía, la astronomía, la aritmética, la medicina, la cronología, la mitología, la farmacia, la cirugía, la nigromancia, la geomancia, la magia, la adivinación y la historia.

Pedro de Corbiac nos dice cuál ha de ser la ciencia del trovador.

En totas las .VII arts sui assatz conoisens,  
 per gramatica sai parlar latinamens,  
 declinar et construcré e far derivamens...  
 e' m gar de barbarisme en pernuciamens.  
 Per dialectica sai molt razonablemens  
 apauzar e repondre e falsar argumens,  
 sophismas e concluire, e tot ginhosamens,  
 menar mon adversari á desconfiezimens.  
 De rethorica sai per bels afachamens  
 colorar mas paraulas e metr' azautimens...  
 D' arismética sai totz los acordamens  
 creisser, multiplicar é mermar dividens,

par las onzas dels detz totz en brevadamens  
poiria contar d' un rei totz sos despensamens.

Dicho todo esto, después de hacernos saber que con las uñas de sus dedos se atrevería á contar todos los gastos de un rey, el poeta, continuando la ciencia del trovador, nos dice que su fuerte es la música. Ha estudiado el sistema de las gammas y de las siete mudanzas de tono, según los diversos métodos de Boecio y de Guido el Aentino.

Tota la solpha sai e los VII mudamens.  
que don Gui et Boeci feron diversamens.

Conoce las reglas de los acordes que de dos sonidos unidos forman uno solo:

Qu' ab doas (cordas) paron una, tan sono doussamens;

y con este estudio, añade, me acostumbré á procurarme toda clase de diversiones, á tañer instrumentos, y á componer, según el uso, lais, canciones, tonadas de todo género:

Per aquest artz sai ie u tot, e verzadamens,  
far sons e lais e voutas et sonar estrumens.

Al estudio de las ciencias, une el poeta el de la historia, el de la mitología y el de la novela, haciendo de todo una extraña mezcla.

Conoce y sabe, dice, las vidas de Rómulo, de César, de Pompeyo, de Augusto, de Nerón, de Vespasiano, de Tito que se apoderó de Jerusalén, de los doce Césares hasta Constantino; las historias de Tebas, de Troya, de Roma, de Grecia, y la de Alejandro, que al morir repartió sus conquistas *entre sus doce pares*; la historia de Francia, la de Clodoveo, Carlos Martel y Pepino; la de las conquistas de Carlo Magno y de Rolando contra los paganos; la del Buen rey San Luis, que murió combatiendo; la de los ingleses *desde que Bruto llegó de Troya á Bretaña, abordando en Inglaterra donde venció al gigante Cornieu*; la de los amores de Tristán y de Belda, la de Merlín y otras muchas.

Da también reglas para vivir convenientemente. Así, por

ejemplo, él sabe arreglarse con los locos y con los cuerdos y hacerse simpático á caballeros y servidores. Con los locos se porta como puede; con los cuerdos cuerdamente, y con este método y conducta pasa alegremente los siete días de la semana.

E sai esser de segle ben e gínhozamens,  
retenc los fols e 'ls savis a cascú soi plascens,  
ab totz me sai aidar cavayer e sirvens,  
ab fols passi com puec, ab savis saviemens,  
e VII jorns la semana m' esfais alegremens.

Por fin, la obra termina diciendo:

«Tal es mi tesoro y tales son mis placeres. Riqueza es esta que no me da inquietud alguna, y con ella nadie puede impedirme que esté contento todos los siete días de la semana. No pido á Dios más que la salud del cuerpo y la del alma y los medios para alimentarme y vestirme. Así termina el *Tesoro* de Pedro de Corbiac.

Por difusa y empalagosa que parezca, esta obra sin embargo inspiró á Brunetti de Florencia la idea de un *Tesoro* semejante, compuesto en versos italianos, y la de otro *Tesoro* en prosa francesa que fué á parar á la biblioteca del Vaticano, donde se conserva con notas escritas de mano del Petrarca.

Más importante que esta, y sobre todo más bella, es otra composición de Pedro de Corbiac ó de Corbian, según le llaman algunos.

Es una canción á la Virgen, de la que Millot se ocupa con gran desdén, y que, sin embargo, con perdón de dicho autor sea dicho, es una obra lírica que encierra muy bellos detalles, aún despojada de su lengua, forma y melodía nativas.

«Señora reyna de los ángeles, esperanza del creyente, voy á cantaros en lengua romana, según mi ingenio me permita...

»Señora, rosa sin espinas, olorosa sobre todas las flores, tierra que sin labor da fruto, rama seca que, sin embargo da fruto, estrella madre del sol... el mundo no tiene otra semejante, ni presente ni futura.

»Señora, desde la más tierna infancia obediente fuísteis á Dios y á sus mandatos. Por esto la gente cristiana cree verdadera la nueva anunciada por el ángel, de que Dios sería concebido en el seno de una Virgen.

»Señora, virgen pura é inmaculada, antes que tuviera lugar el parto, de vos tomó carne humana Jesucristo, nuestro salvador, así como pasan á través del vidrio, sin quebrarle, los encendidos rayos del sol.

»Señora, vos sois el verde jazmín que vió Moisés entre las quemantes llamas; vos el copo de lana que en el aire seco se impregnó de rocío para tranquilizar á Gedeón. La naturaleza se maravilla de que hayais permanecido inmaculada.

«Señora, estrella de los mares, entre todas la más brillante, muéstranos la derecha vía á los que combatidos nos vemos por los mares y los vientos; que si á buen puerto conducir nos quieres, no habrá buque ni timonel que teman el furor de la tormenta ni las olas de la mar.

»Señora, médico sois y remedio, salud y bálsamo para las heridas del cuerpo y del alma. Dulce, piadosa, clemente, apartadnos del camino del mal. Esposa, hija y madre de Dios, pedid al Hijo, rogad al Padre, aconsejad al Esposo, á fin de que seamos recibidos en su gracia. Dormidos como estamos, despiértanos antes de llegar la hora de nuestra muerte.»

Domna, dels àngels regina  
esperanza dels crezens,  
segon que 'm aonda mos sens,  
chan de vos lenga romana.

. . . . .



## PEDRO RAMÓN.

Millot no habla de este trovador, y todo cuanto de él dicen las biografías provenzales se reduce á lo siguiente:

«Pedro Ramón, llamado *el Viejo*, era hijo de un ciudadano de Tolosa. Hízose juglar y se fué á la corte del rey Alfonso de Aragón, que le acogió, distinguiéndole y honrándole sobremanera. Era un hombre entendido y sabio, de ingenio sutil, que sabía trovar y cantar muy bien, componiendo buenos versos, lindas canciones, y siendo muy celebrado por sus frases. Vivió largo tiempo en las cortes del rey, del buen conde Ramón de Tolosa y de Guillermo de San Leidier. Después retiróse á Pamiers donde se casó y acabó su vida.»

Es todo cuanto se sabe de él, y poco más se puede deducir por sus poesías, canciones galantes todas, que en número de veinte le han sobrevivido.

Se le ve en la corte de D. Alfonso de Aragón, y floreció por consiguiente á fines del siglo XII.

Debió residir en Barcelona, donde tuvo amores con una dama.

Lai, al renc de Barsalona  
estay l' amors c' amar suelh,  
e aquí d' autre amor me sona  
perdu Dieus qui non l' acuelh,  
qu' ieu non pertrai á ma vida,  
tant es de bona razina...

Otra canción dirige también al puerto (sin duda Barcelona misma) donde reina su alegría, donde cosecha prez y valor el rey sabio y entendido de Aragón, á quien el poeta consagra el homenaje de su amor:

Chansons al port d' alegratje  
on pretz e valors s' aten,

al rey que sap et enten  
 m' iras en Aragó dire  
 qu' ancmais tan jauzens no fui  
 per fin' amor cum er sui.

Los elogios del monarca aragonés, *el que trovó*, se hallan á cada paso en las composiciones de Pedro Ramón, que debió serle muy adicto y fiel. Al menos esta vez, si D. Alfonso sembró favores, no recogió ingraticudes y desengaños como le sucedió con otros poetas.

En una canción dice que quiere mandarla directamente á Aragón, para cuyo rey pide el auxilio de Dios, pues que por él son mantenidas la nobleza y la prez, más que por rey ninguno nacido de madre, siendo tan excelentes sus prendas que se distinguen y sobresalen entre las de los otros, así como descuella la flor blanca en el vergel.

Esta chansòs vuela que tot dreg repaire  
 en Aragó, al rey cuy Dieus aiut,  
 que per lui son tug bom fag mantengut,  
 plus que per rey qu' anc nasquet de maire.

Qu' aissi 's vai trian  
 sos pretz, e s' espan  
 sobr' autres que so,  
 com sombr' el verjan  
 fai la blanca fló.

Los manuscritos llaman á este poeta *el Viejo*, sin duda por haber llegado á una edad avanzada, ó tal vez por ser de la vieja escuela, del siglo de oro de los trovadores.

Sus canciones tienen originalidad, espontaneidad, frescura, fácil lenguaje, elevación de miras, y abundan en pensamientos ingeniosos, en ideas nuevas y delicadas, que han inspirado á otros trovadores.

«La bujía, dice en una poesía, se consume y se gasta por sí misma para dar luz á otro. Así canto yo mi amor.»

Imitando á los clásicos latinos y con una sobriedad admirable, pinta con un rasgo el amor y sus martirios. Lo siguiente no puede decirse mejor ni de más delicada manera:

«El Amor sabe herir con su dardo, lo sé; ¿pero cómo cura su herida? Lo iguoro aún.»

Lo propio que Aimeric de Peguillá, que Bernardo de Ventadorn, que Pons de Capdeuil, que muchos otros trovadores, Pedro Ramón proclama la excelencia del amor y confiesa debérselo á él todo.

«No son, dice, los prados en flor, ni el cielo azul, ni los risueños verjeles los que me hicieron cantor, sino vos á quien adoro, vos, mi bella y gentil dama, la que ha llenado de alegría mi corazón.»

El amor del poeta tolosano es el amor clásico de los grandes trovadores provenzales, el que vivió luego en Dante y en Petrarca, un culto, una religión, manantial y fuente de toda virtud.

«El amor, dice, es conjunto de todo bien y de toda perfección, y el verdadero amante debe cuidar de que su dicha no sea conocida, ya que más pura es cuando más ignorada. Debe hacer callar su corazón, ocultar á todos su felicidad, y bendecir al amor así por sus bienes como por sus males.»

La dama de Pedro Ramón es la divinidad antigua. El poeta sólo llega á ella de rodillas, cruzadas las manos, para adorarla sólo, sin pronunciar una palabra ofensiva, sin atreverse siquiera á exhalar una queja.

«La veo y me embeleso mirándola. Estoy delante de ella en adoración constante. Cuando me mira ó me sonríe, mi alma se inunda de goces de paraíso. Cuando tengo que darle una queja, permanezco mudo al verla.»

En una palabra, Pedro Ramón es uno de esos poetas delicados, de la buena escuela antigua, y no se comprende por lo mismo la *tensión* que de él existe con Beltrán de Gordón, continuada en el artículo referente á este último poeta. Se destaca ésta de todas sus demás composiciones. No es aquel su género ni pudieron ser aquellas sus costumbres.

He aquí para terminar este ligero estudio, una poesía de Pedro Ramón que merece trasladarse original é íntegra:

Us novels pessamens m' estai  
al cor, perqu' eu n' ai greu cossir,  
don fas mant angoissós sospir;

e n' ai soven mon cor plus guai,  
 e 'm gart miels de far desplaer,  
 e 'm esfors en ben captener,  
 quant vei que n' es luecx e sazòs;  
 e selh qu' a son poder es bos,  
 ben deu aver mais d' onransa.

Onramens grans cre que 'l n' eschai  
 a celh que sap en patz sufrir;  
 son dan, o belhamen cubrir,  
 mantas vetz, so qu' al cor no 'l plai;  
 e qui sobrirás sap tener  
 de far e de dir non dever,  
 ges non s' en merma sa razòs;  
 porqu' om non deu esser coyòs  
 de far gran desmezuransa.

Desmezura conosc hueimai  
 que fai ma dona, ses mentir,  
 pus qu' a se 'm fetz aissi venir,  
 e so que 'm promés er m' estrai;  
 que qui non a vezat aver  
 gran be, plus leu sap sostener  
 afan, que tals es belhs e bos,  
 qu' el maltraitz l' es plus angoissòs  
 quan li sovè l' benanansa.

Benanansa en fin joi verai  
 aic ieu de mi dons al partir.  
 Partitz non suy, perqu' ieu m' azir,  
 quar a mos precz brau respòs fai.  
 Denan sos pes l' irai cazer,  
 s' a lieis platz que denhe voler  
 que de lieis fasa mas chansòs  
 quar de me no suy poderòs,  
 qu' en outra paus m' esperansa.

Ben esper, per l' afan que n' ai,  
 que 'm vuelha mi dons mantenir,  
 que non es autr', al mieu albir,  
 ni fon tan belha, sotz lo rai.  
 Sopleian, quier que 'm denh valer;  
 qu' ieu conosc, segon mon saber,  
 qu' ab los melhors se fai hom bos;  
 et es assatz belha razòs  
 aver joi de fin' anansa.

Obsérvese en esta poesía de qué manera el final de cada estrofa se encadena con la siguiente por medio de la última palabra, que se repite en la primera de la otra.

## PEDRO ROGER.

Ya hemos hablado en esta obra de Ermengarda de Narbona (véase entre otros Adelaida de Porcairagues), y sabemos quién fué esa bella y varonil princesa.

Hija de Aymerico II de Narbona, el que murió en la batalla de Fraga al lado de D. Alfonso I de Aragón, gustaba del trato con los poetas, y su corte era centro escogido y selecto, donde hallaban protección decidida las artes, las letras y las ciencias. En el largo período de su gobierno, desde 1143 á 1192 en que abdicó á favor de su sobrino Pedro de Lara, Ermengarda fué constante protectora de los trovadores, y estos, acudiendo desde lejanas tierras á disfrutar de la hidalga hospitalidad que les ofrecía, supieron convertir su corte en un lugar seductor de galantes discreteos, de fiestas literarias, de luchas poéticas dondó la inteligencia y la cultura hallaban horizontes en que esparcirse, aún entre el fragor de las armas y el estrépito de las batallas que tan á menudo venían entonces á turbar la paz de los Estados.

Confundido entre multitud de aquellos trovadores, llegó un día á Narbona un gallardo joven, hijo de una noble familia de Auvernia. Se llamaba Pedro Roger y era caballero, y sus padres, dedicándole desde la infancia á la carrera eclesiástica, habían obtenido para él un canonicato en Clermont. Mozo aún, vióse revestido con esta dignidad, comenzando así por donde los demás terminaban. Pero el joven sentía latir un alma de fuego bajo sus hábitos clericales, y mal se avenía con la soledad y el retiro. Amaba las fiestas, los placeres, la animación y el ruido; sentíase atraído por la vida aventurera del caballero ó la

existencia nómada del trovador, y el mejor día colgó sus hábitos dirigiéndose á correr cortes.

Cuando llegó á Narbona, Ermengarda estaba en la flor de su belleza y de su poder. Era una dama que unía al ingenio de un poeta, el talento de un político y el valor de un caballero. Viuda de su primer marido que fué un señor español, llamado Alfonso, á quien al parecer amaba con ternura, había casado en segundas nupcias con Bernardo de Anduse, y como no debió hallar en este segundo enlace la felicidad que en el primero, buscaba solaz á sus duelos en el cultivo de las letras, en las preocupaciones de la política, y hasta en los azares y peligros de las armas.

Rodeábala una corte de admiradores y galanes, á través de los cuales logró abrirse camino Pedro Roger, que se distinguía al par que por su gallardo porte por su esclarecido ingenio. Llegaron un día á fijarse en él las miradas de su soberana, pero aquel día decidió de su vida. Turbada la paz del alma, sintió nacer en su pecho el fuego de una pasión devoradora que ya no debía terminar sino con su vida. El amor le hizo poeta. Al llegar á Narbona, Pedro Roger era un aventurero; cuando el rayo de luz desprendido de los ojos de Ermengarda hubo de fijarse en él, Pedro Roger se convirtió en el trovador amante y apasionado que tan bellos y tiernísimos cantos debía escribir.

Al principio fueron grandes su timidez y reserva; apenas si se atrevía á demostrar su amor; y según la costumbre entonces generalmente establecida entre los trovadores de dar á su dama un nombre poético, Ermengarda se llamaba para Pedro Roger *Tort no avetz*, es decir, *sin tacha, no tenéis tacha*.

No tardó en murmurarse de los amores del trovador y en sospechar quién podía ser la dama ilustre á la cual elevaba sus miradas; pero el trovador contestaba á estas indiscretas hablillas diciendo en una de sus canciones:

«No importa quién sea ni dónde se encuentre mi dama. Yo soy su adorador, aun cuando no me corresponda. Mi corazón arde en silencio, sin vanidad y sin ruido, pues



que ella ignora la dicha que me causa cuando la veo, la felicidad que me inunda cuando la hablo. Todo cuanto me digan es inútil; jamás revelaré su nombre, pues temería perderlo todo dejando de ser su amante ignorado.»

El poeta hace el elogio de su dama y la presenta tan afable y cortés, «que las gentes más rudas y groseras se convertirían en modelos de cortesía si tuvieran la dicha de conversar con ella.»

Hace en seguida hablar al amor que le exhorta á mostrarse digno de las bondades de una dama tan superior á él por cuna y por mérito. Teme no ser amado, confiesa no haber obtenido ningún favor y desespera de obtenerlo. Da también consejos á los amantes diciéndoles que no deben ser temerarios ni impacientes, pues que los celos, las riñas injustificadas, las sospechas y el espionaje pueden acabar por hacerlos insoportables al objeto de sus amores.

«Un buen amante, dice, no debe dar crédito ni á la maledicencia ni al mismo testimonio de sus ojos al tratarse de una traición de su dama. Debe creer lo que ella le diga sin exigirle juramento, y no creer ni siquiera lo que ha visto.

»Por no atender á estos consejos he visto muchas veces á los más cuerdos cometer grandes locuras al obstinarse en cosas que provocan el enojo de su dama. Y de aquí que las risas se truequen en llanto, sucediéndoles á esos insensatos el ser víctimas de sus errores.»

Así continuó el poeta por largo tiempo dirigiendo sus cantos entusiastas á aquella que «deslumbra como el sol, dice, pues que para cualquiera que la vea, la noche se torna de repente en día claro y hermoso.»

Ermengarda llegó á saber que ella era el *Sin Tacha* del enamorado poeta, y parece que sus ojos hubieron de dárselo á conocer un día.

El poeta cantó en seguida:

«Ayer una de sus miradas me hizo feliz. Estoy condenado á no obtener nada más, ya lo sé, pero no por esto quedo menos reconocido á favor tan insigne.»

Si puede darse crédito á lo que dicen las *Vidas de los*

*Trovadores*, á este favor siguieron otros bien pronto, que el poeta hubo de creer todavía más insignes. Vencida por el amor y por la constancia del galán, *Sin Tacha* debió dar lugar á que se la pusieran á sus relaciones con el enamorado trovador. Comenzaron los rumores y las murmuraciones entre los cortesanos: la reputación de la vizcondesa, intachable hasta entonces, hubo de sentirse herida, y, celosa de su honra, Ermengarda creyó que debía alejar de su corte á aquel á quien hasta entonces colmara de gracias y de honores.

Después de una larga permanencia en Narbona, que debió ser entre 1168 y 1177, Pedro Roger se alejó triste, pensativo y afligido de aquella ciudad y de aquella corte donde tan felices días pasara y donde enterrado dejaba su corazón, y fué á demandar hospitalidad y consuelos á Rimbaldo de Orange, á quien en semejante ocasión dirigió aquel su serventesio que comienza:

Senhe 'M Raimbaut, de vos lo conort e 'l solatz...

Pero, ausente de Narbona, su dama seguía ocupando por completo su pensamiento. El pobre amante de Ermengarda sólo en ella pensaba, sólo cantaba el infortunio y la tristeza de sus malhadados amores.

»No importa que esté lejos de ella, decía hablando de su *Sin Tacha*: es como si estuviese á su lado, como si fuera aún su huésped, pues que el amante sólo con la muerte se aparta de su amada.»

Y así fué para el pobre Pedro Roger.

No hallando alivio á la dolencia de su corazón junto á Rimbaldo de Orange, pasó á la corte de D. Alfonso de Castilla y luego á la de Alfonso de Aragón, mereciendo á estos monarcas ser objeto de favores y distinciones señaladas; pero siempre perseguido por su constante idea, volvió á pasar los Pirineos con el objeto de acercarse al lugar habitado por su dama y «respirar al menos los mismos aires que ella.»

Acogióle el conde de Tolosa en su corte, honrándole y

distinguíendole sobre todos, y desde allí hubo sin duda de entablar negociaciones para que le fuese permitido regresar á Narbona; pero las puertas de esta ciudad permanecieron tenazmente cerradas para el poeta infortunado, que en vano cantaba con estos sentidos acentos los tormentos de su alma:

«¡Ay de mí! El llanto, los pesares, los dolores del amor, no es cierto que hagan morir. Yo no puedo creer en la muerte de Andrés de Francia <sup>1</sup>, pues que vivo todavía. Ningún penitente, ningún mártir sufrió jamás lo que yo sufro. Antes que ser rey del mundo entero, quisiera ser esclavo de aquélla que es causa de mis penas. ¡Si pudiese al menos volverla á ver! Es una beldad que reúne todas las perfecciones y todos los encantos, como recibe la mar y reúne las aguas de todos los ríos. ¡Ay! ¡Si Dios me diera volverla á ver para quedarme á su lado como el último de sus esclavos!»

Las sentidas quejas del poeta se perdieron en el espacio, y entonces fué cuando su desesperación le llevó al suicidio de aquella época. Desapareciendo un día de Tolosa, donde cada vez se veía más colmado de honores, corrió á sepultarse con su tristeza y con su dolor en el claustro de Gaumont, y allí acabó sus días alejado de todos y de todos ignorado.

Petrarca en su *Triunfo de amor* habla de este poeta, de quien, como muestra, continúo aquí una de sus poesías más bellas, notable entre otras cosas por sus dos estancias *tensionadas*, como se llamaba entonces á este género.

Ges non puesch en bon vers falhir  
 nulh' hora, qu' ieu de mi dons chan;  
 cossi poiáis ieu. ren mal dir?  
 Qut om non es tan mal ensenhatz,  
 si parl' ab lieis un mot ó dos,  
 que, s' es vilás, non torn cortés.  
 Perque sapchatz be que vers es  
 qu' el ben qu' ieu dic ai tot de lieis.  
 De ren als non pens ni cossir,  
 ni ai desirier ni talan,

<sup>1</sup> Personaje de un poema provenzal, atribuido á Pons de Capdeuil.

mas de lieis, que 'l pogués servir,  
e far tot quant l' es bon ni 'l platz;  
qu' ieu non cre qu' ieu anc per als fos,  
mas per lieis far so que 'l plagués;  
que be sai qu' onors m' es e bes  
tot quant fas per amor de lieis.

Ben puesc los autres escarnir,  
qu' aissi 'm suy sauputz traire enan,  
que 'l mielhs del mon saupí chauzir;  
ieu o dic, e sai qu' es vertatz;  
pero motz n' i aura gelós  
que diran mens, e non es ges,  
d' aissò no 'm cal ni no m' es res,  
qu' ieu 'm say ben cossi s' es de lieis.

Greu m' es lo maltraitz á sufrir  
e 'l dolors, qu' ay de lieis tan gran,  
don no 'm pot lo cors revenir;  
pero no 'm platz autr' amistatz,  
ni mais jois no m' es dous ni bos,  
ni no vuelh que 'm sia promés;  
que s' ieu n' avia cent conqués,  
ren no 'ls pretz, mas cel qu' ai de lieis.

Bona domma, per vos sospir,  
e trac greu pena e gran afan  
per vos, cuy am mout e dezir;  
e quar no us vey, non es mos gratz;  
mas si be m' estau luenh de vos,  
lo cor e 'l sen vos ai tramés,  
si qu' aissi no suy, ou tu 'm ves;  
e 'l ben qu' ieu ai, totz es de lieis.

Aillás!—Que 't plang?—Laissem morir.  
—Qu' as?—Am.—E trop —Ieu oc tan  
que 'm muer.—Mors?—Oc.—No 'n potz querir?  
—Ieu, no.—E cum?—Tan suy iratz.  
—De que?—De lieis don sui aissós.  
—Sofra.—No 'm val.—Clama 'l mercés.  
—Si 'm fatz.—No y as pró?—Pauc.—No 't pes,  
si 'm tras mal.—Noqua o fas de lieis.

Cosselh n' ai.—Qual?—Vuelh m' en partir.  
—Non far.—Si farai.—Quers ton dan.  
—Qu' en puesc all?—Volsten ben jauzir?  
—Oc, mout.—Crei me.—Era diguatz.  
—Sias humíls, francs, lars e prcs.  
—Si 'm fai mal?—Suefr' en patz.—Sai pres,  
—Tu?—Oc.—S' amar vols, e si 'm cres,  
aissi poiràs jauzir de lieis.

## PEIROL.

El manuscrito provenzal de las *Vidas de los trovadores*, que, como habrá podido juzgarse, se ocupa quizá más de lo que debiera de la vida galante de los poetas, y menos de lo que convendría de su biografía, histórica y literariamente apreciada, sólo habla de Peirol con referencia á una de sus aventuras de amores.

Para reconstruir, pues, la vida de este trovador y decir todo lo que se sabe de ella, es preciso ir casando y enlazando datos y noticias que se encuentran diseminadas y perdidas en las obras de Millot, de Díez, de Raynouard, de Lafont, de Crescimbeni, de Wite, de otros muchos, sin olvidar, como fuente principal, sus mismas poesías y los manuscritos provenzales. Así, y no sin ímprobo trabajo, es como han podido recogerse las noticias que siguen á continuación.

Peirol, á quien los manuscritos provenzales, por la índole de la lengua, llaman Peirols, vivió en la época de oro de aquella literatura, y hay que colocarle á últimos del siglo XII y principios del XIII, de 1170 ó 1180 á 1220 ó 1230.

Era de Auvernia y de origen noble, pero hijo de un caballero muy pobre, sin fortuna de ninguna clase. Nació en un castillo llamado Peirol, del que tomó el nombre, situado al pié de Roquefort, en tierras del Delfín de Auvernia, y otra cosa no pudo hacer por él su padre que la de conseguirle un puesto al servicio del Delfín Roberto.

Reunía Peirol á una gallarda presencia unos modales corteses, un talento claro y despejado, un ingenio agudo y perspicaz, y muchas otras dotes y cualidades de esas que

abren camino al hombre ganoso de prosperar y de mejorar su suerte.

No tardó, pues, en conquistarse las simpatías del Delfín, que era poeta, amante de fiestas, de lujo y de fausto, protector decidido de los trovadores y hombres de valía. Cuidó, pues, de él el Delfín, y acabó por tratarle como amigo, más que como servidor, dándole mesa y aposento en su casa, trages, armas, caballos y todo cuanto podía necesitar. Peirol, siguiendo los gustos de su señor Roberto, comenzó á consagrarse á la poesía, para la cual revelaba gran ingenio, y en la cual sobresalió bien pronto, distinguiéndose muy particularmente por sus poesías amorosas.

No pudo saberse al principio quién era la dama de sus pensamientos, aquella por la cual tan buenos y sentidos versos componía, pero no tardó en conocerse que las miras del poeta se elevaban hasta la propia hermana del Delfín, Assalida de Claustra, esposa del barón auvernés Berant de Mercœur, la misma Assalida que figura también en la biografía del trovador Guillermo de San Didier como dama de éste.

Era Assalida gentil y alegre, una de las más peregrinas bellezas de su tiempo, propicia á alabanza y galanteos, amiga de fiestas, cortes y torneos. Sabida es ya su curiosa aventura de amores con Guillermo de San Didier.

Esto no obstante, Peirol hubo de sufrir al principio los rigores de su dama que le correspondía como amiga, pero no como amante. Fuese por coquetería y por dar cebo á su pasión, fuese por creerle muy inferior á ella, ó fuese por estar presa en las redes de otros amores, quizá los mismos de Guillermo de San Didier, lo cierto es que la baronesa de Mercœur dejó suspirar inútilmente y lamentarse por mucho tiempo al pobre trovador, sin hacer caso alguno de las apasionadas canciones que éste le dirigía, dedicadas casi todas al Delfín de Auvernia, como si esperase que el protector de su juventud lo fuera también de sus amores.

Las poesías de Peirol correspondientes á este momento de su vida y á este momento de su avasalladora pasión, son quizá, entre todas las que de él nos quedan, las más



sentidas y delicadas. Retratan perfectamente sus angustias, sus dolores, su incertidumbre, sus esperanzas unas veces, sus desilusiones otras, sus tormentos siempre, y halla entonces los más vivos colores de su paleta para pintar fielmente lo que teme ó lo que ansía, lo que le alienta ó abate, lo que una vez le eleva y exalta hasta los cielos, para luego hundirle en los profundos abismos de la tierra.

El amor es la dicha suprema y la suprema inspiración del poeta, que exclama con admirable expresión de sentimiento:

«Llama de amor me consume de día y de noche, y en ella se purifica mi alma como el oro en el crisol.»

«Se citan mis cantos como buenos, dice en otra poesía. ¿Cómo no han de serlo, si el Amor ha sido mi maestro? Es el Amor quien me reveló el arte de hacer buenos versos, y si él no me hubiese instruido yo no sería poeta.»

«Amar es todo mi bien y toda mi gloria,» añade en un excelente verso.

Para el poeta no hay nada en el mundo más que su dama. En ella piensa noche y día, de ella se ocupa siempre, á ella se consagra por completo, todo lo que á ella no importa le es indiferente, por ella y para ella vive tan solo.

Quiere declararse y no se atreve. Tiene la certeza de que una declaración le hará perder la amistad de su dama é incurrir en su desagrado, y dice con sublimidad de expresión:

«Por esto mi canto es como el del cisne, que prevé su muerte.»

Esto no obstante, cada vez se siente más atraído hacia ella, y de ella no puede apartar las miradas.

«Donde quiera que me encuentre, exclama, hacia ella se vuelven los ojos de mi corazón, y por lejos que esté la veo y la contemplo, que soy como esa flor de la que se cuenta que está siempre de cara al sol.»

Li huelh del cor estan  
a leis, ves on que 'm vire;  
si c' adés òn qu' ilh an  
la viel e la remire.

Tot per aital semblan  
com la flors qu' on retrai,  
que tota via val  
contr' el soleih viran.

Sõñando en delicias de que no le es dado gozar, el trovador se extasía ante el cuadro de felicidad que ofrecen dos buenos amantes.

«¡Qué dulce, dice, es contemplar á dos amantes que se aman con amor verdadero! Avaros de su dicha, no la prodigan, no la entregan á miradas indiscretas ni á maldicientes comentarios. Fieles y adictos el uno al otro, prudentes siempre y sin venderse jamás, escogen la hora y el sitio de sus amores, secretos para todos, sin que pueda descubrirles el ojo del envidioso ni la mirada del celoso.»

Ni siquiera este modo indirecto de proponer á su dama unos amores secretos pudo vencer el rigor de ésta, cada vez más esquiva para el enamorado poeta, el cual, dejándose llevar del desaliento y de la amargura, llora así los desdenes de la ingrata:

«La elevada situación de mi dama me desespera, pero no tengo fuerza para romper mis cadenas. Soy como el jugador que, por correr tras de su dinero, acaba por arruinarse.

»Esta es la época en que los árboles se visten de hojas y en que los pájaros lo alegran todo con sus cantos; pero á mí una ingrata me hace derramar lágrimas en medio de las risas de la naturaleza toda.

»A veces me ocurre hablar mal de ella expresamente delante de todo el mundo, y rebajo su mérito para ver lo que se piensa. Todos á una entonan entonces sus alabanzas, y con esto no consigo sino aumentar mi amor y mi pena.

»Pero esta pena me es agradable al contemplar sus hermosos ojos, su bella boca, su exquisita gracia, la frescura de su cara, su tierna sonrisa. Cuanto más la miro, más bella la encuentro.»

Pero llega ya el momento en que los tormentos son tan crueles que el amante no puede resistir. Su corazón se

desgarra, sus penas crecen al ver que inútilmente dirige sus cantos á una ingrata, al ver que sus sacrificios son desdichados, su fidelidad desconocida y que la mujer amada contesta con la burla á sus instancias. Se decide entonces á un rompimiento, pero al ir á romper este lazo, al ir á separarse de ella para siempre, duda, vacila y retrocede.

Re per autrui noilh man  
d' aissó, qu' en plus dezire,  
ni ieu eus tan la blan,  
re non l' en auze dire,  
ans quant li sui denan  
maintas vetz quan s' eschai-  
dic: dona ¿qué fai?  
No 'm respon mas gauban.  
¡Las! com muer dezirán  
sos hom e sos servire,  
qu' ieu seria celan;  
maintas vetz m' en azire  
e jur per mal talan,  
que tot m' en patirai;  
pueis aquí eus truep lai  
mon cor, on era antan.

La constancia rompe peñas. Llega por fin un día en que la estatua se anima, los ojos hablan, el corazón siente. La baronesa de Mercœur olvida la distancia que le separa de su amante, concluye el penoso noviciado de éste, y, vencida por el amor, la dama cae en brazos del poeta.

Es el momento de entonar el canto de triunfo.

«No ha mucho, dice, el dolor rasgaba mi alma y me hacía morir lentamente. Ahora, no cambiaría mi suerte por el trono de un emperador. Los que hablan mal de amor cometen un desatino. Por más penas que cause, llega un momento en que recompensa con creces á quien bien le sirve.

»¡Oh, vos, la bella á quien adoro, me considero tan feliz siendo vuestro, que os he de seguir á todas partes como un esclavo! Dichoso con serviros, no diré una palabra, guardaré para mí solo mi felicidad, y si os veo en público, apartaré de vos mis ojos en seguida.

»Me hablarán de mi pasión, pero amor me ordena mentir. ¿Por qué, si amo, he de exponerme al enojo de la mujer amada? ¡Qué cambio, oh cielos! La que ayer me daba

muerte, hoy es la fuente de mi gozo y la luz de mi vida.»

Desde este momento todo son dichas y alegrías para el trovador, y sus cantos, obedeciendo á la inspiración de lo que siente, al recuerdo de lo que pasa, son el eco de la felicidad y de la ventura que rebosan de su alma.

«Un torrente de amor, dice, inunda mi corazón, penetrando en él por todos lados como el agua en una esponja.»

Durante una ausencia de la baronesa, el amante sólo piensa en ella; sólo de ella se ocupa el poeta.

«No importa que esté lejos, pues que mi corazón le estará siempre sometido. El amor verdadero une y encadena, aunque se hallen bajo distintos cielos, dos corazones ardiendo el uno por el otro.»

Vuelve la condesa á sus hogares. Peirol lanza, no un grito, sino un rugido de amor.

«La tendré en mis brazos, dice, le hurtaré un beso, y si se irrita se lo devolveré.

»Si quiere, iré á morir á sus plantas, satisfecho sólo con haberla vuelto á ver.

»Jamás me separaré de aquella en quien pongo mi esperanza. Seré siempre suyo de pensamiento, de palabra y de voluntad.

»Ve, pobre canción mía, ve á decir á mi bella y dulce amiga, que solo á ella amo, y que mi corazón la acompaña á todas partes.»

Los amores de Assalida y de Peirol no pudieron permanecer secretos, llegando á noticia del ultrajado esposo y del mismo Delfín, que al principio había parecido favorecerlos y que hasta los protegió, según algunos, lo cual evidentemente no debió ser cierto á juzgar por las consecuencias. Estas fueron fatales para los amantes, pues que Assalida tuvo que soportar la cólera del esposo y la indignación del hermano, mientras que Peirol salía arrojado y proscrito de las tierras de Auvernia.

Aun así, aún habiendo incurrido en el desagrado de aquellos poderosos barones y pudiéndolo temer todo de su venganza, aún habiéndose indispuerto con su misma dama según parece, el trovador proscrito sólo piensa en los luga-

res testigos de su felicidad y ansía volver á ellos; el aire que llega de su país le parece más dulce y vivifica sus pulmones; los recuerdos de los días pasados junto á su amada le son gratos, y llora y se lamenta al pensar en las perdidas alegrías, en las inefables delicias ya gozadas, en las horas de placer trascurridas entre juegos y risas con su dama, horas en las cuales le hubiera sido grato el morir al entusiasmado poeta.

He aquí el canto del amante desterrado:

Non es nuilh jorn qu' en mon cor no dissenda  
una doussors, que ven de mon país;  
la i joing mas mans e la i estan aulis  
e la sapchatz qu' i voldria esser fort  
prez de mi dons, sitot s' a vas mi tort:  
e' ab belh semblan et ab doussa compaigna  
me dauret geu so, qu' ara m' estaigna.

Ar' ai assatz, que plor e que 'm complaigna,  
c' a pauc lo cors no 'm part, quan mi recort  
e mi soven del ris e del deport  
e dels plazers, qu' elha 'm fetz e que 'm dis.  
Ail cum fora garitz s' adoncs moris!  
Que quan li prec que de mi mercé ilh prenda,  
sol veiaire non fai, qu' elha m' entenda.  
Non laisserai, dompna, lo vers no 'us port,  
qu' en aissi 'm ten lo desirs en greu laigna,  
non pot esser, que ja plus sai remaigna.

Desterrado el poeta, teniendo que decir adios á sus amores y á su patria, huyendo la venganza del marido, la indignación del hermano, el enojo de su misma dama, un vértigo se apodera de él y decide pasar á Ultramar tomando la cruz y alistándose en aquella cruzada, de tan fatales resultados, emprendida bajo la dirección de los reyes Felipe Augusto de Francia, y Ricardo *Corazón de León*, de Inglaterra.

Antes de partir y de embarcarse, dejó escrita aquella bellísima *tensión* ó diálogo entre él y el Amor, que comienza:

Quant Amors trobet partit  
mon cor del sieu pessamen...

«*Pirol*.—Cuando Amor se encontró con que mi corazón

se había apartado de su pensamiento, acudió para tensio-  
nar conmigo, y ahora veréis lo que nos dijimos.

»*Amor*.—Amigo Peirol, observo que os vais alejando de mí, y ya que ni yo ni el canto tenemos atractivos para vos, decidme pues: ¿qué queréis?

»*Peirol*.—Amor, os serví tan fiel y lealmente, que nin-  
gun remordimiento tengo de haberos faltado, y sin embar-  
go, vos sabéis cuán breves fueron mis alegrías. Así es que  
nada os pido ya, pues de hoy en adelante me contento con  
mi situación.

»*Amor*.—¿Pudisteis olvidar por ventura la tierna y cari-  
ñosa acogida que una dama os dió, obediente á mis man-  
datos? Amigo Peirol, sois un veleta. ¡Quién lo hubiera crei-  
do, á juzgar por el tono amante y apasionado de vuestras  
canciones!

»*Peirol*.—Amor, yo adoré á mi dama desde el instante  
en que la ví, y sigo adorándola todavía, pero sin malos  
pensamientos. Muchos amantes me dan ejemplo. Lloran  
allá en Siria el recuerdo de sus amores, pero combaten co-  
mo buenos en la Cruzada contra Saladino.

»*Amor*.—Peirol, no sois vos ciertamente el destinado á  
arrojar de la torre de David á los turcos y á los árabes. No  
os acordéis de otra cosa que de cantar y amar. ¿Qué queréis  
ir á hacer en la Cruzada, cuando no van los mismos reyes?  
Mirad cómo se ocupan de otras guerras, y cómo los baro-  
nes tratan de buscar pretextos para dispensarse de partir.

»*Peirol*.—Si os falto, es bien á pesar mío. Otro deber me  
llama. Ruego á Dios que me conduzca á Tierra Santa y  
que ponga en paz á los dos reyes.»

Partió Peirol, en efecto, y no sabemos nada de su vida  
en Tierra Santa ni de los sucesos que le ocurrieron y en  
que tomó parte; pero existe de él un *serventesio* por el cual  
se descubren sus impacientes deseos de volver á su patria,  
al propio tiempo que se le ve hacer tristes profecías por lo  
tocante al resultado de la Cruzada, á las reyertas de los  
reyes que en ella tomaron parte, y la negligencia del empe-  
rador Federico. Es bajo muchos conceptos un curioso y  
notable *serventesio*.



«Puesto que he visto ya, dice, el Jordán y el Santo Sepulcro, gracias os doy, Señor Dios, de haberme permitido adorar el lugar en que nacisteis. Sólo falta ahora que Dios nos conceda buena mar, buen viento, buen buque y buen piloto, para dar pronto la vuelta á Marsella.

»Adios seáis, Acre y Trípoli, y vosotros caballeros del Temple y Hospitalarios. El mundo va en decadencia. Buenos reyes había y buenos señores en las personas de Ricardo y del rey de Francia, Montferrat tenía un buen marqués, pero los que en su puesto han quedado no sé ciertamente cómo se portarán.

»Mi buen Señor Dios, si queréis creerme, escoged mejor en adelante á los que queráis hacer reyes y emperadores y también á los que regaláis castillos y torres, porque cuanto más poderosos son, más os desdennan. ¿No he visto yo, por ventura, al mismo emperador hacer repetidos juramentos que ahora olvida, como hace el gascón cuando ve pasado ya el peligro?

»Emperador, Damietta os aguarda, y la torre blanca llora noche y día por vuestra águila que de allí arrojó un buitre. Cobarde es el águila que se deja vencer por un buitre. ¡Deshonra para vos y gloria para el Soldán!»

A su regreso de la Cruzada, Peirol debió residir algún tiempo en Montferrat, aceptando la hospitalidad de este señor, pues así se desprende de alguna de sus poesías, en las que alaba á Beatriz de Montferrat.

Existe duda de si volvió á su país de Auvernia reanudando sus en mal hora interrumpidos amores con la hermana del Delfín; pero si fué así, nuevo escándalo quizá y nuevo rompimiento le obligarían á alejarse para siempre, pues le vemos retirado en Montpellier, donde se fijó decididamente, donde contrajo matrimonio según parece, y donde murió.

Lo que no concuerda ni se aviene con las noticias que de Peirol se tienen, es lo que de él dice en su sátira contra los trovadores el monje de Montaudón, el cual le supone haber llevado una vida errante y miserable y haber terminado por entrar en el convento de Clermont.

A más de las composiciones citadas, quedan de Peirol algunas otras poesías galantes que demuestran su genio, y varias *tensiones*, no por demasiado libre alguna de ellas, menos recomendable.

Su *tensión* con Bernardo de Ventadorn se continúa ya en el artículo á este último poeta referente, y hay que citar también otra con el Delfín de Auvernia.

Peirol pregunta á éste si un amante debe continuar amando á su amada después de haberlo obtenido todo de ella.

El Delfín responde que el goce debe aumentar el amor; pero Peirol, dice, al contrario, que en este caso el amor puro y perfecto desaparece. La ternura de un amante verdadero, según el Delfín, se acrece con la gratitud, y sólo un amante poco cortés es el que se enfría con respecto á su dama cuando ésta no le ha dejado ya nada que desear.

Estas y otras razones no convencen á Peirol, que continúa estableciendo una notable diferencia entre el amor puro y el impuro.

## PERDIGÓ.

Fué hijo de un pobre pescador de L'Esperón, burgo de Gevaudán. Tenía buena presencia, ingenio, osadía, ambición, hacía buenos versos que él mismo ponía en música, los cantaba perfectamente y con hermosa voz, tocaba con habilidad suma varios instrumentos como el más diestro de los juglares, y todas estas circunstancias reunidas le abrieron fácilmente el camino de los honores y del favor.

El Delfín de Auvernia, á cuya corte fué á parar, hubo de prendarse de él, y después de protegerle y tenerle á su lado, dióle rentas y tierras y acabó por conferirle la dignidad de caballero, haciéndole su hermano de armas.

Tomó entonces Perdigó todos los aires de un personaje, y visitó á los barones, tratándose de igual á igual con ellos, y siendo bien recibido en todas partes, sobre todo por las damas, que estimaban mucho su mérito y su galantería.

Sobresalía en componer canciones de amor, que acompañaba de variados y hermosos cantos, y es una de las mejores aquella que comienza:

Trop ai estat mon Belh Esper no ví  
 et es ben dregtz que tots joís mi sofranha,  
 quar ieu me luenh de la sua companha  
 per mon fol sen, dou anc, jor no 'm jauzi.

He aquí otra:

«Comienzo mi canción cuando comienza el canto de las aves, ahora que la golondrina cruza los aires y el ruiseñor exhala sus trinos melodiosos, ahora que las flores se ufanan en los vergeles y los arroyos deslizan por la arena su límpida corriente, á través de los blancos lirios en flor.

»Y sin embargo, cuando todo goza, yo sufro. ¡Ay de mí!

Yo recuerdo todos los males que en amor he sufrido por los rigores de una pérfida beldad, que me ha engañado y vendido. En vano la pedí gracia: ha llevado su crueldad hasta darme la herida de muerte.

» Ama bien poco el que ama sin celos; ama bien poco aquel á quien le es indiferente todo lo de su amada; ama bien poco aquel que no tiene que reprocharse ninguna indiscreción. Al contrario, cuando se ama mucho, una lágrima de amor vale más que catorce sonrisas.

» Cuando de rodillas pido perdón   aquella que adoro, me acusa, me condena y halla pretextos para atribuirme delitos no cometidos. Las lágrimas caen de mis ojos en abundancia, y conmovida por mi desesperación, me lanza una mirada de amor. Entonces beso sus ojos y su boca, y me creo trasportado al paraiso.

» Pero vuelven luego los rigores, y me siento herido por los dardos que me arroja la dama más bella que hubo jams. Todo cuanto puede hacer un amante verdadero, lo he hecho, y todo inútilmente. Tantas rudas pruebas como me hace pasar, tantos suspiros hijos del dolor, tantos deseos sin esperanzas, tantos servicios mal recompensados, todo me obliga á olvidarla y   separarme de ella.»

Según la biografía provenzal, Perdigó fué el héroe de muchas aventuras amorosas, y si algunas veces debió al amor grandes favores, otras en cambio sólo obtuvo de él amarguras y desengaños.

He aquí cómo habla el poeta del amor en una de sus composiciones:

«El amor ha hecho para mí lo que el ladrón, que cuando encuentra un extraño en el camino se le muestra tan benévolo que el otro acaba por decirle: «Buen amigo, servidme de guía.» Así es como mucha gente se encuentra vendida, pues el ladrón conduce al que de él se fía,   un sitio donde le atan y aprisionan. Lo propio me ha sucedido   mí, pues que me dejaba guiar por el amor, según quería, y acabó por confinarme en una cárcel donde me tiene preso y atado, y en donde no tengo más esperanza que la muerte.»

Be 'm fetz Amor l' usatge del lairó,  
 quan encontra selhui d' estranh pais,  
 e 'l fai creire qu' alhors es sos camís,  
 tro que li dis: «Belhs amic, tu me guida.»  
 Et en aissi es manta gens trahida  
 que 'l mena lai, on, pue's, lo lia e 'l pren.  
 Et ieu puesch dir atressí veramen,  
 qu' ieu seguí tant Amor com li saup bo,  
 tan mi menet tro m' ac en sa preizó,  
 e 'm ten lai pres, on no truep rezemsó  
 mas de mort...

El poeta italiano Polo imitó, ó por mejor decir, tradujo este pasaje de Perdigó, en el siguiente soneto:

Ladro mi sembra Amore poi che fese  
 si come fel Ladrone fa sorente,  
 che se in via trova quel d' altro paese  
 fa i creder ch' el fal cammin certamente.  
 E inganna quello che sua guida prese,  
 prometendol menar seguramente;  
 e mena la, ó no i valon difese,  
 e poi si 'l prende, e trattal malamente.  
 Sebiantemente mi deven d' Amore,  
 che lui seguíi credendo di lui bene:  
 ello mi presse, e 'n tal loco m' addusse;  
 e si mi stringe ch' i' non ho valore,  
 che ni nullo sollazzo mi sowene:  
 meglio mi fora che morto mi fusse.

Perdigó, no sin ingratitud, según parece, abandonó la corte del Delfín de Auvernia, su protector, para pasar á Cataluña y á Aragón, donde el rey D. Pedro II le favoreció y distinguió como á pocos. Pero con más negra ingratitud aún que al Delfín de Auvernia, debía pagar sus favores á Pedro de Aragón. Todo cuanto éste hizo por el poeta provenzal, todos cuantos honores le dió, todas cuantas consideraciones, favores y distinciones hubo de acordarle, todo pareció contribuir á hacerle sólo más traidor y más aleve. Hay ciertos corazones ingratos y refractarios á los beneficios, como lo son ciertas tierras al cultivo y ciertos pueblos á la libertad.

Sucedió, al comenzar las desavenencias entre la casa de Tolosa y la Santa Sede, que Perdigó se trasladó á Roma con Guillermo de Baucio, príncipe de Orange, con el obis-

po de Tolosa Folquet y con el abad del Cister, para excitar el celo, ó por mejor decir, el odio del Papa, siendo fruto de su embajada la predicación de la Cruzada contra los albigenses. Fué, pues, este poeta uno de los que contribuyeron á desencadenar sobre Provenza los horrores de aquella guerra de crueldades y exterminio que debía terminar por su ruina, por la pérdida de su independencia y la muerte de su literatura.

Incitado por su antiguo compañero Folquet, Perdigó regresó á Provenza para alentar con sus cantos el entusiasmo de los cruzados y tomar una parte activa en todas las escenas del sangriento drama que iba á representarse en el Mediodía.

Según leí en el manuscrito citado tantas veces en esta obra, Perdigó iba con los cruzados cuando el saco y matanza de Beziers, á cuyos horrores asistió, y pasó largo tiempo recorriendo los pueblos y villas, poeta misionero, predicando y cantando para que los pueblos tomasen la cruz, aquella cruz que era verdaderamente la del fratricidio.

Por lo que de él dicen las *Vidas de los trovadores*, se sabe también que cuando el rey D. Pedro sucumbió, como noble, en los campos de Muret, Perdigó hubo de entonar un canto de victoria felicitándose de la muerte del que había sido su protector y su amigo, y celebrando el triunfo de la Cruzada, seguro ya con la derrota del monarca aragonés. El tiempo, menos ingrato con el poeta de lo que él lo fué con D. Pedro, ha permitido que este canto desapareciese, quedando sólo de él la memoria.

Esta conducta atrajo á Perdigó la indignación general. El biógrafo provenzal dice que su canto de gracias á Dios por haber muerto y derrotado los franceses al rey, que fuera su bienhechor, le deshonoró de tal manera, que jamás pudo recobrar la estimación pública, ni lavar la mancha arrojada sobre él por la más negra de las ingratitudes.

Vivía entonces abandonado de todos. Ninguno de sus antiguos amigos, los que con vida quedaron, dice el biógrafo provenzal, quiso oírle ni recibirle. *Tug silh que rema-*



*zon vien, negús no 'l volgyon vezer ni auzir.* Los trovadores le maldecían, los provenzales huían de él como de un leproso; el conde de Montfort, Guillermo de Baucio y los otros señores de quienes esperaba recompensas, perecieron víctimas de aquella misma guerra que habían provocado; hasta el obispo Folquet, su ángel malo tal vez, hubo de abandonarle, y el hijo del Delfín de Auvernia, ante aquella reprobación general, le retiró las tierras y heredades que en otro tiempo le diera su padre. Falto entonces completamente de recursos, por todos rechazado y despreciado de todos, no atreviéndose ya á presentarse, sumido en la miseria, fué á encontrar á Lamberto de Monteil, yerno de Guillermo de Baucio, y le suplicó que le recomendara para ser recibido en la abadía de Silvabella, de la Orden del Cister. Admitiéronle, en efecto, gracias á aquella recomendación, y allí pudo ocultar su vergüenza y sus remordimientos y allí murió abandonado de todos, siendo, con su muerte miserable, ejemplo vivo y enseñanza eterna para la humana ingratitud.

## PEDRO VIDAL.

## I.

Pedro Vidal era hijo de un pellejero ó comerciante en pieles de Tolosa.

Cantaba mejor que nadie en el mundo, dice uno de sus biógrafos, y era buen trovador, siendo también uno de los hombres más locos que hayan jamás existido, pues creía en la realidad de todas las fantasías que imaginaba.

Sus cantos eran los más bellos de entre los que se consideraban mejores en su época, como fueron sus locuras en amor las más ruidosas y raras entre todas. Era también notable improvisador, según nos parece deducir de la frase de su biógrafo provenzal: *E plus leu li avenia trobars que á nuls hom.*

Tan propenso era á decir mal de todos y de todas, y con tan gárrula afición á vanagloriarse de aventuras amorosas, no realizadas muchas veces, que esto le valió en cierta ocasión que un caballero de San Gilles le hiciera agujerear la lengua, por haber dado á entender que era el amante de su esposa. Hugo, señor de Baux ó Baucio, su protector en aquel entonces, le hizo cuidar por su médico, y cuando curado estuvo y del todo restablecido, pasó á Ultramar, de cuyos lugares regresó más tarde en compañía de una griega con quien se había casado en la isla de Chipre. Habíanle dado á entender que era sobrina del emperador de Constantinopla, y que, por este enlace, podía presentar y hacer valer sus derechos al imperio.

Encariñado con esta idea, todo cuanto ganaba y le era fácil adquirir, lo invertía en compra y construcción de bu-

ques, creyendo que iba á conquistar aquel imperio. Llegó á más su desvanecimiento. Se rodeó de una especie de corte, tomo á sueldo una numerosa servidumbre, usaba como timbre y blasón las armas imperiales, y así él como su mujer se hacían llamar emperador y emperatriz, aconteciendo á veces recibir en corte, sentados en un trono imperial.

Apasionábase de cuantas mujeres veía, y se declaraba á ellas, sucediendo que, como todas le daban esperanzas, se creía el galán de todas y de todas correspondido, cuando lo cierto era que se mofaban de él. Gustaba también de lujo, ostentación y grandeza; tenía hermosos corceles, buenas armas, mesa aparejada para todos sus amigos; vestía con elegancia y riqueza; era dadivoso y pródigo, valiente y arrojado, y se creía el mejor y más cumplido caballero del mundo, así como el más amado de las damas.

Decía que los maridos le temían más que al agua y al hierro:

De qui ieu soi plus temutz  
que fuecs ni fers agutz.

No vacilaba tampoco en exclamar con cínica desenvoltura:

«Conozco á cien mujeres que para sí me querrian, si pudieran lograrne; pero yo soy aquel que ni me doblo ni me humillo, y que, sin alabarme, á más mujeres beso y á más caballeros derribo.»

Cent donas sai, que cascuna 'm volria  
tener ab se, si aver me podia:  
mas ieu soi celh qu' anc no 'm gabei ni 'm feis,  
ni volgui trop parlar de mi mezeis,  
mas donas bals e cavalier desroc.

Las *Vidas de los trovadores*, que es la obra provenzal bien poco conocida por cierto, á la cual acudo para muchos de estos apuntes, cuenta graciosas anécdotas con relación al trovador Vidal.

Entre las damas á quienes más asiduamente hacía la corte, se contaba Adelaida de Rocamarti, esposa de Barral, vizconde de Marsella, una de las más reputadas en aquella época por su belleza, tan peregrina como su genio, y

por su protección á los trovadores. Acertó á suceder que un día, encontrando Pedro Vidal sola en su cámara y dormida á Adelaida, se arrodilló junto á ella y le dió atrevidamente un beso en los labios. Sintió ella el beso, creyó que su marido se lo daba, y despertó risueña y alegre; pero, al encontrarse con Pedro Vidal, dióse á gritar y á pedir auxilio, acudiendo sus doncellas, alborotándose la casa y apelando el trovador á la fuga.

Hubo de enterarse el esposo de aquel caso; y aún cuando no tomó la cosa por lo serio, á causa de ser tenido Pedro Vidal por un loco, hubo, sin embargo, de ceder en parte á las quejas y exigencias de su mujer, que se creía ofendida y pretendía vengarse. Hízose entender al trovador que todo debía temerle del esposo ofendido y de la dama ultrajada, aderezándose tan á lo vivo la cosa, que Pedro Vidal, cobrando miedo y con las alas del mismo, se fugó á Génova, desde donde pasó á Ultramar con el rey Ricardo. De entonces y de allí, al decir de la crónica, datan algunas de sus mejores canciones, aquellas en todas las cuales recuerda el beso dado y no devuelto.

Y es así en efecto. Las poesías de Vidal, en aquella época, son tiernas, apasionadas, melancólicas; respiran una tristeza y un sentimiento que cautivan.

Antes de partir para Oriente, estando en Génova, dice en una canción:

«Encuentro delicioso el aire que viene de Provenza,  
Me trae amores de aquel país. Cuando oigo hablar de él,  
me extasío de gozo, y por cada elogio que le dirigen, yo  
pido ciento. Allí, en aquella hermosa comarca, dejé mi co-  
razón. Le debo todo lo que de ingenio, alegría, talento y  
saber tengo para cantar.»

Se lamenta de verse desterrado lejos de su dama: compara el éxtasis de que se sentía poseído al verla, al de un simple que permanece inmóvil y suspenso ante una vidriera de colores. Dice que sería el más feliz de los hombres si el beso que robó le fuese aceptado y devuelto.

Adelaida es llamada *Audierna* por el trovador en todas sus poesías. En una de ellas dice:

«*Audierna* es capaz de hacer que se vuelvan locos los más cuerdos. Me hace morir lentamente, como si fuese para ella un gran criminal. Yo no pienso más que en adorarla, y ella en hacerme daño. Pero ¿por qué me ha de querer tan mal, cuando yo le deseo más bien que á mí propio? Cuando me desterró, sólo una cinta había recibido de ella. Entré una mañana en su cámara, y le robé un beso. Así me muera de repente si me propasé á más. Me enciendo vivo cuando recuerdo sus hermosos ojos y sus bellas facciones. Desgraciadamente, tiene para mí un corazón de león...»

Y más abajo dice:

«Esto es lo que me determina á pasar la mar.»

Efectivamente, fué entonces cuando, para dar al olvido sus amores, ó por miedo que tenía al resentimiento de la vizcondesa, se decidió á seguir á Palestina al rey Ricardo de Inglaterra.

Allí es donde parece que comenzó á turbarse su cabeza, que se llenó de fantasmas de caballería. Creyóse un héroe, y quiso que todos lo supieran y lo creyeran como él. Las fanfarronadas á que se entrega en alguna de sus poesías son el colmo del ridículo.

«Mis enemigos tiemblan con solo oír mi nombre, dice una vez, como la paloma ante el gavilán. Todos saben á donde llega mi valor, y no hay nadie, ni doncel, ni caballero, que no me tema por solo mi nombradía. No hay caballero más cumplido que yo, y la tierra tiembla bajo mis piés, cuando visto mi armadura y ciño mi espada. Armado de todas armas, ginete en mi caballo, rompo y destrozo cuanto se me pone por delante. Yo sólo he hecho cien prisioneros y he desarmado á otros ciento.»

Secundando entonces su manía y halagándole en su flaqueza, fué cuando le dieron á entender que debía casarse con la griega ya citada, persuadiéndole de que era sobrina del emperador de Oriente y le transmitiría sus derechos al Imperio. Así fué como empezó su locura de creerse emperador, y con ella y con su esposa regresó á Europa para ostentar á los ojos de todos su grandeza.

No olvidaba, sin embargo, sus antiguos amores. Creía que su gloria no sería pura mientras la oscureciese una sola mancha, pues por tal tenía el recuerdo del suceso ocurrido con la vizcondesa Adelaida. Imploró la mediación de sus antiguos protectores, Hugo y Barral de Baucio, que le guardaban afecto. Obtuvieron éstos con sus instancias que Adelaida le perdonara, y enviáronselo á decir así al trovador, que, sin esta circunstancia, no quería aventurar su regreso á Provenza.

Cuando Vidal recibió esta nueva, compuso aquella canción:

«Todos mis pensamientos se cifran en amar y cantar, y mi canto debe hoy resentirse del dulce placer que amor me otorga, ya que mi dama colma con sus promesas mis esperanzas...

»La vez primera que la ví no fuí dueño de mi corazón, que me robó para siempre. No hay otra como ella, ni más hermosa, ni más agradable, ni que mejor sostenga los encantos de su conversación. Tampoco hay alegría comparable á la que experimento al saber que me devuelve su cariño, como no sea el dolor que siento al verme todavía tan lejos de ella...»

Al ponerse en viaje para regresar á Provenza, compuso esta su sentida canción:

«Me siento trasportado de júbilo al ver renovarse las flores y la verdura, cantar los pájaros y oír cómo los amantes discurren sobre las dulzuras de amor. Sometido yo á su imperio, los males que por él he sufrido eran tan crueles *que llegué á creer mi espíritu perturbado*. Hoy, sin embargo, puedo entregarme al amor con más fé que nunca, pues que me ofrece una dicha duradera. Me siento revivir como la verdura animada por el cantar de las aves. Las hojas y las flores renacen en mi corazón, al cual mantendrán en perfecta primavera. Nada tengo ya que temer.

»Aquella que parecía odiarme, la más bella, la de más ingenio y gracia que existe debajo del cielo, me acepta hoy por su servidor, sintiendo al fin todo el ardor de mi llama. Sí; tanto tiempo como yo sea joven, y más aún,



ella lo sabe bien, serviré á mi dulce dama, tan graciosa y tan bella, como un amante fiel en cuyo corazón todo es amor.

«Si algún día tuve que soportar dolores y penas, al menos ahora alcanzaré de amor todo cuanto alcanzarse puede, hoja, flor y fruto; que ella me acepta por su verdadero amante tal como soy. Que mi dama considere, por Dios, cuán grande ha sido mi cariño, y cómo á todo ha resistido. A pesar de sus rigores, le he sido siempre fiel, y nunca como ahora, al verme objeto de su cariño, nunca como ahora, me alegro tanto oír cantar á los pájaros y ver esmaltarse los prados.

»Yo seré más alegre que el más alegre de los pájaros si le place darme por amor un beso... Consagraré mi corazón y mi ingenio á hacer todo lo que ella quiera. Nada amo sin ella, y todo lo que amo es por ella... Si me deja consumir en vanos deseos ¡ay! entonces la alegría que da el canto de las aves se desvanecerá bien pronto... Si por amor de Dios favorece á su servidor, me tendrá mucho tiempo alegre, cortés, animado y fresco como una hermosa flor en su rama.

*Endereza.*—«Bella *Audierna*, mi corazón os estuvo sometido largo tiempo, y ahora se renueva como hermosa flor en su rama.»

Mout m' es bon e bel  
 quan vei de novel  
 la fuoilla e 'l ramel,  
 e la fresca flor,  
 e chanton l' auzel  
 sobre la verdor  
 e il fin amador  
 son gai per amor.  
 Amaire ó drutz sui ieu;  
 mas tant sunt li maltraich greu  
 qu' ieu n' ai sufert longamen,  
 qu' un pauch n' ai camjat mon seu.

Pedro Vidal regresó, pues, á Marsella, y se cuenta que fué muy bien acogido por Barral y Adelaida, la cual aceptó entonces de él graciosamente, devolviéndoselo, el beso que en otra época le hurtara.

Otra extraña anécdota se cuenta también de este trovador, la cual no sería muy de creer por cierto, si el mismo no aludiese á ella en una de sus composiciones, confirmando así su exactitud.

Según cuenta su biógrafo provenzal, llegó un día á enamorarse ciegamente de Loba de Penautier, por cuyos amores abandonó los que á la vez y á la sazón tenía con una dama catalana de Cerdaña llamada Estefanía, y al propio tiempo, pues que en eso de amores no andaba Vidal escrupuloso, con Rimbaldá de Bioch, mujer de Guillermo Rostán, señor de Bioch.

Loba de Penautier era una dama principal de Carcasona, mujer muy hermosa, de ánimo y costumbres varoniles, á la cual en el país llamaban *la Loba*, por alusión á su nombre. Tan perdidamente se prendó de ella Pedro Vidal, que hubo de entregarse á toda clase de locuras para atraerse su atención y su cariño.

Hacíase llamar *el Lobo* por amor de ella; cambió el blason de sus armas, en el que hizo poner un lobo, y envolviéndose un día en una piel de este animal, quiso hacerse cazar como tal por los pastores y por sus perros en las montañas de Cabaret, donde los Penautier tenían un castillo. Hubieron de tomarle por uno de aquellos animales los pastores y los perros; diéronle caza, en efecto, y tanto debieron maltratarle, que fué conducido en muy mal estado al castillo de la Loba. Cuando ésta supo que era Vidal, celebró grandemente su locura, y divirtiéronse mucho á su costa ella y su marido; pero ambos le ofrecieron buena y cómoda hospitalidad, cuidando de él y reteniéndole en su castillo hasta que estuvo restablecido del todo.

## II.

Varias son las composiciones, aún cuando incompletas muchas de ellas, que de este extraño y vagabundo trovador han llegado hasta nosotros. Por ellas puede irse deduciendo algo de su desordenada y accidentada vida.

Después de su regreso de Oriente, debió viajar por Cataluña y Aragón, y residir algún tiempo en estos países, según lo enterado que de ellos se muestra en sus composiciones. En una de éstas encomia con desmedida alabanza la hospitalidad y protección que debió al señor aragonés D. Miguel de Lucía, hospitalidad y protección que, según la hipérbole del trovador, *le valían más que la del San Miguel del cielo.*

Per Sain Jacme qu' on apela  
l' apostol de Compostela,  
en Luzi' a tal Miquel  
que 'm val mais que sel del cel.

Fué según parece, muy protegido, y por ende, muy partidario del rey D. Alfonso I de Cataluña y II de Aragón, á quien cita y celebra en varias de sus composiciones. Debíó gozar en ciertas épocas de la privanza de este monarca, á quien muchos trovadores, como Vidal, ensalzan, si bien algunos otros le atacan duramente, como Beltrán de Born, cosa no extraña ciertamente, ya que parte tan activa se vió obligado á tomar en las luchas políticas del que hoy es Mediodía de Francia, siendo objeto, con este motivo, si de los elogios de unos, de los vituperios de otros, según fuese la causa que se defendía. En todos tiempos fué la pasión política lo mismo.

Pero volviendo á Pedro Vidal, repito que debieron ser frecuentes su trato y relaciones, y algo también hubo de tener de privanza con el rey de Aragón, á juzgar por lo mucho que de él habla, y por las veces que á este monarca se refiere ó se dirige.

En una de sus composiciones, que parece dedicada á la vizcondesa de Marsella, presenta al rey D. Alfonso como tipo de riqueza y término de comparación á sus deseos.

Domna, quar vos mi podetz fai caitiu,  
domna, e si us platz plus ric qu' el rei N' Anfós.

Otra vez envía una canción á la esposa de D. Alfonso, Sancha de Castilla, en favor de la cual agota los elogios.

«Canción, vete á donde mora la reina de Aragón, la más

noble y más verdadera de las reinas, como otra no ha visto el mundo ni mejor ni más bien quista, exenta de defectos, franca, leal, de todos querida y agradable á Dios. Así como el rey á todos supera, así á tal rey conviene tal reina.»

Chansó, vai t' en a la valen Regina  
 en Aragó, cuar mais Regina vera  
 no sai el mon e si n' ai maite quista,  
 e no trop plus ses tort ó ses querella.  
 Mais ilh es franca e leais e gracida  
 per tota gent et a Deu agradiva.  
 E car lo reis sobr' autres reis s' enansa,  
 ad aital rei coven aitals regina.

Durante los años de 1180 y 1181 ardió en guerra la Provenza. Alfonso de Aragón, en sostén y demanda de los derechos de su casa por una parte, y por la otra Ramón conde de Tolosa y sus aliados, ensangrentaban con sus empeñadas contiendas los fértiles campos de aquel país.

Pedro Vidal en esta ocasión tomó resueltamente el partido de D. Alfonso, haciendo objeto de sus invectivas y sátiras al conde de Tolosa.

«Como yo tuviera dispuesto un buen corcel, dice el trovador con su acostumbrada petulancia, bien tranquilo podría estarse el rey en Balaguer y dormir holgada y plácidamente, pues yo mantendría en paz á Provenza y Montpellier, y ni ladrones ni rondadores malvados volverían á robar el Venaisín y la Crau...

»Si el rey vuelve á Tolosa y á cruzar el río, y salen el conde y sus menguados arqueros gritando todos á un tiempo: ¡á las armas otra vez! estoy seguro de ser yo quien descargue el primer golpe, y tanto he de hacer que entrarán de dos en dos, y yo con ellos, si no me cierran la puerta.»

E s' ieu agués caval adreg corsier,  
 suau s' estés lo reis part Balaguer,  
 e dormís si planament é suau,  
 qu' eu tengr' en patz Proensa é Monpesller,  
 que raubador ni malvat rocinier,  
 no rauberan mois Venaissi ni Crau...

E si 'l reis torn' a Toloz, el gravier,  
 e n' els lo coms e sei caitin dardier

que cridon tug; ad espazas tornau!  
 d' aitant mi van qu' eu n' aurai l' col premi-r:  
 e farait tan que si intraran doblier  
 et eu ab lor, si la porta no m' cláu.

Existe una canción de Pedro Vidal que se dedica á sí mismo, envaneciéndose con las muestras de cariño de que es objeto: «Son tantos, dice, los saludos que todos los días recibo de Cataluña y Lombardía, y de tal manera crecen allí mi nombre y fama, que ya por ello el mismo rey se muere de envidia.»

Que mil salut mi venon cascun dia  
 de Catalonha e de Lombardia,  
 quar a totz jorns poja mos pretz e creis,  
 quar per un pauc no 's mor d' enveja l' reis.

En otra parte, por el contrario, sin que nada revele en él al petulante y al loco, da un buen y leal consejo al monarca aragonés. Le dice que es poco generoso con la dama de Cabrera, á la cual, cuidando de su propia honra, debiera amparar y proteger, ya que todo poderoso, si desatiende á sus barones, decae en el aprecio de los hombres de pro. En esta canción, que Vidal dirige al rey, á la sazón, sin duda, en Cervera, protesta de que sus observaciones nacen sólo del afecto que le profesa.

Chansó, vai t' en al bon rei part Cerveira  
 que de bon pretz non a él mon egansa,  
 sol plus francs fos ves mi dons de Cabreira,  
 que d' autre re no fai desmezuransa.  
 E totz rics hom, quan destruí sos barôs  
 n' es meins amatz e prezatz dels plus pros;  
 et eu ô dic, car lí port fin' amansa.

Esta canción, á mi entender, debe hacer alusión á las contiendas en que allá, por los años de 1185 y 86, andaban el conde Armengol VIII de Urgel y su cuñado Pons ó Ponce de Cabrera. Este último estaba preso en Castilla, y sin duda su esposa acudió al rey Alfonso para que fuera su valedor contra los agravios del conde de Urgel. Se ve que es un consejo político el del trovador, pues que trata de inducir al rey á favorecer la causa de los pequeños barones contra la usurpación y desafueros de los grandes magnates.

Estos versos de Pedro Vidal me explican cierto pasaje de la historia de Cataluña, que, al escribir yo la mía, hallé confuso y dejé en la misma confusión. No conocía estos versos cuando, hace años, la escribí. Consigno allí como único dato, que la canción del trovador viene á explicar que el rey Alfonso, al regresar en cierta ocasión de Provenza, prometió amparar la causa de Ponçe de Cabrera y valerle contra el conde de Urgel.

Descuidado andaba el rey de Aragón, allá por los años de 1187 con las cosas de Provenza, pues más parecían interesarle y preocuparle sus desavenencias y contiendas con Castilla; y este es el momento que Pedro Vidal escoge para darle otro consejo. Poco gana el rey, le dice, con su larga demora en España, mientras pierde Provenza.

Al rei valent é car  
d' Aragó voill mandar...

Los dos últimos versos de esta canción son como una *endressa*, dirigidos á una dama, Estefanía de Cerdaña, objeto un día de los amores del trovador, que entonces formaba parte sin duda de la corte de D. Alfonso, y á la cual parece haberse enviado la canción como conducto seguro para llegar al rey.

Pero en donde Pedro Vidal, lejos de aparecer como el atolondrado y demente protagonista de estrafalarias anécdotas, se presenta, por el contrario, como un hombre político de buen seso y buen consejo, cuerdo, previsor, patriota, profundo y adelantado á su época, es en la composición que dirige por aquel tiempo mismo á los cuatro reyes de España, como les llama, Sancho Garcés de Navarra y los tres Alfonsos contemporáneos, el II de Aragón, el VIII de Castilla y el IX de León.

«A los cuatro reyes de España, dice, les sienta muy mal el no querer hacer paces entre sí, ya que por lo demás, son de gran valor, diestros, francos, corteses y leales. Más les valdría que unieran sus esfuerzos y dirigiesen la guerra, con más alta mira, contra la gente que no cree nuestra ley hasta que España toda tuviese una sola fé.



»Me duele ver á los reyes de España guerrear entre sí, y verles enviar, por miedo, presentes de caballos alazanes y bayos á los moros, cuyo orgullo aumentan así, y de quienes son vencidos. Mejor fuera, si les pluguiere, que hubiese entre ellos paz, ley y fé.»

Als quatre reis d' Espanha estai mout mal  
 quar no volen aver patz entre lor  
 car autramen son ilhs de gran valor,  
 adreg e franc e cortés e leial;  
 sol que de tan gen s'esson lor escolh  
 que virésen la guerra en autre folh  
 contra la gen que nostra lei no cre,  
 tro qu' Espanha fos tota d' una fe.

Dels reis d' Espanha 'm tenh a fais  
 quar tan vólon guerra mest lor,  
 e quar destriers ferrans n'è bais  
 trameton als Mors per paor,  
 que lor orgolh lor an doblat  
 don ilhs son vèncut e sobrat:  
 e fora melhs s' a lor plagués  
 qu' entr' eis fos patz e leis e fes.

Por los años de 1194 acaeció la muerte del conde Ramón ó Raimundo V de Tolosa, de cuyo favor gozaba Pedro Vidal, después de su regreso de Tierra Santa, no obstante haber sido en otros tiempos tan adversario suyo, como partidario del rey de Aragón.

Cuentan que esta muerte afectó en gran manera á Vidal, que se entregó á los mayores extremos de dolor. Entristióse mucho, se vi stió de negro diciendo que quería llevar luto toda su vida, cortó la cola y las orejas á todos sus caballos, y se hizo rapar sus cabellos, como igualmente á todos sus servidores, dejándose crecer las uñas y las barbas.

Así vivió mucho tiempo á guisa de hombre loco y doliente, hasta que un día llegó á Provenza su antiguo amigo y protector D. Alfonso de Aragón, á quien acompañaban muchos barones de su tierra, entre ellos Blasco y García Romeu, Martín de Canet, Miguel de Lucía, Blas de Antillón, Alberto de Castellvell, Ramón Galcerán de Pinós, Guillermo Ramón de Moncada, Arnal de Castellbó y Ramón de Cervera, los cuales hallaron á Pedro Vidal en tan

lastimoso estado, que daba compasión de verle. El rey entonces, y todos los barones, que eran amigos suyos, comenzaron á rogarle que se consolara y distrajese, y le pidieron que abandonase el luto y compusiera una canción que pudiesen ellos llevarse á su tierra.

Tanto hubieron de rogarle, que el trovador prometió dejar el luto, regocijarse y componer la canción. El monarca aragonés mandó entonces que le dieran armas y ricos trajes, y el poeta volvió á vestirse con su antiguo lujo y elegancia, componiendo una canción que fué muy célebre, y comienza con estos versos:

«No quería volver á cantar por el dolor y por la pena que me causó la muerte del conde, mi señor; pero puesto que al buen rey le place, voy á componer una canción que lleven á Aragón Guillermo y Blasco Romeu, si les parece buena y no les pesa.»

De chantar m' era laissatz  
per ira e per dolor  
qu' ai del comte mon senhor;  
mas pos vei qu' al bon rey platz,  
farais tost una chansó  
que porten en Aragó  
Guilhems e 'N Blascols Roumieux  
si 'l sos lor par bos e leus.

En esta canción es donde hace referencia á su aventura de los montes de Cabaret. Se felicita de haber sido cazado por los pastores y los perros, y, olvidado ya de aquel amor eterno que pensaba consagrar á la vizcondesa de Marsella, dice en su endereza, que más que á su propia persona, pertenece á su amada Loba de Penautier. Esto, sin embargo, no le impide ensalzar á otra dama, Rimbauda ó Rimbalda de Bioch, de quien dice haber recibido una cinta, cuyo don hace más feliz al poeta y más dichoso de lo que puede ser Ricardo con su Poitou, su Turena y su Anjou.

Don n' ai mais d' un pauc cordó  
que Na Raymbauda me do;  
qu' el reys Richartz ab Peitiens  
ni ab Tors ni ab Angieus.

No obstante haber sido tan celebrada esta canción, es, sin duda, entre las de Vidal, una de las que menos valen. Mezcla en ella tan extrañamente los nombres de sus damas, y habla de tal manera de amores á un tiempo con Rimbalda y con Loba, que parece notarse algo de des-arreglo en la mente del autor.

### III.

De sesenta á setenta son las composiciones que de Pedro Vidal se conservan.

No voy, naturalmente, á citarlas todas, pues sería tarea enojosa; pero algo he de decir de algunas, para dar á conocer más á fondo al poeta que nos ocupa:

En una poesía, se considera deudor de una canción al cortés rey de Aragón, diciendo que, á no ser por él, no cantarí­a aquel año.

Per sert dei una chansó  
ai cortes rei d' Aragó,  
qu' estier no chanter' ogan...

En otra se lamenta de la muerte del rey D. Alfonso, diciendo que sería completamente feliz, si no le hubiera quitado toda alegría aquel acontecimiento.

Muerto D. Alfonso, Vidal debió pasar á Castilla, á la corte de Alfonso VIII, *el de las Navas*, datando quizá de su permanencia allí el siguiente canto:

Terra mout bona es Espanha,  
e 'l rei que senhor en so  
dous e car e franc e bo  
e de corteza companha.  
E s' i a d' autres barós  
mout avinents e mout pros,  
de sens e de conoissensa:  
e de faitz e de parvensa:  
per so 'm platz qu' entr els remana  
en l' emperial rejó  
quar ses tota contensó  
me reté gent e 'm ganhanha

reis Emperaires Anfós,  
per cui jovens es joíós,  
que 'n lo món non a valensa  
que sa valors no la vensa.

«Tierra muy buena es la de España; y el rey, que es su señor, dulce y querido y franco y de cortés compañía. También hay otros barones muy gentiles y valiosos, de seso y de conocimiento, de buenos hechos y de buen linaje; por esto me agrada permanecer entre ellos en la región imperial, ya que sin esfuerzo alguno me detiene y me cautiva el rey emperador Alfonso, de quien la juventud es entusiasta; pues no hay en el mundo quien en valía le venza.»

De su estancia en Sevilla hay recuerdos en varias de sus poesías.

En una de ellas se dirige á una dama y le dice:

Domna, per vos am Narbonés  
e Molinats e Servatés  
e Castella e 'l bon rey N' Anfós  
de cui sui cavalier per vos...

«Señora, por vos amo el Narbonés, Molina y el Servatés, y Castilla, y el buen rey D. Alfonso, de quien por vos soy caballero.»

Tanto por esta poesía, como por otra en que habla de un D. Diego y de *una gentil castellana*, al propio tiempo que de su linaje Narbonés, puede sospecharse que se trata de alguna dama perteneciente á la familia de D. Diego de Lara y de Molina, enlazada con la casa de Narbona.

»Más me agrada —dice en otro canto—una joven doncella de Castilla, que mil camellos cargados de oro, junto con el Imperio de Manuel.»

E plagra 'm mais de Castela  
una pauca jovencela,  
que d' aur cargat mil camel  
al l' emperi de Manuel.

Cuando el rey D. Pedro I de Cataluña y II de Aragón, llamado *el Católico*, sucedió á su padre, D. Alfonso *el Casto*, Pedro Vidal le dedicó y dirigió uno de sus cantos:

«Canción, véte hacia Vich, al grano nacido de buena espiga, y díle que no tarde en enriquecer á todo el mundo.»

Cansó vaite 'n part Vic  
al gra de bon espic  
e dili que no 's tric  
de far tot lo mon ric...

Sin duda no le hizo caso el rey D. Pedro, y permitió que sus cortesanos se burlaran del pobre trovador, á quien se tenía poco menos que por un loco, pues que así se lamenta en una poesía:

«Tienen los catalanes y aragoneses un señor honrado y valiente, franco, pródigo y entendido, humilde, atrevido y cortés, pero tiene abandonado á su siervo, á quien Dios humilla, pues los señores de su corte buscan toda ocasión de atormentarle y hacerle daño.»

Catalan e Aragonés  
an senhor honrat e valen,  
e franc e larc e conoissen,  
humil e ardit e cortés;  
mais trop laissa enmantenir  
sor sers cus Dieus bais e azir,  
qu' a totz jorns estan en agag  
per fur en cort dan e empag.

Más tarde, en otras composiciones, aclama á D. Pedro como el mejor entre los mejores, y maldice á quien esto no cuadre, y en una canción se expresa así:

«Al rey Pedro, de quien son Vich y Barcelona y Monjuich, le encargo que ponga todo su empeño en destruir á los paganos de allí, que yo destruiré todos los de acá.»

Al rei Peire, de cui es Vics  
e Barsalon e Mon Judies,  
manque me a totz sos afics  
en destrur els pegàs de lai  
qu' eu destrurai totz cels de sai.

Una lindísima canción amorosa existe de Pedro Vidal, que dice así:

«Ni la nieve, ni el hielo, ni la lluvia, ni el lodo pueden robarme mi alegría y mi contento; que el cielo oscuro me

parece claro por el nuevo gozo que hoy siento en mí: es que una joven dama me ha conquistado, y si, á mi vez, yo puedo conquistarla, cuando tan hermosa la veo, me parecerá volar de placer.»

Neu ni gel ni plueja ni fanch  
no 'm tollón de port ni solatz,  
que 'l tems escur me par clardatz  
pel novel joi en que 'm refranch,  
quar jove donna m' a conqués,  
e s' ieu lei conquerre pogues,  
quan la remir tan bela, 'm par  
que de gaug cüjera vola.

Véase ahora esta otra, notable por su originalidad y extrañeza:

«Yo amo á mi dama como el sacerdote la Navidad, y ella me ama á mí como el sarraceno es aficionado á regalar; yo la amo como el catalán la fidelidad, y ella me ama á mí como los cortesanos el ajo; yo la amo como los peregrinos un hermoso día, y ella á mí como los judíos la cruz; yo la amo como mis criados la sisa, y ella á mí como los marineros un viento contrario.»

Yeu am mi dons cum prestre fai Nadal,  
et ela a mi cum Sarrazis ufrir;  
et ieu am lieis cum Catalán servir,  
et ela mi cum alh amon reial;  
et ieu am lieis cum bel jorn fai romieu,  
et ela mi cum la crotz fai Juzieü;  
et ieu am lieis cum raubar fai sirven,  
et ela mi cum marinier mal ven.

#### IV.

Y vamos ya á otro género de composiciones de Pedro Vidal.

Se le supone autor de una obra que merece particular estudio. Es una ficción poética, de gusto oriental, titulada *Nova*, es decir, cuento ó novela, que el trovador compuso, según parece, hallándose en la corte de Castilla. No está



completa, y se ha perdido el final. Conozco que acaso parecería pesada á los lectores si aquí la continuara traducida al pié de la letra; me limitaré, pues, á dar una idea de su argumento y de su forma.

El poeta se halla en Castelnou, y se le ocurre aprovechar uno de aquellos hermosos días de primavera en que el sol resplandece, brillan las flores y cantan los pájaros, para ir á visitar á su señor, que tiene corte en Muret.

Hallándose ya en camino, ve venir á un caballero, ginete en su caballo, vestido de una manera original. Llevaba un traje de flores, todas distintas y de colores diversos, un manto y brial de violetas, un sobretodo de rosas, una corona de geranios en la cabeza, y calzaba unos zapatos guarnecidos de zafiros y esmeraldas. Su rostro estaba dorado por el sol, sus ojos eran dulces y tiernos, fresca y risueña su boca, sus dientes más blancos que la plata, y su aspecto todo el más alegre del mundo. El palafrén en que caminaba tenía una cola mitad negra y mitad blanca, las crines y la cabeza rojas, una oreja amarilla y otra gris. El arzón de la silla era de jaspe, la brida de serpiente, los estribos de Calcedonia. El rey de Francia no tenía dinero bastante para comprar sólo la brida y el petral. Había sólo dos piedras que valían todos los tesoros de Darío:

Lo fre ni 'l peítral, ses doptanza  
no poiria comprar lo rei de Fransa  
e que lhi valgués l' emperairel  
Car tor lo thesaur del rei Daire  
valgra dos peiras que i só...

Al lado de este caballero cabalgaba una dama, mil veces más bella aún. La nieve no es de la mitad tan blanca como su garganta, sus piés y sus manos. Su rostro era blanco y colorado como botón de rosa de Mayo. Una corona de rosas ceñía su cabeza, de la que pendían largos cabellos rubios, que por lo resplandecientes parecían de oro. Sus ojos eran tiernos y vivos, su talle delgado y esbelto, su rico traje se acomodaba al más hermoso cuerpo que jamás se haya visto. La silla y paramentos de su pa-

lafrén eran de tal riqueza, que valían más que Castilla entera con todos los reinos de España:

Una donna mil tan plus bela  
que glai ni flor, can renovela;  
ni neu ab gel, can cai en branca,  
non es de la mitat tant blanca  
cum la gola ni 'ls pes ni 'ls mas;  
e de la cara soy certás  
qu' es plus blanca e plus colrada  
que rosa de may brotonada...

En pos de ellos iba un escudero seguido de una damisela. El escudero llevaba un arco de marfil, con tres dardos en su cinto, uno de los cuales era de oro fino, otro de acero de Poitou muy brillante, y el tercero de plomo enmohecido. Por lo tocante á la damisela, no se podía saber si era morena ó blanca, ni qué traje llevaba, porque se envolvía como con un manto en su cabellera, que le llegaba hasta los piés.

Esta pareja iba cantando una canción que decía: «Dama sin amador y caballero sin amor, deberían ser paseados cabalgando en asnos para distinguirles de los que tienen amores y aman lealmente; y á la dama que ama por dinero y vende su amor, debiera condenársela á ir por los caminos en camisa.»

Fué el primero, dice el poeta, en acercarme á saludarlos, diciéndoles:

—Señor, Dios os guarde de mal, á vos, á vuestra dama y á toda la compañía.

El caballero contestó:

—Y á vos os guarde también, Pedro Vidal, y os haga encontrar una dama que os ame lealmente, pues hace tiempo que buscáis una.

—Ya la encontré, y tal, que soy mil veces más suyo que mío.

—Podéis muy bien ser de ella, pero ella no será nunca vuestra.

—Señor, me doy por bien pagado por la manera con que me acoge.

—Amigo, dijo entonces la dama interviniendo, así hablan todos los enamorados fatuos.

—Pero si yo la amo con perseverancia, acabará por hacerme merced.

—Amigo, la Merced no vive en su casa.

—Sin embargo, no hace mucho que manifestaba sus deseos de que yo le fuese adicto.

—Amigo, cuando se tiene un mal señor, lo más prudente es renunciar al feudo.

—¿Y si esto no es posible?

—Entonces, quedaos allí como un galeote, Pedro Vidal.

—¿De dónde viene que tan bien me conozcáis, pues me habéis nombrado diversas veces.

—Permaneced esta noche con nosotros, y os lo diré.

El trovador acepta el convite y se queda con ellos.

En seguida se dirigen á un prado vecino, cercado de rosales, y al concierto de cantadores pájaros se acomodan bajo un frondoso laurel. La damisela extendió sobre la yerba un tapiz bordado en oro fino, representando aves, animales, flores y una gigantesca salamandra en el centro, todo del más hermoso trabajo que pudiera verse. Mil caballeros hubieran podido estar sobre aquel tapiz sin tocarse unos á otros, y sin embargo, cuando estaba plegado, la damisela lo llevaba en un diminuto bolsillo.

Ab tant, vai tindre sus l' erbatje  
la donzela un trap de colors  
on ac auzels, bestias e flors,  
totas de fin aur emeratz;  
e 'l traps fo ricament obratz,  
que negus hom non vi son par;  
mil cavaller i pogro estar,  
que l' us l' autre no toquesso;  
et es semblan que no 'l portesso;  
detz cavals ab una carreta;  
et en que 'us pessatz qu' ela 'l meta?  
la doncela, cant es plegatz,  
ins en la borsa, so sapchatz,  
en menor loc d' una garlanda...

Allí comieron, y en seguida el caballero dice al trovador:

—Pedro Vidal, debéis saber que yo soy el *Amor*. Esta

dama tiene por nombre *Merced*, la damisela es *Pudor* y el escudero *Lealtad*.

El trovador se da por muy contento de haber tropezado con tales viajeros, y comienza á hacerles infinidad de preguntas y pedirles solución á ciertas cuestiones que les propone.

Quiere saber si *Merced* le favorecerá junto á la dama de sus pensamientos: quiere saber también de dónde nace y de qué vive el amor, y cómo éste puede hacer velar durmiendo, abrasar en el agua, ahogar en el fuego, encadenar sin cadena alguna, herir sin causar llaga.

Ni cossi fai velhar durmen,  
ni cossi ses parlar conten,  
ni com pot ardre en la mar,  
ni ins en foc com pot negar,  
ni senes lhiam cossi lhia,  
ni cum, ses nafra, nafratz sia?...

También quiere saber por qué motivos puede una dama abandonar á su caballero y un caballero á su dama; y así mismo pregunta: «¿por qué os lleváis á *Merced*, *Pudor* y *Lealtad* de la corte del rey Alfonso de Castilla, á quien sirvo y amo apasionadamente, y á quien tengo por el más bravo, el más virtuoso, el más hidalgo y el más espléndido de los príncipes?»

*Amor* comienza á contestar á las preguntas del poeta por el orden que éste las hizo.

Le promete el apoyo de *Merced* cerca de su dama, y le explica de dónde nace y de qué vive el amor. «Nace, dice, en el corazón, donde lo nutre la voluntad, después de haber sido engendrado por el pensamiento.»

Va luego dando solución á las demás cuestiones hasta llegar á los motivos que puede alegar un caballero para abandonar á su dama, sin perdonarlo nunca, por grande que su arrepentimiento sea. «Este momento llega, dice, cuando una dama, después de haber concedido sus últimos favores á un caballero, otorga los mismos á otro. Este crimen no tiene perdón, porque así como no hay nada más preciado que la virtud de una dama, así no hay nada

que más castigo merezca que su infidelidad. Las damas son objeto de toda cortesía, y debe respetárselas cuando su conducta es irreprochable...»

Al llegar aquí se interrumpe el manuscrito, cuyas últimas páginas se han perdido desgraciadamente, lo cual es tanto más sensible, cuanto que *Amor* contestaría sin duda á la última pregunta del poeta, y es de suponer que dijera algo interesante sobre la corte del rey Alfonso de Castilla.

Esta composición es ingeniosa y agradable, y atrae por su fantasía y orientalismo. La parte del diálogo que he procurado traducir al pie de la letra, tiene facilidad y viveza, revelando en su autor dotes especiales para el caso.

El ilustre escritor alemán Barth ha escrito un curioso trabajo, en que aduce abundantes pruebas, para demostrar que esta poesía no es de Pedro Vidal, sino de un Pedro Wilhen. Autoridades muy competentes como Pablo Meyer y Manuel Milá siguen al docto alemán.

En el manuscrito, es verdad, se escribe el nombre del trovador Pedro W..., pero no se reconoce dato alguno de Wilhén ni suena en parte alguna su nombre.

No rechazo la opinión de dichos autores. Me limito á consignarla.

Pedro Vidal viajó también por Italia y por Hungría, así como por Oriente y por España, lo cual hace que sea el tipo más completo que se conoce de los trovadores aventureros.

De su viaje á Hungría á la corte del buen rey Aymeric (sin duda Emerico ó Enrique, hijo de Bela III, que estuvo casado con Constanza de Aragón, hija de Alfonso), nos habla el mismo poeta diciendo que fué perfectamente acogido por el rey Aymeric, «lo cual, dice, redundará en su honor, pues que haré resonar sus alabanzas por todo el mundo.»

## V.

He recogido en los antecedentes artículos todo lo que he acertado á encontrar, y he creído pertinente, para dar una idea de Pedro Vidal, el más raro, original y hasta extravagante de los trovadores, pero al que no puede negarse ingenio superior, estro lírico, grandes dotes poéticas y también profundidad de pensamientos y altas miras políticas.

Fué durante su vida objeto de amargas burlas y sátiras inhumanas, á que se prestaban su carácter y su vida extravagante y aventurera; pero no ha sido, en verdad, mejor tratado en épocas posteriores.

El Monje de Mantaudón, en su sátira contra los trovadores, maltrata duramente á Pedro Vidal, y el marqués italiano Lanza, en unos versos, únicos que se le conocen, se burla sangrientamente de la manía que dominaba á Pedro Vidal, creyéndose emperador, y le trata así:

«Un emperador tenemos que no tiene juicio, ni ingenio, ni memoria. Nunca mayor borracho se sentó en el trono, nunca mayor cobarde embrazó escudo y lanza, ni mayor maldiciente calzó espuelas, ni sér más despreciable compuso versos y canciones.

»Quisiera que le partiesen la cabeza de un mandoble, que le agujerearan el vientre con un dardo, que le sacaran los ojos con hierros candentes. Para honrarle como se merece, le daremos vino, le pondremos un bonete rojo en la cabeza, un largo bastón en la mano á guisa de lanza, y así podrá volver á tomar el camino de Francia con toda seguridad.»

Debieron componerse estos sangrientos versos contra Vidal durante el tiempo que éste pasó en Italia, donde no hay duda que permaneció una temporada, sin poder precisar la fecha, áun cuando de él existe una poesía que parece haberse escrito en Italia. En esta composición exhorta á la ciudad de Milán á reconciliarse con la de Pavía;



hace votos por los pisanos que han abatido, dice, el orgullo de los genoveses, y añade que en vano los alemanes quieren hacerse agradables, pues son muy bárbaros y su lenguaje se parece al aullido de los perros.

Pero, volviendo á la invectiva del marqués Lanza, no dejó éste de llevar su merecido. Pedro Vidal contestó con la misma saña y la misma destemplanza con que se vió atacado. El trovador echa en cara á Lanza su disipación y mala vida, su pobreza y ruindad, y le compara al ciego, que, habiendo perdido la vergüenza, lo hace todo ante todo el mundo.

Las palabras loco, insensato, demente, son las que con más frecuencia se aplican al pobre Pedro Vidal, á quien el entendido escritor D. Manuel Milá llama el *Don Quijote de la poesía*.

Sin embargo, el trovador Bartolomé Giorgi, de Venecia, que floreció treinta ó cuarenta años después de Pedro Vidal, hace á éste más justicia que le hicieron muchos de sus contemporáneos y le han hecho después muchos de sus críticos. Bartolomé Giorgi dice en una poesía, que «la locura está en tratar de loco á Pedro Vidal, pues que sus versos no pueden hacerse sin mucha cordura y mucho ingenio.»

Nostradamus escribe que Vidal alcanzó una edad avanzada, y que en su vejez, considerando los peligros de la indiscreción, compuso un tratado sobre la manera de reprimir la lengua. No he podido comprobar este dato, como tampoco el que da el mismo autor, diciendo que preocupado siempre con el designio de conseguir el imperio de Oriente, Pedro Vidal hizo un segundo viaje á Ultramar, regresando en 1227 y muriendo dos años después. Otros, con más crítica, ponen su muerte entre 1215 y 1220.

El abate Millot, con más benevolencia é imparcialidad que otros, juzga á este trovador con perfecto criterio, diciendo que pudo tener algún acceso de demencia que la malignidad de sus contemporáneos presentó como su estado habitual.

Y así debió de ser. En nuestros tiempos hay que ser un

poco más justo con el amante desesperanzado de la vizcondesa de Marsella. Sus errores y faltas no tanto deben achacarse á él como al siglo y á la sociedad en que vivía, donde las reputaciones dependían á veces de una preocupación ó de un capricho.

Lo que principalmente ha hecho que su memoria se cubriera de ridículo, ha sido su visionaria pretensión al imperio, y, más aún, su famosa y extravagante aventura de disfrazarse con una piel de lobo, haciendo que como tal le dieran caza.

A esta aventura alude el príncipe-poeta Bonaparte Wise en su bellísima poesía *Al ideal (I parpaion blu)* cuando dice:

E que Peire Vidau, calignaire febrous,  
se fassié coussejá per de chinás furious.

«Pedro Vidal, el febril galanteador, se hacía perseguir por una jauría furiosa.»

Esta aventura, en la cual halló de seguro origen un conocido pasaje del inmortal *Don Quijote*, de Cervantes, es la que más principalmente ha servido para que cayeran sobre Pedro Vidal las burlas y rechiflas de la posteridad.

Prescindiendo aún de la mayor ó menor fidelidad con que en su origen se contó esta anécdota por el biógrafo provenzal, debe tenerse en cuenta que entre las muchas extravagancias caballerescas contadas por las *Vidas de los Trovadores*, la aventura de Vidal no es sino la expresión más caracterizada, el ejemplo más extraordinario de ese culto de la época al Amor que, como todos los cultos, llegaba en ocasiones al más supremo é inconcebible fanatismo.

Verdad es que Vidal fué considerado como loco por sus contemporáneos, pero la conducta de este trovador, *el de la exaltación caballeresca*, como dice el citado Bonaparte Wise, no deja de estar algo dentro del genio de su siglo, que miraba las extravagancias de amor con singulares simpatías, y que llegaba á veces á presentarlas y preconizarlas como ejemplos dignos de respeto, cuando no de admiración y aplauso.

De todos modos, algo, que debe merecer el homenaje de la posteridad inteligente, algo había en aquel visionario que en medio del fragor de los combates y cuando más recia era la lucha fratricida de los reyes españoles, se atrevió á levantar su varonil acento para ensalzar la paz y la fraternidad, para predicar la Cruzada contra el enemigo común, para enaltecer, como ideal privilegiado y objeto santo, la unidad de la patria y de la fé. Sí, algo, algo no vulgar, por cierto, había en aquel pobre loco, dulce cantor de las flores y de los amores, cuyo corazón entusiasta, al sentirse herido por un rayo de sol ó por un rayo de amor, exhalaba tristes quejas y tiernas y enamoradas cántigas, allá, en aquel dulce y solitario retiro, á orillas del Ródano, entre el mar y la Duranza, sitios amados del poeta, y por él cantados como lugares de perpétua delicia y de perfecta paz.

Qu' on no sab tan dous repaire  
com de Rózer troca Venza,  
si com claus mars é Durenza  
ni on tan fins jois s' esclaire.

FIN DEL TOMO TERCERO.

## INDICE DEL TOMO TERCERO.

---

	Páginas.
Guillermo de Beziers.....	5
Guillermo de Cabestany.....	10
Guillermo de Cervera.....	22
Guillermo y Ramón de Durfort.....	24
Guillermo Figuera.....	26
Guillermo de la Tour.....	37
Guillermo Magret.....	40
Guillermo de Montagnagout.....	44
Guillermo de Mur.....	61
Guillermo de San Didier.....	65
Guillermo de San Gregori.....	73
Guillermo Pedro de Casals.....	75
Guillermo Reinols de Apt.....	77
Guillermo de Tudela.....	79
Garín Lebrún.....	100
Gancelmo Estuga.....	100
Giraldo de España.....	100
Giraldo de Luc.....	100
Giraldo de Salignac.....	101
Giraldo de Tintignac.....	101
Guido de Cabanas.....	102
Guillermo.....	102
Guillermo Boyer.....	102
Guillermo de Anduza.....	103
Guillermo de Avepol ó de Autpol.....	103
Guillermo de Briars.....	103
Guillermo Fabre.....	103
Guillermo Godi.....	104
Guillermo de Albi.....	104
Guillermo de Limoges.....	104
Guillermo de Hieres.....	104
Guillermo Ramón.....	104

	Páginas.
Guillermo de Salonia.....	104
Hugo Brunet.....	105
Hugo de l'Escure.....	108
Hugo de Mataplana.....	110
Hugo de Pena.....	126
Hugo de San Cyr.....	128
Hugo.....	135
Hugo.....	135
Hugo de Bacalaria.....	136
Izarn el Inquisidor.....	138
Iselda de Capnió.....	151
Izarn.....	151
Juan de Aubussón.....	152
Juan Esteve de Beziers.....	154
Jordán Bonell.....	167
Josbert.....	167
Joyat de Tolosa.....	167
Juan de Aguillén.....	168
Juan Lag.....	168
Lanfranc Cigala.....	169
Leonor de Aquitania.....	182
Lamberti de Banazet.....	226
Lantelín.....	226
Lanza.....	226
Lombarda.....	226
Marcabré.....	228
María de Ventadorn.....	245
Matfre Ermengaut.....	247
Mateo de Quercy.....	259
Monje de Fossán (El).....	261
Monje de Montaudón (El).....	263
Marcourt.....	273
Mola.....	273
Montan.....	273
Nat de Mons.....	274
Olivier el Templario.....	283
Olivier de la Mor.....	285
Oste.....	285
Ozils de Cadarts.....	285
Paulet de Marsella.....	286
Palazis y Tomiers.....	291
Pedro III de Aragón (Don).....	296
Pedro de Auvernia.....	300
Pedro Bremón.....	311
Pedro Busc.....	315

Pedro Cardinal. ....	318
Pedro de Corbiac. ....	345
Pedro Ramón. ....	350
Pedro Roger. ....	354
Peirol. ....	360
Perdigó. ....	370
Pedro Vidal. ....	375







Este tomo se halla de venta en las principales librerías al precio de **7,50 pesetas.**

Van publicados los siguientes volúmenes de las obras de D. Víctor Balaguer:

POESÍAS (catalanas). Un tomo. . .	<b>6</b>	pesetas.
TRAGEDIAS (original catalán y traducción castellana). Un tomo. . .	<b>8</b>	»
LOS TROVADORES. Tomo I. . . . .	<b>7,50</b>	»
IDEM IDEM. Tomo II. . . . .	<b>7,50</b>	»

BALAGUER



OBRAS

LOS

PROVADORES

III

1883



8555